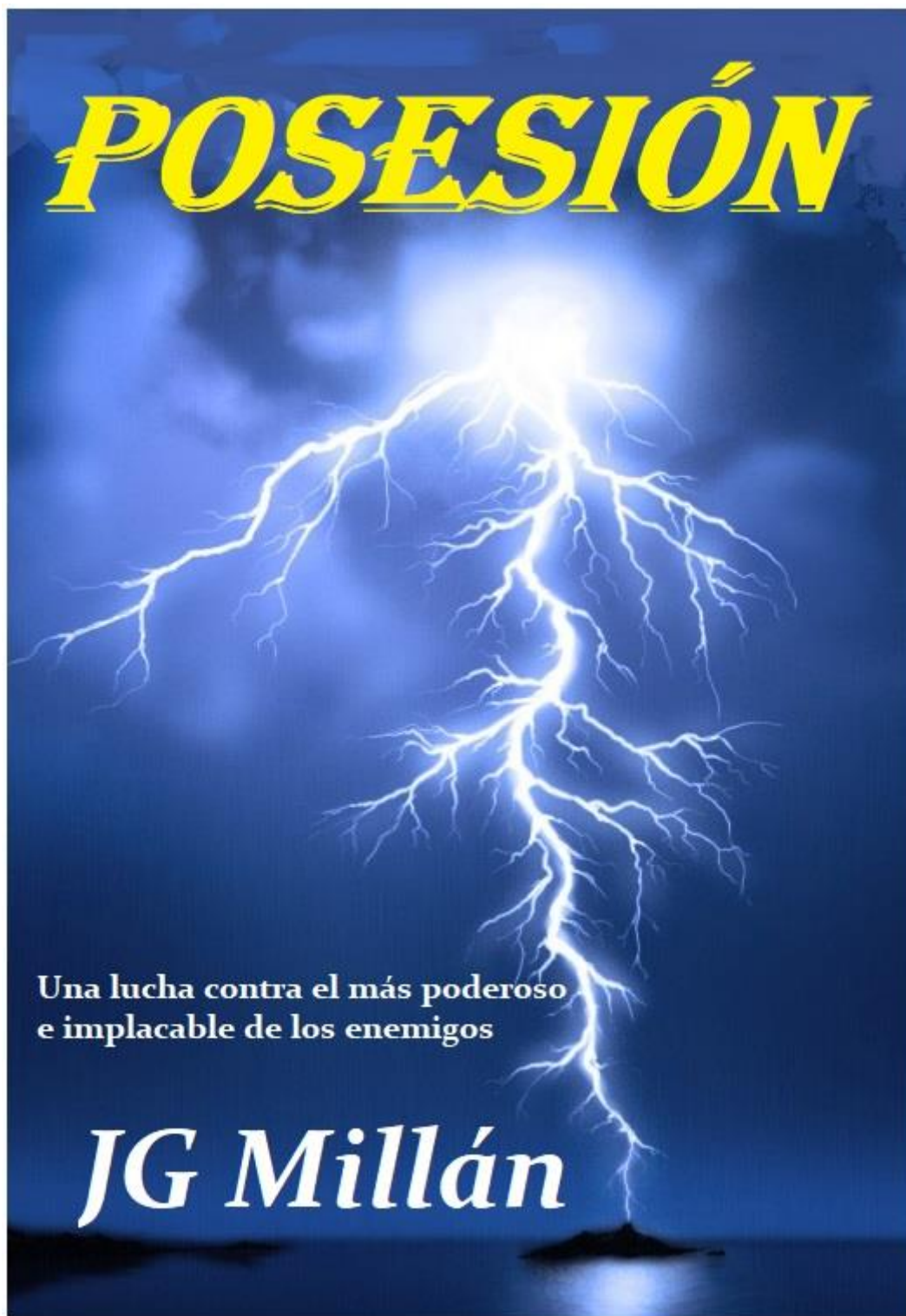




Posesión – JG Millán

Prefacio

Una mujer guapa, con un buen empleo, con un buen sueldo que le permite gozar de una posición acomodada... Todo se viene abajo cuando fuerzas sobrenaturales irrumpen en su vida.

Poco a poco lo pierde todo: belleza, salud, dinero, amor...

No se explica lo que le ocurre hasta que alguien le dice que una persona le ha deseado el mal. A partir de ahí comenzará a transitar por una espiral descendente que le pondrá al borde del suicidio, ante la alternativa de iniciar una lucha desesperada por la supervivencia frente al peor de los enemigos posibles.

POSESIÓN

Karl

Habían terminado de hacer el amor y él se había levantado para darse una ducha. Como casi siempre, ella se había vuelto a quedar «a medias», y, como casi siempre, se había abstenido de pedirle que se esforzara un poco más.

Pero eso no era lo peor. Lo peor era que se había vuelto a quedar otra vez sola.

Porque ella estaba necesitada de compañía, de cariño, de comprensión, de aceptación... Necesitaba encontrar el amor, la ternura, el afecto, la complicidad... y, sobre todo, la estabilidad.

Necesitaba todo eso, pero por más que lo intentaba, solo conseguía que la desearan.

El deseo fue todo lo que halló en los ojos de Karl, aunque tenía la esperanza de que, a lo largo de los meses, ese mismo sentimiento se transformara en algo más. Pero, al igual que en las ocasiones anteriores, tampoco esa vez hubo suerte.

Había estado con multitud de hombres, tanto españoles como alemanes, pero en ninguno encontró el amor ni la complicidad. Aunque esto último, pensó, «sí, esto último lo encontré en Klaus», se dijo.

«Klaus... ¿qué habrá sido de él?», se preguntó. Hacía muchos años que le había perdido la pista, y casi le había olvidado, aunque siempre guardaba su recuerdo en un pequeño rincón de su corazón.

El pensamiento de quién fue su primer amor no logró sacarle de la amargura que ahora sentía tras el chasco de Karl, y descubrió una lágrima que resbalaba por su mejilla y saltaba hacia uno de sus pechos, para bordearlo y finalmente perderse entre las sábanas de su regazo.

Miró hacia la derecha y vio la cajetilla de John Player Special que su amado había dejado en la mesilla, y extrajo uno de los cigarrillos. Ella no fumaba, pero en ese momento no lo pensó dos veces y se encendió uno, mientras todavía permanecía humeante el que él había apagado hacía solo unos minutos.

La mujer guardaba ese paquete para él en la mesita, al igual que la botella de Chivas en el mueble bar. Se determinó a arrojar todo eso a la basura en cuanto él se marchara, y a quitarse ese anticuado esmalte de uñas de color rojo que tanto le gustaba.

Todo había ocurrido minutos atrás, cuando Karl derramó su esperma en la vagina de la chica sin protección alguna. Era lo habitual, y tras hacerlo, en lugar de permanecer abrazados durante unos instantes como solían, él se apresuró hacia los cigarrillos.

—¿Siguen ahí? —preguntó.

—Sí, claro. En el mismo sitio donde los dejaste la última vez.

Tras encenderse el pitillo, lo primero que hizo fue mirar la hora en su teléfono móvil.

—¿Te vas a ir, amor mío?

—Me temo que sí —respondió, sin mirarla—. Mañana voy a tener un día muy ajetreado.

—Pero, ¿por qué no te quedas aquí? No tiene sentido que hagas cincuenta kilómetros hasta Manacor, para después volver a Palma solo unas horas después...

—Claro. Pero es que, mañana no voy a venir a Palma. Tengo una cita con unos proveedores en Alcudia.

—¡Ah!

Él permanecía con la expresión seria mientras se terminaba de fumar el cigarrillo, a la vez que ella le contemplaba ensimismada. Para ser alemán, se parecía mucho a los españoles, y, de hecho, todo el mundo se dirigía a él en castellano cuando trataba con los clientes y proveedores de la cadena de restaurantes que regentaba en la isla de Mallorca.

—Oye, Karl.

—Dime —respondió, lacónico. Los momentos posteriores a hacer el amor no eran precisamente sus mejores.

—Estoy pensando... —se detuvo, casi con miedo a que le dijera que no—, que te podrías venir a vivir aquí, a mi apartamento. Casi siempre trabajas en Palma, y así no tendrías que desplazarte tanto.

Él suspiró y dio una fuerte calada al cigarrillo. A continuación, la miró a los ojos, y después lo apagó para levantarse y marcharse hacia la ducha, sin ni siquiera responder.

Entonces fue cuando lo supo. En ese momento comprendió que la iba a dejar esa misma noche, y además, para siempre. Fue una visión que le vino de repente, totalmente inesperada, como solía ser habitual.

No era un presentimiento, ni siquiera una premonición. Era una certeza absoluta. Tenía la misma seguridad en ello, que en el hecho de conocer que estaba allí, sentada sobre su cama, apoyada sobre el cabecero, en aquel exclusivo apartamento de lujo con las mejores vistas a la bahía de Palma de Mallorca.

Ella sopesó esa revelación durante los cinco minutos que el hombre estuvo en la ducha, mientras contemplaba la luz azul que se introducía en la estancia proveniente de la terraza. Era una luz fría, acerada, casi hostil, que emitían los focos que había en el vaso de la piscina.

Ahora ya eran dos las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, y procedió a secárselas con el extremo de la sábana mientras él salía del cuarto de baño y se disponía a vestirse.

—¿Por qué, Karl?

—Por qué... ¿qué?

—¿Por qué me dejas?

Nada de lo que había ocurrido aquella noche hacía presagiar que ella sospechara nada. De hecho, él no pensaba decírselo hasta el final, cuando se fueran a despedir. Había incluso pensado en decírselo por teléfono, sin acudir a su casa, pero no se resistió a hacer el amor con ella por última vez.

Había pensado varias formas y momentos para decírselo, y no se había decidido todavía por ninguna. Pero ahora lo había descubierto, y ya no tenía sentido seguir con la comedia. Y entre las muchas excusas que había ideado, se decidió por la más extravagante.

—Por eso mismo, Sabrina. Porque adivinas el futuro.

—Yo no adivino el futuro. ¡Ya quisiera hacerlo! No habría salido contigo si eso fuera cierto... —se lamentó.

—Adivinas el futuro y el pasado, y me das miedo. Mucho miedo... —en sus labios, y dicho de esa manera parecía una excusa de lo más pueril, aunque era en parte verdad.

Ahora sus lágrimas comenzaron a brotar de forma más profusa, y un sentimiento de congoja se apoderó de ella. El hombre se compadeció y se acercó a la mujer, e incluso llegó a pensar en prolongar la agonía de su relación durante un poco más de tiempo. Pero ella no estaba dispuesta y le dijo, de forma seca:

—Márchate ya, Karl. No quiero que estés conmigo por pena —su mente era ahora absolutamente transparente para ella, y llegaba casi a leer sus pensamientos. El hombre se dio perfecta cuenta de ello, y ese razonamiento le reafirmó en su decisión. Sin decir nada, se terminó de poner los zapatos y tomó la cazadora que tenía colgada en un extremo de la habitación, y se marchó, sin ni siquiera dirigirle una última mirada.

Sabrina oyó cómo se cerraba la puerta y entonces se levantó. Se puso una bata que tenía colgada en el mismo sitio donde él había tenido la chaqueta, se la ató a la cintura, y salió a la terraza.

La noche era fresca y se había levantado algo de aire. Eran los primeros días del otoño, y ya no quedaban muchos turistas en la capital de las islas baleares. La ciudad comenzaba ahora a ser gozada por sus residentes, entre los cuales había casi tantos alemanes como autóctonos. Sabrina bordeó la piscina «infinita» y se apoyó en la barandilla a contemplar la ciudad que se rendía bajo sus pies, mientras el viento mecía su preciosa melena rubia en todas direcciones.

Los cabellos se amontonaban y enredaban alrededor de su cara, y entonces tomó la determinación que se había planteado hacía algún tiempo. Sí, ahora era el momento de apuntarse a ese programa, con la certeza de que ella sería elegida. La cuestión era olvidar a Karl lo antes posible, aunque era probable que no la llamaran hasta dentro de varias semanas.

Suspiró de manera profunda, como intentando acaparar para ella sola todo el aire de la noche, y entonces se sintió algo mejor. «Lo primero, un cambio de look», se dijo, y tomó su teléfono móvil para concertar una cita con su peluquera. «Mañana será otro día, y tengo el presentimiento de que mi vida va a cambiar para mejor».

No se imaginaba cuán equivocada estaba.

El vestíbulo

Victoria le había aconsejado bien, y la verdad es que había acertado con aquella indumentaria. Los pantalones vaqueros blancos ciertamente disimulaban la delgadez de sus piernas, y la camisa de color azul marino le sentaba de maravilla. Una chaqueta de la misma tonalidad le daba un aspecto elegante, y su barba rasurada al dos le confería un aspecto de moda, y además le tapaba algo los huecos de su cara, de forma que esta parecía menos huesuda.

—El problema son las gafas —le dijo—. Con ellas pierdes *sex appeal*, pero es mejor así. Si te las quitas... tienes los ojos demasiado hundidos, y cuando miras desde abajo, das como miedo...

La chica tenía razón. Unos ojos que años atrás se hubieran calificado como profundos, ahora no eran otra cosa más que hundidos, sumergidos en aquella cara alargada y angulosa que se le había quedado tras perder tantos kilos.

—Me gustaría acompañarte al plató, pero tengo que ir con Jorge a un evento de su trabajo. También es mala pata que tengan que grabar precisamente hoy...

—No te preocupes, Vicky —respondió él—. He tenido que enfrentarme a cosas más difíciles en mi vida. Esto lo hago... por ti, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé, pero algo me dice que vas a encontrar a alguien que te va a hacer feliz. ¡Ya lo verás!

Teo recordaba las palabras de Victoria mientras esperaba a que alguien le recibiese en aquel inmenso hall que constituía la antesala de los estudios de Telesexta. Había llegado antes de la hora, y tras enseñar su carnet de identidad al recepcionista, este le había conminado a esperar en uno de los sillones que había enfrente del mostrador.

Mientras aguardaba, vio como llegaban otras dos personas. Una de ellas era una chica que no tendría más de 30 años, que, tras pasar por un ritual parecido, se sentó a su lado. Tras unos minutos en los que casi ni se miraron, él notó que estaba ciertamente nerviosa, y entonces se dirigió hacia ella, más que nada para tranquilizarla.

—¿Vienes al programa de las citas? —preguntó.

La mujer le miró y puso cara de cierta sorpresa; pero enseguida agradeció que alguien se dirigiese a ella. Estaba comenzando a temblar como un flan, y de esa manera podría descargar las tensiones.

—Sí. ¿Y tú? —respondió, de forma animada.

La chica era ciertamente espectacular. Un ajustado vestido negro marcaba decididamente todas sus curvas, y un escote de vértigo dejaba ver casi todo el pecho. Una gran melena rubia y rizada se abría paso por un bello rostro, y una sonrisa generosa dejaba ver unos dientes blancos como perlas. Vestida de esa manera no podía ir a otro sitio sino al programa de citas que tanta audiencia estaba generando en el *prime time* de la cadena televisiva.

—Yo vengo también a eso. Mira que si eres tú mi cita...

En ese momento ella soltó una pequeña carcajada, y él sonrió igualmente. Había conseguido que se distendiera un poco, que era lo que pretendía.

—Pues vaya una cita a ciegas, si fuera así —contestó ella—. Si nos conocemos antes de vernos, porque nos hemos visto en la entrada...

—Bueno, mujer, yo creo que a ciegas seguiría siendo. Yo a ti no te conozco de nada.

—Pero entonces, ¿esa pantomima que sale en la tele? Cuando se encuentran las parejas en una habitación... En teoría no se han visto hasta entonces. Al final va a ser verdad que son actores.

—Bueno, yo no soy actor.

—No, yo tampoco, pero nos pueden preparar para que digamos lo que ellos quieren. O al menos darnos algunas pautas. De esa manera parece más natural. ¿No te parece? Bueno... —se detuvo, dándose cuenta de que no se habían presentado—. Yo me llamo Patricia. ¿Y tú?

—Yo soy Teo —dijo, incorporándose un poco, para darle dos besos.

—¿Teo? Eso es un diminutivo, ¿verdad?

—Más bien una abreviatura... de Teófilo.

La chica esbozó una ligera sonrisa y él añadió:

—Cosas de los padres, ¡qué le vamos a hacer! —aclaró— Oye, eres andaluza, ¿verdad? Lo digo por el acento.

—Sí, de Sevilla. ¿Y tú?

—Yo soy de aquí, de Madrid.

—Oye —siguió ella, que estaba muy inquieta— ¿Y si nuestras parejas entran por otra puerta?

—¿Cuál? Yo creo que no hay otra.

—No lo sé... a lo mejor las han citado a otra hora y están aquí ya. O quizás vengan después...

—Podría ser.

—De todas maneras... —continuó Patricia— tú no puedes ser mi cita. Somos demasiado diferentes—. Su cabeza era un torbellino de ideas, que no paraban de bullir.

—Desde luego. Pero ya sabes que a veces hacen parejas totalmente discordantes.

—Ya, para dar más audiencia.

—Eso es. Esto no deja de ser espectáculo, y Telesexta nació para ganar dinero. Si pusieran siempre parejas que encajan bien la una con la otra, el programa sería un poco aburrido.

—Pues espero que no seamos nosotros la pareja discordante. Yo pienso darte calabazas, que lo sepas —le dijo, con una sonrisa.

—Sí, creo que tú y yo no tendríamos ningún futuro. Pero... ¿Tú has venido a buscar pareja, de verdad?

—Pues sí, Teo.

—Pero, tú... ¿lo necesitas? —preguntó, aunque más que una pregunta era una manera irónica de expresar cierta incredulidad. La chica era desde luego espectacular, y a buen seguro que no le faltarían pretendientes.

—Me apetece probar la experiencia. Salir en la tele, conocer a alguien que haya pasado también por esto... Y tengo mucha curiosidad por ver a quién me traen. Te aseguro que, si me gusta, pienso iniciar una relación seria con él.

—Pues vaya chasco, como yo sea tu pareja...

—Crucemos los dedos. Y yo... ¿Tú saldrías conmigo?

—No —respondió, mirando hacia otro lado. La chica mitigó un tanto la sonrisa, y entonces Teo salió al rescate.

—Pero no es porque no me gustes, Patricia. ¡Eres guapísima! —la consoló—. Pero yo... pues estoy buscando otra cosa. Yo no soy de los que se acuestan con una chica la primera noche. Vamos, ni la primera ni la segunda, vaya. No sé si me entiendes...

—¡Ah! Y entonces, ¿tú piensas que yo soy una chica así? —los nervios ya casi habían desaparecido, y la chica estaba encantada con la conversación.

—Bueno... por tu manera de vestir... pues yo diría que...

—Pues sí, Teo, no te disculpes —interrumpió, saliendo esta vez ella al rescate—. Yo soy una de esas chicas. Eso sí te digo, —continuó, con una expresión más seria—. Yo no me acuesto con cualquiera. Soy muy exigente.

—Bueno, perdóname si te he ofendido.

—No me has ofendido —respondió, presta—. Entonces tú, lo que buscas es una relación a largo plazo. ¿No es así?

—Pues sí. Aunque si te digo la verdad, ahora mismo lo que me pregunto es qué estoy haciendo aquí. Creo que no tendría que haber venido.

—¿Ah no?

—Pues no. Ha sido un poco por salir de la rutina, por vivir una aventura. Pero no creo que saque nada en claro de esta experiencia. La gente hoy en día es muy superficial, muy egoísta, y no está dispuesta a darlo todo por alguien.

—Cosa que tú si estás dispuesto a dar, por lo que veo...

—Yo me entrego en cuerpo y alma, Patricia. No puede ser de otra manera.

Ella iba a responder, pero en ese momento se acercó rápidamente una mujer, que se dirigió a ellos con algo de prisa:

—Buenas tardes, chicos. ¿Tú eres...? —preguntó mirando a Teo.

—Teo Martín.

—¿Y tú?

—Patricia Gómez.

La mujer consultó algo en su tableta y luego dijo:

—De acuerdo. Yo soy Silvia —informó, casi sin mirarlos—. Perdonad el retraso. Hemos tenido bastante lío con la *remesa* anterior, y nos hemos atascado un poco. Pero bueno...

Tenemos que darnos algo de prisa, pues dentro de media hora va a venir más gente, y os tenemos que pasar a una de las salas. Acompañadme, por favor.

—Pero... —intervino Patricia— entonces, ¿Teo es mi cita?

—¿Tu cita? ¡No, desde luego que no! Tu cita todavía no ha llegado. A las chicas las citamos antes para darles los retoques finales de maquillaje y compostura. No pensarás que os metemos en plató así, tal cual venís de la calle...

—Patricia viene muy bien maquillada y compuesta, Silvia. No creo que tengáis que esmeraros demasiado con ella.

La chica le miró agradeciendo el cumplido y Silvia confirmó lo dicho:

—Desde luego. Pero tendrías que ver cómo vienen algunas. Por cierto, a ti también tendremos que ajustarte un poco ese peinado, y quitarte algunos brillos.

—En eso me dejo hacer lo que queráis —dijo él, a la vez que entraban los tres en un ascensor—. Entonces, Silvia, ¿mi cita ya está aquí?

—Sí, ya está aquí. Pero no me preguntes nada, Teo. Ya sabes que tiene que ser una sorpresa.

Sabrina

Sabrina se alegró cuando aceptaron su solicitud para participar en el programa «Cita a Ciegas». Ya sabía que eso ocurriría, pero se llevó una alegría adicional cuando recibió el correo electrónico de confirmación. Lo había hecho sola, sin decírselo a nadie, porque en realidad no tenía a nadie a quien contárselo.

Su trabajo consistía en ser «asistente personal», y trabajaba para una agencia que se dedicaba a gestionar las relaciones de los alemanes que se querían asentar en España. Ella les asistía y orientaba en todo lo referente a los trámites con los ayuntamientos, con Hacienda, con la Seguridad Social, les ayudaba a crear una cuenta corriente, a domiciliar la pensión, en fin, todas aquellas labores burocráticas y papeleos que sus compatriotas no sabían hacer, y para los cuales ella era una ayuda indispensable.

Era un trabajo especializado, y los clientes tenían dinero, con lo cual sus honorarios eran altos; por eso podía permitirse vivir en una de las mejores zonas de Palma. Pero ella, a sus casi cuarenta años, buscaba algo más, buscaba un compañero de vida, y quizás tener hijos, aunque fuera en esa etapa final de su fertilidad.

Y eso era lo que estaba buscando. Compartir vivencias con una pareja, mientras rememoraba los momentos, años atrás, en los que su vida social había sido más intensa.

Con apenas veinte años se marchó de su casa en Alemania, y se fue a vivir con un chico a Ibiza. Una relación tumultuosa que acabó mal, pero que le llevó a vivir una de las experiencias más intensas de su vida. Los dos vivieron en una comuna hippy de esa misma isla, donde experimentaron el amor libre, las drogas psicodélicas y la comunión con la madre naturaleza. Hasta que el dinero se acabó y todos aquellos jóvenes acabaron volviendo a casa de sus padres o buscando trabajo por la zona. Sabrina fue de estas últimas, y terminó trabajando como camarera en un restaurante de Mallorca. Allí aprendió bien el idioma, y después comenzó a labrarse un porvenir como guía turística para alemanes que visitaban aquellas queridas islas del Mediterráneo.

Después consiguió el empleo que tenía ahora en una agencia de relaciones públicas, y ganaba un dinero más que aceptable. Pero, sin embargo, no era feliz.

Le faltaba algo en su vida, y pensó que era el momento de sentar la cabeza y buscar una pareja estable. Ya lo había intentado, desde luego, pero no había tenido éxito.

Los hombres con los que había salido hasta la fecha solo veían en ella un mero objeto sexual, y cuando no era así, la relación no duraba más allá de unos meses. Todos se acababan cansando de ella y de sus obsesiones paranormales, y cuando no la tachaban de loca, la abandonaban por miedo. Por miedo a lo sobrenatural, desde luego, porque lo cierto es que Sabrina era... era vidente.

Siempre lo había sido. Desde pequeña veía la muerte en el rostro de la gente, y llegó a asustarse cuando se enteraba que tal o cual persona en cuya cara había visto «a la vieja» como ella le llamaba, en poco tiempo acababa en el cementerio.

Siempre había sentido esa especie de energía que no sabía definir, y experimentaba «presagios» o malas vibraciones en algunos de los sitios que visitaba. No le gustaba estar en espacios cerrados, y cuando lo hacía siempre se aseguraba de que el sitio no estuviera contaminado con la «energía oscura» que le hacía temblar y que le hacía sentir ese dolor en la boca del estómago y en la cabeza que le obligaba a abandonarlo inmediatamente.

Al parecer, eso era un «talento» que había heredado de su padre, un mecánico de la Volkswagen que murió cuando ella era niña, por un accidente en la fábrica.

Siempre le tuvo muy presente, pero cuando falleció su madre, dos años atrás, sus contactos con «lo sobrenatural» se incrementaron. Annika, su progenitora, se le manifestaba con frecuencia, y no siempre de forma «tranquila», se podría decir.

Madre e hija no habían tenido nunca una buena relación, y ella nunca vio con buenos ojos la vida libertina que había tenido Sabrina. A pesar de que hacía años que había sentado la cabeza de alguna manera, su madre siempre le recriminó su vida licenciosa, y se lamentó de que no hubiera sido abogada, la profesión a la que ella siempre le impulsó.

Pero la hija no quería saber nada de leyes, por mucho que fuera la profesión tradicional de todos los miembros de su familia. La madre se casó con Adler, el padre de la chica, por un error de juventud, a pesar de que era un obrero, y cuando este falleció intentó enmendar el traspies. En el fondo su madre hubiera deseado haber tenido un hijo, pero no pudo ser. La repentina muerte de su marido le impidió tener más descendencia, y cuando se casó con otro hombre, resultó que el sujeto no quería tener hijos. Finalmente, terminó con otro, pero ya era demasiado mayor para la concepción y prefirió no arriesgarse.

Sabrina se quedó sin hermanos, y por eso la madre intentó que ella ocupara el puesto del hijo que nunca tuvo. Finalmente, un infarto cerebral terminó con su vida en la Tierra, pero ella seguía con la hija desde el «más allá». Una presencia que al principio no llevaba mal, pues se sentía de alguna manera en deuda con su madre por todos los desplantes que le había hecho en vida. Pero aquello ya duraba demasiado, y estaba dispuesta a cortar de una vez. Estaba harta de que su madre opinara constantemente sobre todo lo que hacía, y no estaba dispuesta a escucharla más.

Por eso, cuando se enteró de que Sabrina iba a acudir al programa «Cita a Ciegas», Annika intentó por todos los medios que no fuese. Hasta que la hija se hartó y cortó la comunicación. Desde entonces, su presencia se volvió más discreta, y la chica aceptó esa forma suave de manifestarse, siempre y cuando no se entrometiese demasiado. Ya se lo había advertido, y la madre obedeció y se quedó tranquila, por el momento.

Porque la verdad es que le apetecía ir al programa. Lo veía todas las noches mientras cenaba, y siempre se imaginaba qué hubiera respondido ella ante tal o cual pregunta que alguno de los citados hacía a su pareja. Se decía que expertos psicólogos analizaban la personalidad de cada uno de los candidatos e intentaban emparejar a personas afines, aunque obviamente no siempre acertaban. Al final eran más las parejas que no se aceptaban que las que sí lo hacían, sobre todo en el caso de las mujeres. Ellas solían ser más exigentes que los hombres y en casi tres de cada cuatro casos las relaciones no cuajaban porque ellas no querían. Después de un tiempo de emisión, el programa incorporó un concurso en el que los espectadores votaban durante la última pausa publicitaria cuál de las parejas les había caído mejor, y los agraciados eran premiados con un crucero. Eso hizo que disminuyera el número de rechazos, aunque en ocasiones había concursantes, que, al conocerse mejor, terminaran también rompiendo relaciones.

El caso es que Sabrina estaba deseando encontrar a una pareja estable, que fuera «de su cuerda», es decir, una persona «espiritual», y estaba dispuesta a apuntarse a una agencia de profesionales que buscasen a la persona adecuada. Estaba dispuesta a pagar por ello, pues no quería sufrir más fracasos sentimentales. Pero antes de meterse en eso, se decidió a probar suerte en «Cita a Ciegas». ¿Por qué no?, se dijo. No tenía nada que perder, y así podría comprobar de primera mano cómo era por dentro su programa favorito.

Llegó con una *remesa* de personas, y al igual que Teo y Patricia, se preguntó si alguno de aquellos chicos sería su cita. Y al igual que a ellos, Silvia le aclaró que no era ninguno, y que su cita estaba todavía por llegar.

Pasó junto con otra chica al set de maquillaje y allí le prepararon un poco el pelo, pues lo llevaba algo despeinado y rebelde. Se lo moldearon y peinaron en condiciones, y le dieron algunos retoques en los pómulos para ocultar algunas manchitas que tenía, y entonces Silvia le llevó al *pre-plató*, donde se encontró con la famosa Paloma Jané, y entonces desapareció de forma discreta.

Paloma había sido una importante *vedette*, muy exitosa a finales de los años noventa, y ahora, veinte años después y con algunos kilos de más, había sido seleccionada por la productora del famoso show para dirigirlo. Su simpatía y encanto personal hacían de ella la persona idónea para presentar a las parejas, y se consideraba una *celestina* del amor inigualable.

—¡Hola Sabrina! ¿Qué tal estás? ¿Cómo van esos nervios?

—¡Uf!, los nervios fatal, Paloma. Pero yo... encantada de conocerte en persona. Te admiro mucho, ¿sabes?

La vedette sonrió y se dieron los dos besos acostumbrados. Se encontraban en una especie de *backstage*, donde había no menos de quince o veinte personas entre cámaras, ayudantes, personas con auriculares y todo tipo de técnicos que ciertamente impresionaron a la chica alemana. Paloma continuó:

—Te hemos traído a una persona que es como tú, Sabrina. Una persona espiritual, como nos has pedido, que está sola, y que quiere iniciar una relación seria y estable.

—¡Ah, pues muy bien! Pero, oye... ¿estáis grabando?

—¡Claro que estamos grabando! —replicó, con un enfado aparente que no era tal—. Pero no te preocupes. Esta secuencia se editará y no saldrá. Lo has hecho muy bien; tú sé todo lo natural que puedas y no te preocupes por nada. Aquí estamos para que lo pases bien y te diviertas. Ahora vas a pasar al plató propiamente dicho, y cualquier cosa que necesites, solo tienes que decirlo en alto, y entonces Alberto o Roberto, o yo misma, acudiremos en tu rescate, ¿de acuerdo?

—Espera, espera... ¿Voy a pasar ya, a conocer a la persona que me habéis traído?

La mujer sonrió y se dio cuenta de que estaba yendo demasiado rápido.

—Claro, pero tienes que perdonarme. Las sesiones de la mañana se han retrasado un poco, y la verdad es que estamos algo apurados. Se nos está echando el tiempo encima, y a este paso vamos a terminar de grabar a las doce de la noche. Pero tienes razón. Estoy un poco acelerada.

—No, si yo estoy dispuesta a entrar... lo que pasa es que no me habéis hecho la clásica escena donde oigo la voz de la persona que me habéis traído, y entonces...

—Ya, es que esa voz la ha oído él. Quiero decir, la tuya. Ya sabes que no siempre se pone la grabación a las dos personas, a veces incluso a ninguna, para que así sea mayor la sorpresa.

—Sí, es verdad.

—Es por eso, Sabrina; tenemos que acelerar un poco, y hemos tenido que recortar algunas cosas. Pero tú no te preocupes por nada. Eso es cosa nuestra. Tú límitate ahora a conocer al chico que hemos traído para ti, y no pienses en nada más. Como le hemos dicho a él, tenéis un máximo de media hora, o un poco más para conoceros, aunque puede ser menos si alguno de los dos se cansa antes. Ya conoces la mecánica del juego, ¿verdad?

—Sí, claro, venía en las instrucciones que recibí cuando acepté la invitación. Aparte, soy una seguidora incondicional de vuestro programa, ya lo sabes.

Efectivamente, Sabrina se lo conocía muy bien. No solo por las instrucciones que había recibido, sino también por los foros que había consultado en Internet donde anteriores concursantes habían explicado sus vivencias.

Básicamente, el programa duraba una hora y se emitía de lunes a viernes. En cada episodio se daban cita una media de seis parejas, y se retransmitían los momentos que la productora consideraba como «más jugosos» de cada encuentro, aunque siempre se procuraba dar una idea general de cómo había ido cada cita. Estas se desarrollaban en tres cubículos comunicados entre sí, por los que deambulaban de vez en cuando los presentadores para que los concursantes no tuvieran sensación de que les habían dejado solos. Pero sí lo estaban lo suficiente como para que pudieran explayarse a gusto y tener algo de intimidad.

En cada cubículo había una serie de cámaras automáticas que filmaban a cada pareja desde todos los ángulos posibles, y su voz se retransmitía mediante los micrófonos que cada uno tenía incorporado en alguna zona próxima a su cuello. No había ninguna persona física en el cubículo, además de las parejas, sobre todo para que no se distrajeran y estuvieran a lo suyo de forma natural.

A pesar de que estaban próximos, era muy difícil oír la conversación que pudieran mantener los integrantes de los cubículos de al lado, y por los micrófonos de los concursantes no se filtraba más que su voz. Era muy vistoso enfocar la retrospectiva aérea de los tres cubículos desde arriba, y como estos no tenían techo, se veía a las tres parejas que concursaban simultáneamente.

Según le dijeron, eran unas diez o doce las parejas que se conocían cada día, y solo salían en antena, al cabo de un mes, la mitad de ellas. El resto, o bien se desechaban, o salían en verano, cuando la audiencia era más baja. En general, solo una cuarta parte de los entrevistados no se aprobaba, y generalmente era porque no se habían tratado con educación, o habían dicho alguna palabra soez o grosera que no se había podido editar sin que la entrevista se quedara sin sentido. Ya se cuidaban los seleccionadores de escoger a personas adecuadas para minimizar las ocasiones en que se perdía el tiempo. Un tiempo que era oro, pues todos los profesionales que intervenían en cada programa eran caros, y no estaban para tirar el dinero.

Al final, cuando Paloma o alguno de sus ayudantes consideraban que una cita ya no daba más de sí, cortaban la charla y entraban en el cubículo para terminar la conversación y entrevistar a cada candidato por separado en un estudio aparte preparado para eso. En muchas ocasiones eran cortes forzados, pues muchas parejas se caían tan bien que se eternizaban en sus pláticas y no había manera de cortarlos o ni siquiera de intervenir. Otros, sin embargo, eran menos locuaces, y los presentadores tenían que animarles con la presentación de una serie de preguntas, donde cada persona tenía que responder a alguna cuestión que su pareja le formulaba, y que esta elegía entre una serie de ellas que se le presentaban. De esa forma se dinamizaban los encuentros, y no había momentos

mueritos donde no sabían qué decirse. Eso se veía claramente en la duración de los encuentros que veía el espectador. No era infrecuente que algunas parejas solo salieran durante cinco minutos, mientras que otras acapararan gran parte del programa.

El espectador conocía a los candidatos por separado antes de la cita en sí, pues se mostraban parte de los videos de presentación que cada uno enviaba a la productora. En la entrevista individual, posterior al encuentro, se preguntaba a cada uno si quería seguir adelante con la persona que le habían asignado, y si la respuesta por parte de los dos era afirmativa, ambos volvían a reunirse y allí se grababan unos minutos más a modo de reencuentro, donde los participantes salían del plató agarrados de la mano. También en ocasiones se filmaban los rechazos, si es que había quedado alguna cuestión pendiente que alguno de los presentadores había sacado a la luz y precisaba aclaración. Después se despedía a los concursantes y el espectador no volvía a verlos más.

—Bueno, Sabrina, ¿estás preparada? ¿Quieres conocer a la persona que te hemos asignado? —preguntó Paloma a su candidata, tras hacer una seña al realizador para que comenzara a grabar de nuevo.

—Pues no, ¡claro que no! Cuando llegué estaba nerviosa, pero ahora... ¡estoy como un flan...! Pero bueno, a eso he venido, y cuanto antes entre al cubículo, pues mejor.

—Así me gusta, ese es el espíritu que necesitas tener. La determinación. ¿Estás determinada a encontrar el amor? —preguntó, con una amplia sonrisa. La presentadora estaba representando su mejor papel.

—Estoy determinada —respondió, mientras las dos pasaban delante del primer cubículo, y también del segundo, sin que sus ocupantes se dieran mucha cuenta de que iban a tener una nueva vecina en el cubículo del fondo. Todo ello, lógicamente, con operadores de cámara por delante y por detrás, para que no se escapara ningún detalle de su recorrido. Ya se encargarían los editores de seleccionar las imágenes que finalmente se emitirían. La chica tenía unas piernas bonitas, y a buen seguro que se escogerían las secuencias que mejor las presentasen.

Por fin llegaron al cubículo del fondo, y allí se encontraba Teo ya sentado en la silla de enfrente. La estancia era igual que como la había visto decenas de veces en televisión, solo que ahora al verla en persona le parecía más pequeña. Estaba flanqueada por dos aperturas por donde entraban y salían los presentadores, y las dos paredes opuestas tenían los mismos posters y representaciones de motivos amorosos que ya conocía. La decoración estaba exquisitamente cuidada, y las cámaras automáticas estaban sutilmente camufladas entre todos los objetos que poblaban el cubículo.

Tiempo después de aquello, Sabrina se preguntó por qué se habría fijado primero en esas cosas, y no en Teo. Pero así fue. Examinó primero la habitación antes de fijar su mirada en el hombre que habían escogido para ella, y que teóricamente era su alma gemela. Pero cuando lo hizo, ya no volvió a fijarse en nada del entorno, y clavó su mirada en él.

—Te presento a Teo. Teo, esta es Sabrina.

El hombre se levantó de la silla y la apartó hacia un lado, mientras ella se acercaba a él para darle los dos besos acostumbrados. Con los tacones puestos era tan alta o más que Teo, y aunque ambos eran delgados, de alguna manera ella parecía más voluminosa, aunque no demasiado.

Finalmente, los dos se sentaron en sus respectivas sillas y se acercaron a la mesa, al tiempo que un camarero del programa se acercaba a tomarles nota de lo que iban a beber.

—Yo quiero vino blanco —contestó ella, con una sonrisa.

—Para mí un *bitter*, si es posible —replicó su compañero.

—Claro que es posible —musitó el camarero—. ¡Aquí tenemos de todo!

—Bueno tortolitos, yo me marcho —intervino Paloma—. Cualquier cosa que necesitéis, ya sabéis que estamos por aquí.

La cita

La mujer era guapa, desde luego, pero Teo tuvo la misma sensación que cuando vio a Patricia, la chica que se encontró mientras esperaba a entrar en Telesexta: no podía ser. Demasiado joven, demasiado guapa para él. Había esperado encontrarse a una mujer de su edad, es decir, de unos cincuenta años, y como las mujeres de su edad, debería tratarse de una persona entrada en peso, o bien una mujer algo arrugada. Una persona vulnerable, sencilla, sensible... una persona a quién él pudiese ayudar y de esa manera ayudarse a sí mismo. Todo lo contrario, a lo que parecía Sabrina.

Ella se presentó como una exuberante rubia, que, aunque no marcaba tanto las formas como la chica que se encontró en la recepción de la cadena televisiva, desde luego era también digna de admiración. Llevaba una falta de medio tiro hasta las rodillas, algo ceñida y de color granate o vino. Una blusa de seda de color carmesí algo holgada dejaba de ver ligeramente el pecho, pero solo como sugerencia, no de la forma descarada que había exhibido Patricia. El pelo era algo hirsuto, sin embargo, y se notaba que los de maquillaje se habían empleado a fondo, aunque no lo suficiente para que él no lo notara. Aun así, les había quedado bien aquella media melena estilo Rafaela Carrá, que le hacía una cara adorable.

La chica exhibía una amplia sonrisa que dejaba ver una dentadura algo descuidada, probablemente fruto de la escasa higiene que debió tener en su juventud. La nariz terminaba en una especie de bola que no era precisamente bonita, pero que no se notaba mucho gracias a lo que tenía encima: unos grandes y expresivos ojos azules moteados de naranja. «Todo un bombón», pensó Teo. «Una pena que esto no pueda ser», se lamentó. «Pero bueno, quién sabe...»

Una vez se quedaron solos, hubo unos cuantos segundos en los que los dos se miraron fijamente, sin saber qué decirse, y al final fue él quien rompió el hielo.

—Bueno, cuéntame... ¿A qué te dedicas?

La chica suspiró y sonrió, y solo articuló a decir:

—A ver si me sale... es que estoy muy nerviosa.

—No te preocupes. Yo también lo estoy. Pero bueno, supongo que según vayamos adquiriendo confianza, pues se nos irá pasando.

—Sí, seguro —dijo, tras suspirar de nuevo—. Bueno, yo soy asistente personal. Soy alemana, y ayudo a otros alemanes a asentarse en España. Los aconsejo, realizo trámites ante las autoridades en su nombre, les guío...

—Vaya... pues apenas tienes acento, ¿llevas mucho tiempo en España?

—Sí, ya llevo algo más de diecinueve años. Llegué aquí con apenas veinte, y desde entonces prácticamente no he vuelto a mi país.

—O sea que tienes... cuarenta...

—Treinta y nueve. ¿Y tú?

—¿Cuántos años me echas?

—Algo más que yo. ¿Cuarenta y cinco? —preguntó, tras pensar un momento y mirarle fijamente.

Él sonrió de forma irónica, y dijo, mirando hacia un lado:

—No... bastantes más...

—¿En serio? ¿Cuántos más?

—Siete más.

—¿Cincuenta y dos? ¿De verdad? No puedo creerlo...

—Ya, yo tampoco me lo explico, Sabrina... Era ese tu nombre, ¿verdad?

—Sí, así es. El tuyo era...

—Teo.

—Nunca había oído ese nombre. ¿Es español?

—Sí. En realidad, me llamo Teófilo. Es un nombre de toda la vida, aunque de origen griego. «Teo» significa “Dios” y «filo» se usa mucho para indicar «simpatizante», «aficionado», o «amigo de».

—¡Ah! Ya entiendo. Como por ejemplo filosofía. Significa amigo de Sofía...

—Bueno, no exactamente —sonrió—. En realidad, filosofía significa “afición por la sabiduría”. Sofía en griego es justamente eso, sabiduría —volvió a sonreír para intentar ocultar el hecho de que la estaba corrigiendo.

—Ya veo —sonrió igualmente ella, para a continuación guardar silencio. Hubo un momento de pausa en que ninguno parecía saber por dónde seguir. Finalmente, ella dijo:

—Pues te conservas muy bien, Teo. Nadie diría que tienes esa edad... ¿A qué te dedicas tú?

—Soy funcionario.

—Pero, funcionario...

—No soy policía ni militar. Es lo que suele decir ese tipo de gente cuando se les pregunta por su profesión. Intentan ocultar su condición porque está mal vista. Igual que los funcionarios como yo, los administrativos, que es lo que yo soy, no suelen decir «funcionario» para no despertar recelos ni envidias. De hecho, si alguna vez conoces a alguien de más de cincuenta años que te dice que es administrativo, debes sospechar que es funcionario.

—¿Por qué?

—Pues porque, si te fijas, hay pocos administrativos tan mayores. Normalmente, las empresas privadas se deshacen de esa gente antes de que lleguen a esa edad.

—Es una pena...

—Sí, pero es así. A no ser que llegues a jefe, claro. Entonces sí. Pero un empleado de bajo nivel con esos años... no lo suele querer nadie. Salvo excepciones, claro está.

—Tú, sin embargo, no dices que eres «administrativo».

—No, porque a mí me da igual. Soy administrativo en el ministerio de Fomento. Allí es donde siempre he trabajado.

—Vaya... pero entonces, ¿cómo es que te conservas tan bien?

—Bueno, tengo todo el pelo. En España no es habitual encontrar a alguien con mi edad que no tenga ni siquiera entradas. Tampoco tengo apenas canas ni arrugas. Pero es lo que yo siempre digo, el estado de un coche no se mide en sus años ni en su apariencia, sino en sus kilómetros. Y de esos, yo ya tengo unos cuantos.

—¿Has viajado mucho?

—No, apenas he salido de España. Cuando digo kilómetros me refiero a experiencias, a vivencias, a sufrimientos... y de esos he tenido un rato largo, te lo aseguro. Por eso me maravillo de que siga teniendo este aspecto.

—También es que estás delgado. A tu edad es difícil encontrar gente con tu peso —Sabrina se estaba comenzando a soltar y se veía cómoda—. ¿Cuánto pesas?, si se puede preguntar.

—Desde luego. Solo peso sesenta kilos, y mido metro setenta y cinco...

—Estás muy delgado.

—Sí, no te lo niego.

En ese momento llegó el camarero con las bebidas, y se las dejó sobre la mesa. Tras marcharse, reanudaron la conversación.

—Oye, ¿dónde trabajas con esos alemanes? ¿Estás en una agencia o algo así?

—Trabajo en Mallorca, principalmente. También en las otras islas de las Baleares. Aunque también me desplazo mucho a Canarias y a la Costa del Sol.

—Pero, ¿lo haces por tu cuenta, o a través de una agencia?

—Las dos cosas. Comencé en una agencia, y con el tiempo he hecho mis propios clientes. Es un trabajo algo estresante, pues suelen ser personas mayores que se jubilan y a veces se ponen algo pesadas. Me tratan como si fuera una hija a quien hablan y cuentan de todo, y les tengo que recordar que no soy una consejera sentimental —sonrió, y él le correspondió—. Tú vives en Madrid, entiendo.

—En efecto. El Ministerio de Fomento tiene su sede en Madrid. Si tú y yo tuviéramos una relación... Sería complicado.

—Bueno, siempre hay formas de verse. Además, cada vez más los trámites se hacen de forma telemática. Yo podría seguir trabajando, aunque quizás tuviera que renunciar a algunos clientes.

—Eso suena muy bien, Sabrina. ¿Me estás dando esperanzas?

—No, Teo —sonrió—. Por el momento no. Solo estoy hablando de hipótesis.

—Ya veo. Pues siguiendo con las hipótesis, yo también podría pedir una excedencia y vivir a tu costa, en Mallorca, pero no sé si eso lo verías bien.

—A mí esas cosas no me importan. No es la primera vez que me ha pasado.

—¿Ah sí? ¿Has tenido que «mantener» a alguna pareja que hayas tenido?

—Sí, alguna vez —respondió, sin querer dar más explicaciones.

—Entonces, ¿has tenido muchas relaciones? Quiero decir, relaciones largas.

—Sí, unas cuantas; quizás demasiadas. Largas y cortas, de todo he tenido. Pero no he encontrado nunca a nadie que se atreva a quedarse conmigo.

—Que se atreva... ¿tan difícil eres de llevar?

—Eso parece, a juzgar por lo que me duran los hombres.

—No tienes hijos, entiendo. ¿O sí?

—No, no tengo. ¿Y tú? ¿Has tenido muchas relaciones?

—Tengo dos hijas, ya mayores. La de más edad, Victoria, está ya casada; ella fue quien me animó a venir. Y en cuanto a relaciones... solo he tenido una relación en toda mi vida. Mi mujer murió hace tres años.

—Vaya, lo siento.

—Pero no te preocupes —dijo, tras beber un sorbo de su *bitter*—. No voy a ser el típico *cansino* que no cesa de añorar a su esposa, y que busca a otra persona para sustituirla.

—Tú has visto mucho este programa, por lo que veo...

—No te creas, no lo he visto mucho. Con mis hijas, nada más. Si estoy solo, no lo veo. No soy mucho de televisión. Pero sí, he visto algunas parejas de viudos, o de divorciados que no paran de hablar de su ex mujer. Y claro, ellas no lo soportan.

—Es natural...

—Oye, volviendo a lo de las relaciones. Quizás sea meterme donde no me llaman, y realmente, no tienes por qué contarle a un desconocido estas cosas. Pero, esto se parece en cierto modo a una entrevista de trabajo, y siguiendo esa comparación, no suele gustarle a un empresario el hecho de contratar a alguien que no dura demasiado en los trabajos. Creo recordar que me has dicho que no has encontrado a nadie que se atreva a quedarse contigo...

—Sí, ya sé por dónde vas. Si una persona no dura mucho en los empleos, es que no vale, la echan en seguida, y entonces es mejor no perder el tiempo con el candidato ¿No es así?

—Así es. Pero también te digo una cosa. Hay personas, digamos... especiales, hechas a la medida de algún otro tipo de persona, y claro no encajan con los que no son de su horma. Mira, me viene muy bien el símil. Un zapato de la talla... 46, por ejemplo. No le servirá a la mayoría de la gente, pero al que tiene ese número, cuando lo encuentra —suelen escasear— pues da saltos de alegría.

—Sí. Yo soy una persona especial, Teo. Muy especial. No soy mala, pero eso es lo que ocurre. No he encontrado la horma de mi zapato. Por esa razón, en casi todas las relaciones, son ellos los que me dejan. No aguantan el hecho de permanecer con un zapato que les está demasiado grande.

—¿Siempre son ellos?

—No. Alguna vez también he sido yo. Sobre todo, por casos de infidelidad. Antes era más tolerante con eso, pero ahora ya no lo soporto.

—Antes... ¿Quieres decir que no te ha importado que una pareja te haya sido infiel, y has seguido con él?

Sabrina miró hacia otro lado por unos instantes. Ella se refería a esa etapa de su pasado cuando vivía en la comuna. Pero no lo quiso mencionar y Teo enseguida se lo notó.

—Perdóname. No debería meterme dónde no me llaman. Soy psicólogo de formación, y a veces no puedo evitar analizar las palabras y los gestos de quien tengo enfrente.

—Psicólogo... Qué curioso... Pero sí, siguiendo con la comparación de la entrevista de trabajo, la pregunta es más que pertinente. Lo que pasa es que aquí, delante de las cámaras —se sinceró—, no creo que sea oportuno realizar una sesión de psicoanálisis.

—Desde luego. En cualquier caso, conmigo no vas a tener problemas de infidelidad. Si esto cuaja, entiéndeme...

—Sí, claro. Pero el hecho de haber estado con una sola mujer, dice mucho de ti en ese sentido. A no ser que tu mujer fuera una santa, y te aguantara todo.

—¿Marta? ¿Una santa? A su manera. Tenía un carácter tremendo.

—Pero, oye —dijo, cuando él se quitó las gafas durante un momento y vio su cara huesuda— ¿Por qué estás tan delgado? ¿Eres vegano?

—¿Vegano? —respondió, sonriendo de nuevo irónicamente—. Cuando uno llega a cierta edad, ya no come lo que quiere, sino lo que puede.

—Venga, tampoco eres tan mayor...

—Ya, es que padezco del estómago. El depósito es pequeño y no acepta cualquier cosa. Las grasas, el alcohol, las cantidades excesivas... todo eso lo rechaza y me hace pasarlo mal. Tengo que comer casi de régimen para encontrarme bien. Es lo que tiene tener muchos kilómetros, como te dije.

—No te estás vendiendo muy bien, Teo. No sé si contratarte... —insinuó, con una sonrisa.

—Harías un mal negocio, te lo aseguro —dijo él, devolviéndole la misma expresión.

—¿Sabes? Esa es una de las cosas que me están gustando de ti. Los hombres siempre han intentado conquistarme sin parar de halagarme y sin parar de venderse. Todo lo contrario, a lo que estás haciendo tú.

—Pero, eso lo hacen antes de saber que eres de la horma 46, ¿no? —sonrió, y ella le correspondió la sonrisa.

—Solo quieren acostarse conmigo, Teo, y yo... pues no es eso lo que voy buscando. No exclusivamente, entiéndeme.

—Sí, te entiendo. A mí me pasa lo mismo. Yo no busco a una chica solo para acostarme con ella.

—Quizás por eso me atraes. No te estás vendiendo nada bien, y eso no me ha ocurrido nunca. Quizás esa sea la clave. Empezar de forma distinta, para acabar también de forma distinta.

—No creo que ese sea el secreto. Pero dime, tú también estás delgada... ¿Te gusta el veganismo, entonces?

—Sí me gusta. Es algo a lo que tiendo. Lo fui cuando era más joven, y luego tendí al vegetarianismo.

—Y, ¿por qué lo haces?

—¿Por qué soy vegana, te refieres?

—Sí. ¿Es por salud, o por principios?

—Por las dos cosas.

—Pues mira, en eso no coincidimos.

—¿Tú comes carne?

—Apenas. Mi estómago no me lo permite. Pero sí como huevos, leche... todo eso. Y si pudiera, creo que comería más carne. No por placer, sino por necesidad.

—¿Por necesidad? Se puede pasar perfectamente sin la carne.

—Es posible. Pero el aporte energético que da en las personas de mi peso, no lo aportan las acelgas, te lo puedo asegurar.

—Jajá —sonrió—. Pero hay alternativas. La proteína vegetal es también muy potente. Las alubias, los garbanzos, todo eso es equivalente a la carne. Y además no incurres en maltrato animal.

—Lo primero te lo puedo aceptar. Lo segundo no.

—¿Cómo qué no? ¿Acaso ves bien que se hacinen miles de vacas en esos establos industriales donde las exprimen sin cesar...? No puedo creerlo —confesó de forma airada. Los nervios habían desaparecido por completo y los dos estaban teniendo una conversación más que animada. El realizador seguía de cerca a esta pareja, y estaba dedicando recursos que había sacado de las otras dos citas, que eran más insulsas.

—Mira, lo primero, no está tan claro que las vacas sufran en esos establecimientos. Las personas tratamos de pensar en los animales como algo parecido a nosotros, y no es así. Una vaca es esencialmente una máquina biológica, y es feliz si tiene sus necesidades cubiertas. Es decir, si tiene alimentos, agua, si no le duele nada, y si no tiene miedo. Y yo creo que en esos sitios tiene todas esas necesidades cubiertas.

—Yo no estoy de acuerdo —dijo ella, de forma seca.

—Ya te digo que no está tan claro, y puede ser lo que tú dices. Pero no me negarás que esos mismos animales, en un prado al aire libre... ¿no son felices...?

—Sí, ahí sí, pero es que luego los matan...

—Sí, los matan, pero la muerte es algo consustancial a la vida. No hay vida sin muerte. Ni las personas nos libramos, Sabrina.

—No es lo mismo morir o que te maten —afirmó, rotunda.

—Depende. Si a mí me dieran a elegir, te aseguro que no sé si me quedaría con la vida de uno de esos animales.

—¿A qué te refieres?

—Pues me refiero a vivir tranquilo, sin depredadores, sin peligros, en un prado repleto de comida y de bebida, sin preocupaciones, y cuando llegué mi hora, pues morir en unos segundos tras haber vivido una vida plena. Porque ahora no es como antes, que degollaban a los animales. Ahora les pasan una corriente eléctrica por el cerebro y en un par de segundos ya se ha acabado todo.

—Hablas de la muerte de una manera que no me gusta, Teo.

—¿Te da miedo la muerte, Sabrina?

—A todos nos da. ¿A ti no?

—A mí no. La muerte en muchas ocasiones puede ser una liberación. Yo sería capaz de renunciar a muchas cosas, a muchos años de vida por tener una muerte rápida como tienen las vacas. Por no padecer una agonía de años para después morir de Alzheimer o de cáncer, por ejemplo.

La chica puso un gesto de desagrado. No se estaba sintiendo cómoda con el giro que estaba teniendo la conversación y cambió de tema.

—Bueno, Teo. Vamos a hablar de otra cosa... Los funcionarios tenéis fama de trabajar poco. Quiero decir, pocas horas. Tú tienes la tarde libre, ¿no es así? ¿Qué haces por las tardes? ¿Cuáles son tus hobbies?

—Cuando vivía mi mujer —y perdona que hable ahora de ella, pero la pregunta viene al caso—, mi tiempo se lo llevaba Marta. Ahora... me dedico a estudiar.

—Y, ¿qué estudias?

—Teología.

—¿Teología? ¿Es que quieres ser cura? —sonrió, mientras se llevaba su copa a los labios.

—No, mi vocación siempre fue el matrimonio —dijo, devolviéndole la sonrisa—. Creo que no podría soportar el celibato.

La chica sonrió de forma pícara y luego siguió:

—O sea que estudias teología... Pues yo también soy muy espiritual, Teo. Quizás incluso más que tú.

Él volvió a dar un sorbo de su *bitter*, y le dejó continuar.

—Fue una de las cosas que pedí a los del programa. Que la persona que me asignaran tenía que ser una persona espiritual. No me importaba ni me importa la edad ni el aspecto físico. Solo pedía eso. Que fuera una persona espiritual, para que así me comprendiese. Creo que eso fue lo que falló en mis anteriores relaciones, y por eso duraron tan poco.

—¿Qué es para ti ser espiritual?

—Pues verás, desde niña, yo veo cosas, ¿sabes? Cuando veo a una persona, sé inmediatamente si me cae bien o mal. Si hay buenas o malas vibraciones, por ejemplo.

—¿Ah sí? —dijo él, incorporándose un tanto—. Y, ¿conmigo? ¿Qué sensaciones has tenido?

—No han sido malas.

—¿No han sido malas? Y, ¿buenas?

—No han sido malas y con eso para mí ya es suficiente. Es un primer pulso que me hace rechazar a las personas, casi de forma instintiva. Es como si identificara la maldad en la gente, y entonces huyo de ellas como de la peste. De hecho, he tenido que rechazar algunos clientes por esa cuestión.

—Qué curioso...

—Pues sí. Además, tengo premoniciones. Puedo ver la muerte en la cara de la gente, y no me equivoco nunca. Quizás por eso sea algo que me aterra tanto.

Teo ahora se reclinó en el asiento, y contemplaba a su pareja con una expresión indeterminada que confundió a la chica.

—¿Qué te parece? ¿Es que no me crees? ¿Piensas que estoy loca? —el realizador no perdía detalle y casi todo el equipo estaba pendiente de la conversación. Uno de los cubículos ya había terminado, y el otro estaba pasando por un período de transición, que en condiciones normales hubiera sido dinamizado por Paloma o por alguno de los otros presentadores. Pero ahora les dejaron en paz y se concentraron en esos dos extraños personajes que ocupaban el cubículo número tres.

Teo se quedó mirando a Sabrina, y tardó en reaccionar. Finalmente contestó, sin dejar aquella expresión seria que tanto le confundía.

—¿Qué me parece? Un poco extraño, desde luego. Pero yo, como creyente, es algo en lo que creo; forma parte de mi lógica. No me pareces loca, Sabrina. Al menos, no a priori. Si te conociera mejor, quizás tendría mejores herramientas para juzgarlo, pero de momento no las tengo.

—Pues me alegro. Y puedo verlo hasta por teléfono, Teo. En una ocasión, en 2008, yo estaba en Gran Canaria hablando con unos clientes que tenían que volar para la isla, y que estaban en Madrid en ese momento. Me dijeron que iban a tomar un vuelo de Spanair y que llegarían por la tarde al aeropuerto, donde yo les tenía que esperar para recibirlos. Entonces lo vi. Vi que nunca llegarían aquí y les advertí de que no tomaran ese avión. Que esperaran al día siguiente y que contratasen una noche más en el hotel en el que estaban. Pero claro, esos no eran sus planes y no pude responder cuando me pidieron explicaciones. A pesar de que yo insistí, no me hicieron caso, y, ¿sabes qué pasó? ¿Sabes qué pasó con el vuelo 5022 de Spanair que tenía prevista su salida el día 20 de agosto de 2008?

—¿Qué pasó, Sabrina?

—Pues que se estrelló nada más despegar por un error del piloto. Ciento cincuenta y cuatro muertos, Teo. Eso fue lo que pasó.

—Alucinante...

—Y no solo es cuando está la muerte de por medio. También tengo otras premoniciones, otras cosas que veo y que también se cumplen. No necesariamente malas... ¿Qué te parece?

—Ahora entiendo por qué te duran tan poco las relaciones, Sabrina.

—¿Piensas que estoy loca?

—Ya te he dicho que no. Pero dime, según tú, ¿cuál es la causa de esas visiones? ¿Quién hay detrás de todo eso?

—No lo sé. Son las Energías, supongo. Las Energías, con “E” mayúscula. Energías que circulan por el universo y que rigen de alguna manera nuestras vidas. He conocido a otras personas a quienes también les pasa lo mismo, y me lo han confirmado.

—¿Qué es lo que te han confirmado?

—Pues eso, la existencia de esa extraña y misteriosa Fuerza, con “F” mayúscula, una Energía Vital que rige al mundo y que, a algunos elegidos, como yo, pues nos permite participar de su poder.

—Ya veo —musitó él, pensativo. Ella se le quedó mirando esperando una reacción de rechazo o de burla, como estaba acostumbrada a tener cuando comentaba estas cosas, o de incredulidad... o quizás de maravilla, como le sucedía con algunas amigas íntimas de su pasado a quienes había confesado estos dones. Sin embargo, nada de eso se tradujo de su expresión. Por el contrario, Teo le miraba fijamente con la cara totalmente seria. Después de unos segundos le preguntó:

—Oye, Sabrina, ¿tú eres cristiana?

—No —respondió, después de unos instantes. No esperaba que le fuera a preguntar eso.

—Pero, ¿estás bautizada?

—Sí, eso sí. Mi madre era luterana y me bautizó cuando era niña. Pero yo no creo en todas esas tonterías, sinceramente.

—De verdad, Sabrina —comenzó a decir, tras esbozar una sonrisa irónica—, tu caso es paradigmático. Yo puedo llegar a comprender que haya gente que se confiese atea. Al fin y al cabo, Dios se esconde, en cierto sentido, y hay gente que no lo ve. Pero puestos a creer, a creer en algo, yo considero más creíble a una religión con dos mil años de historia, con centenares de milagros atestiguados, con cientos de miles o millones de personas que profesan una fe que les ha llevado a la plenitud, aun en medio de los sufrimientos... ¿y tú dices que son tonterías? ¿Crees que Dios es una tontería, y sin embargo, crees a pies juntillas en esas misteriosas energías que tú dices que rigen al mundo? ¿De verdad crees eso?

—Yo no sé lo que son esas energías, ya te lo he dicho. Pero desde luego, de lo que estoy segura es de que Dios no tiene nada que ver en todo eso. Ese Dios que tú pareces defender no existe. ¡No puede existir! No puede existir un ser que se representa mediante esa panda de pederastas y de corruptos que son los miembros de su iglesia. O quizás sí, sí que exista —enmendó—, pero no es como nos lo han vendido.

Sabrina reflexionó durante unos instantes y dejó de mirar a Teo fijamente. Le seguía mirando, eso sí, pero como si él fuera transparente, y fijó su mirada en un punto indeterminado que estaba detrás de él. Entonces siguió:

—Hace años, yo estuve en una comuna en Ibiza. Allí, el chamán de nuestra comunidad afirmaba que hay muchos caminos para llegar a lo Divino. El camino de la meditación es el más acertado, aunque hay otras formas. Los místicos cristianos también se pueden contar entre los «iniciados», al igual que los sufíes o los maestros budistas. Ellos son los que «pulsan» la Energía y la encauzan, los que saben, como yo sé, que eso que hay ahí fuera es real, y que...

—¡Claro que es real, Sabrina! ¡Por supuesto que sí! Pero no es cierto que haya muchas formas de llegar a ello. Mejor dicho, hay muchas formas de llegar a la parte oscura de ese mundo sobrenatural, pero solo hay una de llegar a la Luz. Luz con “L” mayúscula, por cierto —dijo, siguiéndole el juego—. Porque esas energías en las que tú crees, Sabrina, no pueden ser más que dos cosas: o bien son manifestaciones de Dios, o quizás sean manifestaciones del Diablo. No hay ninguna otra alternativa ni pueden ser otra cosa. Dios es Único, con “U” mayúscula, y además la Biblia nos dice que es un Dios celoso. No tolera que creamos en falsos dioses, en falsas fuerzas, en falsos poderes que no existen, o que adoremos a otras «energías», que no son las que provienen de él.

—Eso no es así, Teo.

—Es así, te lo aseguro. Yo no tengo los dones que tú tienes, pero tengo otro don quizá máspreciado, y que es el don de la Fe. Fe con “F” mayúscula, siguiendo tus esquemas. Y esa Fe me enseña y me asegura que mis palabras son ciertas. Y te diré otra cosa, Sabrina —continuó, tras hacer una pausa—. Creo que tú has abierto un canal con el más allá, un canal peligroso por donde pueden entrar fuerzas no deseadas. Te aconsejo que te acerques a Dios cuanto antes, para evitar ese peligro.

—Yo no he abierto ningún canal.

—Bueno, quizás el canal esté o haya estado siempre ahí. Eso es indiferente. Pero lo que sí que está en tu mano es taponarlo, o hacer de alguna manera que esas fuerzas no entren. Que entren solo las fuerzas del bien.

—A mí nunca me ha ocurrido nada malo. Nada de importancia, me refiero. Ninguna de esas fuerzas que tú dices ha entrado por ese canal —la chica se reclinó hacia atrás en la silla y adoptó una postura defensiva.

—Eso no lo sabes —contestó rotundo—. Y aunque fuera así, no han entrado... por ahora. Pero la puerta está abierta, y pueden entrar en cualquier momento —hizo una pausa—. Debes tener un guardián que te protege, si no te ha pasado nada aún, pero su poder puede disminuir o cesar, si tú perseveras en el pecado —aseveró, quitándose las gafas y mirando a la chica «desde abajo», con esa mirada que daba miedo, según la hija.

—Pero, ¿qué me estás diciendo? ¿De qué pecado me estás hablando? ¿Por qué iban a dejar de protegerme, precisamente ahora?

—Porque yo he hecho aparición en tu vida. Por eso es. Antes eras ignorante, y quizás Dios te preservaba por esa razón. Pero ahora ya lo sabes.

—¿Qué es lo que ahora sé? —ella estaba totalmente indignada.

—Bueno, pareja —interrumpió Paloma, entrando en el cubículo—, creo que tendríamos que dar por terminada esta conversación. Creo que ya os habéis conocido lo suficiente, y va siendo hora de que nos contéis vuestras impresiones—. Efectivamente, aquello estaba yendo demasiado lejos, y quizás se podría arruinar una cita que prometía tener mucha audiencia.

Tanto Teo como Sabrina miraron a la presentadora, y los dos suavizaron un poco la seriedad de sus respectivos rostros. La chica estaba comenzando a sentirse muy incómoda, y la aparición de Paloma fue providencial. Al mismo tiempo, también entró Roberto, el otro presentador y se dirigió hacia Teo.

—¿Me acompañas a la salita? Así podremos terminar la cita, y me cuentas tus impresiones. ¿Te parece?

—Claro, lo que digáis —contestó.

Lo mismo hizo Paloma con Sabrina, y esta contestó de manera parecida, disimulando el malestar que tenía. Estaba comenzando a encontrarse muy mal.

Cuando llegaron a la salita, Teo se sentó frente a un cámara, mientras Roberto hizo lo propio con otra que le filmaba a él. En ese momento el invitado se sintió algo incómodo, pues durante la cita con la chica no había habido «aparentemente» nadie a su lado. Desde luego, la sensación de intimidad había sido total, pues tanto él como ella se habían explotado sin tapujos.

—Cuéntame, Teo, ¿qué tal ha ido la cita?

—La cita ha ido bien, en líneas generales. Un poco accidentada hacia el final, pero bueno, espero que haya sido de provecho para ella.

—¿Tú tendrías una segunda cita con Sabrina? —preguntó, yendo directamente al grano.

—Yo sí la tendría. No sé lo que opinará ella, pues al final nos hemos separado un poco en nuestras opiniones, pero a pesar de eso, tenemos muchos puntos en común.

—¿Quieres añadir alguna cosa más?

—Pues, solo decir que, en el caso de que ella no lo quisiera, estoy dispuesto a ser su amigo. Yo creo que Sabrina necesita ayuda, y si aceptara mi amistad yo se la podría ofrecer. Puede parecer un último intento desesperado de estar con ella, pero créeme que no es así.

En ese momento el presentador hizo una señal a los cámaras, y estos dejaron de grabar.

—Ok, Teo. Creo que ha salido bien. Ahora vamos a esperar a que Paloma termine con Sabrina, y cuando sepamos lo que ella piensa, reanudamos la grabación, como si fuera continuación de lo que acabas de decir. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, esperaremos.

—¿Quieres tomar algo, mientras? ¿Un café o algo así?

—No, gracias, con el *bitter* ha sido suficiente. Además, ya es un poco tarde, y pronto será la hora de la cena.

—¿Te esperan a cenar en casa?

—Sí, me espera mi hija pequeña. La mayor ha tenido que salir a un evento con su marido, y no podré verla hasta mañana. Pero en cuanto salga, llamaré a las dos, claro está.

—Vives en Madrid, supongo...

—Sí, en la zona norte.

—Pues qué suerte... Yo vivo en la otra punta...

—Bueno, yo también vivo en la otra punta... de mi lugar de trabajo, así que estamos igual. Oye, Roberto —preguntó, cambiando de tema—. ¿Tú crees que saldremos en antena?

—Estoy seguro. Depende del productor, desde luego, pero vuestra cita ha sido muy jugosa.

—Pero lo del final...

—Eso no estoy seguro de si se retransmitirá. Es posible que sí, o quizás nos digan que lo editemos.

—¿Tendremos que grabar otra vez?

—¡Oh, no! Ya no os molestaremos más. Los editores hacen maravillas con el video-shop, ya lo verás, si es que modificamos algo.

—Pero... no me gustaría que me hicierais decir algo que yo no he dicho...

—No, no llegamos a tanto. Solo se distorsionan algunas palabras para que no se entiendan, si acaso, o se bajan de volumen. Como mucho se insertarán expresiones de otras partes de la entrevista y poco más. No te preocupes.

En ese momento el presentador miró hacia uno de los lados, y tras escuchar algo que le retransmitían por el «pinganillo», se dirigió a los cámaras y al invitado.

—Venga, vamos a terminar. ¿Estáis listos?

Los operarios hicieron una señal y cuando Roberto vio una luz verde en uno de los monitores, continuó.

—Bueno, Teo, pues ya tenemos la respuesta de Sabrina. Al parecer, ella no quiere tener una segunda cita contigo, ni tampoco ha aceptado tu petición de amistad. ¿Qué te parece?

El invitado suspiró, y dijo:

—Es lo que me temía. En realidad, siempre pensé que fue una mala idea venir a este programa... Pero me quedo con lo bueno. Ha sido toda una experiencia conoceros y conocer a Sabrina, aunque ella no quiera saber nada de mí. Rezaré por ella, para que Dios le ayude.

—Encantados, Teo, por haberte conocido a ti.

—Lo mismo digo.

En ese momento apareció Silvia, la mujer que le recibió al principio, y esta le acompañó a la salida. Cuando ya estuvieron fuera del plató y de los cámaras, le preguntó:

—¿Qué tal ha ido?

—Bien, más o menos, es lo que les he dicho a tus compañeros, me quedo con lo bueno.

—Entiendo que te han rechazado...

—¿Es que no lo has visto?

—No, yo no estoy atenta a lo que sucede en el plató. Mi trabajo termina donde empieza el de mis compañeros.

—Pues sí, creo que me han puesto una mujer que es demasiado para mí.

—Sabrina era tu pareja, ¿no?

—Sí, Sabrina.

Sin saber de qué habían hablado, y sin conocerles, Silvia hizo un gesto de complicidad, como queriendo decir que esos dos no pegaban. Finalmente, llegaron a la puerta de la cadena, y le dijo:

—Mira, justo aquí hay una parada de taxis. Y un poco más abajo está el metro. Si necesitas cualquier cosa, vuelves a entrar y nos lo pides. ¿De acuerdo?

—Gracias Silvia, habéis sido todos muy amables.

Teo dobló la esquina, y justo allí estaba la parada de los taxis. Y también allí, estaba Sabrina, que acababa de llegar y estaba esperando a que llegara uno para marcharse. Nada más verse, ella se le quedó mirando, y entonces él le dijo:

—¿Vuelves para Palma?

—Sí —respondió de forma seca—. Mi avión sale enseguida.

Entonces volvió la cabeza y vio como llegaba un taxi. Mientras se acercaba, volvió a mirarla, y concluyó:

—Rezaré por ti, Sabrina, para que sigas con esa protección. Pero si te faltara, no me echas a mí la culpa. Yo solo soy un mensajero.

Ella torció el gesto y se metió en el coche de forma apresurada. Cuando entró, se le encajó el bolso entre la puerta y el exterior, y volvió a abrirla con genio para cerrarla a continuación con un portazo. Entonces arrancó el taxi, y Teo se quedó solo con una chica que estaba a unos metros de ellos. Era Patricia, la misma que había encontrado al llegar, y tenía claras muestras de estar pasando frío.

—Te han dado calabazas... ¡Eh, Teo!

Él miró hacia ella, y sonrió, y le dijo, sin perder la sonrisa:

—Pues sí, me han puesto a una chica tan guapa como tú, y claro, uno no puede apuntar tan alto.

—Jajá, en el fondo, bien mirado, no estás tan mal. Esa barbita te hace muy interesante, ¿sabes?

—Muchas gracias, pero creo que solo me devuelves el cumplido. No lo dices de verdad. Pero, oye, estás tiritando... Anda, ponte mi chaqueta —se quitó la prenda.

—Gracias, Teo, pero, y tú ¿qué?

—Los madrileños estamos acostumbrados al frío. En Sevilla tenéis un chollo con el clima...

—Claro, eso no me lo dirás en verano, con cuarenta y cinco grados...

—Bueno, puede ser, pero el invierno dura mucho más que el verano, así que no os podéis quejar. Mira ya viene un taxi. ¿Vas hacia la estación?

—No, mi tren no sale hasta mañana. Ahora voy a un hotel.

—¿A cuál?

—A uno que está cerca de Chamartín.

—Bueno, pues si quieres vamos juntos. Yo también voy en esa dirección.

—Perfecto, así pagamos a medias.

Los dos entraron en el taxi, y tras indicar el destino al conductor, comenzaron a charlar.

—Bueno, Patricia, no has salido de la mano con ningún chico... Entiendo que tu cita no te ha gustado.

—¡Ah! ¿No puede ser que me hayan dado calabazas, como a ti?

—Lo dudo mucho —dijo, mirándole el escote. Ella sonrió y comenzó a contar lo que le había pasado.

—Pues era un tipo de lo más repelente... bueno, ya lo verás en la tele cuando lo retransmitan. Me han dicho que será dentro de un mes, más o menos. Pues eso. Un chulito. «Que si yo, que si yo, que si yo...» ¡No me dejó ni hablar! ¡Con lo que me gusta a mí hablar! Pero nada. Todo el rato dándose autobombo. El chico no estaba mal, para que te lo voy a negar. Pero de coco... ahí estaba vacío. No tenía nada dentro, te lo puedo asegurar. Y a

mí no me gusta la gente así. Cuando le pregunté qué le había parecido, pues me respondió que yo no estaba mal... ¡Que no estaba mal!, ¡Solo que no estaba mal! y claro, pues yo le dije que...

En ese momento Teo desconectó. Ya lo vería en televisión, cuando fuera el momento. No dejaba de pensar en Sabrina... no dejaba de lamentarse por haber metido la pata. La pretensión de tener una relación con ella era descabellada desde el principio, pero según fue avanzando la conversación fue albergando esperanzas cada vez mayores. Pero lo fastidió todo, por hablar de más. Por si fuera poco, también pensaba en el riesgo que, según él, estaba corriendo, y estaba preocupado. Tenía que haber sido más suave. Tenía que haberle seguido de alguna manera la corriente y conseguir que ella le aceptase. La conversación iba muy bien, y los dos habían conectado. Entraba dentro de lo posible que ella le hubiera aceptado, aunque fuera como amigo. Pero no. Había dejado fluir sus pensamientos sin control alguno, y había espantado a la chica. Ahora se arrepentía sobremanera, y comenzó a sentir una profunda amargura.

—... entonces, cuando Paloma me dijo que si quería tener una segunda cita con él, pues te puedes imaginar. Le dije que no, de forma rotunda.

—Claro, era muy superficial...

—¡Hombre! ¡Y tanto! —declaró— ¿Y tú? ¿Qué tal ha sido tu chica? No parecía española...

—No, era alemana. Era un poco... especial, podríamos decir. Me cayó muy bien.

—¿Te hubiera gustado seguir con ella? ¡Eh!

—Pues sí, no te lo voy a negar. Pero bueno, no he perdido nada. Sin pareja entré en estos estudios, y sin pareja salgo. Me quedo igual, y encima he vivido una experiencia única. Supongo que como tú.

—Pues sí. Ha sido una aventura alucinante.

En ese momento, el taxi arribó al hotel de la chica y el coche se detuvo, mientras ella comenzaba a salir del vehículo.

—¿Te queda mucho para llegar a tu casa? —preguntó Patricia.

—No, un poco más. Unos minutos y ya estaré allí.

—¿Cuánto es? —preguntó al taxista, mirando al taxímetro.

—No te preocupes, Patricia. Ya lo pagaré yo cuando llegue a mi destino.

—¿De verdad? ¿No te importa?

—En absoluto.

—Bueno, como quieras... pero... oye, ¿no quieres que tomemos algo... por aquí... o en el hotel?

—No soy tu tipo, Patricia —respondió, sonriendo—. Me dijiste que si yo fuera tu cita me darías calabazas.

—Es cierto, pero eso era antes. Ahora...

—Es mejor que no lo estropeemos. De verdad. Me he quedado un poco impactado con Sabrina, y creo que es mejor dejarlo estar.

—Como quieras. Oye, me alegro de conocerte.

—Yo también. De verdad.

Ascensor averiado

Entró en el portal de su casa y pulsó el botón para llamar al ascensor. Tras unos segundos en los que no dejó de mirar aquella luz de color verde, por fin se acordó de que estaba averiado, y procedió, resignado, a subir por las escaleras hasta el séptimo piso.

Fue una subida, lenta, como contando cada uno de aquellos escalones en el silencio de la noche, y sin dejar de pensar en lo que había pasado esa tarde.

Por fin llegó a su casa, y se dispuso a abrir la puerta, aunque antes incluso de introducir la llave en la cerradura, fue su hija desde dentro quien lo hizo. Mari Carmen, con sus diecinueve años, era toda una mujer en la plenitud de su juventud, y casi tan alta como él.

—¿Qué tal ha ido la cita, papá?

—Mal —musitó, mientras se introducía en el interior de la vivienda.

—¿Por qué?

—Ya lo verás en la tele.

—¿Quién ha sido?

—Quién ha sido... ¿quién?

—Papá, pareces tonto. Quién ha sido la cita. ¿A quién te han puesto como pareja?

—A una mujer alemana.

—¿Alemana?

—Sí. ¿De qué te extrañas? —el hombre no tenía muchas ganas de hablar.

—Pues ya me dirás... no suele haber mucha gente extranjera, o al menos no de ese país.

—Vive en España. En Mallorca. Por eso es.

—Vale, y... ha ido mal la cita... porque te ha rechazado. ¿No es así?

—¡Ah! —reaccionó—. ¿No la puedo haber rechazado yo a ella?

—¿Tú? Ni de broma. Aunque te hubieran puesto a un adefesio. ¿Era un adefesio?

—No. Era un bombón. Una mujer de bandera, te lo aseguro.

—Venga... Tú tienes el listón muy bajo, papá. Descríbemela un poco más, anda.

—Metro ochenta de estatura, mucho más joven que yo, buena figura, rubia, ojos azules... Un bombón, ya te lo digo.

—¿De verdad que era así, o me lo dices de forma irónica?

—Era así, Mari —afirmó, con la cara muy triste.

—Ya —la chica calló por unos instantes—. Ahora lo entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes? ¿Acaso no puedo yo aspirar a alguien como ella?

—Bueno, yo... no quería decir eso, pero...

—Pues que sepas que no me ha rechazado por eso.

—¿Ah no?

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—Ya lo verás en la tele.

—Pero...

—Déjame, Mari. Estoy muy cansado y me quiero acostar. Mañana tengo que madrugar, y tú también. ¿No vas mañana a la universidad?

—Sí, pero...

—Hasta mañana, hija.

Los okupas

—¡No hay derecho, *fräulein* Müller! ¡No puedo comprender cómo la policía no es capaz de hacer nada!

—Tranquilícese, señor Trese.

Sabrina había vuelto a su casa, y estaba atendiendo a un cliente muy enfadado. Era una de las situaciones más desagradables de su trabajo, y, además, ella no se encontraba nada bien.

—¿Que me tranquilice? ¿Cómo quiere que me tranquilice? ¡Me han robado la casa!

—¿Ha probado a hablar con los *okupas*?

—¡Yo no tengo nada que hablar con esa gentuza!

—En nuestro país estas cosas son inconcebibles, *fräulein* —intervino la señora Trese, mientras su marido se daba la vuelta y mascullaba algunas palabras ininteligibles—. En Alemania, como usted sabe, basta con que el propietario llame a la policía, y entonces desalojan a los ladrones inmediatamente.

—Claro, pero a la gente que se ha colado en su casa no se les considera ladrones.

—¡Es que no puedo creerlo! —volvió a la carga el hombre—. El señor Trese era un hombre de unos sesenta años, recién jubilado, que volvía a su casa en Mallorca con la intención de vivir todo el año. Hasta entonces el matrimonio solo había usado la vivienda en vacaciones, y ahora pensaban asentarse definitivamente. Sabrina ya había hecho algunos trámites en su nombre para cambiar la residencia fiscal, entre otras cosas, y cuando ya estaba todo terminado y habían hecho el viaje, se habían encontrado con que su piso estaba *okupado*.

—Es un asunto complejo, yo les aconsejaría que...

—¡Es que no entiendo cómo puede pasar una cosa así! Se supone que España es un país civilizado, un país del primer mundo, que está en la Unión Europea, ¿no es así?

—Así es señor Trese, pero...

—Vamos a ver, si a uno le roban el coche, lo denuncia, y la policía atrapa a los ladrones y los meten en la cárcel, ¿no es así? Pero si a uno le roban la casa, que es un valor mucho máspreciado, ¿la policía no puede hacer nada?

—Se supone que es para proteger a los inquilinos de propietarios abusivos que...

—¡Pero qué inquilinos! ¿Qué inquilinos, *fräulein*? El piso estaba vacío, y no hay ningún contrato de arrendamiento.

—El contrato puede ser verbal —informó, mientras el hombre se ofuscaba—. Sí, ya sé que en su caso no existe ni siquiera contrato verbal. Vamos, no existe contrato verbal ni de ninguna clase, ya lo sé.

—¡No existe contrato verbal ni existen inquilinos, *fräulein*! ¿Qué está insinuando?

—No me interprete mal, señor Trese, yo estoy de su parte y le creo, pero la policía es muy cautelosa con estas cosas. Si cuando ellos llegaron a la casa se encontraron a esa gente

viviendo allí, y no había signos de violencia contra la puerta o las ventanas, ellos no tienen forma de saber si esa gente son okupas, o bien son inquilinos a los que usted pretende desahuciar.

—¿Pero es que no hay un registro de inquilinos o algo así en este país? —La mujer estaba algo más calmada que su marido, aunque su expresión tenía el mismo gesto de preocupación que la del hombre.

—No, no lo hay. Al menos, no como tal.

—En Alemania también se protege a los inquilinos, como usted sabe, pero ahora, basta con hacer una consulta al registro para comprobar si el individuo que dice ser el inquilino lo es realmente.

—Y si no lo es, se le desaloja, y punto —espetó el hombre—. Y se le desaloja de inmediato, sin más contemplaciones.

—Aquí no existe tal cosa, y si la hubiera, no podría cubrir los contratos verbales.

—Pues se obliga a que todos los contratos sean por escrito, y que se inscriban en el registro. Y si alguien no lo quiere hacer, pues se arriesga a que le echen. Tan fácil como eso. ¿No le parece?

—Sí, claro, lo que usted propone es una buena idea, pero yo creo que en España eso no se hace por motivos políticos.

—¿Cómo qué por motivos políticos?

Sabrina suspiró. La cabeza le dolía una barbaridad, y tenía esa aguda punzada en el estómago que no le dejaba vivir desde que salió del dichoso programa. Respiró hondo y trató de concentrarse en dar a ese matrimonio una solución adecuada.

—A ver cómo se lo explico... —comenzó a decir—. El gobierno de las islas, y también el del país, es de izquierdas. Se sustentan principalmente con el voto de la gente joven, y el de las personas de bajos ingresos, y una forma de congraciarse con ellos es garantizar el derecho a la vivienda. Ya saben que los precios de las casas son altos, y además hay un elevado desempleo juvenil, y entonces...

—¡El derecho a la vivienda! ¿Y el derecho a la propiedad privada? ¿Cuál de los dos prevalece? ¿Eh?

—No es cuestión de prevalencias, señor Trese. Los dos son igual de importantes, pero...

—Es como el derecho al trabajo, *fräulein* —intervino la mujer—. La constitución española también garantiza el derecho al trabajo, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Pero claro, si alguien desarrolla un trabajo... digamos, ilegal, pongamos por caso que vende artículos copiados o ilegales, como el famoso «top manta». La policía le puede confiscar la mercancía e impedirle vender, ¿verdad?

—Por supuesto, y de hecho es lo que se hace.

—¿Y por qué? ¿Dónde queda la protección del derecho al trabajo? ¿Me entiende por dónde voy?

—Sí señora Trese, le entiendo perfectamente. Pero no sé qué más decirles, sinceramente.

—¿Y entonces? ¿Qué podemos hacer ahora?

El matrimonio se quedó mirando a la chica esperando que esta les diera una solución. Sabían, por las referencias que les habían dado, que era una persona diligente y que se tomaba los asuntos de sus clientes como si fueran propios. La solución a esta tesitura era complicada, desde luego, y ella, tras pensar unos momentos, les dijo:

—Pues... a mi modo de ver tienen dos alternativas. La primera sería hablar con ellos, como les he dicho. Es posible que se conformen con unos miles de euros, y se vayan.

—¿Unos miles de euros?

—Sí, con algo de suerte, quizás por tres mil o cuatro mil euros abandonen la vivienda.

—Pero eso es chantaje...

—Claro, es chantaje, pero la otra alternativa es si cabe más cara. Si les denuncian por usurpación, a buen seguro que el juzgado no les echará hasta dentro de muchos meses. Quizás incluso años, si tienen a menores dentro del piso. Y por supuesto, no pueden cortarles los suministros.

—¿No podemos dar de baja la electricidad o el agua?

—No, no pueden. Los okupas les podrían denunciar a su vez por acoso inmobiliario.

—¿Cómo dice? Esto no ocurre en ningún país serio, *fraülein* —la mujer también estaba comenzando a exasperarse.

—No se lo niego. Y les aseguro que ellos no pondrán reparo alguno en gastar lo que les haga falta. O incluso más de lo que les haga falta, si lo que quieren es dinero.

—Y, ¿si nos piden más?

—Pues entonces, siempre podrían contratar a una agencia especializada.

—Una agencia especializada...

—Sí, por lo que he oído hay quien se dedica a expulsar a esa gente... por un módico precio.

—¿Por cuánto?

—No sabría decirles, pero podría averiguarlo. Esa gente negocia con los okupas y llegan a un acuerdo.

—Un acuerdo... ¿que implique más dinero?

—No necesariamente. Quizás eso ya forme parte de sus honorarios. Eso sí, no les pregunten qué métodos emplean para *desokupar*. Ya se los pueden imaginar.

—¡Que los machaquen! —gritó el hombre—. No se merecen menos.

—¿Podría usted pedir algún presupuesto a alguna de esas agencias?

—Claro, señora Trese. Pero yo antes les aconsejaría que hablaran con ellos. Como les he dicho, es posible que no les pidan mucho por largarse. Quizás sea menos de lo que les cobren en esos sitios.

—¿Podría usted venir con nosotros, a sondearles?

—Sí, aunque los servicios que hago «a domicilio», los cobro aparte.

El hombre murmuró algo con su mujer, y ella asintió. Finalmente dijo:

—Está bien. Ya me estoy haciendo a la idea de que esto no me va a salir gratis, precisamente.

El declive

La entrevista con los okupas fue más o menos como esperaba. Eso sí, a los Trese les costó la broma seis mil euros, pero al menos recuperaron su vivienda. Les dijeron lo típico, que «alguien» les había vendido unas llaves, y que esa persona les había alquilado la vivienda. Todo mentira, desde luego, y la propia policía les dijo que esa «familia» ya era conocida en Magaluf, la localidad en la que el matrimonio tenía su vivienda, en plena periferia de Palma de Mallorca. Estaban a sueldo de alguna de las mafias que se dedicaban a la extorsión en la isla, ante la impunidad que la justicia tenía con este tipo de delitos.

Pero lo que nunca recuperó Sabrina, fue la salud que tenía antes de asistir al programa. Y no se explicaba por qué había sido. Mejor dicho, sí le lo explicaba, pero se resistía a creerlo.

Cuando le vio por primera vez en el cubículo, sentado en aquella silla frente a la mesa con los dos románticos candiles y sus velas, no detectó nada extraño. Las premoniciones que solía tener, y «su olfato» para detectar a las personas «tóxicas», solían ser infalibles y no acostumbraban a defraudarla. Pero el caso es que con Teo no sucedió nada de eso. Al contrario, desde el principio se sintió muy cómoda con él, no notó ninguna mala vibración, y no fue hasta el final cuando se puso tan enferma.

No solo era el constante dolor de cabeza. Un dolor que no cesaba nunca, ni de día ni de noche. No era la primera vez que lo tenía, desde luego. Desde muy joven siempre había tenido reglas dolorosas que solían cursar con migrañas, pero no duraban más allá de dos o tres días, y no eran tan intensas. Pero ahora no se iban de ninguna manera. Además, estaba ese dolor en la boca del estómago, esas punzadas que le sacudían de vez en cuando, y que le despertaban con frecuencia cuando por fin conciliaba el sueño después de muchas horas de intentarlo. Muchas horas en las que veía pasar el tiempo velozmente sin que Morfeo acudiera en su ayuda.

Por si fuera poco, durante todas esas vigiliass la presencia de su madre se hacía insoponible. Ya no valía cortar la comunicación como lo hacía antes. Ahora le atormentaba y le recriminaba sin cesar por todas las cosas que había hecho o que no había hecho durante toda su vida, y sin que la pobre muchacha pudiera hacer nada para quitársela de la cabeza. A menudo se sorprendía a sí misma gritando en medio de la noche, tratando a su progenitora como solía hacer cuando estaba viva, en aquellas famosas broncas que solían tener madre e hija. Como si estuviera presente en carne humana en su mismísima habitación.

Los dolores y el insomnio se tradujeron, como no podía ser de otra manera, en que su trabajo se resintió considerablemente. Ella ya no era la solícita asistente que complacía a todos los adinerados alemanes que acudían a la agencia a solicitar ayuda con los trámites burocráticos de un país tan complejo como España. Ahora se limitaba a hacer lo básico que le pedían sin apenas sugerir nada, sin aportar mejora alguna sobre las situaciones que ellos mismos en ocasiones planteaban.

Y con el tiempo eso le pasó factura. Los comentarios que la gente dejaba sobre ella ya no eran tan buenos como antes. Es más, comenzó a recibir comentarios negativos. Además, como solía dormirse cerca de la madrugada, llegaba tarde a la oficina, y en varias ocasiones tuvo que disculparse con algunos clientes que estaban esperando desde mucho antes. Al final, terminó por no concertar citas a primera hora de la mañana, pero sus jefes no lo vieron bien. Ella no era la única *freelance* con la que contaba la agencia, y a menudo confiaban en otras personas a quienes encargar los trabajos.

Los alemanes, y sobre todo los alemanes mayores, son gente que madruga mucho, y a las horas en las que ella estaba disponible eran horas donde ya no se requerían sus servicios. Tan solo los jóvenes estaban quizás más accesibles a partir de media mañana, pero los jóvenes suelen ser autosuficientes y se tramitan ellos mismos las cosas por Internet.

Al final se quedó prácticamente con los clientes que ella había conseguido por su cuenta, que eran los que más beneficios le aportaban. Eran los mejores, desde luego, pues se quedaba el importe íntegro de la facturación, y no estaba a expensas de recibir la comisión fija que le proporcionaba la agencia.

Pero todo eso se vino al traste, también, cuando a comienzos de 2020 surgió el Covid-19 y los alemanes dejaron de viajar a Mallorca. Las restricciones a la movilidad hicieron mella en todos los sectores, pero quienes lo pasaron peor fueron aquellos que vivían del turismo o de las visitas de extranjeros. Para colmo, como ella ya no era empleada por cuenta ajena, sino *freelance*, es decir, trabajadora autónoma, no tuvo derecho a cobrar subsidio alguno por ERTE, es decir, por expediente de regulación temporal de empleo, que era el dinero que recibieron todos los que estaban contratados como asalariados. Tenía derecho, eso sí a la prestación por cese de actividad, pero esta tardó mucho en llegar para las personas que eran como ella. Es más, en su caso nunca llegó, pues todos los servicios que realizaba por su cuenta eran «en negro», es decir, sin declarar, y por tanto, no existían a efectos legales.

Su esperanza estaba puesta en el verano, sobre todo cuando a partir de junio los indicadores de incidencia y de contagios comenzaron a bajar. Algunos alemanes volvieron a viajar a España, pero eran muy pocos y apenas conseguía ingresos para cubrir sus gastos. Para colmo, a partir de mediados de julio la segunda ola de la pandemia comenzó a ensañarse con el mundo, y las distintas variantes del virus dieron lugar a que se volvieran a cerrar las fronteras.

La agencia matrimonial

—Buenas tardes. ¿Es usted Agatha?

—Hola, buenas tardes. Tú debes ser Victoria, ¿verdad? Por favor, llámame de tú.

Las dos mujeres se estrecharon la mano y la más joven se sentó en una de las sillas que estaban delante de la mesa de la encargada de la oficina matrimonial. La hija de Teo había acudido allí sin que su padre lo supiera, y había seleccionado esa agencia por la cantidad de buenas críticas que opinaban sobre ella. Nada que ver con las páginas de encuentros online, que tanto se anunciaban en todos los sitios. De hecho, le sorprendió que aún quedaran ese tipo de establecimientos, cuando lo normal es que la gente buscara pareja en las múltiples webs de encuentros que se publicitaban por todas partes. Por el contrario, y a diferencia de esas, allí se preocupaban personalmente de supervisar los posibles enlaces, y el equipo de psicólogos solía emparejar a gente que se complementaba adecuadamente y cuyas relaciones duraban.

Victoria y Agatha habían hablado por teléfono y la joven le había explicado someramente cómo era su padre. Pero la dueña de la agencia había insistido en que se vieran en persona. «Nos gusta el trato personal», le había dicho. «Es lo que nos diferencia de las otras agencias, y la razón de nuestro éxito».

La oficina estaba situada en la segunda planta de un edificio de la calle Orense en Madrid, en pleno distrito financiero. Aunque más bien a las afueras del mismo, donde coexistían las oficinas con las viviendas de cierto nivel adquisitivo.

Al llegar se encontró con una recepcionista, quien muy amablemente le condujo a una sala de espera donde se encontró con otros hombres y mujeres de diversas edades. La mayoría serían personas que acudían a una entrevista, dedujo, y que buscaban pareja, a diferencia de ella que lo hacía como encargo. Las caras nerviosas y las miradas que unos a otros se dirigían, daban buena cuenta de ello.

Al poco tiempo comenzaron a llamar a los que esperaban, para que se introdujeran en los distintos despachos. «Sala número dos, por favor; sala número cuatro...» Por fin, la chica de la Recepción le indicó a Victoria que podía pasar al despacho número uno, que era el que se correspondía con la dueña de la agencia.

Allí se encontró con una mujer rubia y distinguida, de mediana edad, que le saludó con una sonrisa muy cordial, y cuyo despacho era sencillo, pero contaba con un mobiliario caro.

—Bueno, no sé por dónde empezar... —comenzó a decir—. Supongo que no es muy habitual que vengan personas a recomendar a otras...

—Sí que lo es, Victoria. Te asombrarías. Es relativamente frecuente que vengan padres o madres a solicitar parejas para sus hijos o hijas, hermanos por hermanos, o incluso tu caso, que eres una hija que busca pareja para su padre.

—Vaya... —se asombró—. Yo pensaba que...

—A ver, no es lo más habitual, pero sucede. Lo que no es tan frecuente es que no entrevistemos a los candidatos. Y si te soy franca, contigo estoy haciendo una excepción.

—Es que no puede ser de otra manera, Agatha. Si le digo a mi padre que venga a una entrevista, seguro que se negaría. Ya me costó lo mío convencerle para que fuera al programa Cita a Ciegas y...

—¿Estuvo allí?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace unos meses.

La mujer se quedó mirando fijamente a la chica y no dijo nada por unos instantes, pero esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Ese programa es un mero espectáculo, Victoria. ¿Sinceramente pensabais sacar algo serio de eso?

—Cabía la posibilidad, desde luego, pero era algo que mi padre estaba dispuesto a hacer.

—¿Más que venir aquí?

—Yo creo que sí. A él le gustan los retos, las situaciones difíciles y era una manera de salir de la monotonía.

—Ya entiendo. Si te soy sincera, nosotros tenemos una obligación profesional de ver ese programa. Y yo pagaría por tener las grabaciones originales, sin recortar. Es una fuente de información valiosísima sobre la naturaleza humana, y aunque sean las pequeñas muestras que nos dejan ver a los televidentes, merece la pena.

—Pero...

—Sí, es un espectáculo, y muestran solo las entrevistas que dan morbo. Pero aun así merece la pena. ¿Tienes una foto de tu padre?

—Sí, claro, aquí la tengo —la chica extrajo del bolso su teléfono móvil y le mostró la fotografía que pensaba dejar en la agencia. Pero también dejó ver su fondo de pantalla, donde estaba Teo con Marta, la madre de Victoria.

—¿Puedo ver un momento la otra foto?

—¿Cuál?

—La del fondo. Me ha parecido ver... Sí, ya lo recuerdo —dijo al verla—. En la que me has mostrado primero no se parecía mucho, pero en esta, la que está con esa mujer...

—Mi madre.

—Sí, ahí le he reconocido. Tu madre falleció, ¿verdad? Creo recordar que me lo dijiste.

—Sí, así es.

—Tu padre es quien estuvo con esa chica alemana, ¿no?

—Sí. ¿Se acuerda?

—Sí, me acuerdo de esa entrevista. Y llámame de tú, por favor. Fue la cita más sonada de ese episodio.

—Y, ¿qué le pareció? ¿qué te pareció?, quiero decir.

—Tendría que volverlo a ver, supongo, pero recuerdo a tu padre como una persona seria, a quién intentaron emparejar con una desequilibrada. Alguien que veía espíritus, o algo así.

—Sí, más o menos eso fue lo que pasó.

—¿Y dices que te costó menos convencerle de que fuera allí, que hacerle venir aquí?

—A ver, mi padre es un poco... especial, podríamos decir. Tiene un carácter extraño, y manías extrañas.

—¿Cómo cuáles?

—Estudia teología, por ejemplo.

—¿Quiere ser sacerdote?

—No, para nada. Siempre ha dicho que no es su vocación. Pero le gustan las situaciones extremas. Eso sí, no las tiene que buscar él, porque si fuera así, no las haría. Le tienen que venir dadas, y se enfrenta a ellas por obligación. Su vida es ahora anodina y sencilla —siguió—, y está entrando en una espiral que no sé a dónde puede conducirlo, si no tiene a alguien que le reactive. No se si me entiende, si me entiendes, quiero decir...

—Me hago una idea.

—Mi madre era ese elemento reactivador. Eran muy distintos el uno del otro, pero se complementaban a la perfección. Eran como el ying y el yang. Ella tenía carácter y él no, ella era decidida y él no. Pero todo se terminó al fallecer ella, hace unos años. Entonces él se quedó como sin batería, por decirlo de alguna manera, y se desempeña solo a nivel básico.

Agatha escuchaba activamente, mientras apuntaba una serie de códigos en un papel que tenía delante. Entonces dijo:

—Vale, ahora cuéntame más sobre él. ¿A qué se dedica?

—Es funcionario. Trabaja de administrativo en el Ministerio de Fomento. Pero también estudió psicología en su juventud.

—No es un trabajo muy apasionante, que digamos... lo digo por lo de los retos.

—No, no lo es, desde luego. A él le hubiera gustado dedicarse a lo suyo, a la psicología, pero eso no da de comer, ni garantiza un sueldo continuo para mantener a una familia. Por eso tuvo que opositar. Por eso era mi madre quien le retaba continuamente.

—¿Cómo le retaba?

—Pues con su carácter. Mi madre tenía mucho, y además algunas manías que exasperaban a mi padre. Mantener una convivencia era un reto continuo, que a otra persona le hubieran hecho abandonar hacía mucho tiempo, pero que para él eran todo un arte. Además, mi madre tenía ciertas necesidades afectivas que solo mi padre sabía corresponder adecuadamente, y quizás gracias a eso se mantuvieron unidos.

—¿Cuáles eran esas necesidades?

—Bueno, eso no es relevante, pero al final mi padre se acomodó a esa dinámica de tira y afloja y a estar siempre a su lado cuando ella lo necesitaba. Hizo de todo aquello la razón de su vida, y por eso, cuando faltó mi madre, se quedó descolocado.

—Se quedó como una plantilla hecha a medida para un pie, que no encaja en ningún otro ¿no es así?

—Sí, es un buen símil. Nadie tiene la misma pisada ni la misma longitud entre los distintos huesos. Aunque hay pies parecidos, desde luego.

—Desde luego —Agatha terminó de apuntar más códigos y entonces siguió—. Ahora quiero que me digas sus defectos, Victoria. Comprendo que para una hija debe ser difícil verlos en un padre, pero estoy segura de que, como mujer, sabrás detectarlos para un asunto como este.

La chica sonrió y dijo:

—Sí, mi padre tiene muchos, como cualquier otra persona. Pero quizás los más relevantes para este asunto, sean quizás esa falta de sangre en las venas que hemos comentado. No es una persona que le guste salir, ni viajar, ni bailar, que son cosas que nos gustan a las mujeres. Aunque si le obligan, lo hará, y hasta le gustará. Pero no tiene iniciativa propia en ese sentido. Es un poco soso, se podría decir, y por eso la mujer que busquen, que busquéis, tiene que ser capaz de sobrellevar eso. Vamos, que tiene que ser como él, porque si no, supongo que no le soportaría.

—Ya veo. Y, ¿sus hobbies?

—No tiene, si exceptuamos lo de la teología.

—Pues no es un hobby que despierte mucho interés entre las mujeres...

—Lo sé —contestó la chica, con cara de circunstancia—. Por eso he venido aquí, entre otras cosas. No obstante, creo que, si encuentra a alguien que le motive, no tendrá inconveniente en abandonarlo. Estoy segura de ello. No sería la primera vez; ya abandonó otros hobbies más extraños, cuando apareció mi madre en su vida.

—¿Cuáles eran esos hobbies? ¿Era encantador de serpientes?

Las dos mujeres sonrieron y la chica dijo:

—Coleccionaba de todo. Desde chapas de botellas, mecheros, cromos de fútbol, sellos, monedas... hasta insectos disecados. Tenía una habitación entera, llena de todo aquello.

—Y, ¿tu madre lo reformó?

—Cuando se casaron, se quería traer todas aquellas cajas a casa, pero mi madre se negó. Al final acabó todo en la basura.

—Muy bien hecho.

—Pues, sí.

—Bien, ahora dime, ¿cómo tiene que ser la mujer que busquemos para tu padre? Además de tener carácter, me refiero. ¿Cuáles son los requisitos básicos, y cuáles son los secundarios?

—Pues yo creo que el requisito básico es que sea una mujer cristiana. O al menos que comparta los valores cristianos.

—¿Cuáles son esos valores, concretamente?

—Pues que esté abierta a la vida. Que no use anticonceptivos, que esté en contra del aborto... Eso es lo básico. Si además es practicante, pues mejor.

—Tu padre lo es, entiendo... claro, estudia teología.

—Sí, claro, y no piensa renunciar a ello; me refiero a lo de ser cristiano. Puede renunciar a muchas cosas. Puede cambiar su vida por completo si una mujer se lo pide. Pero a eso nunca renunciaría. Una mujer que esté con él tiene que aceptarlo.

—Y tiene que ser como él...

—No necesariamente. Basta con que lo acepte. Ese sería su reto, a partir de entonces.

—Vale, lo entiendo —terminó de decir—. Lo que no entiendo es por qué te molestas tú con esto. Me refiero, él no está muy por la labor, por lo que veo, pues si no, yo estaría ahora hablando con él y no contigo.

Victoria suspiró y se echó hacia atrás en la silla. Después dijo:

—Mi padre está hecho para el matrimonio. Sin una mujer en su vida, está perdido. A pesar de las diferencias que tenían entre los dos, cuando mi madre falleció se quedó muy afectado. Fue una larga enfermedad que la devoró, y también de alguna manera le devoró a él. Nos devoró a todos en nuestra familia de alguna manera, y con mi madre se fue una parte de cada uno de nosotros. Pero la parte que se llevó de él fue mucha. Una parte vital de él mismo que le dejó vivo de milagro. De hecho, creo que, si no hubiera sido por sus hijas, él al final hubiera también sucumbido. Se hubiera abandonado y hubiera acabado muriendo como muchos otros esposos y esposas que mueren poco después de que se fuera aquella persona a la que se habían consagrado. Por mí y por mi hermana siguió adelante, pero él sigue siendo media persona.

—Y necesita a otra media para poder seguir funcionando.

—Así es. Por eso he venido aquí.

—Ya. Pero, una cosa, Victoria. Lo que ninguna mujer soporta es que su novio esté continuamente hablando y recordando a su mujer anterior. Un matrimonio o un noviazgo en el que eso ocurra está abocado al fracaso. ¿Crees que tu padre se comportará así?

—Ah, eso sí que no. Él es muy hábil para cambiar el chip. Basta con que alguna vez se le escape y ella le reprenda, para que no vuelva a hacerlo. Es un poco «calzonazos», se podría decir.

—Sí, entiendo —escribió el correspondiente código en su lista de cualidades— Y... a ti, ¿cómo te sentará eso? ¿Cómo verás tú que tu padre esté con otra mujer?

—Por mi madre ya nadie puede hacer nada. Pero mi padre sigue aquí, entre nosotros, y yo solo quiero su bienestar.

—Comprendo.

—Verás, Agatha, sé qué es difícil buscar a una mujer con las características que necesita mi padre. Es decir, una persona cristiana, no divorciada o separada, que busque una relación estable y que no sea muy mayor. Como te dije, mi padre tiene cincuenta y dos años, y las mujeres viudas o solteras con esa edad escasean. Con ese perfil, lo que se encuentra son viudas ancianas. Y yo no quiero que él salga con alguien que le saque muchos años.

—Pero sí al contrario, ¿no?

—No me gustaría que se llevara muchos años con él, hacia arriba o hacia abajo —Victoria hizo una pausa y luego siguió—. Verás, antes de venir aquí hice una prospección con una asociación que se dedica a buscar parejas cristianas. No son generalistas, como vosotros, sino que solo buscan gente entre cristianos. Católicos, para ser más exactos. Pero no encontré a nadie apropiado. O eran muy jóvenes o eran muy mayores.

—Claro, es que es difícil encontrar a una persona de esa edad. Demasiado jóvenes para estar viudas, y demasiado mayores para permanecer solteras.

—Así es.

—Pero, dime una cosa, ¿tu padre admitiría a una mujer divorciada...?

—No.

—Espera, déjame terminar. Me refiero a una mujer divorciada, pero que se hubiera casado por «lo civil», es decir, que nunca se haya casado por la Iglesia.

—Bueno, en ese caso... si comparte los valores cristianos, yo creo que sí. No habría problema en que se casara con él por la Iglesia, claro está, puesto que nunca lo ha estado.

—A eso me refería.

—Aunque sería un obstáculo, desde luego. En la práctica ya tiene un marido, y quizás unos hijos... No sé cómo se lo tomaría él.

—Lo digo porque ese caso es factible. El otro, el de una viuda o una soltera, es más difícil.

—¿Por qué?

—Pues verás, mujeres solteras hay muchas, pero si llegan a los cincuenta años sin haberse casado o sin tener hijos, no suelen reunir el perfil de «mujer virtuosa», precisamente.

—No, Agatha, no es necesario que sean precisamente «virtuosas». No sé si me has entendido...

—A ver, explícate.

—Mi padre no necesita una mujer mojigata. No es eso. Puede ser una mujer que haya tenido una vida... disoluta, por decirlo de alguna manera, pero que llegada a una edad quiera sentar la cabeza, y compartir unos mínimos valores. Eso es todo.

—Ya te entiendo. Y que esté dispuesta a iniciar un noviazgo «a la antigua», y que solo tenga relaciones... cuando se case ¿no es así?

—Pues sí, eso sería lo ideal, supongo.

—¿Supones?

—A ver... yo soy su hija. Mis padres nunca me contaron si tuvieron relaciones prematrimoniales o no. Supongo que no, por ser como eran, pero en esos aspectos tan íntimos... quizás yo esté equivocada. Y él es un hombre, al fin y al cabo, y como todos los hombres...

—Sí, te entiendo. Y ahora comprendo por qué buscaste primero en la asociación esa.

—Sí, pero ya te digo que no encontré nada. No solo es cuestión de que sean «decentes», ya me entiendes. Tampoco quiero a una persona estúpida, o que no comprenda a mi padre ni lo que él necesita. Y que valore lo que él está dispuesto a dar, que es mucho. Porque él, conociéndolo como yo lo conozco, te aseguro que cuando se entrega, se entrega totalmente, y no deja nada para sí mismo.

La mujer terminó de tomar notas, y tras unos segundos emitió su dictamen.

—Pues verás, Victoria, aunque te parezca lo contrario, creo que no me será difícil encontrar algo adecuado para Teo. Ten en cuenta que la gente que viene a nosotros son personas mayores, quiero decir, que no son jóvenes, es decir, que les cuesta ligar. Personas maduras que no se manejan bien en las aplicaciones de citas que hay ahora, y que prefieren pagar un dinero para que profesionales como nosotros les busquemos a su media naranja. Que no son hábiles con las relaciones sociales, pues de lo contrario no nos necesitarían. Y suelen ser personas que quieren una relación estable, y que en muchas ocasiones ya tienen los valores que vas buscando. Quizás hayan tenido un descalabro, o simplemente ya están hartas de andar con hombres que las terminan dejando.

—Y mi padre para eso es ideal.

—Eso es. Y respecto a los anticonceptivos o el aborto... si encontramos una mujer de la edad que tiene tu padre, eso ya no será un problema, por razones... biológicas.

—Entiendo.

—Pues déjame consultar en nuestra base de datos. Es seguro que encontraré un puñado de chicas que podrían encajar. Si te parece te envío sus perfiles, anónimos, por supuesto, y me dices cuál es el que prefiere.

—El que prefiera yo. Yo seré quien elija. Él no tiene porqué saber nada de esto, hasta que todo esté listo.

—Pero, entonces...

—Él hará lo que yo le diga. Por eso no te preocupes.

—Está bien. Pero indícame un orden de prioridades. Puede que la número uno no le acepte a él.

—Claro, así lo haré. ¿Necesitas alguna foto más, o con la foto que te he enseñado es suficiente?

—Envíame dos o tres más. Las que mejor le definan. Y alguna de cuerpo entero.

—Está bien.

Victoria comenzó a levantarse, y antes de salir preguntó:

—Oye Agatha, una cosa más. ¿Es cierto lo que promocionáis, eso de que, tres de cada cuatro parejas que organizáis acaban cuajando?

—Por supuesto. Es más, sin conocerle a él, estoy casi segura de que Teo será uno de esos tres casos. Llevo ya más de veinte años en esto, y tengo ciertas intuiciones que no me suelen fallar.

La cola del hambre

—Hola, Sabrina. ¿Qué tal estás hoy?

—Fatal, Matilde. Apenas he pegado ojo en toda la noche.

La voluntaria, una señora mayor que colaboraba en el comedor de Cáritas, se lo notó enseguida. La cara demacrada, unas ojeras que le llegaban al suelo, el pelo hirsuto, despeinado y quebradizo...

—¿Por qué no vas al médico?

—Ya he ido, pero no sirve de nada. Y menos mal que aquí la sanidad es gratis.

—Desde luego. Pero, ¿por qué dices que no sirve de nada?

—A ver, me han mandado unas pastillas para el dolor que quizás sí, me alivian algo, pero no mucho.

—Y, ¿el estómago?

—Me han hecho una gastroscopia.

—Y, ¿qué tal?

—No ven nada concluyente. Algo de gastritis, nada más.

—¿No te han recetado algo para eso?

—Omeprazol; ya sabes, un protector estomacal. Pero no me hace nada.

El hombre que tenía detrás de ella hizo un gesto como de apremiar la conversación. Él también estaba a la cola de aquella casa de caridad, y se ve que tenía prisa en recibir su ración de comida.

—¿No quieres saber en qué consiste hoy el menú?

—La verdad es que me da igual.

—Hoy hay paella. ¡Y de la buena! Nos la han traído los del restaurante de aquí al lado. Ya sabes que por la pandemia tienen restringido el número de mesas, y la mayor parte de las veces tienen sobras. Habían hecho una promoción con el arroz... pero no han tenido éxito. Está todo tan mal...

—El dichoso virus. A los que no les ha matado ya, los matará pronto. Aunque no sea por Covid.

—Venga, mujer, ánimo —replicó Matilde, mientras le entregaba una bolsa con una tarrina de plástico que contenía el arroz—. También tenemos tarta de queso, que sé que te gusta. Hay muy pocas, pero te he reservado una para ti. ¡Me da tanta pena verte con esa cara! ¡Con lo guapa que tú eres!

—Gracias, Matilde. Ojalá mi casero, esta tarde me trate igual de bien.

El hombre detrás de ella se empezó a quejar ahora a viva voz, y las dos mujeres se despidieron hasta el día siguiente.

Sabrina salió de aquel comedor social y se dirigió hacia su casa, echando un ligero vistazo a la bolsa que portaba. Aquello sería todo lo que comería en el día, y esta vez se decidió a comérselo todo en el almuerzo, sin dejar nada para la cena.

Y no se equivocó en la decisión. La discusión que tuvo con «el casero» le hubiera quitado el apetito.

Porque en realidad no fue el arrendador quien fue a visitarla a su casa, aquel apartamento alquilado en el que llevaba tantos años.

Cobradores de morosos

—Buenas tardes, señorita. Venimos a cobrar las mensualidades atrasadas.

—¿Dónde está don Gregorio?

—El señor Márquez no volverá a hablar con usted. Ahora tendrá que tratar con nosotros.

Ante la puerta de su casa se encontraban dos individuos perfectamente trajeados y peinados, que vestían un vistoso uniforme que correspondía inequívocamente a una empresa de cobro de morosos.

—Ya le dije a don Gregorio que, tan pronto como recupere el trabajo...

—Señorita Müller. Ya no hay más tiempo, ni más períodos de gracia. Usted está ocupando una vivienda ilegalmente, y le rogamos que se marche.

—Que se marche, o que pague —añadió el otro hombre, que todavía no había hablado—. Preferiblemente lo primero.

—¿Por qué lo primero?

—Usted está pagando un alquiler irrisorio.... —cuando lo pagaba—, añadió el otro hombre. Esta vivienda es una vivienda exclusiva, que se puede alquilar ahora por mucho más.

—Ya, ahora entiendo —replicó, resentida. Es lo que había estado pasando en los últimos años, con el «boom» turístico que sufrieron las islas Baleares. Había incluso escasez de profesionales que se necesitaban en las islas más concurridas, porque los camareros, maestros, enfermeros... no podían pagar alquileres tan altos y por tanto, escaseaban.

—Estoy dispuesta a que me suban el alquiler. Tengo clientes con alto poder adquisitivo que...

—¿Dónde están esos clientes? ¿No nos ha dicho que no tiene trabajo?

—Claro, ahora no, por la pandemia, pero en cuanto se permitan de nuevo los viajes, quiero decir, en cuanto vuelva el turismo, pues entonces...

—No podemos esperar más. Ya son muchos meses de impagos.

—Pero...

—La pandemia puede durar todavía mucho tiempo, señorita Müller. Ahora llega el invierno, y no es precisamente un momento propicio.

—Ya, pero el verano que viene...

—Márchese, señorita. Márchese o pague.

Los dos hombres mantenían una postura hierática, sin expresividad, mientras ella intentaba discurrir alguna alternativa. Pero, lamentablemente, no había ninguna. Tan solo se le ocurrió decir, para ganar tiempo:

—Podría pedirle prestado a algún familiar. Si me dan el tiempo suficiente...

—Una semana. Le damos una semana. Si dentro de ese tiempo no hemos recibido el dinero en la cuenta corriente habitual, tendrá que marcharse.

Entonces se acordó de los señores Trese, quienes habían sufrido un calvario para conseguir desalojar a los okupas que invadieron su casa. Ahí hizo un último intento.

—Y... ¿si no lo hago? El gobierno ha prohibido los desahucios por la pandemia. Legalmente no pueden echarme.

—Nosotros actuamos al margen de la ley, señorita Müller. No sé si me entiende...

—Sí, le entiendo perfectamente —respondió, tras unos segundos de estupefacción.

—Dentro de una semana volveremos. Acuérdesse de lo que le hemos dicho.

Un espectro

—Oye, Vicky, ¿cuándo vas a quitar la foto de tus padres del fondo de pantalla y vas a poner la mía? —preguntó Jorge, mientras Victoria accedía a su teléfono para contestar a un mensaje que le acababa de llegar.

—¿La tuya? Nunca. Lo único tuyo que pienso poner es a tu hijo. A ver si me lo haces de una vez.

—Anda ven, que te lo voy a hacer ahora mismo.

—Ahora me parece que no va a poder ser. Tengo que ir a ver a mi padre.

—¿Otra vez?

—Me temo que sí.

Victoria se acaba de despertar y su marido le había traído el desayuno/almuerzo a la cama. Esa semana había tenido el turno de noche en el hospital en el que trabajaba como enfermera, y Jorge ya había venido a casa desde la oficina, pues era viernes y salía justo a tiempo para poder comer en su casa. Estaban teniendo esa conversación mientras ella terminaba de comer la tortilla francesa y el zumo de naranja que él había preparado.

—Oye, y, ¿no puedes ir más tarde?

—Tengo que ir ahora para impedir que se duerma la siesta.

—¿Por qué?

—Porque lo hace a deshoras. Duerme más de día que de noche, y eso no puede ser.

—Mira, Vicky, no puedes seguir así. No puedes seguir haciendo de tu madre. Te preocupas casi más de él, que de mí.

—Anda, tonto —le atrajo hacia sí y le dio un beso—. Si mis planes funcionan, creo que voy a tenerlo ocupado durante una buena temporada. A ver si hubiera suerte y fuera para siempre.

Victoria recordaba esta conversación con su marido mientras iba en el metro hacia la que había sido su casa hasta que se casó con Jorge. Lo había conocido en el hospital, cuando lo ingresaron para una operación de apendicitis, y allí se enamoraron. Sus ojos azules y su alta estatura cautivaron a la chica, y él se quedó prendado de su simpatía y de la dulzura de su expresión.

Victoria se parecía a su madre, y era una muchacha algo rellenita, aunque se movía con agilidad. Su pelo castaño y sus grandes y expresivos ojos eran desde luego lo mejor que tenía, y su boca dibujaba una forma preciosa cada vez que se reía. Jorge y ella hacían una buena pareja, y solo faltaban los hijos para completar la felicidad de aquella familia que estaba comenzando a vivir.

Tan solo los tumbos que daba Teo, su padre, era lo que más preocupaba a la muchacha y hacía que su dicha no fuera completa.

Antes de ir había intentado llamarlo por teléfono, pero, como siempre, lo tenía apagado. No le quedó más remedio que acudir, a pesar de que vivía algo retirada de la que fuera su casa.

Cuando llegó, abrió la puerta con su llave, y se fue derecha al dormitorio, donde, como suponía, se lo encontró acostado.

—Ya te estás levantando —le espetó, mientras subía hasta arriba la persiana y encendía la luz.

—Pero, ¿qué estás haciendo, hija? —contestó, aturdido, mientras se ponía la mano derecha sobre los ojos.

—La siesta ha terminado.

—Pero, ¡si me acabo de acostar!

—Son casi las seis de la tarde, papá. Debiste llegar del ministerio sobre las cuatro, y supongo que no habrás tardado más de media hora en comer. Debes llevar casi dos horas durmiendo... ¡ya está bien!

—Pero, Vicky, la noche pasada solo dormí dos o tres horas, y necesito recuperarme...

—Eso ya lo harás esta noche. Ahora toca levantarse. Si hicieras más vida de día, te podría dar un poco el sol y estarías menos pálido. Pareces un espectro...

El hombre se levantó de forma pesada, mientras la hija le intentaba quitar el pijama y sacaba del armario ropa normal.

—Déjame, por favor, ya me visto yo solo.

—Es que es muy fuerte, papá, que te acuestes la siesta con pijama... solo te falta el orinal... por favor...

—Lo hago porque quizás con suerte, empalme para toda la noche. O para toda la vida, si Dios tuviera a bien.

—No vuelvas a decir eso ni en broma ¿me oyes? ¡Ni en broma! ¿Me has oído?

—Sí, Vicky, te he oído.

—Ya nos quedamos sin mamá en su día, y ahora no nos queremos quedar sin ti.

—Ya no os hago falta, hija. Tú ya estás casada y Mari Carmen...

—Por cierto, ¿dónde está?

—No lo sé. Cuando llegué no estaba. Solo la vi ayer, casi a la hora de cenar.

—¿Dónde estuvo toda la tarde?

—Con las amigas, supongo.

—¿Solo supones?

—Sí, solo supongo. Ya ni le pregunto. Siempre responde lo mismo.

—Y ¿dónde estuvo?

—Pues en el mismo sitio de siempre, es decir, «por ahí».

—Ya veo —contestó, mirando hacia otro lado—. Bueno, ya hablaré yo con ella, a ver si la meto en vereda.

—Pues que tengas suerte, hija; esta chica es muy rebelde y solo tu madre sabía manejarla.

—Ya lo sé, papá. A mí tampoco me resulta fácil, pero al menos me responde. Eso sí, no cesa de decirme lo de siempre, ya sabes.

—«Tú no eres mi madre». ¿Verdad?

—Exactamente. Pero no me queda más remedio que preocuparme por vosotros. Mientras no tenga hijos, claro, porque entonces... ya veremos. No me puedo desdoblar, como te puedes imaginar.

—Por mí no tienes que preocuparte. Ya me apaño solo. No sé por qué has venido.

—Pues para intentar que hagas una vida normal, papá. No puedes acostarte tan tarde y dormir solo tres horas. Así te echas luego las siestas que te echas, claro. Pero esto no puede seguir así.

—¿Por qué no?

—Porque tienes que intentar rehacer tu vida, y cumplir unos horarios. Ser una persona normal, vaya.

—Ya lo soy. Acudo a mi trabajo todos los días, y por las noches estudio.

—¿Sigues leyendo esos libros?

—Sí, es lo único que me llena.

—Pues a partir de mañana te van a llenar otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Mañana a las cinco tienes una cita con Mayte.

—¿Quién es Mayte?

—Tu novia —aclaró—. Y por favor, pórtate bien, porque me ha costado un buen dinero conseguírtela.

Múnich

Antes de que se cumpliera la semana de plazo, Sabrina abandonó la vivienda y voló hacia Alemania. Decidió hacer caso a su madre, quién le insistía en que se marchara de vuelta a su patria a vivir con su tía Klaudia.

La hermana de Annika siempre la trató con indiferencia, aunque la llamaba de vez en cuando para saber cómo estaba, sobre todo desde que falleció aquella. Sabrina nunca se llevó mal con su tía, pero tampoco bien. Era en cierto modo parecida a su madre, y eso le desquiciaba. Pero era aceptar su hospitalidad o quedarse en la calle. No tenía otra opción, y, a pesar de tener que cumplir quince días de cuarentena por viajar desde un lugar con alto riesgo, se decidió a volver a su país. Quince días, por cierto, que tuvo que pasar en un albergue para indigentes, pues ni eso le permitieron aquellos dos tipos.

Volver a Múnich significó en cierto modo un fracaso vital para ella. Había salido de su casa hacía casi veinte años, huyendo en parte de su madre, y se decidió a no volver allí nunca más. El clima cálido de España y particularmente el de las islas Baleares, la amabilidad de la gente en contraste con la frialdad de los alemanes, y algún otro amor que tuvo, le determinaron a no regresar a su país natal... hasta que no le quedó más remedio.

Annika ya no existía físicamente, pero su hermana Klaudia era una especie de versión descafeinada de su madre. Y lo peor de todo era lo mal que se encontraba. No le gustaba nada estar en Alemania; no le gustaba nada estar con su tía; y por si fuera poco, los problemas de salud eran cada vez mayores. El invierno se echó encima, y en noviembre ya anochecía a las cuatro de la tarde. Nada que ver con España.

La relación con su tía no era buena, y entre unas cosas y otras apenas salía de su habitación, ni casi de la cama. Al poco ya de llegar, los dolores físicos fueron acompañados por un malestar psíquico que la hundió todavía más, en lo que se configuró como una profunda depresión que le llevó a perder varios kilos.

Un universo de negrura y desesperación que le llevó a rezar a Dios por primera vez desde hacía muchos años, pues las «energías» a las que se solía encomendar de una forma «abstracta», ya no funcionaban. Y Él, como no podía ser de otra manera, acudió en su rescate.

Klaudia

Eran las doce de la mañana y Klaudia regresaba a casa después de comprar algo para comer. Al llegar se encontró a su sobrina mirando por la ventana, sentada sobre una mecedora y contemplando la calle. Estaba nevando en Múnich, y la chica pareciera que tuviera el doble de edad, es decir, que fuera una anciana.

—Sabrina, he comprado las verduras que me pediste, pero también huevos y salchichas.

—¿Son para ti?

—No. Son para ti.

—No pienso probarlo.

—Con las verduras no llegarás a ninguna parte. Te estás quedando en los huesos y...

—Las verduras son suficientes para llevar una dieta equilibrada y saludable. Si a eso unimos proteínas vegetales como las alubias, por ejemplo...

—¡Equilibrada! —interrumpió la tía—. Tú no estás llevando una dieta equilibrada, hija. Tu dieta es lo menos equilibrada y saludable que he visto en mi vida. Comes a deshoras, y lo que es peor, comes poco. Necesitas algo más potente si no quieres que...

—Está bien, Klaudia —claudicó, nunca mejor dicho—. Las discusiones con ella le incrementaban si cabe más el dolor de cabeza, y el cansancio que tenía por no dormir en condiciones normales le impedían si cabe revolverse—. Comeré esa porquería si te place.

—No es ninguna porquería.

—¡Te he dicho que lo comeré! Vale ya, por favor...

—No tienes por qué contestarme así, Sabrina. Con lo que estoy haciendo por ti... Creo que merezco un poco más de respeto.

—Perdona —replicó, con indiferencia.

—No te encontrarías así, si hubieras sido una persona «normal».

—¿Qué significa ser una persona normal, Klaudia? —se incorporó, ligeramente.

—Pues, si en lugar de haberte ido a Ibiza para hacer guarradas, mejor te hubiera ido si te hubieras quedado aquí. Si hubieras hecho lo mismo que hicieron tus amigas.

—¡Oh, tía! No empecemos otra vez con eso...

—¿Acaso no es cierto? Anna tiene tu edad y a estas alturas ya tiene hijos mayores, que, ¡hasta trabajan! Si tú te hubieras casado en lugar de irte, ahora tendrías un marido que cuidara de ti, y no te verías en la miseria.

—Los maridos van y vienen. También se divorcian.

—Sí, puede ser, pero los hijos no. El hijo de Anna está saliendo con una chica y pronto se casará.

—Vale, y ¿qué?

—Pues que Anna nunca se verá sola. En caso de necesidad siempre tendrá a alguien. Es lo que tiene la familia, Sabrina. Que se arropan unos a otros. Y tú...

—Yo, ¿qué?

—Tú no tienes familia. Estás sola.

—No estoy sola. Te tengo a ti.

—¡A mí! ¡Pues vaya una familia de conveniencia! ¡Vaya el caso que me has hecho tú en los últimos años! Ni una llamada, ni un mensaje... Y claro, cuando no tenemos otra cosa, pues nos vamos con la tía Klaudia, a que nos de comida y techo... ¡Qué bonito!

Eso la terminó de enervar. Se puso de pie y le espetó, dirigiéndose hacia su habitación:

—Me voy. No quiero ser una carga para nadie.

—¿A dónde vas?

—No lo sé. Fuera de aquí. No quiero agradecerte que me des comida y techo.

—Espera, Sabrina, espera... —se interpuso entre ella y la puerta de su habitación, y la sobrina se detuvo, cruzándose de brazos.

—Perdona si te he ofendido. Ya sabes que soy muy directa... soy un poco como tu madre y...

—¿Solo un poco?

—Es que... me da tanto apuro verte de esa manera... A ver si acaba pronto la pandemia y vuelves a trabajar. Quizás sea eso lo que te haga falta, hija. Y no, no lo digo por recriminarte nada. Ya sabes que puedes estar en mi casa el tiempo que necesites.

—Yo creo que ya no tengo salud ni siquiera para eso, tía —se ablandó.

—En cuanto vuelvas a la actividad se te pasará, estoy segura. Todo lo que tienes es psicosomático. Sabes lo que es, ¿verdad?

—Sí, trasladar al cuerpo los problemas psicológicos.

—Pues eso.

—No es mi caso. Yo no tenía problemas psíquicos cuando empecé con los dolores. Tenía trabajo, y era feliz.

—¿De verdad que eras feliz?

Ella se detuvo y pensó un instante. La verdad es que entonces le faltaba «algo», y por eso fue al programa de Telesexta. Pero tampoco era infeliz, y así se lo expresó:

—Sí, mi vida era plena, como la que puede tener cualquiera. Quiero decir, más o menos. Nadie está libre de problemas, lógicamente y...

—Pues entonces deberías ver a otros médicos. Quizás des con alguno que te solucionen lo que tienes.

—Ya estoy harta de médicos. Solo me recetan analgésicos o pastillas para dormir. Que por cierto, no me hacen nada.

La mujer mayor se quedó mirando fijamente a su sobrina, con una expresión de duda. Tras unos segundos le dijo:

—No pensaba decírtelo, pero creo que te ibas a enterar de todas maneras. Un día podrías pasar por ahí, y... en fin, quizás con eso te animes un poco.

—Pero, ¿de qué me estás hablando?

—De Klaus.

—¿Klaus?

—Sí, tu antiguo novio. Si es que a eso que fuisteis se le puede llamar un noviazgo. Ha vuelto.

—Klaus...

—¿No lo sabías? —dedujo, por la expresión de la chica—. ¿Cuánto hace que no le veías?

—Muchos años. Desde Ibiza. Le perdí la pista cuando se fue a Canarias. No he vuelto a saber nada de él. Pero... ¿por qué me lo dices? Mi madre y tú le teníais un odio... casi visceral.

—Se ha reformado.

—Cómo que se ha...

—¿Recuerdas la pequeña iglesia que había en Laim? En la calle Rushaim.

—Sí, claro. Está cerca de aquí.

—Pues ahora, él es el pastor.

Klaus

Apenas comió un par de salchichas y un poco de huevo, y se acostó para intentar dormir un poco. Pero no lo consiguió. Por el contrario, se le venían a la cabeza las imágenes del pasado, un pasado de luz y felicidad, aunque como todo en su vida, terminó saliendo mal.

Klaus era un vecino de su barrio, tan solo dos años mayor que ella. Él fue quien la arrastró a Ibiza, a habitar en aquella comuna. El grupo se componía de un número variable de personas que iban y venían, y que fluctuaron desde las cinco iniciales a casi veinte en su momento de máximo esplendor. Se dedicaban a vivir en la playa por el día y a hacer el amor por las noches en aquellas tiendas de campaña improvisadas que se prodigaban tanto por la isla. Compartían absolutamente todo lo que tenían, desde los enseres, la ropa o la comida, pasando también por los cuerpos de cada uno de sus integrantes. Todo era de todos, sin que nadie pudiera atribuirse propiedad alguna, ni siquiera en lo sentimental.

Pero aquella idílica sociedad hacía aguas por todas partes. Primero fueron las rencillas con Wilhelm, quien era de facto el líder de aquella comuna. Un líder no oficial, pues en teoría las decisiones se tomaban entre todos. Pero en la práctica no era así. Este se terminó encaprichando con Sabrina, y rechazó a la chica que parecía su preferida hasta ese momento. Las dos mujeres comenzaron a tener celos la una de la otra, y máxime cuando Sabrina seguía enamorada de Klaus, quién siempre fue «su favorito». La chica aceptaba a regañadientes las relaciones con Wilhelm, como un mero «servicio» a la comunidad.

Pero, por mucho que las charlas «moralizantes» que en realidad eran adoctrinantes se repitieran sin cesar alrededor del fuego, los sentimientos son los sentimientos, y en más de una ocasión saltaron chispas y no precisamente desde la hoguera frente a la cual se sentaban todos.

Por último, cuando los padres de aquellos jóvenes que apenas eran algo más que adolescentes cerraron el grifo del dinero, comenzaron los problemas de verdad. Intentaron sostenerse con la venta de pulseras de cuero, figuritas y otras artesanías que vendían a los turistas, pero en invierno estos no eran muy abundantes. La precariedad comenzó a hacerse presente, y todo estalló cuando Wilhelm se peleó con Klaus por culpa de una mujer que los dos se disputaban. Una mujer que no era Sabrina, precisamente.

Eso hizo que los dos se separasen y rompieran el amor que les había llevado a Ibiza desde su vecindario de Múnich. El fin de la comuna estaba ya cercano, y era algo que todos anticipaban. Quién más y quien menos tenía ya ciertos planes, y los de ella pasaban por irse con Klaus a alguna parte a iniciar una vida en pareja. Pero todo aquello se fue al traste tras aquella pelea, y el fin la comuna produjo una diáspora que acabó con Sabrina sirviendo copas en un bar de Mallorca y viviendo con otras chicas españolas —de la península—, que hacían lo propio.

Pero desde aquello, habían pasado ya muchos años, y ahora sus sentimientos hacia él eran cuanto menos contradictorios. Ya no le odiaba como en pasado, aunque le guardaba cierto resquemor por no haberse interesado siquiera por ella en todos aquellos años. Algo que Sabrina sí que había hecho, por cierto, aunque sin éxito.

Klaus era hijo de migrantes húngaros que habían recalado en Alemania huyendo del infierno comunista a mediados de los años setenta. El matrimonio Eger alquiló una habitación en un bloque de viviendas contiguo al de los padres de Sabrina, y pronto tuvieron

un hijo, solo dos años antes de nacer esta. El hombre encontró trabajo junto a Adler —el padre de Sabrina— en la Volkswagen, y la familia prosperó.

Klaus se ganó la confianza de todos los chicos del barrio. Era un líder nato, a pesar de sus orígenes extranjeros y de las extrañas costumbres de sus padres, que mantenían el idioma de su país y nunca llegaron a hablar el alemán con soltura. Pero no fue el caso del hijo: bilingüe en los dos idiomas, no le fue difícil adquirir un tercero, el español, en el tiempo que pasaron en Mallorca. Un idioma que perfeccionó, sin duda, pues hasta donde ella sabía, se había marchado a Canarias con otro alemán, a llevar un negocio de coches. Y eso era todo lo que conocía de él.

Años después, cuando ella ya era asistente personal y ganaba bastante dinero, le buscó por las redes sociales a ver si le encontraba, más que nada por curiosidad. Pero no lo encontró. Después intentó hablar con sus padres, en una de las escasas visitas que hacía a su país, pero aquellos extravagantes húngaros no supieron darle razón, o bien ella no fue capaz de entenderles, y desistió de indagar más.

Y ahora... Ahora había vuelto y estaba a solo un paseo de su casa.

Tras más de una hora de dar vueltas en la cama, por fin se decidió a levantarse, pues no podía sacárselo de la cabeza. Se vistió, y a pesar del frío se dispuso a ir hacia la iglesia de la calle Rushaim, aunque no pensaba entrar, de momento, a pesar de que se moría de curiosidad por saber cómo había acabado allí el hombre que tanto había significado en su vida años atrás.

Ese día tan frío, nada más salir del portal de su casa hacia el barrio de Laim, apareció Annika:

—¡No vayas! ¡No vayas! —le advirtió su madre.

—¿Por qué?

—¿Es que quieres revivir el daño que te hizo?

—Hace ya mucho tiempo de eso.

—Él sigue siendo el mismo.

—¿El mismo?

—¡Sí, el mismo! ¡El mismo! ¡El mismo! ¡El mismo!

—¡Cállate! Tú qué sabrás...

—Yo sé muchas cosas, hija.

—¡Tú no sabes nada!

—Yo sé más que tú. Habito en una dimensión superior... y desde aquí se ven muchas cosas. ¿Acaso no lo sabes? ¿Acaso no se ve más desde la cima de un monte que desde el llano?

—No pienso hacerte caso, mamá.

—Sufrirás con dolor, Sabrina. ¡Sufrirás con dolor!

—¡Ya sufro con dolor! ¡Malditas seas! ¡Cállate de una vez!

Cuando llegó frente a la iglesia vio la puerta cerrada, pero un cántico dentro de la misma se dejaba oír desde la calle. La puerta doble de madera tenía unos cristales en altura que ella no podía alcanzar, a pesar de que se puso de puntillas. Entonces no le quedó más remedio que abrir la puerta, y entonces entró.

Mayte

—No te pongas otra vez lo mismo que llevaste a Cita a Ciegas.

—¿Por qué?

—Pues, porque si Mayte te vio ese día, y ahora te vuelve a ver con lo mismo, va a pensar que no tienes otra cosa.

—Es que no tengo mucho más, sinceramente.

Victoria había ido a supervisar la vestimenta de su padre y a darle los últimos retoques. A su marido no le había hecho mucha gracia, pues habían quedado para ir a bailar. Pero se resignó, pensando que, con un poco de suerte, aquella podría ser una de las últimas veces que le asistía.

—Y, ¿aquel traje gris que tenías antes?

—¡Ja! Ese no me vale desde hace años. Ahora ahí caben dos Teo.

—Claro, es que estás tan delgado... ¿Por qué no tomas algunos suplementos de proteínas?

—Yo no pienso tomarme «mierdas químicas», Vicky.

—A ver, déjame que mire en el armario —la chica, se dirigió al ropero, y sin dejar de mirar a su padre, después de un rato sacó un pantalón vaquero azul clarito y una camisa beige moteada en violeta—. ¿Esto te vale? —preguntó.

—Ni idea. No sabía ni que existía.

—Probablemente te lo regalaría mamá en alguna fecha señalada. Venga, pruébatelo.

El hombre obedeció y cuando terminó de ponerse lo que le daban, se dio la vuelta y sometió su aspecto al escrutinio de la hija.

—Te podría quedar mejor, pero bueno, con la americana se disimularán un poco las holguras. Procura no quitártela, ni tampoco te quites las gafas.

—¿Por lo de los ojos hundidos?

—Eso es.

Teo se puso los zapatos y terminó de vestirse y los dos salieron de la habitación y entraron en el salón, donde les esperaba Jorge, el marido de Victoria.

—¡Caramba, suegro! Esta tarde, triunfas seguro.

—No me hagas reír por favor... Vaya encerrona que me has hecho, Vicky.

—Ya me lo agradecerás.

—Pues sí, suegro, a ver si te lías con esa chica. Ya está bien de utilizar a mi mujer para tus menesteres domésticos. Se pasa más tiempo en tu casa que en la mía.

—Ja, ja, ja, qué risa —gesticuló con una mueca el aludido, sarcásticamente.

—La cita es en la cafetería del centro comercial Valle Suertes. Es grande y no hay mucho ruido. Allí podréis hablar tranquilamente. Venga, date prisa, que te llevamos.

Los tres se montaron en el coche y cuando llegaron al lugar, Teo se bajó, sin que su hija ni su yerno hicieran ademán de hacer lo mismo.

—¿No me acompañáis?

—Sí, claro, a apoyarte moralmente —sugirió Jorge.

—Digo, hasta la cafetería.

—Nos vamos a bailar, papá.

—¿A Sausalito?

—Sí —respondió—. Venga, buena suerte, y pórtate bien. No metas la pata...

—Lo intentaré.

En ese momento arrancó el coche y Teo se quedó mirando cómo se alejaba hasta que dobló la esquina. Se quedó un momento con la mente en blanco hasta que miró el reloj y vio que solo faltaban dos minutos para las cinco. Entonces se apresuró a entrar en el centro comercial, y buscar la cafetería. Hacía tiempo que no iba por allí y no recordaba bien dónde estaba.

Mientras recorría los pasillos se descubrió a sí mismo si cabe más nervioso que cuando fue al programa de Telesexta. Allí fue a divertirse, básicamente, y no arriesgaba nada. Pero ahora era diferente. En teoría, la chica que le esperaba había sido elegida cuidadosamente por expertos, y no por los responsables de un show que en el fondo solo buscaban dar espectáculo. Además, su hija se había gastado un dinero, que, aunque no sabía cuánto podía haber sido, se le antojaba mucho.

Por fin, cuando llegó al lugar donde pensaba que estaba la cafetería, se encontró con que ahora había una tienda de ropa.

—Perdone —dijo al entrar, al dependiente—. ¿Sabe dónde está la cafetería que estaba aquí antes?

—¿Las Cumbres?

—¿Cómo?

—¿La cafetería Las Cumbres, o Jaype?

—Pues... es una que tiene mesas en un pequeño apartado, que está por detrás...

—Debe ser Las Cumbres. Está al final del pasillo. Al lado de un quiosco de la ONCE.

—Muchas gracias.

Teo se dirigió hacia allí, y entonces notó como su corazón le latía deprisa, y no era de emoción precisamente. Se sentía como quien está obligado a hacer un engorroso trámite burocrático, donde tiene que pagar un dinero, como si fuera a pagar una multa, o algo así. «En fin, todo sea por Vicky», se dijo. «Para que me deje en paz con este asunto».

Mientras avanzaba hacia allí se cruzó con una pareja, un hombre y una mujer que podrían ser de su edad. El hombre iba besando descaradamente a su pareja, y entonces recordó lo que hubiera dicho Marta, su mujer, en una ocasión así: *«seguramente estos dos son amantes. Si fuera su mujer, seguro que no la trataba tan cariñosamente. Alguien debe de tener unos buenos cuernos...»*

El pensamiento le entristeció un poco, y sintió que de alguna manera él estaba poniendo los susodichos a Marta con esa mujer a la que estaba a punto de conocer. Un sentimiento, sin embargo, que no tuvo cuando conoció a Sabrina, y se preguntó por qué.

Volvió a mirar a la pareja, que ahora estaba de espaldas, y vio que la mujer ahora también acariciaba al hombre, y era ella esta vez quien le besaba. Eso le hizo cambiar de parecer, y entonces caminó más resuelto hacia una cafetería que ya se divisaba entre la multitud que poblaba el amplio pasillo del centro comercial.

Cuando llegó a las mesas se detuvo, y miró a ver si su cita ya estaba allí. No sabía cuál era su aspecto, pues Victoria no había querido enseñarle la foto que Agatha le había proporcionado. «Tiene que ser una sorpresa, papá. Tiendes a categorizar a la gente por su aspecto, y no quiero que vayas con ideas preconcebidas, o que no quieras ni siquiera ir».

La terraza estaba a la mitad de su ocupación. En una esquina había una familia, en otra una pareja, en medio había una mujer de mediana edad con un vestido negro, y en otra esquina había otra con un ajustado traje de raso de color verde. «¿Cuál de las dos será?» se preguntó. Las dos podrían tener más o menos su edad, y ambas estaban solas consultando algo en su teléfono móvil. La del traje negro era morena, aunque iba teñida de rubia; un tinte discreto sobre un pelo rizado y más bien corto. Era una mujer de complexión media, y llevaba unas gafas de lectura apoyadas en la punta de la nariz con las que miraba el teléfono. La otra era más blanca y con el pelo oscuro y largo, sin duda también teñido y de forma ondulada. Más corpulenta que la anterior, también llevaba gafas, unas gafas progresivas que seguramente las debía llevar permanentemente. Ninguna de las dos parecía mirar si venía «su cita», y entonces pensó que quizás no era ninguna de las dos.

Miró su reloj y vio que ya eran casi las cinco y cuarto. Como su pareja fuera alguna de esas dos mujeres, iba a quedar muy mal llegando tarde. Quizás estaban mirando el celular precisamente para contactar con la agencia y asegurarse de que la hora y el lugar eran los correctos...

En cualquier caso, nada perdía preguntando. Pero, ¿a cuál de las dos? Entonces un pensamiento se le cruzó por la cabeza, y sonrió: «ante la duda, la más tetuda», se dijo.

—Hola, ¿eres Mayte?

La mujer del vestido de raso se le quedó mirando con sorpresa y finalmente dijo:

—Sí... soy yo. Y, ¿tú eres...?

—Yo soy Teo. Pensaba que te habían dicho mi nombre.

—Hola, Teo, siéntate. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, voy a tomar un *bitter*—dijo, haciendo una señal al camarero, que rápidamente llegó hacia la mesa y tomó nota de la bebida.

—Bueno —dijo, mirando hacia un lado—. La verdad es que estoy un poco nervioso... Es mi segunda cita a ciegas, y espero que me disculpes si en estos primeros minutos estoy un poco tenso.

—Nada que disculpar, Teo. Para mí, en cambio, es la primera vez.

—Bueno, pues entonces estamos casi iguales. Me habían dicho que estas agencias suelen presentar a la gente a varios candidatos, hasta que finalmente cuaja alguna relación.

—Sí, claro, y por lo que veo tú ya llevas una fallida... ¿no es así?

—Bueno, en realidad la primera vez no fue por esta agencia, fue... que me presenté al programa Cita a Ciegas.

—¿Ah sí? ¡Qué curioso! Y... ¿cómo te fue?

—Mal. La chica era mucho más joven que yo, y además metí la pata con una cosa que dije.

—¿Fue hace mucho? Yo veo ese programa de vez en cuando, pero no me suena tu cara...

—Hace ya algunos meses que se emitió. Pero el rodaje fue algo antes.

—Vaya... pues no me imaginaba yo que hoy me iba a encontrar esto...

—¿A qué te refieres?

—Pues... a alguien que hubiera estado en ese programa. Pero entonces —se le quedó mirando fijamente—, ¿te envía una agencia... quiero decir, la agencia...?

—La agencia matrimonial, sí. ¿A ti no?

—Sí, claro, a mí también, pero...

—No me preguntes el nombre, ni quién me envía. En realidad, esto lo ha urdido mi hija Victoria. Ella es quien estuvo por allí para buscarme novia, y ellos te han seleccionado a ti.

Mayte esbozó una amplia sonrisa, y a continuación dijo:

—Pues yo creo que han acertado plenamente, Teo. Tú eres el tipo de hombre que me esperaba.

—¿De verdad? —preguntó, sorprendido—. ¿Te habían enseñado una foto mía?

—No me enseñaron ninguna foto.

—Vale, pues igual que a mí. Victoria sí que tenía una, pero no me la quiso mostrar. Bueno... —suspiró—. Dime por favor, lo que sabes de mí, más que nada para no repetirme.

—No sé nada de ti, Teo. Supongo que debemos de ser complementarios, pues de otra manera no nos hubieran escogido para intentar que fuéramos pareja. A ver, cuéntame. ¿A qué te dedicas?

—Pues yo soy administrativo, en el ministerio de Fomento. ¿Y tú?

—Entonces... eres funcionario... —dijo, sin dejar de mirarle—. Pues yo —siguió—, yo soy secretaria. Trabajo en la Recepción de una clínica dental. Ya sabes, apuntando las citas, recibiendo a la gente, en fin, todo eso.

—Ah, pues muy bien. Y... ¿qué edad tienes? Sé que estas cosas no se preguntan a las mujeres, pero dadas las circunstancias... creo que...

—Que estás en tú derecho, claro. Pero primero me tienes que decir la tuya, Teo.

—Yo tengo cincuenta y dos.

—Vaya, ¡quién lo diría! —exclamó, asombrada—. ¿En serio?

—Y tanto. Si quieres te enseño mi carnet de identidad...

—No hace falta, te creo. Entonces te diré yo los míos, sin mentir. Pensaba rebajarme, si te soy sincera, pero creo que no va a ser necesario... yo solo tengo dos más que tú.

Teo no se esperaba menos. Se quedó mirando a la mujer y efectivamente aparentaba esos años. Algo de flacidez en sus brazos, algo de papada... no tenía arrugas porque era algo obesa, y eso hacía que la piel se estirase, pero, sin embargo, no había dudas. Tenía esa edad. El pelo era teñido, también sin duda, y ya apuntaba algunas canas la raíz del mismo. Por lo demás, no era fea, y tenía unos bonitos ojos pardos que a buen seguro debieron iluminar su cara cuando era joven.

—Y, entonces... ¿estás soltera, o... tienes hijos?

—Divorciada. Y tengo un hijo que vive conmigo. Acaba de terminar la carrera de Empresariales y ahora está buscando trabajo.

—Divorciada... Pero, ¿te casaste por la Iglesia? —preguntó, conteniendo la respiración.

—Con el padre de Miguel, mi hijo, nunca me llegué a casar. Y con Paco, mi exmarido, me casé «por lo civil». En un ayuntamiento, vaya.

—¿No eres religiosa?

—Pues... antes desde luego que no. Me bautizaron e hice la comunión, como toda la gente de nuestra generación. Pero luego, de joven, pues lo abandoné. Supongo que como hemos hecho todos. Y ahora... yo creo que ahora sí me podría considerar creyente. Aunque no soy practicante, desde luego —terminó de decir—. Y tú, Teo, ¿estás también divorciado?

—No, yo soy viudo.

—¿Hace muchos años?

—Casi cuatro.

—¿Solo has estado... con ella? Y, ¿no has estado con nadie más, desde entonces?

—Con nadie más. Bueno, sí, antes de conocerla a ella tuve alguna novia, pero nada serio. Los dos éramos adolescentes cuando nos conocimos —informó—. Pero dime, Mayte, ¿por qué rompiste con esos dos?

La mujer se le quedó mirando de nuevo fijamente, sin dejar de sonreír, y entonces él aclaró:

—Perdóname, si soy un poco entrometido. No me respondas si no quieres. Estas «entrevistas» se parecen de alguna manera a las entrevistas de trabajo. Cuando una relación se rompe, creo yo, es como quien pierde un empleo y busca un nuevo trabajo. Es natural que el entrevistador quiera saber por qué se perdió el último empleo...

—Para saber de qué pie cojea el candidato.

—Exacto.

—No tengo ningún inconveniente en decírtelo, Teo. El padre de Miguel me abandonó al poco de nacer él. Llevábamos casi ocho años viviendo juntos, y cuando nació, mi figura cambió... y me abandonó por otra. Y respecto a Paco, pues algo parecido. Le conocí al poco tiempo, y hemos estado casi veinte años casados. Pero con la menopausia, pues mi figura se terminó de arreglar —sonrió irónicamente—, y entonces... voló.

—Pues qué injusto, Mayte. Una persona, una mujer, es algo más que una bonita figura.

—Desde luego que sí. Me estás empezando a caer muy bien, Teo.

—Gracias, Mayte —contestó, devolviéndole la sonrisa.

—Bueno, y, cuéntame, ¿cuáles son tus aficiones? ¿Qué haces por las tardes, o los fines de semana?

—Poca cosa. La verdad es que desde que murió Marta, mi mujer, me he quedado un poco descolocado. Al principio me dediqué a repasar algo de mi carrera...

—¿Qué estudiaste? —interrumpió.

—Psicología. Y después me especialicé con un máster en psicología clínica.

—Qué interesante...

—Bueno, en aquellos tiempos era una manera de buscar trabajo, aunque al final no me hizo falta nada de eso. Aprobé la oposición, y en el ministerio me dedico a controlar stocks y analizar datos en hojas de Excel.

—Nada que ver con lo que estudiaste...

—Nada que ver, desde luego, pero como te digo, cuando falleció Marta me dediqué a repasarlo, porque tuve la oportunidad de servir como psicólogo clínico... —dudó— ... en una organización.

—¿En qué organización?

—Bueno, eso... ya te lo diré, cuando tengamos más confianza.

—Vale, pero, ¿es una O.N.G. o algo así?

—Sí, algo parecido. Una organización sin ánimo de lucro.

—Y, ya no estás ayudando allí, entiendo.

—Lo dejé. Ahora... me dedico a otras cosas.

—¿A qué cosas?

—Pues... a estudiar... —Teo dudó si decir o no decir lo que hacía—, bueno, qué más da. Supongo que antes o después lo tendrás que saber. Quizás Victoria me reprenda, pero así sabrás a qué atenerte. Estudio teología.

—¿Teología? ¿Es que te vas a hacer cura?

—Desde luego que no —contestó, mirando al escote de la mujer, algo que ella notó claramente dejando escapar una sonora carcajada.

—Perdóname, Teo —se disculpó, intentando contener la risa—. Es que ha sido una situación muy divertida. No veo nada malo en que estudies eso, si te satisface. Perdóname...

—volvió a decir, sin poder contenerse—. Desde luego, tus padres acertaron al ponerte el nombre. ¿Es Teodoro, ¿verdad?

—No. Teófilo —aclaró—. Y sí, acertaron de pleno —sonrió también—. Bueno, y ¿tú qué? ¿Cuáles son tus hobbies?

—A mí me gusta leer... Y bailar —consiguió decir, aplacando las risas—. ¿A ti te gusta bailar, Teo?

—Si no hay más remedio...

—¿No bailabas con tu mujer? —ya casi no se reía.

—Al final ella me dejó por imposible.

—Pues yo lo seguiré intentando, si me lo permites. ¿Estarías dispuesto, a retomar el baile?

—Si tú me lo pides, por supuesto.

La mujer volvió a sonreír, y a continuación le preguntó:

—Oye, Teo, tú que has estado tanto tiempo con la misma mujer... ¿no estarás muy apegado todavía a ella? ¿No verías en mí a una sustituya de... Marta? Se llamaba Marta, ¿verdad?

—Ya sé por dónde vas —respondió tras pensar unos instantes—. Para mí ella ha sido... y es una persona muy importante en mi vida. Es la madre de mis hijas... compréndelo. Pero no te preocupes, nunca veré en ti a una sustituta. Cada persona es un fin en sí misma, y yo no soy de esos que están siempre hablando de la ex. Y eso que tendría motivos. Pero en el fondo siempre he sido y soy, un psicólogo, y me aplico el cuento y conozco y practico la empatía.

—La empatía...

—Ponerse en la piel del otro, y saber —y evitar— lo que al otro le molesta.

—Eres un hombre muy interesante, Teo. ¿De verdad que has estado solo durante estos últimos cuatro años?

—Así es. No he buscado a nadie.

—¿Ni siquiera has estado... una noche... con una chica?

—No.

—Es raro, en un hombre de tu edad..., quiero decir, no eres demasiado viejo... como para...

—Como para permanecer célibe durante tanto tiempo. ¿A eso te refieres? —preguntó, y ella asintió con la cabeza.

—Tengo deseos sexuales y me gustan las mujeres, Mayte. Como a cualquiera. Quizás ha sido porque he estado «de luto» se podría decir, o porque no valgo para buscar activamente. Pero Victoria me conoce bien, y me ha hecho «el trabajo sucio», se podría decir. ¿Y tú? —preguntó a su vez— ¿Has estado con alguien, una noche, desde que te divorciaste de tu marido?

—Yo sí —dijo, sin titubear—. Pero no era lo que pretendía —Teo miró con extrañeza y ella continuó—: verás, he conocido a otros hombres, pero siempre buscando a esa persona con la que compartir la vida y paliar la soledad, que es lo que predomina en mí ahora mismo: la soledad, y no otra cosa. Pero buscando a un compañero, lo que he encontrado ha sido a hombres que lo que querían era usar mi cuerpo para satisfacer sus deseos sexuales. ¿Me comprendes? Buscaban a un cuerpo, y no a una mujer.

—Es lo que predomina hoy en día, según parece —añadió él, y ella asintió.

—¿Tú eres así, Teo?

—Desde luego que no. Yo soy tradicional en ese aspecto. Quizás demasiado. Para mí el sexo... se restringe al matrimonio.

—Ya me lo imaginaba —contestó ella, volviendo a sonreír—. ¿En serio, quedan hombres así?

—Yo soy uno de ellos —afirmó—. O al menos eso creo. Aunque la carne es débil, y...

Teo se interrumpió, ante las nuevas carcajadas que volvió a emitir su compañera.

—Perdóname, de verdad —se disculpó, agarrándole de la mano—. Oye —dijo, al cabo de un rato—. ¿Te apetece dar un paseo? La tarde está espléndida y podríamos aprovechar lo que queda de sol.

—¡Claro! —contestó él, sonriendo.

El sermón

Lectura de la carta de Pablo a los Efesios, capítulo dos.

Hace un tiempo, ustedes vivían como muertos por sus transgresiones y pecados, en los cuales andaban conforme a los poderes de este mundo. Se conducían según el que gobierna las tinieblas, según el espíritu que ahora ejerce su poder en los que viven en la desobediencia. En ese tiempo, también todos nosotros vivíamos como ellos, impulsados por nuestros deseos pecaminosos, siguiendo nuestra propia voluntad y nuestros turbios propósitos. Como los demás, éramos por naturaleza objeto de la ira de Dios. Pero Él, que es rico en misericordia, por su gran amor hacia nosotros nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos por los pecados. ¡Por la gracia ustedes han sido salvados! Y en unión con Cristo Jesús, Dios nos resucitó y nos sentó junto a él en las regiones celestiales, para mostrar en los tiempos venideros la incomparable riqueza de su gracia, que por su bondad derramó sobre nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe. Esto no procede de ustedes, sino que es un regalo de Dios, no por las obras, para que nadie se jacte. Porque somos obra de Dios, creados en Cristo Jesús para las buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica.

Tras finalizar los cánticos y proclamar la Lectura, el pastor, un hombre grande y rubio, de casi un metro noventa y con una voz profunda y elocuente, cerró el libro del Evangelio y comenzó a decir:

—Hermanos, tras leer este fragmento de la carta de Pablo a los Efesios, y después de haber hecho lo propio con Santiago 2:24, es posible que muchos de vosotros estéis perplejos.

«En efecto, aquí nos dice el apóstol Pablo bien a las claras que solo la fe basta para salvarse. Y que las «obras», no sirven de mucho cuando hablamos de la Salvación. Aunque, como he dicho antes, otro apóstol, esta vez Santiago, parece decir lo contrario:

El hombre se justifica por las obras, y no solamente por la fe. Porque, como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.

«Es un tema que no es baladí, hermanos. Es quizás la pregunta más importante en toda la teología cristiana. Esta pregunta es la razón de la Reforma —la división entre la iglesia protestante y la iglesia católica—. Esta pregunta es una diferencia clave entre el cristianismo bíblico y la mayoría de las sectas que profesan ser "cristianas". ¿Es la salvación por la fe solamente, o por la fe más las obras? ¿Me salvo solamente creyendo en Jesús, o tengo que creer en Jesús y hacer algo más?»

«El asunto de la fe solamente o de la fe más las obras, se ha hecho difícil a causa de algunos pasajes de la biblia difíciles de conciliar. Comparemos Romanos 3:28, 5:1 y Gálatas 3:24 con Santiago 2:24, por ejemplo. Algunos ven una diferencia entre Pablo (la salvación es por la fe solamente) y Santiago (la salvación es por la fe más las obras). Pero Pablo dogmáticamente dice que la justificación es solamente por la fe, como acabamos de leer (Efesios 2:8-9), mientras que Santiago parece estar diciendo que la justificación es por la fe más las obras. Este aparente problema se resuelve al examinar correctamente lo que Santiago estaba diciendo. Santiago está refutando la creencia de que una persona pueda tener fe sin producir ninguna buena obra (Santiago 2:17-18). Santiago enfatiza el punto de que la fe genuina en Cristo va a producir una vida cambiada y buenas obras (Santiago 2:20-26). Santiago no está diciendo que la justificación es por la fe más las obras, sino que

más bien, una persona verdaderamente justificada por la fe, va a tener buenas obras en su vida. Si una persona afirma ser un creyente, pero no tiene buenas obras en su vida, entonces es probable que no tenga una fe genuina en Cristo (Santiago 2:14, 17, 20, 26)».

—Pablo dice lo mismo en sus escritos. Los buenos frutos que....

En ese momento se dio cuenta. Aquella rubia que había entrado justo cuando comenzaba la lectura, no era una feligresa más... ¡Era Sabrina! ¡La misma Sabrina!... No era ya la chica joven y radiante que conoció, y su aspecto era ciertamente mejorable. Pero era ella, sin lugar a dudas.

—Los buenos frutos que... —intentó seguir— ... las obras de.... —se detuvo—. En definitiva... —terminó—, Santiago y Pablo no discrepan en sus enseñanzas sobre la salvación. Ellos se acercan al mismo asunto desde diferentes perspectivas. Pablo simplemente enfatizó que la justificación es solamente por la fe, mientras que Santiago pone énfasis en el hecho de que la fe en Cristo produce buenas obras.

A continuación, hizo una señal a «la orquesta», y el pianista, la chica con la flauta travesera y el chico con la guitarra eléctrica comenzaron a tocar. Los feligreses se pusieron todos de pie, excepto la chica rubia del fondo que ya lo estaba porque nunca se sentó, y todos juntos cantaron el salmo 120.

En el parque

Pidieron la cuenta, y Mayte le invitó. Después salieron del centro comercial y se encaminaron a un parque cercano, donde estuvieron un rato paseando entre los jardines, como si fueran una pareja de adolescentes. De hecho, ella le agarró de la mano al final del paseo, y se sentaron en un banco, en un coqueto lugar donde lo que había era eso, parejas mucho más jóvenes que ellos.

—Oye, Teo, ¿te importaría que fuéramos ahora a bailar? Me muero de ganas de bailar contigo.

Por un instante él puso una mueca de disgusto, pero antes de que se perfilara la cambió por una sonrisa:

—Lo que tú quieras, Mayte.

—No lo dices muy convencido...

—No, en serio, si te apetece vamos —dijo, resuelto—. ¿A dónde quieres ir?

—A Sausalito. ¿Lo conoces?

—¿A Sausalito? Allí está precisamente ahora... Victoria.

—¿Tu hija? ¡Es perfecto! Así la conoceré.

—Pero...

—Vamos, Teo, si nuestra relación quieres que sea larga... ¿qué inconveniente hay?

—Pues, no, realmente no hay ningún inconveniente...

—Pues venga —dijo ella, levantándose, y tirando de él—. ¿Tienes el coche por aquí?

—No, me han traído ellos, quiero decir, Victoria y mi yerno.

—Pues mejor. Así vamos en el mío.

En la sacristía

Cuando terminó la celebración, Klaus se marchó hacia el despacho y varios feligreses le siguieron, siendo Sabrina la última en hacerlo. Aquellos fieles comenzaron a hablar con él de todo tipo de asuntos, desde la intendencia parroquial a innovaciones en el culto. Pero él respondía a todo con monosílabos, o como mucho con un lacónico "de acuerdo", o bien "ya veremos". Se ve que el hombre tenía prisa en despachar todos aquellos asuntos, pues se quería quedar a solas con su antigua amiga. Ella por su parte no tenía ninguna prisa. Aquella situación era totalmente nueva para ella, y le gustaba presenciar aquellos aspectos íntimos de la vida parroquial. Y máxime, claro está, por quién era el pastor. Es más, desde que entró en la iglesia, pareciera como si sus dolores hubieran desaparecido, pues su mente no paraba de asombrarse al contemplar todo aquello en lo que se había convertido el hombre al que una vez amó.

Fue en ese momento, cuando pensó en sus dolores, cuando estos volvieron y además con fiereza. Estuvo a punto de emitir un quejido, pero se contuvo y aguantó estoicamente hasta que el último parroquiano se marchó.

Fue entonces, cuando se quedaron solos, cuando los dos se miraron fijamente durante unos segundos. Y para romper el hielo, él le estrechó la mano, pero ella la rehusó. En su lugar, se acercó y le dio dos besos en las mejillas, a la manera española, saludo al que él no puso ningún impedimento.

—¡Quién te ha visto y quién te ve, Klaus! —sonrió—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Trabajo aquí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos meses.

El hombre seguía respondiendo con monosílabos, como si Sabrina fuera una parroquiana más como las que acababa de despachar. La alta figura del pastor contrastaba con lo pequeño y austero del mobiliario de aquella pequeña oficina que era el despacho parroquial: un armario viejo con tres cajones, un escueto ropero y una mesa pequeña en la que seguramente no se debía sentar demasiado por no caberle las piernas; todo lo contrario a como era él. Aquel hombre solo tenía dos años más que ella, es decir, cuarenta y uno o cuarenta y dos, y estaba en la plenitud de su madurez. A pesar del alzacuellos y del traje «clergyman», estaba casi más guapo que cuando ella le conoció, es decir, cuando vestía como un hippy e iba medio desnudo por las playas de Ibiza.

—Es que no doy crédito, chico —se separó un tanto para contemplarlo mejor—. Con lo «empotrador» que tú eras... verte de esta guisa...

El hombre se ruborizó un poco y mostró cierta expresión de vergüenza. Después de mirar hacia la puerta por si había alguien que los estuviera escuchando, y tras comprobar que la iglesia ya estaba vacía, dijo:

—Las personas cambian, Sabrina.

—¿Sabrina? ¿Ya no me llamas Sab?

—Sab.

—Desde luego que cambian... Es increíble... —le contempló otra vez más, de arriba abajo.

—Tú también has cambiado.

—El tiempo no pasa en balde, me temo —replicó ella.

—Oye, aquí no podemos hablar —se apresuró a decir—. Si te parece, quiero decir, si tienes tiempo, podríamos ir a una cafetería que hay cerca de aquí. A estas horas no habrá nadie, y el dueño es amigo mío.

—¿Te avergüenzas de mí, Klaus?

—No, no es eso, es que...

—Sí, te avergüenzas. Te conozco bien y sé cuándo mientes. En eso no has cambiado, y ya sabes que yo soy un poco bruja para esas cosas —sonrió, y él hizo lo propio—. Pero no te preocupes; no te formaré ninguna escenita. Quizás haya cambiado yo más que tú, a pesar de todo.

El hombre se quitó el alzacuellos, se puso un jersey que había en el ropero, y se enfundó un grueso abrigo de paño de color azul marino. De esa forma no parecía un pastor, y entonces los dos se dirigieron hacia la calle.

Sausalito

Victoria no daba crédito a lo que estaba viendo. Desde luego, aquel hombre era su padre, y estaba echando el resto en la pista con aquella mujer. Una mujer que no parecía la Mayte con la que teóricamente se había citado aquella tarde. Aunque podría ser ella, ciertamente. En la foto aparecía como rubia, y la cara era distinta, o al menos eso le parecía a ella. Sacó su teléfono móvil para intentar buscar la foto y poder comparar, pero no consiguió encontrarla, entre todas las que tenía en su galería.

—¿Qué estás buscando, Vicky?

—Mi padre. Está ahí con Mayte —respondió, señalando hacia aquellos bailarines que se lo estaban pasando en grande, sobre todo ella.

—¿Ese es tu padre? —Jorge no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Mi padre es, desde luego. Lo que no estoy tan segura es de que ella sea Mayte.

—¡Ja! —exclamó—, y ¿quién va a ser, si no?

—Claro, no puede ser otra.

—Venga, vamos con ellos.

El hombre agarró a Victoria de la mano y la llevó casi arrastrando hacia la pista de baile. Estaba sonando una canción discotequera de las que estuvieron de moda décadas atrás, y se hicieron los contradanzos con la extraña pareja.

—¡Caramba, suegro, no sabía yo que tenías estas habilidades! —le sonrió, con mucha sorna.

—Ja, ja, ja —replicó él, esbozando una mueca, sin que Mayte pareciera darse cuenta.

—Venga, hombre, ¡si lo haces muy bien! Yo creo que te lo estás pasando en grande...

A continuación, Jorge se dispuso a bailar aquella pieza suelta con la mujer, y entonces fue cuando ella se dio cuenta.

—Es mi yerno —le gritó él al oído, para que pudiera oírle. La música estaba a todo volumen y costaba escucharse.

Ni corta ni perezosa, Mayte siguió bailando con Jorge como si fuera Teo, y los dos lo siguieron haciendo cuando cambió la pieza y comenzó a sonar algo parecido a un pasodoble.

Victoria y su padre, por su parte, se sentaron en la mesa donde estaba ella antes, y tras ir a pedirse una bebida comenzó a sondearle.

—¿Qué te parece?

—Me cae muy bien. Es encantadora... es muy simpática y hemos sintonizado desde el principio.

—Pues no sabes cómo me alegro, papá. A ver si te dura. Oye —siguió—, pues ya que estás «bailongo», no quiero yo dejar de aprovechar esta oportunidad. Creo que contigo habré bailado solo tres o cuatro veces en toda mi vida.

Entonces se fue con él a la pista y comenzaron a bailar junto a los otros dos, mientras se intercambiaban las parejas una y otra vez. Mayte parecía pasárselo en grande, y llegó a decir a Teo que, «hacía años que no había tenido una tarde tan espléndida».

Por fin, después de haber sudado durante un rato, se fueron a descansar a la mesa que habían estado usando, y cuando ya fue tarde se marcharon a cenar los cuatro a un restaurante de la zona.

—Entonces, ¿tú eres enfermera, Victoria?

—Sí, trabajo en el Hospital del Sur. Está un poco lejos de mi casa, pero merece la pena. Con un poco de suerte me trasladarán, dentro de poco, a un sitio más cercano.

—Pues yo soy también de tu gremio, más o menos.

—¿Ah sí? ¿También eres enfermera?

—No, soy recepcionista, en una clínica dental.

—Pero... ¿estudiaste medicina?

—No. Cuando era joven trabajaba en una fábrica, y este trabajo me salió, por medio de unos conocidos.

—Vamos, que entraste por enchufe —añadió Jorge, y su mujer le miró con gesto de desaprobar el comentario.

—Pues sí, no te lo voy a negar.

—Y, ¿qué tal? ¿Te gusta el trabajo? —preguntó Teo.

—Es un poco aburrido, la verdad. Aunque a veces estás que no paras, por la acumulación de gente. Pero no es lo normal. Mi jefe es un dentista algo mayor, y está a punto de jubilarse. No sé si traspasará el negocio a alguno de los colaboradores, o preferirá cerrarlo. Y si eso ocurre... pues no sé lo qué haré. A mis años es difícil encontrar otro empleo.

—Lo traspasará, seguro. Hoy en día todo lo referente a la salud está en auge. La gente cada vez vive más y nunca va a faltar el trabajo.

—Ya, eso no lo dudo. La cuestión es si el nuevo jefe me querrá mantener a mí como recepcionista, o preferirá a alguien más joven.

—Si eres eficiente, preferirá quedarse con lo que sabe que funciona —aseguró Jorge, quizás para desquitarse del «agravio» de antes.

—Bueno, eres muy optimista, pero ciertamente, cuando yo entré aquí, fue algo parecido. Sustituí a una persona que también era «eficiente». No es demasiado difícil ser eficiente en este trabajo. Solo hay que tener un cierto orden mental y saber cuándo puedes pasar a alguien a la consulta y cuándo no.

—Pues ese «tacto» no lo tiene cualquiera. Es más, yo diría que la gente mayor, que tenemos más experiencia, sabemos detectar mejor que los jóvenes ese tipo de cosas.

—Dios te oiga Teo, a ver si puedo permanecer aquí, porque si no...

Ese fragmento de la cena fue quizás el más serio. Por lo demás, Mayte amenizó la velada contando anécdotas de su trabajo, situaciones comprometidas, y todo tipo de cosas que les hicieron reír a todos. Cuando terminó la cena, salieron a la calle y se despidieron.

—¿Os apetece venir a mi casa mañana a comer? —comentó ella—. Hago unas paellas que quitan el hipo. De verdad.

—Te lo agradezco, Mayte, pero mañana no va a poder ser. Jorge y yo tenemos un compromiso.

—¡Ah! Bueno, no pasa nada. Otro día será. Tú, Teo, vendrás, ¿no?

—Yo sí. Cuenta conmigo.

—Bueno, se nos está haciendo un poco tarde, y mañana tenemos que madrugar para ir a un evento —dijo Victoria—. Tenemos el coche aquí. ¿Vienes, papá?

—No, yo me iré con Mayte. Me prometió llevarme a casa en el suyo —dijo, mirando a la mujer, quien asintió.

—De acuerdo, pues me alegro mucho de conocerte —replicó, y su marido hizo un comentario similar para a continuación darse la vuelta y desaparecer tras doblar una esquina.

Fue en ese momento cuando Teo bostezó, y entonces Mayte dijo:

—¿Te aburres, Teo?

—No, no es eso. Es que tengo algo de trastorno del sueño, y hoy he dormido poco.

—Pues te iba a proponer ir a tomar algo ahora, pero...

—Quizás lo dejamos para otro día, si te parece. Además, mañana nos vamos a volver a ver.

—Como quieras —dijo, entrando en el coche, que estaba aparcado al lado. Entonces lo arrancó, y tras unos minutos en los que hablaron poco, llegaron a la zona donde vivía Teo. Este se bajó, procediendo ella a hacer lo mismo.

—Oye Teo, quiero que sepas que me lo he pasado muy bien contigo —los dos salieron del coche, y ella le ofreció sus labios para que él los besara, cosa que hizo de inmediato.

—Yo también. Me gustas mucho, Mayte. Los de la agencia han acertado de pleno con nosotros.

—Pero quiero que sepas una cosa, Teo. Estoy muy arrepentida... porque te he mentido.

—¿Que me has mentido? ¿En qué? ¿Estás casada, o algo así? —preguntó, poniéndose en guardia.

—No, no es eso.

—Pues entonces, cualquier otra cosa no tiene importancia.

—No soy Mayte.

—¿Te llamas de otra manera?

—Me llamo Delia.

—Bueno, no importa.

—El problema es que no me manda ninguna agencia. Esta tarde había quedado en Las Cumbres con una amiga, y justo antes de que llegaras tú me escribió para decirme que no iba a poder venir. Entonces apareciste, y...

—Y te hiciste pasar por Mayte.

—Pues, sí.

Teo se quedó perplejo, y miró a la mujer durante unos instantes sin decir nada. Después le dijo:

—Te podía haber salido mal la jugada. ¿Y si llega la verdadera Mayte y me reclama?

—Me la jugué, Teo. Y si te soy franca, soy consciente de eso que dices justo ahora. Ni siquiera se me pasó por la cabeza.

—¡Pues, vaya!

—Al principio me lo tomé como un juego. Te seguí la corriente y me divertí descubriendo que todo iba sobre ruedas, y me dejé llevar.

—Entonces, ¿has jugado conmigo?

—No, Teo, en ningún momento he jugado contigo. Simplemente me comporté como una chiquilla haciendo una travesura. Y cuando salimos del centro comercial, yo misma me creí todo aquello, y me alegré de tenerte a mi lado —le besó de nuevo, y él le correspondió a medias. Ella siguió:

—Aparte de eso, todas las otras cosas que te he contado son verdad. No sé si que querrás seguir conmigo... —siguió—, o quizás intentarlo con la Mayte real —Delia estaba con la cabeza baja, haciendo ademán de querer agarrarle de la cintura.

Él guardó silencio durante unos instantes, y después le subió el rostro tirando de la barbilla hacia arriba, fijando su mirada en ella:

—Pues si la Mayte real es la mujer de negro que estaba a tu lado en esa cafetería —sonrió, recordando a la otra mujer—, sinceramente me quedo contigo.

—¿Sin conocerla?

—Tú eres más guapa... y más interesante. Estoy seguro.

Recuerdos del pasado

—Entonces, ¿no estás casado?

—No, Sab. Estoy casado con mi parroquia.

—Vamos, Klaus, conmigo no tienes que aparentar, y aquí no nos oye nadie. Ni que fueras un sacerdote católico... ¿Te acuerdas de don Segismundo?

—¡Claro que me acuerdo! —sonrió—. Venía a menudo por la playa a reñirnos y a decir que nos casáramos. No era mal tipo a pesar de todo.

—Con Hale y Tina lo consiguió al menos. Creo que se casaron, al poco de disolverse la comuna.

—Sí, pero también se divorciaron, un tiempo después.

—Eso yo no lo sabía.

—Me lo dijo él. Fue mi compañero, cuando se fue Albert de la empresa.

—A ver, eso me lo tienes que contar más despacio.

El hombre se reclinó un tanto en la silla, dio un sorbo a la taza de café y continuó:

—Albert se fue a Gran Canaria, pues su padre tenía allí un negocio de alquiler de coches. Comenzó a trabajar con él, y pronto necesitaron un empleado más, para llevar los vehículos desde el aeropuerto a la base. Como sabía que yo tenía licencia, pues se acordó de mí.

—Y entonces estuviste allí...

—Por lo menos diez años. Cinco en esa empresa y luego en otro sitio. Hale sustituyó a Albert cuando este volvió a Alemania y tras coincidir un tiempo juntos, pasé a trabajar en un colegio.

—¿En un colegio?

—Sí, como profesor de alemán. Pagaban menos, pero ya sabes que yo no soy ambicioso.

—El corazón hippy no se muere nunca —sonrió ella.

—Desde luego. Y el cristiano es el más hippy de todos, por mucho que nos pinten de otra manera. Jesucristo fue el primer hippy de la historia.

—Paz y amor...

—Eso es.

—¿Por qué cambiaste los coches por el colegio?

—Estaba harto de tener que ir de madrugada a recoger los vehículos al aeropuerto. A veces me pasaba varias noches seguidas sin dormir, y...

—Te aburguesaste, Klaus —interrumpió—. Y además rápidamente. ¿Cuántas noches sin dormir seguidas nos pasábamos en la comuna contemplando la luna y el fuego?

—Muchas, desde luego, pero dormíamos después por el día, mecidos por el relajante sonido de las olas.

—Y, ¿tú no podías hacerlo? ¿O es que no había olas en Gran Canaria?

—A veces sí y a veces no. Quiero decir, lo de dormir. Y no, no había olas donde yo estaba. Vivía en un piso compartido, y mis compañeros ponían la música a todo volumen.

—Insisto. Te aburguesaste.

—Puede ser. Venga, ahora cuéntame qué tal te ha ido a ti.

—Espera, espera, ¡que aún no me has contado la parte más interesante! ¿Cómo llegaste a ser pastor?

—Bueno... mi historia... —comenzó a decir, con ciertas dudas—, supongo que es similar a la de muchos otros. Un día recibí la llamada de Dios, entré en el seminario, me gradué... y ya está. Primero estuve de pastor en Hamburgo, luego en Berlín, y desde el verano, pues he vuelto a nuestro barrio, a Múnich.

—¿Así? ¿Sin más? No puedo creerlo.

—Así es, Sab.

—Tú me ocultas algo, Klaus. Ya sabes que a mí no puedes engañarme.

Sabrina le miraba fijamente. Sus ojos azules penetraban hasta el fondo la pupila del hombre atravesando su iris, e intentando saber lo que había detrás. Pero él echó mano de su elocuencia, y tras volver la vista a ella, la retó con su profunda mirada grisácea que siempre la fascinó:

—Es lo que te digo. Jesucristo fue el primer hippy, y no hay mejor manera de servir a nuestra causa que el cristianismo. Abandonar las riquezas, ayudar al necesitado, amar a nuestros semejantes, comportarse bien con la naturaleza... que es un don inestimable que Dios nos da en custodia... son valores eternos que construyen la felicidad del hombre. El egoísmo, la opresión, la esclavitud de las posesiones materiales son cargas que lastran nuestra vida y que...

—Vale, vale —interrumpió—. No necesito un sermón ahora. Has visto la luz y ya está. ¿no es así?

—Así es, Sab —sonrió, viendo que la había convencido. Pero en realidad no era así. Ella sabía que ocultaba algo, pero no quiso profundizar más.

—Y entonces, ¿por qué volviste a nuestro barrio?

—Mi jefe, el obispo, así lo decidió. Mi predecesor se retiró, pues falleció su esposa y se vio muy afectado. Entonces yo le sustituí. Es un barrio obrero, y como yo soy de aquí, él pensó que encajaría bien.

—Y, ¿no es así?

—Tengo mucho trabajo. La gente estaba acostumbrada al anterior pastor y cuesta vencerles de que yo soy tan bueno o mejor.

—O mejor...

—En esta ciudad hay tantos luteranos como católicos. Él era partidario de una especie de «ecumenismo», es decir, de aceptar y abrazar a estos últimos. Pero yo no estoy de acuerdo. Los católicos están equivocados, se regocijan en el error y ponen en peligro su salvación eterna. Mi labor consiste en conseguir que se convenzan y que abracen el cristianismo bíblico, que es el único verdadero, el único que salva.

—Y por eso tus homilías van en ese sentido, ¿verdad? Como la que has dado esta tarde. No has parado de meterte con los católicos.

—Bueno, no todas, lógicamente, pero siempre que puedo procuro hacer apostolado demostrando que «los papistas» están equivocados. Mis feligreses son luteranos, claro, pero yo les doy herramientas para que evangelicen a sus semejantes. Muchos tienen padres o hermanos que son católicos o que están casados con católicos, y esa es mi forma de contribuir a nuestra causa. En Baviera no es como en el norte, ya sabes, donde predomina el protestantismo.

—Tan fanático como siempre, Klaus. Veo que en el fondo no has cambiado mucho. Primero fue el amor libre y la comunión con la madre naturaleza, y ahora la comunión con Dios. Y el amor libre ahora se ha transformado... ¿en qué? No me puedo creer que seas célibe.

—No he encontrado a nadie que me complemente, Sab. Quizás cuando lo haga... acabe casándome.

—Ya, ya... —replicó, nada convencida. Y... ¿Krystal?

—¿Qué?

—¿Sabes qué fue de ella? —le observó cuidadosamente. Esa era la chica por la que se distanció de Sabrina en aquella comuna.

—Se quedó con Wilhelm, creo. Aunque alguien me dijo que se separaron, un tiempo después. Venga, ahora cuéntame tu historia.

—Mi historia es aburrida, Klaus. Me quedé en Mallorca, sirviendo copas en un pub. Después fui camarera en un restaurante, luego guía turística... Lo mejor vino hace unos años, cuando entré en una agencia como asistente personal.

—Asistente personal... No suena muy decente, que digamos —sonrió, y ella le replicó con otra sonrisa.

—Jajá, si supieras quiénes eran mis clientes, se te quitarían las dudas.

—Y, ¿quiénes eran?

—Matrimonios jubilados, principalmente.

—¡Cuánto vicio hay en el mundo! —exclamó, y soltó una carcajada irónica que Sabrina secundó. Klaus parecía que volvía a ser el chico divertido y socarrón que había sido, y en ese ambiente de cordialidad pidieron unos sándwiches y cenaron.

Después de recordar los viejos tiempos, pagaron la cuenta y se dispusieron a salir.

—Ahora en serio, Sab, pareces mayor que yo. El tiempo te ha tratado muy mal.

—Siempre fuiste igual de directo.

—Perdona si te he ofendido.

—No, si es verdad. Pero eso no era así hasta hace unos meses.

—¿Qué pasó?

—Estoy enferma, Klaus.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé. Nadie lo sabe.

—Pero...

—Son dolores fuertes en la cabeza, en el estómago... También tengo insomnio...

—¿Has ido al médico?

—He ido a muchos médicos, Klaus.

—¿Y...?

—No saben qué me pasa, ni de dónde viene todo esto. Lo atribuyen a un problema psicosomático. Al quedarme sin trabajo, sin casa, el tener que volver a Alemania a vivir con mi tía... Puede que todas esas cosas lo hayan agravado, sin duda, pero yo comencé con esto mucho antes de perder todo eso.

—Vaya... —replicó, quedándose un rato contemplándola—. Tu rostro y tu expresión dicen todo eso, desde luego, pero hoy te he visto muy animada, a pesar de todo.

—Estando contigo se me ha pasado un poco.

—Bueno, pues eso tenemos que fomentarlo. ¿Por qué no te incorporas a nuestro grupo de oración? Dos o tres veces por semana nos reunimos unos cuantos y oramos por las necesidades de la parroquia. Leemos la Escritura, recitamos los salmos... Estoy seguro de que te vendrá muy bien.

—Sí, seguro que mal no me hará. Así salgo de casa y pienso en otra cosa.

Una paella

El barrio donde vivía Teo se podría considerar como de clase media. De clase media-alta, quizás, pues en su mismo bloque de viviendas habitaban, además de gente como él, ejecutivos de cierta relevancia en empresas punteras.

Sin embargo, el de Delia no lo era tanto. El centro comercial donde se habían conocido estaba a medio camino entre los dos barrios que estaban separados por una autopista, y ese lugar hacía de enlace, de punto intermedio, y era frecuentado por gentes de las dos zonas.

Así pues, el piso de ella era modesto. Se componía de un pequeño salón al que se accedía directamente desde la puerta de entrada —sin recibidor—, un par de habitaciones de escasos metros, y una cocina y un baño que entre las dos estancias no sumaban ni la mitad de los metros de la propia cocina de Teo. Sin embargo, la casa estaba cuidada con esmero, y la decoración mostraba cierto gusto y concordancia.

—Sé que en estas ocasiones es el invitado quien trae el vino, pero es que a mí me sienta mal. Ya sabes que no puedo beber alcohol —se disculpó, nada más llegar.

—Anda, tonto, ¡qué más da! —le besó.

—He traído en su lugar estos pasteles. Espero que te gusten —le enseñó un pequeño paquete de confitería—. Son de un obrador que está cerca de mi casa. Hay unos hojaldres de chocolate y nata que estoy seguro de que te van a encantar.

—Me encantarán todos, seguro. Los pasteles, los bollos... ¡me chiflan! Aunque no debería comerlos, porque si no... ¡me voy a poner como una vaca! Más de lo que ya estoy...

—Venga, Delia, ¡si estás fenomenal!

—Mientes. Me sobran muuuchos kilos. Pero, ¿sabes qué? Me da igual.

—¡Esa es la actitud! Y, ¿sabes qué? —reiteró—, a mí me gustan las mujeres rellenitas —se dieron otro beso, y esta vez duró más de la cuenta. Al final fue ella quien se separó:

—Bueno, bueno, no nos pongamos tan cariñosos... ¡que se me quema la paella!

—¿Ya está hecha?

—Casi. Solo quedan unos minutos, creo.

Teo se había puesto unos pantalones vaqueros y una camisa caqui con motivos florales abstractos, «a la moda», mientras que ella llevaba unas ajustadas mallas de color gris oscuro y una blusa beige que tapaba parcialmente el delantal de cocinar. La mujer se había alisado el pelo y se había pintado los ojos, aunque seguía llevando aquellas gafas progresivas. Las mallas resaltaban ostensiblemente que Delia estaba «entrada en carnes», aunque su cara no tenía prácticamente ninguna arruga. «Es lo bueno que tenemos las *gordis*», le dijo. «Que como estamos infladas, pues no estamos arrugadas». Y tenía razón.

Los dos se fueron a la cocina y entre ambos terminaron de dar los últimos toques al arroz. Finalmente se sirvieron los platos y comenzaron a comer.

La paella estaba deliciosa, y Teo no paraba de alabar las artes culinarias de su anfitriona. Después de comer tomaron café y dieron buena cuenta de la bandeja de pasteles, siendo ella quien se llevó la mayor parte. A continuación, se sentaron en el sofá y comenzaron a charlar.

—¿De verdad que te ha gustado, o lo dices por cumplir?

—Me ha gustado mucho, de verdad. El arroz estaba en su punto, y las gambas le dan un sabor que me ha encantado.

—Una pena que no hayan estado Jorge y Victoria.

—Sí. A él le hubiera entusiasmado. Es un sibarita de la comida, y no les importa hacerse muchos kilómetros en el coche con tal de acudir a un buen restaurante.

—Bueno, otra vez será. A mí también me gusta el «turismo gastronómico». Podemos ir a Ávila el próximo fin de semana, si te parece. ¿Te gusta la ternera?

—Por supuesto. ¿A quién no le gustan los «chuletones» de Ávila?

—A mí me encantan, desde luego. Mira... ya estoy salivando, y acabamos de comer... — se besaron.

—Oye... —dijo Teo—. Esos libros que tienes ahí... —señaló hacia una estantería en el mueble del salón.

—La Enciclopedia Completa de Parapsicología.

—De Jiménez del Oso...

—Exactamente.

—¿A ti te gusta eso?

—No mucho. Esos libros son de mi exmarido. No se los llevó cuando nos divorciamos.

—Pero...

—Si te soy franca, lo único que me atrae de todo eso es el tema de los ovnis.

—¿De los ovnis?

—Sí, claro, los platillos volantes. Paco me aficionó a ellos y yo sigo enganchada, en cierto modo. ¿A ti te gusta la ufología?

Teo suspiró y dijo, tras unos instantes:

—No, no estoy interesado.

—¿No crees en los ovnis?

—Pues... ni creo ni dejo de creer.

—A ver, Teo, un tío listo como tú no debería dudar de esas cosas. Con los cientos de miles de planetas que hay en nuestra galaxia y en otras galaxias, es improbable que estemos solos en el universo. ¿No te parece? —Delia le miraba con seriedad.

—Sí, eso es cierto. Lo que yo dudo es que los extraterrestres vengan aquí. Las distancias son siderales... y nunca mejor dicho.

—Ahí te doy la razón. Pero, ¿quién sabe? Yo conozco muchos testimonios de personas que dicen que los han visto.

—Que han visto... ¿a quién?

—A los ovnis. Y en algún caso, también han visto a sus ocupantes.

—Te refieres a los que manejan las naves, ¿no?

—Eso es. Un testimonio aislado, la persona que lo cuenta puede ser un tarado o un flipado. Pero cuando ya son varios los que dicen lo mismo... cuando varias personas han visto las mismas luces, el mismo objeto, los mismos sonidos... No pueden tener una alucinación colectiva, ¿no te parece?

Teo ponía cara de cierta perplejidad y entonces Delia le preguntó:

—¿Es que creer en esas cosas es contrario a la Religión?

—No. No tiene nada que ver. Dios pudo crear a otros seres en otras galaxias y no habérselo dicho. El cristianismo no se mete en eso. Pero... dime una cosa. ¿Esos testimonios que dices que te han contado...?

—A ver, a mí no me lo han dicho directamente. Todo eso lo he escuchado en FORO-UFO's.

—¿Foro... qué?

—Foro-UFO's. Es un foro de Internet donde la gente cuenta estas cosas. Unidentified Flying Objects. Vamos, ovnis en inglés.

—Ya, ya sé que es eso. ¿Visitas mucho ese foro?

—De vez en cuando. No solo hablan de ovnis. También hablan de otros temas esotéricos: psicofonías, fenómenos paranormales, cosas inexplicables...

—¿Tú crees en eso?

—Bueno, yo prefiero no leer esas cosas. Me dan un poco de miedo, la verdad.

—Haces bien. Oye... —a él le aburría hablar sobre esos temas—, había pensado que podríamos ir esta tarde a...

—A bailar.

—¿A bailar? ¿Otra vez? —la cara de Teo era todo un poema.

—Sí, otra vez. ¿Por qué no?

—Bueno... es que... Yo había sacado unas entradas para el teatro...

—¿Para el teatro? —ahora la cara de circunstancia era la de ella.

—Sí, para el Teatro de la Comedia. ¿Te gustan los monólogos?

—¡Ah! —respiró—. ¡Eso es otra cosa! ¡Claro que me gustan!

—Actúan un par de humoristas famosos. Primero lo hacen ellos solos y luego los dos juntos. ¿Te apetece?

—¡Claro!

Mano sobre mano

—No entiendo por qué no vives con tu madre, Klaus. Me parece una mujer encantadora. La verdad, no la recordaba así...

Habían terminado de comer en casa de Gunna, la madre del pastor, y ahora se dirigían hacia la iglesia. Faltaba poco tiempo para que comenzara el servicio religioso, y debían preparar las cosas para que este se llevara a cabo adecuadamente.

—¿Vivir con mi madre...? Sí, me lo he planteado. Desde que se divorció de mi padre lo he pensado muchas veces, para que no esté tan sola.

—¿Por qué se divorciaron?

—Mi padre se marchó a Hungría.

—Pero...

—No sé mucho más, Sab. Todo ocurrió cuando yo estaba en Berlín —se notaba que él no quería hablar del asunto.

—Una pena. Parecían tan unidos...

—Pues, sí.

—Y, ¿por qué no lo haces?

—¿El qué?

—Irte a vivir con tu madre.

—No sabría decirte. Estoy cómodo en el piso donde vivo. Somos tres pastores solteros, y nos llevamos bien.

—¿No te saldría más barato?

—Ah, no, este piso lo paga el obispado. Si lo necesitara otro pastor, entonces sí me marcharía. Solo tenemos tres habitaciones. Aunque, si te soy franco, mi idea es independizarme algún día, si es que me quedo aquí.

—¿Te pueden trasladar?

—Sí, en cualquier momento. No llevo mucho tiempo ejerciendo, y ya he estado en tres ciudades diferentes.

—Y... siempre solo, ¿no? Quiero decir, sin pareja.

—De momento, sí.

Llegaron a la iglesia y entraron en la sacristía. Él encendió las luces y a continuación le dijo a ella:

—¿Me ayudas a colocar los libros en los bancos? Es una tarea que suele hacer Hilda, pero ahora no está.

—¿Quién es Hilda?

—Es la mujer que se encarga de la logística de la iglesia. Lleva las cuentas, organiza las ceremonias, distribuye los cuadernillos... en fin, todo eso.

—Y, ¿dónde está?

—Cuidando de un familiar. Pronto volverá, de todas maneras.

—Todo esto es nuevo para mí, Klaus. Nunca he frecuentado mucho las iglesias, ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Bueno, en todas las parroquias siempre hay alguien que se encarga de todas estas cosas. Si no, lo tendría que hacer el pastor. En la nuestra, esa persona es Hilda, y anteriormente era Herman, a quien ya conoces.

—El señor mayor del pelo blanco, ¿no es así?

—Así es. Él era el «sacristán» antes de que ella.

—Y ella es la sacristana, ¿verdad?

—Sí, así es.

Se repartieron entre los dos los cuadernos de cánticos, y él los fue colocando en los bancos de la derecha y ella en los de la izquierda, tomándolos de una mesa que estaba próxima al altar. En un momento dado, los dos coincidieron en esa zona, e, inadvertidamente, ambos fueron a tomar el mismo libro. Sus manos se juntaron, pero ni él la retiró ni ella tampoco. Entonces se miraron, se acercaron... Y como no podía ser de otra manera, se besaron.

Fue un beso profundo y apasionado, sin nada que envidiar a los que se habían dado tantos años atrás. Pareciera que el tiempo se hubiera detenido, y que los dos estuvieran todavía en las playas de Ibiza. Que todo lo que había ocurrido después no fuera más que un sueño, o una pesadilla, según se mire, y que solo faltaran las olas del mar para ponerse a hacer el amor allí mismo.

Pero entonces... Entonces oyeron un ruido procedente de la puerta. Herman, el sacristán, acababa de llegar para ayudar en los preparativos. Los dos se separaron antes de que pudiera verles, y Sabrina regresó a la realidad... y a sus dolores.

Padre Cándido

—Hola, Teo, ¿cómo estás?

—Hola, padre, ¿cómo está usted?

—Yo pregunté primero, amigo.

El sonido del teléfono le despertó de la siesta, y contestó de mal humor. Se había olvidado de ponerlo en «modo avión», y además estaba algo desorientado. Pero enseguida se activó. La llamada de ese hombre era lo que menos se esperaba, después de tanto tiempo.

—Pues yo bien, sin novedades. Todo sigue igual en mi vida, más o menos —contestó Teo— ¿Y usted?

—Yo también, como siempre, liado con lo mío, ya sabes.

—¿Tiene mucho trabajo?

—Más de lo que puedo asumir, me temo.

—¿Por qué no llama a alguien de Madrid? Aquí hay gente de sobra.

—Tenéis gente de sobra, ya lo sé, pero también tenéis muchos casos. En proporción, más que aquí. Ya he solicitado ayuda al obispado, pero no me hacen caso, valga la redundancia. Me dicen que están muy liados, que tienen la agenda muy apretada... en fin, lo de siempre.

—Bueno, padre, ¿para qué ha llamado?

—Te necesito, Teo.

—Estoy retirado, ya lo sabe.

—Sí, ya lo sé, pero tengo un caso entre manos que no puedo dilucidar por mí mismo. Necesito a un psiquiatra o a un psicólogo clínico.

—Pida uno a Madrid. Esos... no creo que tengan la agenda tan apretada como los sacerdotes.

—Mira, hijo, hasta ahora me he apañado yo solo con la ayuda de Ramón. La mayoría de los casos son claros, ya lo sabes, pero aquí hay una familia que está sufriendo mucho y yo la verdad es que he llegado a un punto en el que no sé qué hacer. La persona necesitada no parece responder, y yo necesito saber si lo que tiene es un simple trastorno mental o es otra cosa.

—Insisto. Pida alguien a Madrid.

—Ya lo he pedido, ¿qué te crees? —objetó el cura, con cierto enfado—. Pero no me hacen caso. Cada vez hay menos gente dispuesta a participar en esto.

—Como yo.

—Sí, como tú, pero es un acto de caridad cristiana, Teo. Esa familia te necesita.

—¿A mí?

—Me necesitan a mí, pero yo te necesito a ti.

—Para usted es muy fácil decirlo, padre. No tiene responsabilidades sobre nadie. Pero yo...

—Es lo bueno que tiene el celibato, hijo. Otorga una libertad que los demás no tenéis. Haberte hecho cura.

—Yo no valgo para ser célibe, ya lo sabe.

—¡Ay Teo! ¿Y qué te crees? ¿Que yo valgo?

—Debe ser que sí, padre, si lleva tantos años de cura y no se ha vuelto loco.

—Locos estamos todos los sacerdotes, hijo, y los que se dedican a hacer lo que yo hago, los que más.

—Ya. Pues eso. Yo no soy libre. Tengo una familia a quién proteger.

—Victoria está blindada. Se confiesa y comulga con frecuencia y además tiene el sacramento del matrimonio, que es un plus. No debes preocuparte por ella.

—Ya lo sé. Pero me preocupa Mari Carmen.

—¿Ha vuelto a las andadas?

—No lo sé. No hablamos mucho. No me llevo bien con ella, ya lo sabe. Es muy rebelde, y...

—Mientras vivía Marta, la tenía bien sujeta. Pero ahora...

—Eso es, mientras vivía, pero Dios se la llevó demasiado pronto —afirmó, apretando los dientes.

—Nunca es pronto o tarde para Dios, Teo. Se la llevó, cuando se la tenía que llevar.

—Lo que usted diga padre, pero yo me he quedado sin ella, y mis hijas también. Especialmente Mari Carmen la necesita, aunque ella no lo crea.

—No tienes que temer por tu hija pequeña. Ya la liberamos, en su día, cuando pasó lo que pasó.

—¿Acaso esa liberación la hizo invisible?

—Se llevó un buen susto y se reformó. Al menos eso me dijiste. Con eso es suficiente.

—Se reformó, sí, pero yo no sé en qué anda liada ahora, y me temo lo peor.

—Está bien, Teo —dijo el cura, de forma lacónica—. No quiero obligarte a hacer algo que consideres peligroso. Hasta la semana que viene no vuelvo a ver a esa familia. Piénsatelo, y si te parece bien, me llamas.

Psicología clínica

Todo había comenzado años atrás, cuando un cáncer devoró las entrañas de Marta, su mujer. Fueron muchos meses de agonía, de ingresos y altas hospitalarias, hasta que al final la mujer no pudo más y falleció. Una mujer que apenas había cumplido cincuenta años, y que era el sostén de aquella familia, les abandonó dejando a unas hijas y a un marido destrozados.

Tanto Victoria como Mari Carmen supieron sobreponerse con relativa rapidez, pero Teo no fue capaz de hacerlo tan pronto. Al contrario, los kilos perdidos durante aquellos interminables meses nunca los recuperó, y se mantenía comiendo frugalmente los escasos tipos de alimentos que su estómago toleraba.

En el hospital conoció al padre Cándido, exorcista titular de la diócesis de Segovia, quien estaba sustituyendo de forma temporal al capellán de aquel lugar, que era pariente suyo. Con él compartió muchas tardes y noches de sufrimientos, y encontró en aquel sacerdote un consuelo que le ayudó mucho a la hora de afrontar la muerte de su esposa y a sobreponerse a su ausencia cuando esta les abandonó.

Teo había hecho la carrera de psicología, y como no encontraba trabajo cuando la terminó, en plena crisis de mediados de los años noventa, hizo un máster para especializarse en psicología clínica con la esperanza de tener más oportunidades de empleo.

Con esos conocimientos era capaz de diagnosticar enfermedades mentales igual que un psiquiatra, y le habilitaba para poder trabajar y abrir una consulta de forma privada. Pero eran malos tiempos incluso para eso, y terminó haciéndose a la idea de que la única forma de trabajar era encontrar algo en el sector público. En un principio intentó conseguir una plaza como psicólogo residente en algún hospital o institución de salud mental, pero para eso tenía que hacer el famoso MIR, que para los psicólogos se llama PIR, o bien oposiciones más duras que las que terminó haciendo para el ministerio de Fomento.

Todo se quedó en eso, y durante muchos años se olvidó de la psicología y se concentró en su mujer y en sus hijas.

Pero cuando esta murió, y el padre Cándido se enteró de que era psicólogo clínico, no tardó en reclutarle para servir como ayudante en los numerosos casos de posesión a los que era llamado. Su ayuda era inestimable para diagnosticar y discernir los casos más peliagudos, y averiguar si lo que tenía la persona a atender era realmente una posesión, o bien era simplemente una enfermedad mental. Esquizofrenia, psicosis, depresión, paranoia, epilepsia, desdoble o trastornos de personalidad u otras enfermedades mentales, muchas veces eran tomadas como algo más por familiares y amigos de las víctimas, y se precisaba la ayuda de un experto cuando la diagnosis se complicaba.

Con el tiempo, sus colaboraciones no se restringieron solo a diagnosticar, sino que comenzó a formar parte del «equipo» de personas que el padre Cándido se llevaba a las sesiones de exorcismo. En numerosas ocasiones, cuando el diablo se manifestaba, se precisaban personas que estuvieran atentas mientras el sacerdote recitaba las oraciones para contener a la víctima y sobre todo, para que no atacara al oficiante. Y como era complicado obtener «voluntarios» para esos menesteres, Teo, que no sabía decir que no, comenzó a colaborar con el padre como asistente.

El «equipo» del padre Cándido era muy exiguo. Aparte de otro sacerdote que colaboraba con él de forma esporádica, el único fijo era Ramón, un fornido varón disminuido psíquico que le acompañaba a todas partes.

Los primeros casos en los que colaboró fueron ciertamente impactantes, y Teo se replanteó aquellas colaboraciones. Pero con el tiempo se fueron convirtiendo en rutinarias, y se terminó acostumbrando. Hasta que, en una sesión, el diablo que poseía a un pobre desgraciado se ensañó con él y le amenazó con atacar a sus hijas.

La fe y la vida espiritual de Teo eran suficientes para que él estuviera tranquilo ante las amenazas que los demonios hacían habitualmente hacia los exorcistas y sus ayudantes, pero cuando nombraron a sus hijas, se asustó de verdad. No tanto por Victoria, pues su vida cristiana y su fe eran similares a las de él, sino por la hija pequeña, Mari Carmen, quien no estaba tan cercana a Dios como el padre y la hermana.

Y en efecto, a los pocos días la muchacha comenzó a sentirse mal y los médicos no daban con lo que tenía. Fue necesaria la ayuda del padre Cándido, quien diagnosticó una «influencia», una opresión que alguna fuerza sobrenatural estaba haciendo sobre su cuerpo, y fue necesario liberar a la chica de aquellos pesares.

Todo volvió a su ser, naturalmente, pero Teo abandonó el oficio de ayudante de exorcista, ante el susto que se llevó la familia.

Una chica que nunca frecuentó la iglesia como hacían el resto de miembros de su familia, pero que a raíz de eso volvió al lugar de donde nunca debió salir. Hasta que tiempo después volvió a ser la persona de antes, y comenzó a saltarse la misa dominical, de forma que eran más las veces que no asistía que las que iba.

Mientras participaba en los exorcismos, Teo encontró una razón para vivir después de la muerte de su esposa. Era toda una satisfacción colaborar y ayudar a personas que estaban sufriendo tanto, para librarse de las fuerzas que les atenazaban. Pero al dejar de hacerlo, de nuevo volvió a caer en la indiferencia, hasta el punto de que Victoria tuvo que acudir en su ayuda, como ya se ha dicho. Hasta que de nuevo le llamó el padre Cándido, y como él suponía, Teo no supo negarse.

Hilda

Se había imaginado a la tal Hilda como una mujer mayor, de la edad del propio Herman; es decir, de unos setenta años. Pero no. Cuando se la presentaron, se quedó estupefacta.

—Hola, Sabrina. Te quiero presentar a Hilda. Hilda, esta es Sabrina.

—Encantada. Hilda Haring —dijo la mujer, acercando la mano para que se la estrechara. La joven pasaba escasamente de los veinte años, y era quien organizaba todos los asuntos no estrictamente de culto en la iglesia. Era una mujer morena y delgada, con un rostro ciertamente bello, y que miraba a Sabrina con suspicacia.

—Sabrina Müller —correspondió ella—. Ya tenía ganas de conocerte, Hilda. Aquí todos hablan mucho de ti.

Nuestra protagonista llevaba ya tiempo asistiendo con regularidad a los grupos de oración que se formaban en la parroquia, y también a las celebraciones litúrgicas. Como bien había previsto, no le hacían ningún mal, es más, parecía que entre aquellos cristianos se veía en cierto modo libre de sus padecimientos. La tal Hilda era una mujer muy querida en la parroquia, y Herman, el otro parroquiano que siempre estaba por allí, y que había sido sacristán antes que ella, siempre la ensalzaba.

—Hilda ha estado fuera una temporada. Ha fallecido su abuela, que vivía en Viena, y ha pedido permiso en el trabajo para quedarse con el viudo. El hombre está muy afectado, como te puedes imaginar.

—Sí, ya me hago cargo. ¿Qué tal está tu abuelo? —preguntó Sabrina.

—Mejor. Lleva la pérdida con resignación cristiana, pero yo no he podido quedarme por más tiempo. Mis primos me han hecho el relevo.

Las dos mujeres se quedaron mirando durante unos instantes, y finalmente la más joven preguntó:

—¿Qué tal te encuentras? Me han dicho que estás enferma.

—Tengo días mejores y días peores. O, mejor dicho, días malos y días muy malos.

—Pues... no lo parece —replicó, sin dejar de mirarla. En ese momento salió Klaus al rescate:

—Lo está, Hilda, puedes creerme. Pero desde que viene con nosotros ha mejorado bastante.

—Sobre todo porque me arreglo y maquillo un poco las ojeras —contestó—. He mejorado... por fuera.

—Ahora que estás tú también —siguió Klaus—, me gustaría que nos reuniéramos los cuatro y examináramos su caso. En mi opinión, es una firme candidata a tener una Opresión.

—¿Una Opresión? —preguntó Hilda.

—Me temo que sí. Responde al prototipo, y todas las señales apuntan en esa dirección. Herman está de acuerdo, y solo queda tu criterio para que consulte con el obispo.

—Pero, una opresión demoníaca es un tema serio, Klaus.

—Lo sé, y por eso queríamos hablar antes contigo. Ella es una experta en esos asuntos — se dirigió hacia Sabrina, refiriéndose a la mujer morena—, a pesar de su juventud.

—De acuerdo, ahora me contaréis. Pero antes, debemos prepararnos para participar en la celebración.

—Desde luego. ¿Están ya los breviarios y los libros de cánticos en los bancos? —preguntó el pastor.

—Todo listo y a punto —contestó la chica, sin dejar de mirar a Sabrina. Una mirada que no pasó desapercibida por esta, quién presentía algo indeterminado que vendría en el futuro, procedente de esa persona.

La posesa

Ramón era el otro ayudante del padre Cándido, quien no le fallaba nunca a pesar de su discapacidad mental. El hombre vivía con una hermana, en un pequeño pueblo de los alrededores de la capital segoviana, y se dedicaba a hacer quesos. Allí fue a recalar Teo, cuando llegó con su coche desde Madrid con el objeto de recogerle para participar en el exorcismo que tendría que liberar a aquella mujer necesitada.

—Hola Ramona, ¿cómo estáis?

—¡Teo! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué tal estás? ¿Vienes a lo que me imagino? El padre no me ha comentado nada...

La hermana era una mujer soltera de cerca de sesenta años, que vivía en un caserío con su hermano que se llamaba como ella. Ramón tenía ya cincuenta, y en cuanto oyó el nombre de su amigo, no tardó en acudir a recibirle. Nada más verle le abrazó y le achuchó con las manos llenas de sueros lácteos, y el madrileño tuvo que sudar un poco para quitárselo de encima. El hombre se había emocionado de verdad, y con lágrimas en los ojos no paraba de decir su nombre.

Teo siempre se admiró de Ramón: un alma pura, incapaz de odiar a nadie, y con una fe en Dios que ya la quisiera él o el mismo padre Cándido. Solía servir como monaguillo en la iglesia del pueblo, y se pasaba el día rezando y cantando en gregoriano con una voz que parecía la de un niño, a pesar de pertenecer a un corpulento hombre de más de cien kilos.

Por fin el quesero, tras lavarse y vestirse de forma más adecuada, se montó en el coche de Teo y los dos salieron hacia Segovia a encontrarse con el sacerdote.

Cuando llegaron a la iglesia, accedieron por la parte de atrás y llamaron al timbre. Tras unos instantes le abrió la puerta una de las mujeres que servían por allí, quien se asombró al ver a aquella extraña pareja, y de inmediato supuso lo que se traían entre manos. Los dos pasaron a la sacristía donde el padre Cándido les estaba esperando.

Allí se lo encontraron, frente a un ordenador, sufriendo ostensiblemente con el aparato, cuyo teclado aporreaba como podía.

Era un hombre calvo, algo mayor que Teo, con gafas y de complexión mediana. No era grueso, pero tampoco estaba delgado.

—Hola padre, no sabía que fuera usted tan tecnológico —dijo el madrileño, con sorna.

—¿Me lo dices, o me lo cuentas? —masculló el cura, sin levantar la vista de la pantalla—. El obispado se ha empeñado en que tenemos que registrar las bodas y los bautizos en este dichoso cacharro, y estoy hasta las narices de pelearme con él.

—Si quiere le ayudo...

—No hace falta. Ya casi he terminado —dijo, mirándolos por primera vez.

Cuando terminó, el sacerdote apagó «el cacharro», recogió la estola y el libro del Ritual de una estantería y se dirigió hacia la salida.

—¿Nos vamos? —preguntó Teo, con desconfianza.

—Sí. El exorcismo tendrá lugar en casa de la víctima.

—Pero... ¿no sería mejor hacerlo aquí?

—¡Claro que sería mejor! No se puede comparar un recinto sagrado, la casa de Dios, con un domicilio...

—¿Entonces?

—Esa pobre gente no tiene vehículo ni parientes que vivan por aquí. Y, como comprenderás, no se pueden arriesgar a meter a la chica, con lo que se supone que tiene dentro, en un coche privado.

—Ya, podría ser peligroso —Teo recordó un caso que le contó el padre, de un poseso que habían metido en un taxi. El demonio atacó al taxista y tuvieron un accidente.

Finalmente, los tres salieron de la iglesia para introducirse en el coche de Teo. El padre iba delante y Ramón detrás, sin parar de cantar avemarias y salmos del momento litúrgico en el que se encontraban.

El destino era una pequeña localidad de Segovia, donde vivía una familia de inmigrantes sudamericanos. La víctima, una muchacha joven poco más que adolescente, había participado en un rito de «santería», y se había «infestado». Llevaba una vida muy desgraciada, con fuertes dolores en el estómago, y vómitos de sangre. Apenas podía comer, pues sentía como un nudo, como si tuviera una obstrucción causada por un objeto que se hubiera tragado. Sin embargo, le habían hecho radiografías y no habían visto nada anormal.

La vivienda era muy modesta. Una casa baja de pocos metros cuadrados donde habitaba la chica con los padres. Estos, nada más ver a los visitantes, les saludaron muy efusivamente:

—Bienvenidos a mi casa, señores sacerdotes —saludó el padre de la chica.

—Solo yo soy sacerdote —respondió Cándido—. Estos dos son mis ayudantes.

—Bienvenidos igualmente, señores. Mi esposa y un servidor estamos a su disposición.

Teo y Ramón hicieron un pequeño gesto con la cabeza y siguieron al cura.

—¿Dónde está su hija?

—Está en el dormitorio. Acá —señaló a una cortina rota que ocultaba la entrada a una pequeña estancia. Allí entraron los tres, mientras los padres se quedaban en el quicio.

La chica estaba sentada sobre la cama; se había comenzado a incorporar cuando oyó que entraban los visitantes. Era una mujer menuda, muy delgada, con el pelo largo y oscuro, y ciertamente sucio. Llevaba puesto un camisón ocre lleno de manchas que le cubría hasta las rodillas, y se estaba intentando calzar unas chanclas de goma para ponerse de pie. La cara desencajada y unas profundas ojeras violáceas denotaban que había estado y estaba sufriendo considerablemente.

—¿Cómo te llamas, hija?

—Evelyn Mendoza, señor. Para servirle —respondió, sin dejar de mirar al suelo.

El sacerdote movió su brazo derecho e hizo una cruz en el aire enfrente de la chica mientras musitó algunas palabras. A continuación, hizo una señal a Teo, y este, con un gesto afirmativo, se adelantó e invitó a la muchacha a sentarse otra vez sobre la cama mientras él tomaba una silla que estaba al lado de la misma, y se colocaba enfrente para comenzar

a interrogarla. Mientras, el padre Cándido y Ramón salían de la pequeña habitación y se colocaban a una distancia prudencial.

Después de un buen rato de preguntas y respuestas, gestos y más gestos, la chica se tumbó ligeramente en el catre y se tapó la cara con sus manos. Teo se levantó y se volvió hacia el sacerdote:

—A ver, no es imposible engañar a un psicólogo, aunque hay que ser ciertamente hábil. Habilidades que tienen ciertas personas, entre las que no creo que se encuentre esta muchacha. Aunque cuando hice las prácticas del máster, conocí un caso que...

—Al grano, Teo. No tenemos todo el día. ¿Lo tiene, o no lo tiene?

—Lo tiene, padre. Y me temo que va a tener que emplearse a fondo.

El cura suspiró, hizo la señal de la cruz y volvió a musitar algunas palabras en bajo.

—Bueno, ya sabéis: no se os ocurra hablarle al diablo o contestarle de algún modo, os diga lo que os diga. Solo yo puedo hacerlo. Procurad permanecer impasibles, veáis lo que veáis, y no dejéis de rezar en ningún momento.

Ramón y Teo asintieron y los tres pasaron otra vez al dormitorio. Una vez allí, el sacerdote bendijo a la joven con una serie de oraciones, y tras unos minutos dijo:

In nomine Iesu, exorcizo te.

In nomine Iesu, dic nomen tuum.

In nomine Iesu, si es hic, manifesta te.

A continuación, comenzó a rezar la Letanía de los Santos, y cerró sus ojos para concentrarse mejor. Eso hizo ponerse en guardia tanto a Teo como a Ramón, pues el cura estaba indefenso si el diablo aparecía y le atacaba.

Una vez concluida esta oración, los tres intervinientes, incluso acompañados de la chica, comenzaron a rezar el rosario, sin que el diablo hiciese ningún acto de presencia.

Así continuaron durante un buen rato, con la misma tónica. La muchacha rezaba con fervor, a veces de pie, a veces sentada, a veces tumbada, según los dolores le permitían.

Llevaban más de dos horas de oraciones, aspersiones con agua bendita, lectura de la Palabra de Dios, recitación de salmos, imprecaciones, letanías... El ritual se había repasado varias veces y el diablo no aparecía. La monotonía de los rezos había originado que Ramón se quedara dormido, recostado sobre la silla, y Cándido llegó a dudar del criterio de Teo, comenzando a pensar que allí no había nada sobrenatural. Aunque podría tratarse de un diablo «abditus», es decir, oculto, y eso hizo que siguiera con el ritual.

Y no se equivocó. La séptima vez que, tras el resto de oraciones, el sacerdote dijo: «*In nomine Iesu, exorcizo te. In nomine Iesu, dic nomen tuum. In nomine Iesu, si es hic, manifesta te*», los ojos de Evelyn se giraron y se volvieron del color de la leche, y esta, o mejor dicho, el demonio, profirió un aullido atronador que despertó a Ramón de inmediato. No había podido soportar por más tiempo el atroz castigo que se le estaba infligiendo, y explotó.

Los tres se pusieron en guardia, mientras el diablo comenzó a insultarles y a meterse con ellos diciendo toda clase de blasfemias. El padre Cándido no se inmutaba, sin embargo, a pesar de que el demonio hizo que Evelyn se desnudase y se acercase a él para provocarlo. Por el contrario, el sacerdote permanecía concentrado en su libro de rezos sin flaquear, y tan solo levantó ligeramente la cabeza cuando la chica levitó sobre él. En ese momento extendió el brazo derecho y sin dejar de sujetar el breviario con la izquierda,

posó su mano sobre la cabeza de Evelyn, empujándola hacia abajo, para hacer que la chica se posara en el suelo.

Ahí fue cuando Teo se despistó. La levitación es realmente infrecuente, y él no quiso perderse. La curiosidad fue la causa de que el diablo se ensañara ahora con él:

—¿Qué estás tú mirando, hijo de una perra? —gruñó, con una profunda y horrenda voz gutural—. ¡La puta de tu madre te parió de muy mala manera! —bramó.

De nada sirvió que Teo cerrara los ojos y se concentrara en la oración. El diablo le miró y le arrojó contra la pared de un manotazo, donde se dio un fuerte golpe. A continuación, se giró hacia el cura para hacerle lo mismo, pero Ramón estaba pendiente y lo impidió. Agarró a la chica con sus enormes brazos, y la retuvo con todas sus fuerzas para que no hiciera más daño, mientras el diablo no paraba de retorcerse y de pronunciar las más atroces blasfemias. Pero el hombre no se amilanó y consiguió retenerlo, aunque a duras penas, y tras recibir una buena tanda de golpes.

Por fin, cuando el sacerdote roció de nuevo el agua bendita sobre la cabeza de Evelyn, el diablo profirió un fuerte aullido, y, como si le estuvieran quemando vivo, la chica se retorció... y vomitó. Vomitó, a pesar de que llevaba muchos días sin probar bocado, y sobre la bilis manchada de sangre se mostraron dos grandes pedazos de hierro con aristas y puntas, tan grandes como huevos de codorniz. Eso era, desde luego, el origen de la obsesión que decía sentir la pobre muchacha, y la causa de sus vómitos.

Inmediatamente, el padre Cándido se lavó las manos con agua bendita y tomó unas pinzas de plata que extrajo de un cofre que Ramón le proporcionó. Agarró los trozos de hierro con las pinzas y los introdujo en el cofre previamente bendecido y con las efigies de la Virgen y la Cruz de Jesucristo.

—Acuérdate —le dijo—, de que enterremos esto en tierra sagrada.

Ramón asintió y depositó el cofre en un lugar apartado, lejos de la chica.

Por fin, la muchacha se desvaneció sobre la cama, se desplomó, como si solo tuviera carne en lugar de huesos. A continuación, se quedó profundamente dormida, aunque su rostro seguía torcido.

—¿Se ha marchado, padre? —preguntó, Teo.

—Creo que no. Solo se ha escondido, aunque le hemos dado un buen susto. Hará falta una sesión más. Será la semana que viene, porque yo antes no puedo. ¿Nos acompañarás?

Teo se pasó la mano por la parte superior de la cabeza y se palpó el gran chichón que le estaba saliendo, del cual salía también algo de sangre. El golpe que se dio contra la pared había sido ciertamente fuerte. Después de unos instantes de vacilación, respondió:

—Ya veremos.

Ritual luterano

Sabrina llegó al salón parroquial vestida de blanco. Klaus, Hilda, Herman y los demás componentes del grupo de oración la esperaban sentados, mientras rezaban parte del himnario oficial luterano. Formaban un círculo de sillas alrededor de otra vacía destinada para ella.

Cuando la vieron llegar, simplemente se pusieron de pie y siguieron cantando, subiendo si cabe el tono de voz, mientras ella se sentaba.

*Jesús, alegría de los hombres,
Jesús sigue siendo mi alegría,
consuelo y bálsamo de mi corazón.
Jesús me defiende de toda pena.
Él es la fuerza de mi vida,
el gozo y el sol de mis ojos,
el tesoro y la delicia de mi alma;
por eso no quiero dejar marchar a Jesús
fuera de mi corazón y de mi vista.*

Después de repetirlo dos veces, todos se sentaron y callaron y fue Klaus quien habló:

—¡Oh, señor! Asistenos en nuestra necesidad. Mira compasivo a tu sierva, Sabrina Müller, quien implora tu perdón y tu sanación. ¡Cúrala, señor! Ten piedad de tu sierva, y ¡sánala!

A continuación, rezó la oración del Padrenuestro él solo, para repetirla acompañado de todo el grupo incluyendo a Sabrina. Y una vez más, tras finalizar la segunda vez, él la volvió a repetir, variando algunas estrofas. Después comenzó el rito propiamente dicho, que consistió en la recitación de más himnos y algunos salmos:

*Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
El auxilio me viene del Señor
que hizo el cielo y la tierra.
No permitirá que resbale tu pie,
tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa
el guardián de Israel.
El Señor te guarda a su sombra,
el Señor está a tu derecha.
De día el sol no te hará daño
ni la luna de noche.
El Señor te guarda de todo mal,
el Señor guarda tu alma.
Él guarda tus entradas y salidas
ahora y por siempre.*

Todos corearon el citado salmo 121 y después el pastor dirigió la oración con los himnos apropiados:

*Delante de tu santidad
es mala nuestra vida,
y nuestra culpabilidad
aumenta cada día.*

*Las obras nuestras, vanas son;
tu gracia sola, da el perdón,
¡Oh, ten misericordia!
Por tanto, en Dios esperaré,
luchando en todo tiempo;
y nunca más me confiaré
en mis merecimientos.
Promesas firmes de su amor,
de gracia santa y de perdón,
me infunden esperanza.
Un día y otro pasará,
en dura lucha y pena;
el alma mía esperará,
en la victoria plena,
que un día me concederá,
el Dios de luz y de verdad.*

*Atado en las cadenas de Satanás yacía, la muerte se cernía oscuramente sobre mí;
el pecado fue mi tormento noche y día, en el pecado me dio a luz mi madre;
sí, más y más profundamente caí, la vida se había convertido en un infierno viviente.
Tan firmemente me poseía el pecado,
Mis propias buenas obras no me sirvieron de nada,
no obtuvieron ningún mérito.
El libre albedrío luchó contra el juicio de Dios,
muerto para todo el bien restante.
Mis miedos aumentaron hasta la pura desesperación,
no dejé nada más que la muerte como mi parte,
los dolores del infierno que sufrí.*

*Pero Dios vio mi miserable estado antes de la fundación del mundo,
y, atento a sus grandes misericordias, planeó la salvación de mi alma.
El corazón de un padre se volvió hacia mí, buscó mi redención con fervor.
Entregó su tesoro más querido y a mí me dijo:
'Aférrate a mí, soy tu roca y tu castillo;
tu rescate yo mismo seré, por ti lucho y peleo;
porque yo estoy contigo, y soy tuyo, y tú siempre serás mío;
el enemigo no nos dividirá.*

Después de estos rezos, Klaus se acercó más a Sabrina y puso su mano derecha sobre su cabeza, mientras con la izquierda sujetaba el libro. A continuación, siguió con la recitación, y al terminar el último himno, volvió hacia su posición enfrente de la chica y tras una señal, todo el grupo finalizó con el siguiente himno:

*¡Oh sol de gracia, divina luz,
guíanos hacia el Señor Jesús!
Haz que en Él quedemos todos los días,
hasta entrar en su Edén de alegría.
¡Ten piedad, Señor!
Amor sin par, danos tu favor,
llénanos de fervoroso amor,
para que, hermanado tu pueblo entero,
marche en paz por el mismo sendero.
¡Ten piedad, Señor!
Consuelo fiel, poderoso Dios,
de maldad y afrentas libranos.
Contra el enemigo cruel y malvado,*

*sé al final, nuestro fuerte abogado.
¡Ten piedad, Señor!*

—¡Oh Dios santo y misericordioso! Te rogamos que envíes tu espíritu sobre Sabrina y le arranques todos los males que le afligen. Que todos los seres inmundos que le atormentan sean expulsados de inmediato, y que reine sobre ella la paz y la Luz Verdadera. Te lo pedimos en nombre de Jesucristo, nuestro señor... Amén —concluyeron todos.

—Lectura del evangelio de Juan:

«Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. Respondió Jesús y le dijo: de cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios».

En ese momento, Klaus se acercó a la chica y levantó su cabeza, que estaba casi hundida entre sus manos y su regazo. Sabrina estaba llorando, y él le dijo:

—Desde hoy, has nacido de nuevo al Señor.

Flotando

Sabrina salió de allí como flotando. ¡Estaba curada! Nunca se había sentido tan bien, desde que salió de aquel dichoso programa de citas. Llegó a su casa y besó a su tía, quien estaba al corriente de todo lo que le había pasado.

—Nunca me gustó Klaus, pero sí, parece que ahora se ha reformado.

—Deberías ir un día a escuchar sus servicios religiosos. Es muy elocuente y...

—Para, para. No me vas a convencer de eso. Yo ya voy a mi parroquia, la de toda la vida. La misma a la que ibas tú de pequeña.

—Bueno, Dios está en todas partes, y también está en la iglesia de Klaus.

—No lo dudo, pero no me vas a convencer. ¡Lo siento! —exclamó, con una sonrisa.

Sabrina no intentó convencer a su tía, porque la verdad es que le daba igual. Ella ya estaba contenta con lo que le había pasado, y al día siguiente comenzó a buscar trabajo. Ahora tenía las energías suficientes para concentrarse en algo útil, y no desaprovechó ni un instante.

A pesar de todo, no era la primera vez que lo hacía. Ya se había dedicado a ello, al poco tiempo de llegar a Alemania, pues no quería ser una carga para su tía. Pero no tenía fuerzas siquiera para entablar una conversación constructiva por teléfono, y menos para volver a ser camarera o servir copas. No tenía ninguna titulación profesional con la que pudiera trabajar en Alemania, y los pocos oficios a los que podía optar eran aquellos en los que se precisaba algún tipo de aguante físico. Un aguante del que carecía absolutamente.

Pero ahora las cosas eran distintas. Al día siguiente de su curación, se encaminó hacia un restaurante cercano en el que días atrás había visto un cartel donde se decía: «se necesita camarero». Sin embargo, la persona ya había sido contratada y no aceptaron su solicitud. Aun así, no se desanimó. Se apuntó en algunos portales de empleo y comenzó a enviar currículums alegando su experiencia en Mallorca, y también intentó por la vía del turismo, aunque ahí era más difícil, pues la legislación alemana exigía una titulación local para eso. Sin embargo, no descartaba emplearse como auxiliar, aduciendo esa misma experiencia. Lo malo es que no podía aportar referencias, pues la agencia en la que trabajó antes de volver no guardaba buen recuerdo de ella debido a su falta de esmero con los clientes, en la fase final de su estancia allí.

Y por supuesto, no dejó de acudir a su querida parroquia y de estar con Klaus. Los dos habían intimado mucho, y, de hecho, se estaba enamorando de él... otra vez.

La piscina

Se había intentado oponer por todos los medios, pero al final no tuvo más remedio que ceder. La piscina era toda una fuente de tentaciones, y más cuando había varias vecinas que le gustaban. Pero no le quedó más remedio. Ya llevaban un tiempo saliendo, y la verdad es que Delia le había tomado la medida. Cuando ella se enteró de que en su urbanización había piscina, no tardó en convencer a Teo de que debían pasar un día en la misma.

—¿No te gusta nadar? —le preguntó.

—Sí, no es eso, es que me da un poco de apuro que me veas desnudo.

—Hombre, desnudo...

—O casi. Estoy muy delgado, ya lo sabes, y...

—Venga, Teo, no seas pudoroso. Yo debería tener más reparos que tú, y ya ves, lo estoy deseando. Lo que te falta a ti, me sobra a mí, y además, mucho más.

Al final, como no sabía decir que no, terminó aceptando, y un sábado por la mañana la invitó a su casa para pasar el día juntos. Allí tuvo la oportunidad de conocer a Mari Carmen, la otra hija de Teo. A diferencia de Victoria, esta era una chica delgada, casi tan alta como el padre, y ciertamente atractiva. La recibió con frialdad a pesar de todo, y el padre tuvo que disculparse.

—Ella es así, no se lo tengas en cuenta. Cuando quiere, es muy cariñosa.

—A mí me parece un poco reservada.

—Eso, también.

—¿No bajas con nosotros? —le preguntó Delia cuando salió de la habitación, intentando congraciarse con la chica. Había utilizado el cuarto que fue de Victoria para cambiarse, y salía hacia el salón con el bikini ya puesto.

—Ni de broma —replicó—. En esta urbanización hay una panda de moscones que están al acecho, y no me apetece que se les caiga la baba con mi cuerpo. Y a ti, como eres nueva, no te van a quitar el ojo de encima.

—¿Quién? ¿Los moscones?

—No, esos ni te van a mirar. Sus madres. O los maridos de ellas. Ya lo verás. Van a revisar y criticar lo que tienes y lo que no tienes.

—Bueno, Mari, yo creo que no es para tanto. La gente de esta urbanización es bastante normal, creo yo —intervino el padre.

La muchacha dejó expresar una sonrisa irónica y se marchó a su habitación, dejando a los dos que comenzaron a bajar hacia la piscina. Esta se encontraba en la parte central de una urbanización cerrada, cuyo patio era grande y tenía zonas ajardinadas con la piscina en el centro. Mientras bajaban en el ascensor, vestidos los dos con el traje de baño, en una de las plantas intermedias se les sumó una mujer que les miró de arriba abajo, y eso fue el preludio de lo que vino después.

Porque la verdad es que Delia estaba para que la miraran. La mujer estaba «entrada en carnes», de eso no había duda, y estas no se ocultaban de ninguna manera con aquella

escueta prenda. El bikini era toda una provocación, desde luego, y quizás debió ponerse un bañador en su lugar. Pero no se resistió a «animar» con ello a Teo, y vaya si lo consiguió. El psicólogo no paraba de mirarla, sobre todo a los pechos. Esos mismos atributos, que fueron, sin duda alguna, el factor que determinó que la abordase a ella en lugar de a la otra mujer, semanas atrás.

El caso es que Mari Carmen no se equivocó, y tan pronto como lo dos aparecieron por el recinto de la piscina, las arpías referidas les escrutaron y les miraron sin perder detalle de la pareja, y mientras se ubicaban en una de las hamacas, no pararon de cuchichear. Sin embargo, ni a él ni a ella pareció importarles lo más mínimo. Por el contrario, se comportaron en todo momento como si estuvieran solos, y disfrutaron de aquella mañana calurosa de verano como si fueran dos adolescentes. Tanto él como ella no pararon de gastarse bromas, se hicieron aguadillas, y jugaron como si fueran dos niños, a intentar quitarse el bañador el uno al otro. Sobre todo, cuando ya cerca de la hora de comer, la piscina comenzó a vaciarse, y las arpías más recalcitrantes ya no estaban allí para murmurar.

Al final llegó la hora de cerrar, y los dos subieron a comer. Delia había traído de su casa un estofado que hizo las delicias de Teo y de Mari Carmen, y esta se mostró más amable con su invitada. La mujer tenía mucho sentido del humor, y la chica llegó a reírse con sus chanzas en más de una ocasión.

—Bueno, tortolitos, yo me voy a tener que marchar, que he quedado —dijo la muchacha, levantándose. A continuación, se fue hacia su habitación para vestirse, y después al cuarto de baño para arreglarse. Al cabo de un rato, apareció de nuevo por el salón completamente transformada, para despedirse, y tras rechazar un café que le ofrecieron, se despidió y se fue.

—No te portes mal, papá —dijo con una sonrisa, al marcharse—. Ya sabes que Dios lo ve todo —le espetó, con ironía.

—Lo mismo digo, Mari, ¡y no llegues tarde!

—¡Lo intentaré! —se oyó decir, mientras la chica se alejaba por el pasillo hacia la puerta de salida.

—Me cae muy bien tu hija —le dijo, cuando se quedaron solos—. Me la habías descrito como una rebelde intratable, y yo creo que no es para tanto.

—Va madurando poco a poco, pero todavía le queda camino por recorrer. Con quien se lleva peor es con su hermana.

—¿Cuántos años tiene? Me refiero, Mari Carmen.

—Diecinueve. Casi veinte. Se cree muy madura para algunas cosas, pero es muy niña para otras.

—Bueno, como todas las chicas de esa edad. ¿Qué está haciendo? ¿Estudia?

—Estudia, de vez en cuando. Comenzó a hacer psicología, como yo, pero suspendió casi todas las asignaturas.

—¿No se le da bien?

—No, no es eso. Es solo que está... un poco dispersa, se podría decir.

—Es la edad, Teo. Verás como pronto se centra. A Miguel, mi hijo, le pasó algo parecido y al final se encarriló y terminó la carrera con buenas notas.

—Dios te oiga, Delia, porque esta chica está todavía en la edad del pavo, y ya le está durando demasiado.

—A tu otra hija, a Victoria, ¿no le pasó lo mismo?

—No, para nada. Ella fue siempre muy madura.

—Porque, ¿cuántos años tenía Mari, cuando se murió tu mujer?

—Quince.

—Quizá fue por eso, porque le faltó esa figura como referencia. Las madres suelen ser más estrictas con las hijas que los padres.

—Sí, y los padres con los hijos, o eso dicen, pero no creo que sea el caso de Mari. Ella ya era rebelde antes de que su madre faltase, mientras que Vicky, con la misma edad, era muy formal y responsable.

—Bueno, en cualquier caso, ya te digo que cambiará. Todos lo hacen.

Terminaron de recoger la mesa, y luego se sentaron en el sofá. A él le apetecía ver una película, pero ella prefirió seguir charlando.

—No estás tan delgado como dices, Teo. Al menos a mí no me lo parece.

—Oh, sí lo estoy, la báscula no engaña. Para la estatura que tengo, yo debería pesar al menos quince kilos más.

—Pues yo para la estatura que tengo debería pesar al menos quince kilos menos —replicó— O quizás veinte —los dos se rieron.

—A mí me gustas así, Delia.

—Tu mujer también era gordita, ¿verdad?

—Pues sí, sí lo era, ya has visto las fotos. Están repartidas por toda la casa —señaló a su alrededor. Perdóneme que sigan aquí, pero mis hijas no han querido que las quite.

—No tengo nada que perdonar. Es lo normal. Otra cosa sería que siguiera viva, es decir, que hubierais roto, y aun así las tuvieras.

—Ya, pero al estar saliendo contigo, no debería...

—Olvidalo, ¿quieres? Además, no hay solo fotos de ella. Aquel señor que está con esa niña...

—Don Teófilo Martín, con su nieta recién nacida.

—¿Tu padre? ¿También se llama como tú?

—Sí, y como mi abuelo. Es tradición familiar.

—Menos mal que tú no has tenido hijos varones...

—No te creas. Él hubiera querido que alguna de mis hijas se llamara Teófila.

—¿En serio?

—Pues sí. A mí ya me tenía casi convencido, pero mi mujer se negó.

—Hizo bien.

—Ya lo creo —se rio.

—Entonces, dime. ¿Fue a raíz de los embarazos, como me pasó a mí?

—¿El qué?

—Pues eso, que Marta fuera «gordita».

—No, realmente. De joven era muy delgada, como es Mari ahora. Y, de hecho, cuando nació Victoria, lo siguió estando. Fue después, tras nacer Mari Carmen, cuando empezó a engordar. Y después con los tratamientos, volvió a quedarse muy delgada. Casi consumida, hasta que murió.

—¿Te molesta que hablemos de ella? —Delia notó cierta incomodidad por su parte.

—No, para nada. ¿Cómo me iba a molestar? Lo que me extraña es que seas tú quien siempre saque el tema.

—Puro morbo, Teo. Quizás solo sea eso.

—Lo sé.

—¿Por qué lo sabes?

—Es un comportamiento típico del sexo femenino. Las mujeres y los hombres somos muy diferentes en ese aspecto.

—A ver, explícate...

—No lo digo por machismo ni nada de eso. Es pura psicología. Es una especie de efecto rebote ante una situación no esperada. Quizás tú, subconscientemente, esperabas que yo hablara más de ella, y eso sería algo que te molestaría. Pero, como no lo hago, pues entonces sacas tú el tema.

—Qué curioso...

—Es algo parecido al complejo de fijación.

—¿Qué es eso?

—Hay algunas mujeres que necesitan que los hombres se fijen en ellas.

—Bueno, como todas.

—Sí, todas lo tenéis en mayor o menor medida, pero hay algunas que son muy selectivas. Necesitan eso, pero a la vez no soportan que los hombres a quienes rechazan se fijen en ellas.

—Hombre, es normal.

—Sí, pero fíjate qué curioso, cuando alguna de esas mujeres está cerca de uno de esos hombres, está como a la defensiva, y lo que menos desea es que la mire. Pero si este no lo hace, es decir, si no le prodiga ni siquiera una mirada fugaz, entonces se siente como despreciada de alguna manera, y entonces hace todo lo posible para que eso no ocurra. ¿Comprendes el efecto rebote?

—Sí, ya veo. Lo que se aprende estando contigo, Teo. Tú tendrías que dedicarte a eso, y no a perder el tiempo en ese ministerio. ¿No te podrían contratar en el sitio ese al que fuiste el fin de semana pasado?

—¿Dónde?

—A ver, Teo, el sábado pasado no pudimos quedar porque me dijiste que tenías que ir a un sitio a prestar tus servicios como psicólogo. ¿No te acuerdas? Creo recordar que fuiste a un pueblo de Segovia.

—¡Ah!, ya, sí...

—Y, ¿no podrías pedir una excedencia y marcharte allí?

—¿A Segovia?

—Bueno, donde esa organización tenga su sede.

—No, Delia, eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque allí no pagan a nadie por hacer lo que yo hago.

—Es una O.N.G., o algo así, ¿verdad?

—Bueno, sí, es una organización... y no tiene ánimo de lucro. Los servicios que presta son enteramente gratuitos.

—Y, ¿qué es lo que haces? ¿Atiendes a víctimas de violencia, o algo así?

—Ya lo creo. Son personas que sufren horribilmente.

—¿Por algún suceso traumático?

—Sí. Lo que les ocurre es lo peor que le puede pasar a una persona en toda su vida.

—Pero, ¿qué tipo de cosas? ¿Son víctimas de terrorismo, o acoso...?

—De acoso, más bien.

—¿Más bien? Y, entonces... ¿Les prestas apoyo psicológico? —Delia se moría de curiosidad.

—Bueno, no exactamente. ¿De verdad que no quieres que veamos una película? Tengo por aquí una de ovnis: Encuentros en la Tercera Fase, de Steven Spielberg. ¿O quizás prefieres *Cocoon*? Es también de extraterrestres, y...

—Me dijiste que me lo contarías cuando tuviéramos más confianza, y ya llevamos un tiempo saliendo. ¿Es que no confías en mí, Teo? —le dijo, mirándole a los ojos, con aquella mirada a la que no podía resistirse.

Entonces él apartó la vista durante unos instantes, suspiró, y a continuación dijo:

—Está bien, te lo diré —cedió, resignado.

El escorpión

Por fin consiguió emplearse en un restaurante en el otro extremo de la ciudad. Solo iba por las mañanas a servir desayunos y almuerzos, pues el establecimiento estaba ubicado en un polígono industrial donde los clientes eran obreros de las fábricas de los alrededores que lo usaban principalmente para comer, aquellos que tenían jornada partida. El salario no era alto, pero al menos podía «compensar» a su tía por el esfuerzo de mantenerla.

Apenas se habían cumplido dos meses desde su curación, cuando las cosas comenzaron a torcerse.

Una tarde, a la salida del restaurante y de vuelta hacia su casa, comenzó a pensar en Klaus. El beso que se dieron mientras repartían los libros de cánticos no fue un hecho aislado, y empezó a discurrir sobre cómo decirle que su relación tenía que avanzar hacia algo más. En eso estaba, cuando de repente, volvió su madre.

—Klaus está liado con Hilda.

—¿Cómo?

—Lo que oyes.

—O sea, qué... has vuelto...

—Nunca me he ido, hija. Y lo sabes.

—Sé que siempre has estado ahí, desde que te moriste. No me vengas otra vez a fastidiar.

—Yo solo te advierto.

—No necesito tus advertencias. Y ahora, cállate —ordenó, y «apagó la radio».

La advertencia, sin embargo, había removido algo en su interior, y en lugar de ir a su casa se fue hacia la iglesia. Siempre solía ir primero a casa de su tía a cambiarse de ropa para asistir de una mejor manera al servicio religioso, pero esta vez tomó el camino directo sin pasar por la misma. No estaba nada tranquila, pues tenía un presentimiento que le hizo casi temblar.

Klaus no podía estar con Hilda después de todas las insinuaciones que le había hecho a ella. Después de todos los intentos inequívocos de volver a iniciar algo con Sabrina. Además, la joven feligresa era demasiado joven. El pastor casi le doblaba la edad...

Llegó a la parroquia y entró en la misma. Todavía quedaba más de una hora para que comenzara el servicio religioso, aunque a buen seguro que Klaus ya estaría allí.

Atravesó el pasillo central flanqueado por los bancos, entró en el pequeño corredor que lo comunicaba con el despacho... y allí estaba Hilda con Klaus.

Se quedó parada. La puerta estaba abierta y el pastor estaba de espaldas. Tenía a la chica agarrada por la cintura, mientras ella le rodeaba con sus brazos. Desde su posición podía ver a Hilda, quién también la vio a ella, sin que Klaus se diera cuenta de que no estaban solos.

Entonces ocurrió: la joven feligresa se puso ligeramente de puntillas y le dio un beso en los labios, sin dejar de mirar a Sabrina, mientras él la correspondía y se apretaba algo más contra ella.

Sabrina se dio la vuelta inmediatamente, y llena de estupor se dirigió hacia la salida. Sus pasos ahora eran firmes y rápidos, y Klaus se dio cuenta, primero que no estaban solos, y segundo, de que era ella quien se marchaba. Sin dudarle un instante dijo:

—¡Espera! ¡Sabrina!

Antes de que abandonara la iglesia consiguió alcanzarla, con Hilda siguiéndola a la zaga. La tomó del brazo por detrás intentando que se girase para hablar con ella, pero solo consiguió un fuerte rechazo por su parte. Finalmente se volvió y le dijo:

—Sigues siendo el mismo, Klaus. ¡El mismo que eras en Ibiza!

—Espera, no es así. Hilda y yo...

—¡Cállate! —gritó— ¡No quiero saber nada más de ti!

—¡Sabrina!

La chica se marchó, y comenzó a caminar calle arriba en dirección a su casa, mientras el pastor se quedaba como petrificado en la puerta de la iglesia y sin saber cómo reaccionar.

Tras avanzar algunos metros, Sabrina llegó finalmente a la esquina de la manzana y oyó pasos en su retaguardia. Alguien la seguía y no era Klaus, pues conocía de sobra su manera de andar. Entonces se dio la vuelta y vio a Hilda:

—Es mi prometido, *Sab...* ¿nunca te lo dijo? —le soltó, con una media sonrisa llena de odio, ante la mirada atónita de su interlocutora—. ¿No te lo crees? Pues pregúntaselo a él. Pregúntaselo, y te lo confirmará.

La angelical Hilda había resultado ser todo un escorpión que le había hincado su aguijón dónde más le dolía. Entonces se alejó de allí a toda velocidad, con la determinación de no volver nunca más.

Bruja

La decepción con Klaus fue el inicio de una espiral descendente que la llevó a perder casi todo, otra vez. Era como si al alejarse de él, se hubiera alejado también de todo el bien que este le transmitió.

Todo había sido un sueño. Un espejismo, un oasis en medio del desierto, una fuente de agua que ya se había secado y que le había devuelto otra vez a la cruda realidad.

Cuando salió de la iglesia, vagó sin rumbo fijo en todas direcciones, y a la amargura del amor no correspondido se sumó el dolor físico. Volvía a sentir dolor en las sienes, y la famosa punzada en el estómago se manifestó intensa, una vez más.

Por si fuera poco, su madre comenzó a machacarla sin piedad, sin que pudiera ahora echar mano del famoso recurso de «apagar la radio»:

—¡Te lo advertí, Sabrina! ¡Te lo advertí! Te dije que no fueras a esa iglesia ¡Te lo dije! Te lo dije, te lo dije, te lo dije, te lo dije...

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

—¡Te lo dije! ¡Te lo dije! ¡Te lo dije! ¡Te lo dije! ¡Te lo dije! Te lo dije, te lo dije, te lo dije, te lo dije, te lo dije, te lo dije, te lo dije, te lo dije, te lo dije...

Después de vagar durante horas por las calles, intentando no oír aquel disco rayado, regresó a su casa y allí se encontró a su tía, quien precisamente no estaba de muy buen humor. Lo que le faltaba, para completar un día nefasto.

—¿Por qué vienes a estas horas? ¿Dónde has estado?

—Por ahí.

—Por ahí... ¿por dónde?

—Mira, Klaudia, ya soy mayorcita. No tengo que darte explicaciones de lo que hago en mi vida.

—¿Ah no? Vives en mi casa, por si no lo sabías. ¡En mi casa! Y aquí hay unas normas y unos horarios.

Sabrina no dijo nada y se fue a su habitación, ignorando a su tía. Pero esta le siguió:

—Llegas tarde sin avisar, cuando llegas me respondes de mala manera...

—¿Qué quieres que te diga? ¿Eh? —respondió, airada.

—Que me digas dónde has estado.

—Y, ¿a ti que te importa?

—Con que esas tenemos, eh... has estado por ahí de golfeo, ¿verdad? ¿Verdad que sí? Siempre fuiste la oveja negra de la familia... ¿Con cuántos hombres has estado esta noche? ¿Eh? ¡Contesta!

—¡No pienso decirte nada! ¡Échame de tu casa si quieres! ¡Me importa todo una mierda!

—¡Sabrina!

Y en ese momento lo vio. El don que tenía para predecir la muerte le llegó de forma intensa, y vio a «la vieja» claramente reflejada en el rostro de su tía.

—¡Eres una prostituta! ¡La hija de mi hermana es una prostituta! —gritó, como si estuviera proclamándolo ante una audiencia—. Peor que eso, porque esas desgraciadas lo hacen para sobrevivir. ¡Pero tú lo haces por gusto! ¡Lo haces por vicio! ¡Vas a arder en el infierno, Sabrina! —exclamó—. ¡Golfista! ¡Más que golfista!

—¡Tú sí que vas a arder en el infierno! —replicó— Y además, ¡vas a arder esta noche! ¿Me oyes, Klaudia? —la agarró fuertemente por la parte superior del vestido— ¡Esta noche morirás...! ¡Y después arderás en el infierno!

—¡Vete ahora mismo de mi casa! ¡Bruja! ¡Más que bruja! —declaró, llena de ira—. ¡Siempre fuiste una bruja! ¡Vete de mi casa!... ¡Y no vuelvas más!

La chica no esperó a que se lo repitiera. Sin llegar a entrar en su habitación, agarró el bolso que había dejado sobre una silla en la antesala y se marchó, sin dirigir la vista atrás.

Bronca familiar

—De verdad... bastante tengo entre la hermana y el padre... ¡Me tenéis harta los dos!

—Cálmate, Vicky, tampoco es para tanto.

—¿Qué no es para tanto? Por favor... Están los platos sin lavar en el fregadero desde hace, no sé cuántos días; la ropa limpia se amontona sin planchar en el armario y mezclada con la que está sucia; este suelo no sabe lo que es una fregona desde que yo la pasé el mes pasado... Todo esto es grave, pero ya estoy acostumbrada. Pero que tu hija esté todo el fin de semana fuera, y que ni tú ni yo sepamos dónde está, que no responda a las llamadas... ¿y de verdad dices que no es para tanto?

—Bueno, ya lo ha explicado, ha estado en un camping con unas amigas y...

—Mari, no me puedo creer que en ese camping no haya cobertura —recriminó la chica a su hermana.

—Pues créetelo. Es la verdad. Intenta llamar, y verás que solo tienen teléfono fijo. Está en medio de un monte y...

—Vale, puede que sea verdad, que lo dudo, pero, ¿por qué no lo avisaste antes, cuando te ibas? ¿Por qué no le dijiste a papá que ibas a pasar todo el fin de semana fuera de casa?

—Ya está bien Vicky —intentó mediar el padre.

—Tú cállate —le espetó—. A ver, bonita, ¡contesta!

—Mira, guapa, tú no eres mi madre, ¿sabes? No tienes ningún derecho a tratarme así. Y, además, yo ya soy mayor de edad. Puedo hacer lo que me dé la gana ¿sabes?

—Puedes hacer lo que te dé la gana, pero dentro de unos límites. Y yo, aunque no sea tu madre, soy tu hermana mayor, y también hago lo que me da la gana. Y si me da la gana echarte una bronca, pues te la echo. ¿Lo entiendes?

—Vicky...

—¡Qué! —gritó. ¿Es que no le dices nada?

—A ver, Mari —comenzó a decir Teo, mirando hacia su hija menor—. Tu hermana tiene razón. Podrías haber avisado.

—¡Ella no es mi madre! —exclamó, con rabia.

—De acuerdo, ella no es tu madre, pero yo sí soy tu padre. Y, la verdad, hemos estado intranquilos durante todo el fin de semana. Con decirte que estuvimos a punto de llamar a Emergencias, si no fuera porque la madre de Ana, tu amiga, nos dijo que estabas con ella.

—¡Pues ya está! ¡Os quedasteis tranquilos! ¿No?

—Nos podíamos haber quedado tranquilos mucho antes, Mari. No me negarás que tengo razón.

La muchacha miró a los dos con la cara seria, y no dijo nada. Su padre continuó:

—Otra cosa. Veo que ya no llevas el escapulario del Carmen. ¿Por qué?

—No pienso llevarlo más. Me pica y es incómodo.

—Claro, seguro que es por eso —objetó la hermana—. Tampoco llevas la medalla con la Virgen y el Sagrado Corazón. La medalla de plata que te regaló mamá.

La muchacha miró a los dos con cara de circunstancia, pero no dijo nada.

—Todos los consagrados a la Virgen lo deberíamos llevar, Mari. O una cosa o la otra. Es una eficaz protección contra el Maligno. Lo sabes de sobra.

—Sí, ya lo sé —dijo, con indiferencia.

—Pues entonces, ¿por qué no lo llevas?

—No lo lleva porque prefiere llevar ese absurdo collar con la piedra esa que es todavía más absurda —objetó la hermana.

—Me la regaló un amigo.

—¿Qué amigo? —preguntó Victoria.

—¡Y a ti que te importa!

—Vale, Mari, puedes llevar las piedras que quieras —intervino el padre—. Como si quieres llevar un collar de pinchos o un collar de perro. Pero la medalla deberías llevarla también. Una cosa no quita la otra.

—¡La llevo en el bolso! —gritó— ¡Que lo sepáis los dos! ¡La llevo en el bolso! ¡Mirad! —les recriminó, abriendo el mismo y enseñándoselo a ambos. Una preciosa medalla y una cadena de plata.

Padre e hija se la quedaron mirando, y entonces ella se dio la vuelta y salió de la casa, dando un sonoro portazo.

Victoria observó la puerta durante unos instantes y después se volvió hacia su padre:

—Y, tú ¿qué? A ti también te tengo que leer la cartilla, ¿sabes? Has vuelto a las andadas, y sigues durmiendo de día. Cuando estabas con Delia conseguiste reformarte un poco, pero ahora...

—Ya lo sé, Vicky. ¡Ya lo sé! ¿Qué quieres que haga? ¿Buscarme otra novia? Ya van dos fracasos, ¿sabes?

—Claro, si no le hubieras dicho que haces exorcismos...

—Yo no hago exorcismos.

—Ayudas a hacerlos, que es lo mismo.

—Lo mismo, lo mismo... no es.

—¡Es lo mismo, papá! ¿Es que no te das cuenta? ¿No te das cuenta de que no puedes ir por ahí diciendo eso? Espantas a cualquiera que sea mínimamente normal...

Teo se encogió de hombros y puso una mirada lastimera, como disculpándose con la hija por haber hablado de más. Por haber chafado, por segunda vez, la que parecía una relación más que prometedora. Entonces, casi por congraciarse con ella, más que porque le apeteciera, le dijo:

—Podrías llamar a la agencia. Quizás Mayte, la verdadera, siga disponible...

—¿Qué te crees? ¿Que no lo he hecho?

—¿Ah sí?

—¡Sí! —gritó con rabia—. Pero no ha servido de nada.

—Ya está con otro...

—Eso parece. Hemos perdido una ocasión única para que una mujer de verdad entre en esta casa, y os ponga en vereda a los dos.

—No te preocupes, Vicky. Procuraré enmendarme.

—Más te vale. Porque como no sea así, no sé cómo os las vais a apañar a partir de ahora. Yo no creo que pueda venir a veros mucho, dentro de poco.

—¿Por qué?

—Porque estoy embarazada, por fin.

Fallecimiento

Estaba totalmente segura, y su instinto no le defraudó. Cuando llegó a su casa por la mañana, después de pasar la noche en un albergue para indigentes —donde por cierto no pegó ojo en toda la noche—, se la encontró muerta, sobre su cama.

Enseguida llamó a una ambulancia, y confirmaron la defunción. Había tenido un ictus en la madrugada, que le costó la vida.

—¿Vive usted con su tía? —preguntó uno de los sanitarios que llegaron a la casa.

—Sí, vivo aquí.

—¿Dónde estuvo esta noche?

—Estuve fuera.

—Una pena. El derrame cerebral no fue fulminante. Probablemente estuvo agonizando durante al menos una hora. Si nos hubiera llamado alguien... quizás hubiera salvado la vida.

Aquellas palabras le llenaron de dolor, si cabe más del que ya tenía. En el albergue no lo pasó bien, precisamente, pero no podía hacer otra cosa que seguir allí, por las bajas temperaturas en las que se encontraba la noche con varios grados bajo cero. En el establecimiento se encontró a un sujeto que la estuvo acosando sexualmente durante la última parte de su estancia, y a punto estuvo de volver a casa de su tía. Siempre sería mejor disculparse con ella antes que soportar a aquel individuo. Pero su orgullo no se lo permitía, como tampoco le permitía volver a acercarse siquiera por las inmediaciones de la iglesia de Klaus. Lo último que deseaba era ver otra vez aquella maldita sonrisa de Hilda...

Así que se enfrentó al cerdo que la acosaba, y con ayuda de otros hombres se lo quitó de encima. Así se pasó la noche, pero ahora tenía remordimientos. Quizás podría haber evitado la muerte de su tía...

En cualquier caso, ya era tarde para hacer algo, y como estaba horriblemente cansada, llamó al restaurante para anunciar que ese día no iría a trabajar ni el siguiente tampoco. Dos eran los días que la ley le permitía faltar por fallecimiento de un familiar, y eso fue lo que le dijo a su jefe.

Funeral

—Buenos días, Sabrina.

—Buenos días, Jürgen. Y tú debes ser...

—Camilla —se presentó la mujer que acompañaba a su primo, y los tres se estrecharon la mano.

Su tía Klaudia tenía dos hijos, que no se hablaban con la madre. Jürgen era el mayor, y también había una hija menor que no se hablaba tampoco con el hermano. Camilla era la esposa del primero, y se juntaron al día siguiente de fallecer la madre, en el funeral.

—Lo siento mucho. Me hubiera gustado estar en casa cuando murió, pero no fue posible.

—Ya... —el hombre no parecía muy afectado.

—¿Dónde está tu hermana? Hace muchos años que no la veo —le preguntó Sabrina.

—También hace muchos años que no me ves a mí —respondió de forma seca.

—He estado viviendo en España, hasta hace bien poco. Pero con ella tenía cierta confianza. ¿Qué es de su vida?

—No tengo ni idea —miró para otro lado.

—Discutimos tras la muerte de mi suegro —dijo Camilla. Por la herencia, ya sabes.

—Se llevó todo el dinero, Sabrina —añadió el primo—. ¿No te lo contó mi madre?

—Ella hablaba poco de su marido, Jürgen.

—No me extraña. Mi padre siempre prefirió a mi hermana... en todos los aspectos. Hasta me atrevería a asegurar que también la prefería en... aspectos íntimos.

Sabrina se quedó con la boca abierta. Sabía que su prima y su tío estaban muy unidos, pero tanto...

—¿Lo dices en serio? —preguntó, escandalizada.

—No me extrañaría nada. Esa guarra...

—¿No estuvo contigo en Ibiza? —preguntó Camilla.

—¿Conmigo? No.

—¿No vivía en una comuna, igual que tú?

—Por favor... —Sabrina estaba comenzando a sentirse ciertamente incómoda—. Eso fue hace muchos años. Y respecto a tu hermana... lo último que sé de ella es que estuvo viviendo con un chico en Florida, en una especie de... hotel o «resort», cerca de la playa.

—¡Ja! —exclamó el primo—. Eso, ni era un hotel, ni el chico era tal. ¡Era un viejo! ¡Un viejo que la mantenía en un burdel!

—Bueno, eso no fue lo que me dijo a mí...

—¡Tú que sabrás! —exclamó—. Estuvo primero en una comuna, en España o en Italia. Por eso pensábamos que estaba contigo. Y después se encaprichó de ese viejo... Siempre le gustaron los hombres mayores... como mi padre.

Sabrina puso un gesto de asco, y su cara de desagrado ante lo que estaba oyendo le hizo sentirse muy incómoda. Una situación de negrura se apoderó de ella, y deseó salir huyendo de allí lo antes posible. Su primo se lo notó y cambió de tema:

—De todas maneras, he hablado con su abogado esta mañana.

—¿Con su abogado?

—Sí, por el tema de la herencia. La muy cerda pretende quedarse también con la casa de mi madre.

—Pero no lo vamos a consentir —añadió Camilla—. Hasta ahí podríamos llegar. Ya se llevó el dinero la otra vez, y lo justo es que nosotros nos quedemos ahora con la casa.

Sabrina alucinaba. Todavía no se había enfriado del todo el cuerpo de la madre, y los hijos ya solo pensaban en la herencia. Le entraron ganas de irse de allí inmediatamente con cualquier excusa, pero enseguida recibió una alarma. Su agudo sexto sentido le puso sobre alerta, en el sentido de que, a aquella casa no podía volver: una nube de oscuridad se había cernido sobre ella.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en nuestra casa? —preguntó la mujer, recalcando la palabra «nuestra».

—Pues...

—Te lo decimos —intervino Jürgen—, porque tenemos intención de venderla... ya.

—Nuestro abogado nos ha aconsejado que lo hagamos mientras se encuentra en la situación de «herencia yacente», o algo así —añadió Camilla—. De esa manera, el dinero sería custodiado por un albacea y sería más sencillo su reparto y facilitaría su adjudicación a nosotros cuando lleguemos a los tribunales.

—Pero... ¿se puede vender algo, si uno de los dueños no está de acuerdo?

—Desde luego que sí. ¿Por qué no iba a poder hacerse?

—Bueno... yo tengo ciertos conocimientos en la materia. En España yo me dedicaba a asesorar sobre estas cuestiones a compatriotas que buscaban invertir en las islas y...

—Sabrina, la legislación alemana no tiene nada que ver con la española. El testamento nos adjudica a nosotros la mitad, y sobre ese punto no hay discusión.

—Entiendo. La parte que está en disputa es la parte que le corresponde a ella, ¿no es así?

—Nos corresponde a *nosotros* también —recalcó Camilla—. Pero eso será cuando los tribunales nos den la razón.

—Que nos la darán, si hay justicia en este mundo. La muy puta ya se quedó con el dinero de mi padre cuando él falleció, y, por justicia, a mí me corresponde la casa entera.

—Ya, ya, pero, mientras tanto, ¿quién iba a querer comprar una casa con esos problemas?

—Nosotros venderíamos nuestra parte a un fondo de inversión. Los pisos no hacen más que subir, y es un buen momento para invertir.

—Pero esos fondos... no son los que más ofrecen... ¿no sería mejor venderlo a un particular? Seguro que darían más dinero.

—¡Ay, prima! —exclamó el hombre—. Mi madre siempre dijo que eras un poco tonta, y no le faltaba razón —en ese punto, Camilla sonrió—. ¿No comprendes que es una herramienta de presión? Si amenazamos a mi hermana con hacer eso, se avendrá a vender, y nos facilitará las cosas. ¿Lo entiendes?

Sabrina no dijo nada, y la mujer siguió:

—Necesitamos que dejes libre la vivienda cuanto antes. Tenemos que deshacernos de todos los muebles y dejar el piso diáfano. Esos muebles horribles y anticuados... Restarán valor a la casa si los dejamos ahí.

—¿Cuándo podría ser? —preguntó Jürgen.

—¿El qué? —Sabrina estaba como en una nube, y un golpe de absoluto cansancio la invadió de repente. Llevaba dos noches sin dormir y estaba agotada.

—Que cuándo podrías irte.

—No pienso volver a esa casa nunca más —contestó, desde el corazón.

Dos voces

A pesar de lo que le había dicho a su primo, no le quedó más remedio que pasar otra vez por allí. Tenía que recoger sus cosas y hacer la maleta.

Pero según se fue acercando, constató un hecho que la desagradó sobre manera: ahora ya no solo le hablaba su madre... sino también su tía.

Insultos, recriminaciones de todo tipo, reprobaciones... todo un galimatías de palabras que se acentuaron sobremanera cuando entró en la vivienda. Su cabeza parecía que iba a explotar entre el cansancio y el acoso psicológico que le hacían aquellas dos voces, y se entretuvo lo mínimo que pudo para recoger sus cosas más valiosas —pocas— y apelo-tonarlas en una pequeña maleta y una mochila.

Cuando salió a la calle respiró aliviada, pues aquel ruido ensordecedor se mitigó un tanto, aunque todavía seguía algo de fondo. Intentó «apagar la radio», pero descubrió que eso ya no era algo que estuviera en sus manos.

Así las cosas, intentó concentrarse en su situación, y de esa manera se escabulló un poco del acoso al que le sometían. Pensando en otra cosa, aunque con algo de esfuerzo, evitaba que la machacaran.

De esa manera se vio a sí misma sola, en la calle, arrastrando una maleta y una mochila: lo único que tenía en el mundo, pues ya no le quedaba ni siquiera familia. Por un momento pensó de nuevo acudir a la iglesia, pero solo de pensarlo sintió de nuevo un pinchazo en el estómago que hizo que este se le revolviera y vomitase el escaso desayuno que había tomado horas atrás. Aquel era el último sitio al que se dirigiría, y entonces no le quedó más remedio que acudir a una pensión.

Era un pequeño establecimiento de estilo familiar que se ubicaba cerca del restaurante donde trabajaba. Así no tendría que tomar el autobús, y podría estar más tiempo en la cama, intentando dormir.

Allí llegó, totalmente exhausta, y nada más entrar en la habitación que le adjudicaron, se derrumbó sobre la cama y se quedó dormida.

Pero no le duró mucho el sueño. A las pocas horas se despertó, sobresaltada. Alguien había puesto la música a todo volumen en algún lugar de la pensión, y esta entraba atropelladamente en su dormitorio.

Tras unos segundos de aturdimiento, se sentó sobre la cama e intentó localizar la fuente del sonido, pues no parecía fácil. Era una canción infantil, que ella misma había cantado en su niñez cuando jugaba con las compañeras del colegio: *«la comba, la comba, saltamos a la comba, saltamos y saltamos, la comba, la comba...»*. Una canción sencilla y repetitiva destinada a acompañar los saltos, y que cantaban las dos niñas que sostenían una cuerda sobre la que otras saltaban: *«la comba, la comba, saltamos a la comba...»*.

Tras concentrarse un poco, llegó a una conclusión que le llenó de horror. La música no provenía de ningún sitio, sino que estaba solo en su cabeza. Y quienes la cantaban eran... lo han adivinado: Annika y Klaudia, es decir, su madre y su tía.

Retirada

—¿Sí?

—¿Teo?

—No pienso participar en más exorcismos, padre. Me retiro definitivamente.

—Bueno, eso dices siempre, y luego vuelves.

—Esta vez va en serio.

—¿Es por lo de Evelyn?

—En parte sí. Que le abran a uno la cabeza la primera vez, es para no volver, desde luego. Pero que te retuerzan las manos y te zarandeen por los aires como si fueras un muñeco... todavía tengo el cuello dolorido, del golpe que me di cuando me soltó.

—Ya, ese demonio era particularmente violento, pero otros no son así, ya lo sabes. ¿Sigues con el collarín?

—No, ya me lo han retirado. Pero he estado de baja varios días, sin poder ir a la oficina. Y por supuesto, sin poder contar lo que me pasó de verdad, lógicamente.

—Bueno, no te quejes tanto; yo también me llevé mi parte.

—Ya, pero lo suyo va en el sueldo. A mí no me pagan para eso.

—¡Ja! ¡Como si a mí me pagaran mucho! Es lo que me decía un compañero, *esto no está pagado*. Los exorcistas deberíamos tener un plus de peligrosidad, otro de penosidad, otro de nocturnidad, otro por trabajo en días festivos... por no hablar de las horas extras que hacemos, que...

—Sí, ya lo sé, y a pesar de todo eso cobra lo mismo que los curas que solo se dedican a dar misas. ¿No es así? Es lo que siempre me dice.

—Pues sí. Totalmente cierto. Pero el Señor me pagará los «atrasos» en el Cielo, espero —suspiró—. Y... ¿la otra parte?

—¿Qué otra parte?

—Me dijiste que te retiras en parte por lo de Evelyn. ¿Cuál es la otra parte?

—Pues la otra parte... —Teo se resistía a contarle— Es que... bueno, sí, pues... que por su culpa he perdido una novia.

—¿Cómo?

—Lo que oye —se detuvo, pues su interlocutor comenzó a reírse de forma estentórea, y no cesaba en las risas, por más que Teo suspiraba exasperado a través de la línea.

—¡Qué pasa!, ¿es que uno no tiene derecho a tener novia?

El cura no paraba de reír, y Teo se enfadó:

—Bueno, vale ya, ¿no?

—O sea, ¿que es de verdad?

—Que es verdad... ¿el qué?

—¡Que tienes novia! Creía que era una broma, pero me he dado cuenta de que no lo es por cómo te lo has tomado... ¡Es que me parto!

Cándido siguió con las risas mientras el otro no sabía si también reír o colgar el teléfono.

—Me tienes que contar eso más detenidamente —añadió el padre, mientras las carcajadas iban disminuyendo.

—No hay mucho que contar.

—¿Cómo fue?

—Una encerrona de Victoria.

—¡Qué tía! Siempre maquinando. Y, ¿algún pecado que confesar?

—¡Ja! No me ha dado tiempo ni a pecar... La tenía a tiro, en mi casa, los dos solos... y entonces... metí la pata hasta el fondo.

—Le contaste lo nuestro.

Teo calló, pero su silencio era más que elocuente.

—Pero, ¿por qué se lo has dicho?

—Porque soy tonto. Por eso es.

—Desde luego que lo eres. Tonto de remate. Muy listo para algunas cosas, pero muy tonto para otras.

—Bueno, pues lo dicho, que me retiro.

—No, si yo no te llamaba para eso.

—¿Ah no?

—No —se rio—. Verás, es que tengo un conocido que... es el sobrino de un compañero. Ya es sacerdote, y se está formando en Roma, preparándose para lo nuestro.

—Lo suyo —interrumpió Teo—. Ya le he dicho que me retiro.

—Vale, como tú digas. El caso es que está unos días de vacaciones en España, y quisiera hablar con alguien como tú.

—¿Como yo?

—Sí, un entendido en enfermedades mentales. El psiquiatra con el que trabaja el compañero no está disponible. Se trata de que le expliques, más o menos, las formas de discernir una enfermedad mental. Ya sabes, para no confundirlo con una posesión.

—Eso es un asunto muy técnico, que, en muchos casos solo un experto puede dilucidar.

—Lo sé, Teo, si fuera tan fácil yo no te necesitaría.

—Pues, ¿entonces?

—El chico solo quiere tener algunas referencias.

—Vale, y, ¿no le puede llamar por teléfono al psiquiatra ese?

—¿A quién?

—Al psiquiatra con el que trabaja su compañero.

—No lo sé. Supongo que no. O está ilocalizable. ¡Yo qué sé! Venga, Teo, no te hagas el remolón. Estoy seguro de que David te va a caer muy bien.

Helmut

Después de pasar una noche infernal, se levantó a la hora acostumbrada y se marchó al restaurante. Tenía la esperanza de que allí la dejarían en paz al tener que concentrarse con los pedidos y despachar los almuerzos. Y ciertamente lo consiguió, aunque solo en parte. La dichosa cancioncita hacía acto de presencia en cuanto se descuidaba.

Su intención era decirle a Helmut, su jefe, que le ampliase el horario. A pesar de los dolores y del cansancio, necesitaba imperiosamente ganar más dinero, pues ahora tenía que pagarse también la pensión.

Sin embargo, no fue precisamente comprensión lo que se encontró al llegar allí.

—No puedo ampliarte el horario, Sabrina. Por la tarde apenas hay clientes, ya lo sabes, y con mi mujer y conmigo nos apañamos.

—Ya, pero para las cenas...

—Aquí casi nadie cena. A las cinco esto se queda desierto, y los dos o tres que se quedan haciendo horas extras... apenas comen algún sándwich, y de prisa.

—Dentro de poco vendrá el verano, y la gente se animará más. Estamos saliendo de la pandemia, y la gente querrá salir.

—Puede ser. Pero en ese caso, ya lo contemplaremos. De momento no hace falta.

—Es que yo necesito trabajar más, y...

—El volumen de trabajo lo tenemos por las mañanas. Y, precisamente, llevas dos días sin aparecer.

—Se murió mi tía —replicó, pero su jefe la ignoró.

—Tu compañera no dio abasto en el almuerzo, y algunos clientes se quejaron de que los platos no llegaban, porque nadie los servía.

Sabrina se calló, y su jefe siguió con la bronca:

—Y cuando los servían, ya estaban fríos.

—Lo siento mucho, Helmut. No volverá a pasar —se disculpó, y se volvió hacia la cocina para continuar con el trabajo, mientras su jefe la miraba con displicencia.

Cuando salió del trabajo, realmente agotada, comenzó a pensar de qué manera podría salir de aquella situación, y no se le ocurrió nada factible, al menos a corto plazo. Lo que menos le apetecía era ahora buscar otro empleo, y no se imaginaba entrar a trabajar en ese momento en otro sitio y aguantar hasta bien entrada la noche.

Así las cosas, se resignó a esperar tiempos mejores, pues el dolor, el insomnio y el acoso de su madre y su tía no eran constantes, afortunadamente. Pasaban por períodos de más calma combinados con otros de mayor pesar. Lo malo era que el dinero se le estaba acabando, y además, a marchas forzadas.

David

—Bueno, como supongo que le habrán dicho, nuestra labor consiste en diagnosticar la enfermedad mental. En la inmensa mayoría de los casos, no existe una posesión como tal, sino que el paciente simplemente, sufre.

El tal David había llamado a Teo, y ambos se habían citado en una cafetería. Era un hombre parecido en cierto modo al psicólogo: delgado, con gafas, estatura similar... solo que mucho más joven. Apenas llegaba a los treinta años, y podría parecer incluso menor, por la cara de niño que tenía. Algo a lo que contribuía mucho un flequillo pasado de moda que ocultaba parcialmente unos pequeños ojos oscuros clavados en una tez muy blanca.

—Una esquizofrenia, una epilepsia, una psicosis, un delirio paranoide... Nuestra misión consiste en descartar esas hipótesis.

—Sí, lo sé, eso es lo que nos han enseñado, lo que pasa es que yo quería profundizar algo más, en el sentido de conocer la sintomatología. No sé si me entiende...

—Sí, le entiendo, lo que pasa es que para eso tengo que entrar en detalles técnicos, que, para la persona no versada, pueden resultar algo engorrosos.

—No es mi caso —afirmó, con aplomo—. Llegué a cursar la carrera de medicina.

—¿Ah sí?

—Sí, lo que pasa es que no la terminé. Quedé a poco de comenzar la especialidad, y abandoné los estudios.

—Una pena.

—Para nada. Cambie el oficio de salvar cuerpos por el de salvar almas. Y ahora, con la preparación para exorcistas, vuelvo a lo de los cuerpos.

—Pues es una labor muy dura. Supongo que se lo habrán dicho.

—Desde luego. Ya lo sé por experiencia propia. He participado en varios exorcismos en Roma junto con otros sacerdotes, aunque solo como ayudante. Pero dentro de poco tendré que hacerlo como oficiante, y es por eso por lo que necesito saber ciertos detalles. El padre Cándido me ha hablado muy bien de usted; dice que tiene una intuición infalible.

—Bueno, eso dice él.

—¿De qué manera distinguen si una persona está posesa o no lo está? —preguntó, yendo directamente al grano.

—¿No se lo han dicho en el curso de exorcistas? Debería ser lo primero que les enseñaran...

—Desde luego que sí. Pero me gustaría saber cómo lo relata un laico... que fuera además profesional de las enfermedades mentales. Para contrastar, ya me entiende.

—Le entiendo perfectamente, y además eso dice mucho de usted. Se ve que tiene un verdadero interés en el asunto... yendo más allá de las fuentes oficiales.

—Lo tengo, Teo. ¿Lo puedo tutear?

—Sí, claro.

—Gracias. A mí, llámame, David. Me resulta todavía chocante eso de «padre David» o «don David», sobre todo cuando hablo con alguien mayor que yo. Dejemos eso para la feligresía.

Teo sonrió. Como psicólogo, nunca dejaba de ejercer su profesión, aunque no lo hiciera de forma lucrativa. Se veía que el chaval buscaba que él se abriera bien, y para eso necesitaba acercarse. El dejar el «usted» de lado era una forma bien conocida de encontrar ese acercamiento.

—Bueno, pues, vamos a empezar —comenzó Teo—. Aunque hay excepciones, por lo general este tipo de personas sufren alucinaciones sensoriales siempre con una temática muy precisa. Concretamente exponen que, esporádicamente, ven sombras, sienten una difusa sensación extraña en alguna parte concreta del cuerpo u oyen crujidos, pero no se ven afectadas por ningún tipo de delirio.

—¿No hay delirio paranoide?

—Lo puede haber de forma concomitante, y ahí se complica la cuestión. Pero no suele ser lo habitual. Por el contrario, hay una total ausencia de construcción patológica de conjuntos de ideas que puedan justificar ese tipo de trastornos. El paciente mantiene un razonamiento claro, y se muestra sumamente crítico respecto a los síntomas que él mismo describe al médico o al psicólogo clínico. Es muy frecuente que comience su exposición con las palabras "va a pensar que estoy loco", "no me va a creer" o "no sé por dónde empezar".

—O sea, que el mismo poseso es el primero en reconocer que su discurso va a resultar poco creíble.

—Así es. Además, sitúa perfectamente en el tiempo el inicio de sus trastornos. Y suele referir como causa de ellos la participación en determinados ritos esotéricos, como la ouija, prácticas de espiritismo, santería afrocubana, macumba, vudú, etc.

—¿Se podría decir que la posesión tiene algún aspecto en común con la esquizofrenia paranoide? Por lo que recuerdo de la carrera, una esquizofrenia de tipo paranoide es la presencia de ilusiones o de alucinaciones en el contexto de una relativa preservación de la función cognitiva y afectiva.

—Recuerdas bien, David. Y sí, daría la impresión de que este tipo de pacientes entrarían en la clasificación para este tipo de enfermedad.

—Entonces, ¿cómo distinguir una cosa de la otra?

—Lo verdaderamente relevante, el factor predominante, será el hecho de que en los momentos de mayor furia en los que emerge esa segunda personalidad —la del diablo que lleva dentro—, el paciente da todos signos de sufrir un desorden disociativo de la personalidad.

—La presencia de una identidad distinta que toma control sobre la conducta de la persona. ¿No es así?

—Así es. Esa conducta entra plenamente en la descripción de esta patología de la disociación, pero esta segunda identidad siempre aparece con unos rasgos muy definidos: hablará con rabia, con ira, exponiendo un gran odio hacia todo lo relativo a la religión, y hablará además con la expresión facial manifestando una gran tensión. En unos poseos esta segunda identidad es locuaz, y manifiesta una gran procacidad en su vocabulario con profusión de expresiones blasfemas. En otros poseos esta segunda identidad es casi

muda, hablando en contadas ocasiones y de un modo extremadamente lacónico. Sus intervenciones cargadas de odio y de tensión tienen en común con el tipo anterior que la voz cambia por efecto de esa ira contenida.

—Ya entiendo.

—Además, el horror que sienten los posesos hacia todo lo sagrado, no supone ninguna fobia específica. Ya que incluso si apareciera como síntoma aislado, completamente desligado a todo el cuadro de síntomas que acompañan a este síndrome, parecería claro que ese rechazo no es que provoque ansiedad, sino una reacción automática de ira. El poseso no manifiesta una ansiedad provocada por una exposición a cualquier objeto, persona o palabra sagrada, sino que esa exposición es causa de emergencia de la segunda personalidad. Al no existir fobia, tampoco ese rechazo provoca ningún desorden obsesivo-compulsivo, ni tampoco da lugar a ningún tipo de ritual de evitación. Ya sabe, el que tienen muchos enfermos de TOC.

—Sí, entiendo que te refieres al Trastorno Obsesivo Compulsivo.

—Eso es. Quizás la palabra «ritual» no sea la más adecuada, hablando de exorcismos.

—Sí, pero lo he entendido.

—En definitiva, si un psiquiatra no supiera nada de posesiones, los síntomas que observaría en un poseso típico le llevarían a ver en él un desorden disociativo de la personalidad que provoca alucinaciones sensoriales, una aversión aguda a lo sagrado, junto con agitaciones propias de una crisis histeriforme. No sé si estoy siendo demasiado técnico...

—En absoluto, te entiendo perfectamente. Es lo que había venido a conocer... Pero entonces, Teo, ¿cómo distinguir una patología de disociación de la personalidad de una posesión? Me refiero, ¿no podría ser que el sujeto crea que está poseso, cuando en realidad presenta simplemente un cuadro esquizoide?

—Oh, sí, desde luego. En algún caso hemos conocido a personas que se han leído todo tipo de libros y manuales de exorcismo, y los han interiorizado tanto, que ellos mismos acaban creyéndose que están poseídos y manifiestan toda la sintomatología típica de un desorden disociativo.

—Incluso habrá casos en que os intenten engañar, supongo.

—Sí, pero en esos casos es más difícil, puesto que un psicólogo experimentado sabe si le están mintiendo o no. La clave es distinguir los síntomas típicos de la segunda personalidad. Ya sabes, aversión a lo sagrado mediante ataques de ira o furia cuando se les presenta una cruz o una reliquia... y lo que suele ser habitual es el giro de las pupilas de forma que los ojos se quedan en blanco. Todo eso unido a unos músculos faciales tensos, manos crispadas, cambio en el tono de voz... Los típicos síntomas que aparecen cuando el diablo toma el control del sujeto.

—Ahora entiendo por qué es tan importante la presencia de un psicólogo o un psiquiatra.

—A ver, sin que estemos uno de nosotros, también puedes aventurarte. Es la oración la que dará la seguridad sobre si se trata de una posesión o no. Si la persona está posesa, al bendecirla durante unos momentos comenzará a crispar las manos y la tensión se irá reflejando en su rostro. Cerrará los ojos y si el sacerdote le levanta los párpados podrá ver que están en blanco. Si se sigue insistiendo en la oración, el poseso puede comenzar a gritar, a bufar o a hablar con una voz maligna. Hay casos en que no se observa trance, sino que el poseso al momento abre los ojos y habla. Su voz es maligna y angustiada, y

habla para ordenar que se pare, que se detenga la oración. Aunque no se observe trance, al volver en sí no recordará nada.

—Ya, todo eso lo sé. Nos lo han enseñado. Lo malo son los demonios que tratan de ocultarse, los que tardan en aparecer.

—Te refieres a los «abditus» o «abditi». ¿No es así?

—Exactamente.

—Esos son los peores, desde luego. El padre Cándido y yo tuvimos un caso reciente de ese tipo. Tuve que ir personalmente a dilucidar el caso, pues las oraciones y órdenes para que apareciera no surtían efecto. Pero al interrogar a la víctima me di cuenta de que no había enfermedad mental y de que aquella chica no mentía. Esos demonios son realmente duros de pelar, pero al final terminan manifestándose, y saliendo de la persona poseída. No hay nada que se resista al poder de Dios.

Madame Broujard

Había pasado por allí infinidad de veces, y nunca se había atrevido a entrar. Nada más pasar al portal había sentido malas vibraciones y se alejaba de inmediato.

Pero esa tarde se encontraba tan mal, que entró, aunque algo en su interior le decía que no debía hacerlo.

Se encontraba en un barrio humilde, dominado por la inmigración turca, tan omnipresente en toda Alemania. Allí ponía en los dos idiomas: «videncia, adivinación, curandera: Madame Broujard».

El local se encontraba en la cuarta planta de un humilde edificio de viviendas que no tenía ascensor, y mientras subía por la escalera comenzó a encontrarse muy mal. En más de una ocasión se detuvo en uno de los peldaños para tomar aire, y una vez llegó a desandar uno de los tramos de la escalera con intención de marcharse.

Pero la decisión estaba ya tomada, y siguió adelante hasta que llegó a la puerta del piso. Allí, en un letrero de latón algo desgastado, ponía lo mismo que en el portal: «videncia, adivinación, curandera: Madame Broujard». Volvió a fijarse en la última palabra, «curandera», y entonces pulsó el timbre.

Era estridente, y sonó con eco a lo largo de un pasillo que debía introducir al visitante al interior de aquel sitio. Esperó, y no se oyó nada, ni un solo paso, ni un solo ruido, y entonces pensó en irse. «Ya lo he intentado. Aquí no hay nada que hacer», se dijo. Pero en ese momento oyó un susurro, algo como un suave arrastrar de pies que se aproximaba hacia la puerta. «Ahora o nunca», volvió a decirse, y fue «ahora», en lugar de «nunca».

Cuando se abrió la puerta, un tufo a algo sucio y agrio invadió sus fosas nasales, y una obesa y oscura mujer mayor se presentó ante la misma:

—¿Qué desea? —susurró pesadamente aquella mujer turca con un pañuelo beige que le cubría media cabeza.

—¿Madame Broujard?

—Sí, soy yo —contestó sin enfocar la mirada, y a continuación se volvió. Ya de espaldas dijo: —sígueme.

Como si la hubiera estado esperando, o como si fuera una cita prefijada, «la madame» la trató con toda familiaridad, y la condujo hacia una habitación oscura, en medio de aquel pasillo que comunicaba la entrada con el resto de las habitaciones. No se detuvo ni a cerrar la puerta, y tuvo que ser Sabrina quien lo hiciera.

Aquella era su casa, desde luego, y al pasar junto a algunas puertas abiertas vio estancias desordenadas y sucias donde probablemente vivían otras personas, aunque en ese momento en la vivienda solo estaban ellas dos.

—Cuéntame, mi niña, qué es lo que te aflige —empezó a decir, tras invitarla a sentarse al otro lado de una mesa camilla con faldillas verdes. La estancia estaba débilmente iluminada con una bombilla de poca potencia que colgaba de un plafón de color ocre, y al lado de la misma se ubicaba un sofá del mismo color, algo desvencijado y con algunos papeles dispersos sobre el mismo.

—Pues, verás, tengo fuertes dolores de cabeza, y punzadas en la boca del estómago desde hace ya tiempo. He ido a los médicos, pero no me ven nada. Me han hecho pruebas para verme por dentro, y no han detectado nada extraño.

La mujer la miraba absorta, con unos ojos oscuros y acuosos que brillaban ligeramente con el reflejo de la bombilla; parecía como ensimismada.

—He venido aquí, por si usted me puede curar —concluyó.

—Ya veo, mi niña —reaccionó. —¿Desde cuándo tienes eso?

—Hace ya muchos meses. Remitió durante un tiempo, pero hace poco volvió... La verdad es que ya no puedo más.

—Y, ¿qué tal duermes?

—Fatal. Yo diría que no duermo nada. Además, desde hace poco oigo voces que no me dejan dormir y... —se detuvo, viendo que la mujer ya no la escuchaba. Por el contrario, se volvió y abrió un cajón de la cómoda que había detrás de su silla. De allí extrajo una baraja de cartas mugrientas y comenzó a echarlas sobre el no menos mugriento tapete que cubría la mesa donde estaban. Eran cartas del tarot.

—¿Cuál es tu horóscopo?

—Géminis —replicó con escepticismo, y la mujer siguió sacando naipes de aquella baraja.

Una vez que hubo expuesto unas cuantas cartas, las observó, las recogió, y volvió a repetir la operación una vez más. Por último, se quedó como absorta, con la mirada perdida sobre los naipes, y a Sabrina le pareció escuchar un graznido. Un ligero y profundo susurro gutural que parecía salir del interior de aquella persona, hasta que por fin volvió en sí y le dijo:

—Te han echado mal de ojo, mi niña.

A continuación, recogió las cartas y volvió a echar otra mano, repitiendo la misma operación que había hecho anteriormente.

—Un hombre delgado. Extranjero. Con apariencia joven, pero que no lo era... Se mantiene así porque ha hecho un pacto con el diablo. Se cruzó contigo... ¿cuándo fue? ¿El año pasado?

—Sí —replicó Sabrina, asombrada. No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Ese hombre quería acostarse contigo y tú le rechazaste. Y entonces, echó un demonio sobre ti.

La chica se quedó estupefacta. —¿Está segura? —preguntó.

—Completamente. Las cartas no mienten, mi niña.

En ese momento, Sabrina volvió la cabeza, torció el gesto, y se puso a llorar de forma desconsolada, apoyando la cabeza sobre uno de sus brazos, sin que la mujer pareciera inmutarse en absoluto. Después de un rato, comenzó a recomponerse y entonces la madre le dijo:

—Pero puede arreglarse, mi niña. Puede arreglarse si confías en mí.

—¿Cómo? —preguntó, casi gritando.

—Tienes que confiar en mí. Solo así puede hacerse. ¿Confías en mí? —preguntó, y ella asintió con la cabeza, mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo de papel.

—Dame las manos.

Sabrina las extendió, y la mujer se las agarró fuertemente. Eran manos duras, sudorosas, y le prendieron con una fuerza que casi le dolió. En ese momento comenzó a canturrear algo por lo bajo, en una especie de cantinela disonante que de vez en cuando desafinaba en una estridente nota aguda. —Tienes que confiar en mí... —susurró otra vez y Sabrina respondió con firmeza: —Ya lo hago.

En ese momento, mientras tenía los ojos cerrados, mientras intentaba «confiar» en aquella mujer, sintió una presencia interior que no le era desconocida. Abrió los ojos de golpe, y una aguda punzada en el estómago le hizo soltarse de las manos de la mujer, sin que ella pudiera impedirlo. Más bien al contrario, parecía como si estuviera esperando ese momento para hacerlo.

—Ya está, mi niña.

—¿Ya está?

—Ahora tienes que colocar una fotografía de ese hombre, o algún objeto personal suyo que poseas, debajo de tu cama. Y sobre ella, unas tijeras abiertas en forma de cruz. Él tiene un muñeco que te representa al que ha clavado tres agujas. Una en el estómago, y dos en la cabeza. Una está en la frente, y otra por detrás, en la nuca. La de la frente es la que te provoca la jaqueca, y la de la nuca es la que te provoca el insomnio. Tienes que conseguir que quite las tres agujas y queme el muñeco. Solo así descansarás.

—Pero... no lo conozco. No sé dónde vive...

La mujer permaneció indiferente ante ese comentario, e insistió en su remedio:

—La solución está en el muñeco, mi niña. Y mientras tanto, haz lo que te he dicho. Eso te aliviará.

Sabrina se pasó una mano sobre la cabeza, sobre la frente y sobre la nuca. Al pasar por allí sus dedos, notó como la jaqueca se volvía más intensa, y los retiró de inmediato. Pero daba lo mismo. La cabeza le ardía y le dolía como si le fuese a explotar. Más si cabe que nunca, y entonces emitió un quejido que no pasó desapercibido para su anfitriona.

—Habla con tu madre, mi niña. Y hazle caso en todo lo que te diga.

—Mi madre está muerta.

—Ya lo sé —respondió sin vacilación—. ¿Ves esta carta? —señaló a uno de los naipes que seguían sobre la mesa—. Esa figura representa a tu madre que te guía desde el más allá. ¿No la oyes?

Una vez más se quedó con la boca abierta, y permaneció inmóvil durante unos segundos, sopesando todo lo que había oído. Era realmente asombroso.

Tras unos momentos más de espera, se dio cuenta de que la mujer ya no le iba a decir nada más, y entonces se levantó y recogió el bolso que había dejado colgado sobre la silla en la que se había sentado, sin dejar de mirar, asombrada, a tan extraña persona. La mujer ahora parecía una estatua, y miraba a través de ella como hacia el infinito, con una expresión impasible. Entonces procedió a salir de la habitación, y fue ahí cuando se dio cuenta de que no había pagado. Es más, ni siquiera le había preguntado el precio, y no sabía si esa sesión iba a ser cara o no iba a poder pagarla.

—¿Me dice cuánto es, por favor?

La mujer seguía con la misma actitud impasible, y ella repitió: —¿Cuánto le debo?

Pero fue inútil. Madame Broujard parecía como congelada, convertida en una estatua de sal, y entonces Sabrina sacó un billete de veinte euros de su bolso y lo dejó sobre la mesa, sin que la mujer se inmutase. A continuación, salió de la habitación, atravesó el pasillo, abrió la puerta de la casa y comenzó a bajar las escaleras, deprisa.

La búsqueda

No tenía ninguna foto suya, y el video que habían grabado del día del programa se quedó en Mallorca. Tan solo conservaba una foto grupal que les hicieron a todos los concursantes de ese día mediante un fotomontaje, y que por cierto le costó recuperar, pues la había borrado de la tarjeta de memoria. Pero se bajó una aplicación que al parecer restauraba los archivos eliminados, y de esa forma lo consiguió.

Después de imprimirla y recortar la cara de Teo, hizo lo que le dijeron, y la puso debajo de su colchón con las tijeras en forma de cruz. Pero al cabo de un par de noches, comenzó a sentirse incluso peor, y desmontó aquel tinglado. Ya se lo habían avisado: el remedio no era ese.

Por si fuera poco, había presentido recientemente que la iban a despedir. Helmut, su jefe, no aguantaba más, y no era para menos, pues su rendimiento en el restaurante había bajado sustancialmente. Le faltaban las energías y no se daba prisa, por falta de fuerzas en los momentos en los que tenía que estar más viva que nunca.

Desde luego, aquella mujer había adivinado todo con una precisión asombrosa, y se determinó a viajar a España para intentar arreglarlo todo, según le había dicho. Era lo único que le permitía mantener alguna esperanza, pues ya había barajado varias veces el suicidio.

El vuelo más barato que encontró fue para un viernes, con ida y vuelta en el mismo día. No podía ni siquiera afrontar quedarse en un hotel, y por tanto debía conseguir sus objetivos en un puñado de horas.

Primero tenía que obtener sus datos. Su teléfono, su nombre, su dirección... La cuestión era dar con él, para una vez encontrado, rogarle que retirara el maleficio. Estaba dispuesta a darle o a hacer lo que él le pidiera, fuese lo que fuese, aunque lo único que podía ofrecer era su propio cuerpo. Ya no le quedaba nada más.

Dicen que hay tres valores en la vida, y que son salud, dinero y amor. Cuando Sabrina acudió a Cita a Ciegas, tenía salud, tenía dinero, y solo le faltaba el amor para completar la terna de la felicidad. Poco imaginaba que iba a salir de allí, no solo sin amor, sino también sin salud y sin dinero. Solo le quedaba su cuerpo, un cuerpo apetecible que todavía era joven, y estaba dispuesta a darlo si con eso recuperaba siquiera la salud.

Pero encontrar a Teo no era una tarea fácil. Solo conocía su nombre, y nada más. Las búsquedas que hizo en Internet especificando las palabras “Teo” y “Cita a Ciegas” no arrojaron ningún resultado, y no se hacía referencia a él de ninguna otra manera. Solo le quedaba llamar a la productora que realizaba el programa para Telesexta, e intentar que le dijeran cómo contactar con él.

En un principio pensó en llamar por teléfono, pero finalmente desistió de la idea. La dicha confidencialidad y la protección de datos seguramente serían una barrera para ese propósito, y lo único que conseguiría es que los de la productora se cerraran en banda para posteriores averiguaciones. Ya conocía bien cómo son las gestiones en España, por su trabajo de mediadora en cuestiones burocráticas, y las personas que atienden por teléfono no suelen ser precisamente nada amables.

Es diferente, sin embargo, cuando el trato es en persona. Ahí la gente suele ser más cercana, dentro de lo que cabe, pues no pueden ampararse en el hecho de pulsar una tecla y

finalizar la conversación. La experiencia le decía que, en cuestiones enrevesadas, era la mejor forma de alcanzar un objetivo.

Conseguir el contacto de Teo no es que fuera una cuestión enrevesada, pero sí que era peliaguda, por el asunto de la confidencialidad. Estaba casi segura de que no se lo proporcionarían fácilmente, pues el susodicho les podría denunciar por dar sus datos personales sin autorización.

Porque los datos de contacto los tenían en la productora con toda seguridad, pues de otra manera no hubieran podido comunicarse con él para decirle que había sido aceptado para participar en el programa. En su caso, por ejemplo, recordó que ella había facilitado no solo su correo electrónico y su teléfono, sino también su dirección.

Otra cuestión es que los hubieran borrado, lógicamente, aunque no había pasado el suficiente tiempo como para que eso hubiera ocurrido. Aunque todo era posible. La inmensa mala suerte que le acompañaba desde entonces, le decía que, si algo podía salir mal, iba a salir mal casi con toda seguridad.

Pero no le quedaba otra opción que intentarlo. Ya lo había perdido todo, y por tanto, no arriesgaba nada. Si le salía mal la jugada... siempre le quedaba la opción de suicidarse y acabar con todo de una vez.

Mediajet

—Buenos días. Quisiera hablar con María, de la unidad de Selección.

—¿La unidad de Selección? No sé a qué se refiere, señorita.

Esa respuesta le exasperó. «Empezamos mal», se dijo. «Con lo bien que iba todo...»

Efectivamente, el vuelo de Múnich a Madrid llegó puntualmente, aunque en principio amenazaba con un retraso de horas que la hundió y la hizo llorar ya en el aeropuerto. Al parecer, el avión que iba a partir tenía una avería, y el llamado a sustituirle todavía estaba sin preparar. Sin embargo, milagrosamente, la avería resultó ser una falsa alarma, y pudieron partir.

Sabrina se encontraba ahora en la Recepción de un edificio de oficinas, donde estaban ubicadas las oficinas de Mediajet, la productora que se encargaba de producir el programa Cita a Ciegas para Telesexta. Un guardia de seguridad algo mayor estaba sentado frente a una pantalla, en el que parecía un edificio que albergaba las oficinas de varias empresas.

—La unidad de Selección de Mediajet —aclaró.

El hombre puso cara de no conocer de qué estaba hablando la mujer que tenía enfrente, y se dispuso a llamar a alguien por teléfono:

—¿Gloria? —¿sí? —se oyó decir a través de la línea—. Aquí hay una señorita que quiere hablar con alguna de vosotras —afirmó el guardia.

—¿Quién es? —preguntó la tal Gloria.

—¿Su nombre es? —preguntó a su vez el guardia.

—Sabrina Müller.

—Dice que se llama Sabrina *Miler*.

—¿Qué quiere? —dijo Gloria. Su voz retumbaba fuertemente por el auricular, en aquel espacio silencioso.

Sin esperar a que el hombre repitiera la frase, ella contestó:

—Quisiera hablar con María, en la unidad de Selección.

—Pregunta por una tal María de no sé qué unidad.

Sabrina estaba temblando como un flan y miraba con ojos lastimeros al guardia, implorando que le dejara subir a Mediajet. Las cosas parecían que se torcían otra vez, y ya se veía dando la vuelta. Entonces algo se oyó por el auricular, y el guardia finalmente dijo:

—Por favor, suba a la quinta planta. El ascensor está al fondo a mano derecha.

—Muchas gracias —respondió, con una exhalación de aire. Sin darse cuenta, había estado conteniendo la respiración desde hacía un buen rato.

Cuando se abrió la puerta del ascensor en la quinta planta, ante ella se le ofrecieron dos puertas en los extremos respectivos de un gran pasillo. En la más cercana ponía el nombre de una empresa desconocida para ella, «Carifax», y en la otra no ponía nada. Se dirigió hacia esta última y tocó el timbre, y al cabo de unos segundos un sonido de chicharra

le dijo que alguien desde dentro había accionado el botón que la abría. Entonces la empujó, y entró en una estancia enmoquetada, una especie de hall que era la antesala de una oficina que se vislumbraba por una puerta de cristal, a través de la cual se veían varias mesas con empleados delante de pantallas. Iba a disponerse a abrirla, cuando se dio cuenta de que en un lateral del hall había una mujer detrás de un mostrador. La mujer la miraba con curiosidad, y entonces ella dijo:

—Buenos días, quería hablar con María de la unidad...

—Sí, ya lo sé, me lo ha dicho el guardia —interrumpió Gloria.

—¿Podría hablar con ella?

—¿Para qué quieres hablar con María?

La mujer la miraba de arriba abajo, con una cara de desconfianza y de acritud que le hizo temer que no iba a poder conseguir nada. Ya se veía volviendo al aeropuerto, a pesar de que su vuelo de regreso no salía hasta la medianoche. Por un momento se le pasó de nuevo por la cabeza la idea del suicidio. De camino a la productora había visto un puente que cruzaba sobre una autopista, y, aunque tenía valla, sopesó que no sería demasiado difícil para ella encaramarse sobre la misma y lanzarse al vacío.

—Es por un asunto personal —respondió finalmente.

Sin dejar de mirarla de reojo y con una ligera sonrisa irónica, Gloria tomó el teléfono y marcó tres números.

—Sí, ya me imagino —contestó, mientras esperaba que descolgaran al otro lado de la línea.

—¿María? —preguntó, al cabo de unos segundos—. Aquí hay una persona que pregunta por ti.

—¿Quién es? —se oyó decir.

—Creo que me ha dicho que se llama... Sabrina...

—Müller —contestó la aludida.

—Sabrina Müller. Dice que es por un asunto... personal —terminó de decir, recalcando y alargando la última palabra.

Era el momento de la verdad. Era ahora o nunca. Si salía mal, ya podía ir pensando en cómo subir la valla de aquel puente. Si no la recibían, tampoco le quedaba ya la opción de llamar por teléfono. Estaba agotando su último cartucho, y no le quedaban más balas. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración otra vez, y pareciera que el mundo se hubiera detenido en ese momento. Gloria miraba a un punto indefinido que estaba detrás suyo, y la persona que se encontraba al otro lado de la línea telefónica tampoco decía nada. Por fin, pasados unos instantes de angustiosa espera, se oyó decir algo y la recepcionista le conminó a pasar.

—Puedes entrar. El despacho de María está al fondo, a la izquierda.

Sabrina se dispuso a expulsar todo el aire que se había quedado contenido en sus pulmones, se dirigió a las dos hojas de cristal que componían la puerta, y la intentó abrir, sin éxito. Hasta eso le salía mal...

—Tienes que empujar más fuerte. Prueba con la hoja de la izquierda, que está más blanda.

Sabrina obedeció y consiguió abrir. «Muchas gracias», respondió, sin que Gloria le quitase la vista de encima.

Cuando entró se encontró en una amplia estancia con un pasillo central flanqueado de mesas. La gente vestía con ropa informal, y había un número similar de hombres y mujeres. Nadie se volvió siquiera a mirarla, y cuando llegó al fondo, no encontró ninguna puerta, ni ningún despacho, ni a la izquierda ni a la derecha. Otra vez la mala suerte...

—Por favor... —preguntó a una chica joven que se encontraba a su lado. La muchacha, como el resto del personal, no se había dado cuenta de que estaba allí. Además, llevaba puestos unos auriculares, y ni siquiera oyó que la estaban hablando. Fue cuando Sabrina se puso delante de su mesa, cuando por fin se dio cuenta.

—Perdón... buscaba el despacho de María. Me han dicho que está en el fondo, a la izquierda, pero....

—Sí, la entrada está en el lateral, detrás de la columna —dijo de forma seca, indicando a un pilar de los que sustentaban el edificio. Efectivamente, allí había una puerta. «Muchas gracias», volvió a decir, y entonces se dirigió hacia allí. El corazón le latía, deprisa.

María Martínez

Cuando oyó el nombre de Sabrina, enseguida la recordó. Se quedó fascinada con aquellos ojos azules moteados de naranja. Lástima que la «bola» en la que terminaba su nariz estropearla la que podría ser una cara perfecta. «¿Por qué no se habría operado?», se preguntó de nuevo, al recordarla con aquella falda estrecha color vino y la blusa de seda de color carmesí. Pero no le gustó nada el tono en que Gloria dijo aquello de «personal».

Era cierto que algunas de sus novias habían venido a visitarla a la oficina, sobre todo desde que le habían hecho jefa. Ahora ya no tenía sentido ocultar que era lesbiana, y solo Gerard, el jefe máximo, estaba por encima de ella. Pero algo debía de tener Gloria con Maxim, el otro jefe, para que no pusiera de patitas en la calle a esa cotilla de manual. Aunque, a decir verdad, lo que tuviera con ella no debía ser nada sentimental, desde luego, porque Gloria no era precisamente atractiva. Una mujer que no era joven, ni guapa, con cara de permanente enfado... «un cardo», como se suele decir.

María estuvo a punto de preguntarle qué es lo que quería Sabrina, o bien levantarse y acudir a la Recepción para ver cuál era ese asunto «personal» que le había traído hacia allí. Estaba comenzando a estar un poco harta de las murmuraciones, y más si no había nada de por medio, como era el caso. Pero en el último momento decidió que no. Recibiría a Sabrina, y así tendría ocasión de contemplar, esta vez en persona, aquellos preciosos ojos. Además, ahora mismo estaba sin pareja y quizás...

Recordó cuando la vio por primera vez. Había recibido el video de la chica, y lo había estado viendo, como hacía con todos los concursantes. Era un vídeo de calidad, a diferencia de muchos de otros que recibía, y lo contempló en su integridad y además dos veces. Algo que no solía hacer con nadie, pues estaba hasta arriba de trabajo, casi tanto o más que cuando la ascendieron.

Graduada en Comunicación Audiovisual, había empezado en Mediajet, al igual que tantos otros, como becaria. Al principio su trabajo consistía en realizar labores de apoyo a sus compañeros, pero pronto pasó a hacer de todo. Desde registrar facturas a contratar artistas, pasando por la gestión de series para televisión, organización de eventos... todo lo había hecho con esmero y dedicación, y por eso la habían ascendido. No porque se acostara con Gerard, como pensaba Gloria, pues ella no le daba «a todo», como creía esa víbora. Ni mucho menos. Las mujeres con las que había estado habían sido parejas estables, y su vida íntima, salvando las distancias, no se diferenciaba mucho de la vida de una pareja heterosexual convencional.

«¿A qué vendría Sabrina?», se preguntó. Desde luego, conocía su nombre, María, porque así había firmado en el correo electrónico de invitación que le envió cuando aceptó su propuesta de entrar en el programa. «María Martínez, Unidad de Selección». Así les obligaban a firmar, a pesar de que no existía tal unidad. Era todo una rimbombancia para hacer ver a la gente que Mediajet era una empresa grande, cuando no contaba con más de veinticinco empleados. Ni existía la Unidad de Selección, ni existía María para muchos de sus compañeros, y menos para el guardia de seguridad, quien jamás puso sus ojos en ella.

Por fin, se oyeron unos nudillos pulsar sobre la puerta, y ella contestó «adelante», para a continuación contemplar como pasaba a su despacho aquella chica. El pelo rubio de la alemana ya no tenía el brillo de antaño, y pareciera que hubieran transcurrido décadas desde que la vio por última vez. Su expresión seria, su aspecto descuidado... Se había

puesto ropas atrevidas por alguna razón, pero no conseguían ocultar una expresión de dolor y tristeza, que incluso la sonrisa que le intentó prodigar no pudo ocultar.

—Buenos días. Mi nombre es Sabrina Müller, y concursé en Cita a Ciegas hace un tiempo.

—Sí, lo sé, te recuerdo. Por favor, toma asiento —dijo, ofreciéndole una de las dos sillas que tenía frente a su mesa. La chica se sentó en la que estaba más en diagonal, y ella preguntó: —¿En qué te puedo ayudar?

Observó con toda atención su rostro, y descubrió una serie de arrugas que antes no existían. Además, sus ojos azules eran ahora grisáceos, y sus alegres motitas naranjas habían cambiado de color a un insulso tono pajizo.

Por su parte, Sabrina contempló a una mujer algo más joven que ella, con el cabello corto y algo gruesa, que la miraba casi sin pestañear. A pesar de que había ensayado la conversación muchas veces, ahora parecía que las palabras se resistían a salir. Por fin tomó aire, y comenzó a decir:

—Pues verá... Yo tuve un emparejamiento con Teo... Y, bueno, pues... mantuvimos una relación, mantenemos, quiero decir, pero... yo he tenido un problema con mi teléfono... lo he perdido, y claro, pues... quisiera recuperarlo. Recuperar su número, me refiero. Él nunca visitó mi casa ni yo nunca fui a la suya. Siempre nos vemos en hoteles, o... también hemos hecho algún viaje juntos, pero no sé cuál es su dirección. Había venido por si vosotros... pues, me podéis proporcionar el número de teléfono de Teo. Supongo que lo tendréis...

Aquello le había salido de la manera más atropellada, y los nervios le habían jugado una mala pasada. En esencia era eso lo que pretendía decir, pero no de esa manera.

María seguía observando la cara de la chica, y dejó pasar un rato antes de contestar.

—Pero... tú con el chico de la cita... creo recordar que no llegasteis a congeniar... —comenzó a decir, mientras consultaba algunos datos en su computadora, sin parar de mirarla de reojo. Por fin, tras unos cuantos segundos, dijo:

—Aquí está. Teófilo Martín... Resultado: «unmatched», es decir, tú le rechazaste.

—Bueno, sí, es cierto, pero luego nos vimos en la salida, y entonces él se acercó a hablarme, y bueno, en fin, pues entonces fue distinto que cuando estábamos dentro, nos fuimos a un bar y entonces...

—Ya —interrumpió— pero es que ese dato yo no te lo puedo proporcionar. No puedo darte su teléfono, pues incumpliría la política de Protección de Datos de la productora, y el contrato que tenemos con Telesexta, y yo me juego mi puesto de trabajo, como tú puedes comprender. No te puedo revelar ningún dato personal... sin su consentimiento. Y tiene que ser un consentimiento fehaciente, por cierto.

—Pero... ¿no le podéis llamar? Quiero decir... pedirle su permiso para dármele...

—No puede ser. Tiene que ser un consentimiento fehaciente, como te he dicho. Por escrito, vaya.

—¿Por escrito?

—Sí, aunque también nos valdría un correo electrónico... por ser tú.

Lo de «por ser tú» se le había escapado. Se dio cuenta enseguida de que era algo poco profesional. Pero la verdad era que el posible romance se había chafado y María se lamentó. No había posibilidad alguna de que Sabrina se acercase a ella, pues anhelaba a ese hombre por alguna extraña razón. Por un momento había pensado que venía para cualquier otra cosa, y nunca se imaginó una petición semejante. Aun así, se dijo, «está muy desmejorada...».

—Quiero decir, que por ser una concursante —corrigió—, y por el hecho de que ya conozco a Teo, podríamos omitir la exigencia de una comunicación «más formal».

Sabrina suspiró. Aquello se estaba complicando por momentos, y ahora aparecía una burocracia más que no tenía prevista. Y lo peor es que ella necesitaba ver a ese hombre hoy, sin mayor dilación.

—Bien, pero, le podríais llamar y pedirle que os envíe el e-mail enseguida... ¿podría ser? O quizás —continuó, extendiendo media octavilla sobre la mesa—, decirle que me llame él a este teléfono. Si es posible hoy, porque tengo que regresar esta noche a mi casa... y... tengo que verle...

Volvió a mirar a la chica, quien la contemplaba con verdadera ansiedad y con ojos lastimeros, y entonces se compadeció.

—Vaya, parece que estás enamorada de verdad...

—Si me hiciera el favor de llamarle... ahora.

—¿Ahora?

—Si es posible...

—Pues... me temo que no puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo tengo una reunión. Ya voy retrasada, de hecho. He accedido a recibirte... porque ya estabas aquí y... tenía curiosidad por saber a lo que venías —se sinceró, y a continuación cerró la pantalla en la que estaban los datos de Teo—. Cuando termine, lo haré. Es lo único que te puedo ofrecer.

La mirada era sincera, y Sabrina no tuvo más remedio que claudicar.

—De acuerdo... ¿me haría un último favor?

—Si está en mi mano...

—¿Podría llamarme cuando le llame a él, y me cuenta...?

—Descuida. Dalo por hecho.

En ese momento entró un hombre en el despacho. Era Gerard, el jefe.

—¡Ah perdón! No sabía que estabas ocupada...

—Sabrina ya se iba. ¿Nos vamos?

—Sí, que llegamos tarde. Nos están esperando.

La alemana se levantó para irse, y lo mismo hizo María.

—No te preocupes, que yo te llamo con lo que me diga, ¿de acuerdo? Esta reunión no durará mucho —la despidió.

—De acuerdo, muchas gracias. Espero su llamada.

Avenida de la Concordia

—Hola, ¿está muy lejos la avenida de la Concordia?

—No, está aquí al lado —respondió el taxista.

—De acuerdo. Lléveme, por favor.

—¿A qué número?

—Al... 28.

Nada más salir de las oficinas de Mediajet, se dirigió hacia la parada de taxis que ya conocía para dirigirse hacia allí. Las oficinas de la productora estaban al lado de Telesexta, y sin perder un instante se presentó ante el primero que había en la fila. La idea era tomarlo, si estaba cerca la citada avenida, pues de lo contrario tendría que ir en transporte público. No tenía dinero suficiente para trayectos largos.

Porque esta vez la suerte la acompañó. Había conseguido ver, en el último momento, antes de que María ocultase la pantalla donde se veía la ficha de Teo, su dirección. Había sido de refilón, casi de canto, y gracias a que tomó la silla que estaba en diagonal. Pero había visto claramente *Avenida de la Concordia*. De lo que ya no estaba tan segura era del número. Podría ser el 28, pero también podría ser el 25, 26, 22, 23... Si además María le daba el teléfono a él, y este la llamaba, ya estaría al lado de su casa y no perdería tiempo.

Siempre y cuando Teo estuviera por allí, claro está. Ya debería haber salido del trabajo, pues los funcionarios terminan de trabajar a las tres, pero no tendría por qué estar en casa, lógicamente.

El problema era saber en cuál de esos portales era donde vivía el artífice de sus desdichas, porque en toda la calle los bloques de pisos eran inmensos. Todos los números de la avenida de la Concordia eran grandes edificios con un mínimo de diez plantas cada uno, y ocho puertas por planta. Al menos así era el número 28 en el que se encontraba, y también el 26 como pudo comprobar cuando se acercó a ver los botones que componían el portero automático.

Paseó por la acera arriba y abajo, y comprobaba cada pocos minutos el estado de su teléfono móvil. Todavía tenía batería suficiente y el volumen a tope, aunque de tanto encenderlo y apagarlo para ver si había suficiente cobertura y chequear algún mensaje, se estaba ya descargando.

Porque el caso es que María no llamaba. No llamaba y sus palabras habían parecido sinceras. Quizás siguiera reunida con el hombre que les interrumpió, y no le quedaba más remedio que esperar.

Se sentó en un pequeño muro de la calle, y allí se dispuso a esperar la ansiada llamada, mientras los últimos rayos del sol de enero calentaban una tarde que ya se marchaba, y que no era cálida precisamente.

Pero ella no podía seguir esperando eternamente una llamada que quizás no se produjese nunca. Llamó a Mediajet, para intentar hablar con María, pero lo que obtuvo no pudo ser más descorazonador: «nuestro horario de oficina es de 9 a 5 de lunes a viernes. Si desea dejar un recado, dígalos después de la señal».

Fue entonces cuando se desmoronó. La cabeza le iba a estallar del dolor que sentía en las sienes, y una aguda punzada en el estómago la perforó por dentro. En su desesperación, llegó a cruzar la carretera que separaba los bloques de la avenida, en un intento de conseguir que la atropellaran, pero no tuvo éxito. Dos de los coches que pudieron hacerlo consiguieron frenar a tiempo, y la increparon con una fuerte pitada.

Volvió entonces a la valla donde ya no daba sol alguno, y otro fuerte dolor, como si algo se le hubiera perforado le hizo retorcerse, para vomitar a continuación. Se estaba rompiendo por dentro, y temió que el vómito fuera sangre pura. Pero no, tan solo eran bilis, otra vez.

Fue entonces cuando recibió el mensaje. Procedía de un número que se mostraba como «privado», y tan solo decía: «*Lo siento. No he podido contactar con Teo*».

¿Sería verdad?, se preguntó. Y en el caso de serlo, ¿por qué habría sido? ¿Habría cambiado de número de teléfono? ¿Estaría apagado? ¿No contestó a una llamada cuyo número desconocía?

Se dispuso a llamar al número del que procedía el mensaje, pero fue en vano. No se puede llamar a un número que se muestra oculto.

De nuevo otra punzada, y nuevas arcadas, y cuando se repuso, tuvo una idea. Alguien había entrado en el portal 28, y la puerta no terminaba de cerrarse de lo lento que lo hacía.

Entonces se coló dentro, y acudió a mirar los buzones. Eran diez plantas y ocho puertas por planta, total ochenta buzones. Comenzó a leer frenéticamente los nombres escritos en cada uno, con la esperanza de encontrar algún Teófilo, pero no tuvo éxito. Los volvió a mirar más despacio por si se había saltado alguno, pero nada. Tan solo había uno, en el tercero, cuyo nombre era «T.», solo la inicial, y subió entonces a la desesperada, a llamar a la puerta. Podría ser Tomás, claro, un nombre mucho más común, pero tenía que intentarlo. Al cabo de un rato, tras pulsar el timbre de la puerta, le contestó sin abrirla un malhumorado señor mayor que la despidió de malos modos. Al bajar miró de nuevo al buzón y se fijó mejor: «T. García Gracia». En sus ansias por encontrarle no se dio cuenta de que el apellido no era Martín, como le había dicho María, el único dato personal que se le escapó.

Así las cosas, desesperada, se dirigió hacia el 26 para hacer lo mismo, y esta vez tuvo que esperar a que alguien entrase o saliese para colarse de nuevo. Lo bueno de tener tantos pisos, es que el trasiego de gente se produce de forma más o menos regular, y no hubo de esperar mucho hasta que entró alguien. Pero de nuevo, sin encontrar a ningún Teófilo en ningún buzón.

Entonces corrió hacia el siguiente, hacia el 24, pero prefirió no entrar. Podría ser, desde luego, pero no creía haber visto un cuatro. Fue directa hacia el 22, y repitió la operación, de nuevo sin éxito.

Ya no le quedaba más que ir a la acera de enfrente, hacia los impares, y eso se dispuso a hacer. Tenía que ser el 23, o el 25 necesariamente, pues tanto el 21 como el 27 tenían un segundo número demasiado estilizado para lo que ella creyó ver. El 29 podría ser también, pero lo descartó incluso antes de cambiarse de acera, pues este edificio era un colegio.

Los números de la calle no guardaban concordancia, y cuando se cruzó se encontró con el 27. Entonces siguió calle arriba hacia el 25, pero antes tuvo que atravesar una plaza que tenía una fuente ornamental en el centro de la misma. El clima era frío y el agua

estaba helada, pero aun así se mojó la nuca y las sienes ligeramente, pues había comprobado que eso le aliviaba un poco el dolor de cabeza.

Así las cosas, cuando llegó hacia el número 25 repitió la misma operación que había hecho anteriormente y se dispuso a mirar en los buzones. Este portal era más pequeño que los otros, y al menos no tenía tantas puertas por planta. Pero, no había comenzado a leer la primera fila, cuando un hombre la interrumpió:

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

En un principio no le prestó atención, pero luego cayó en la cuenta, cuando miró hacia un lateral y vio una mesita con una lámpara encendida. Aquel hombre era el portero. Los bloques de enfrente no lo tenían, pero se veía que los de esta acera eran más «distinguidos», y podían permitirse el lujo de contar con un portero humano, en lugar de tener solo uno automático.

—Perdón... estaba buscando a Teo.

—¿Teo? Aquí no vive ningún Teo.

—Teófilo Martín. ¿No vive aquí?

—No —replicó de forma seca, y con la cara seria.

—¿No sabe dónde vive? Debe vivir en uno de estos bloques...

—No tengo ni idea. Le ruego que se marche.

El hombre la observaba con gesto serio, y probablemente creyó que Sabrina era una prostituta que venía a ver a un cliente. Su ropa atrevida y su cabello despeinado y mojado por el agua de la fuente, no daba una buena impresión precisamente.

—Está bien. Disculpe. Buenas tardes —replicó, y se marchó apresuradamente mientras observaba cómo el hombre no la perdía de vista.

Ya solo quedaba comprobar el número 23, y cuando salió a la calle un fuerte viento la terminó de despeinar. Era ya de noche y el ambiente gélido, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Se había puesto la misma ropa que llevaba cuando fue al programa, es decir, se había vestido de forma «atrevida», y esas prendas no eran cálidas precisamente. No estaba preparada para estar tanto tiempo en la calle.

Antes de llegar al portal, se detuvo un momento frente al cristal de un escaparate y se peinó como pudo. El edificio era idéntico al anterior, y probablemente también tendría un portero. Había aprendido la lección y no quería volver a dar mala imagen. También comprobó el dinero que tenía en el monedero, que era el suficiente, si todo salía bien, para tomar un taxi de regreso al aeropuerto. Si no... con ese dinero podría volver hacia el puente que vio por la mañana sobre la autopista y acabar de una vez con todo.

Respiró hondo, se armó de valor, y efectivamente comprobó que en el portal había un hueco habilitado para el conserje, el cual estaba sentado con la lámpara encendida. Esta vez se dirigió directamente hacia él, sin detenerse a mirar los buzones:

—Buenas tardes. Venía a ver a Teófilo Martín. ¿Me puede indicar el piso?

—Buenas tardes. Es el séptimo “C”. Puede tomar el ascensor que está aquí, a la izquierda.

El séptimo C

Estaba dormido cuando sonó el timbre. Dormido profundamente, para ser más exactos, y el sonido del mismo le despertó, soliviantado. Miró el reloj de números verdes luminiscentes que había sobre la mesilla y vio la hora. Las siete y veintitrés de la tarde, o de la noche, según se mire. En el mes de enero anochece a las seis, y el sol se había puesto hacía ya rato.

Se acostó cuando vino del ministerio, y no se entretuvo ni a comer. Tan solo recordaba, entre sueños, que Mari Carmen había entrado en su habitación y le había dicho que se marchaba, y que llegaría tarde a casa. Como era viernes, eso suponía que llegaría de madrugada.

El sueño le había reconfortado, desde luego, y eso que su intención era solo echar una cabezada. Simplemente, se había quitado los pantalones, y con la camisa de trabajar se había metido en la cama.

El timbre volvió a sonar, y entonces se vistió rápidamente, se pasó los dedos a modo de peine por el cabello, y se fue hacia la puerta. «¿Quién será?», se preguntó. Cuando abrió, se quedó estupefacto.

—¿Qué me has hecho, hijo de puta?

—¡Sabrina! —exclamó, con la boca abierta.

La idea inicial, desde luego, no era decirle eso nada más verle. El plan era ir «por las buenas», y utilizar toda su simpatía primero, y lo que hiciera falta después, para ganarse su confianza y convencerle como fuera para que retirase el maleficio. Pero no pudo contenerse. Ya no aguantaba más, y el dolor la estaba destrozando.

—¡Qué me has hecho! —gritó, mientras le empujaba hacia el interior de la vivienda. Teo no daba crédito a lo que estaba viendo. Se quedó tan pasmado que no supo reaccionar, y dejó que la chica le empujara violentamente, mientras le gritaba e insultaba.

—¿Dónde está el muñeco? —preguntó con furia, apretando los dientes —¿Dónde está!

—¿Qué muñeco, Sabrina? ¿De qué me estás hablando?

—¡El muñeco! ¡El muñeco con los alfileres! ¡Dónde lo tienes!

Exasperada, entró como un huracán y comenzó a mirar de forma compulsiva por el salón de la casa, y comenzó a retirar los libros y a mover y a tirar los adornos que poblaban el mueble del comedor, en un afán histérico de encontrar el muñeco. Mientras tanto, Teo asistía impasible a ese dantesco espectáculo, sin creerse lo que estaba viendo, hasta que por fin tuvo alguna reacción.

—¡Cálmate, Sabrina! —gritó a su vez, sin que ella le mirara a él. Por el contrario, seguía retirando y arrojando objetos al suelo e intentando abrir los cajones, con el rostro totalmente desencajado.

—¡Cálmate te digo! —exclamó de nuevo, esta vez sujetándola de los brazos. Teo no era fuerte, pero lo era más que ella y la chica no tuvo más remedio que detenerse.

—¡Suéltame, cabrón! ¡Suéltame y dime dónde lo tienes! ¿Dónde lo tienes? ¡Eh! ¡Dónde lo tienes, maldito brujo!

—Yo no tengo ningún muñeco con alfileres —contestó, de la forma más calmada que pudo. Como buen psicólogo, sabía perfectamente que la manera más sencilla de aplacar a una persona que está fuera de sí, es precisamente mostrando sosiego y aplomo.

—Pues si no tienes ningún muñeco... entonces, ¡tienes que retirar el maleficio! ¡Tienes que deshacer lo que me has hecho! ¿Me oyes?

—Pero, ¿qué estás diciendo? Yo no te he echado ningún maleficio...

—¿Quieres mi cuerpo? ¿Eh? ¿Lo quieres? —preguntó, y a continuación se quitó la chaqueta y comenzó a desbotonarse la blusa. Pero antes de hacerlo del todo, le dijo: —pero no te lo daré hasta que no lo retires. ¿Me oyes? ¡No te daré mi cuerpo hasta que no retires el maleficio! Cuando me deje de doler, lo tendrás. Eso es lo que querías, ¿verdad? ¡Eso es lo que querías, maldito cabrón! —le empujó.

Teo seguía con su actitud calmada, quieto delante de ella, y con el rostro totalmente serio. Aguantó los empujones con estoicidad, y sin dejar de mirarla fijamente.

—¿No me respondes? —increpó, con ansiedad, viendo que él seguía sin reaccionar— ¡Qué es lo que quieres de mí, entonces! ¡Maldito seas! ¡Maldito! ¡Maldito! —gritó, mientras comenzaba a golpearle el pecho con los puños cerrados.

Él consiguió parar los golpes como pudo, e intentó sujetarla de los brazos, mientras ella gritaba totalmente histérica.

Después de un buen rato de forcejeos, y usando todas las artes de aplacamiento que Teo conocía, por fin ella dejó de golpearle y se apartó de él, sentándose sobre el sofá, mientras lloraba amargamente y de forma desconsolada. Por un momento pensó en traerle pañuelos de papel y un vaso de agua, pero se abstuvo. Estaba seguro de que se los rechazaría. Por el contrario, la dejó que se desahogara, y cuando ya pareció algo más serena, aunque solo un poco, le dijo:

—Yo no tengo ningún muñeco con alfileres ni te he echado ningún maleficio. Puedes estar segura de ello. No te he deseado ningún mal, ni te lo deseo en modo alguno. No sé lo que te pasa, pero si me dejas ayudarte...

—¡Sí que lo tienes! ¡La vidente me lo confirmó! ¡Tú querías acostarte conmigo, y como te rechacé, me maldijiste! ¡Eso es lo que me pasa! —exclamó, poniéndose de pie— ¡Me maldijiste!... ¡Pero yo me acostaré contigo! ¡Me acostaré contigo si eso es lo que quieres!

Entonces se terminó de desabrochar la blusa y comenzó a quitársela, pero Teo la detuvo. La sujetó fuerte de nuevo, se puso frente a ella y la miró fijamente a los ojos:

—¡Escucha! —le ordenó con voz firme y resulta, sin apartar la mirada, obligándola a que lo mirase. No llevaba gafas y miraba desde abajo, pero ahora no era una mirada de miedo sino de autoridad. Ella se calló y le miró a su vez fijamente y entonces él le dijo, de forma serena, firme y expeditiva:

—Yo no soy la causa de tus males, Sabrina. Te han engañado.

Las palabras penetraron en su alma directamente y resonaron de tal manera, que la chica relajó sus músculos y bajó la cabeza por unos instantes. Después la levantó de nuevo y le miró, con una mirada que seguía siendo de odio, aunque ahora estaba dispuesta a escuchar lo que tuviera que decir:

—Dime qué es lo que te ocurre, para que te pueda ayudar.

—¡Estoy enferma, Teo! ¡Estoy enferma...! ¡Y es por tu culpa!

—¿Por mi culpa?

—¡Estoy enferma desde el mismo momento en que salí de ese dichoso programa! —gritó de nuevo, para comenzar a llorar otra vez. Entonces hizo que se sentara de nuevo en el sofá, y ahora sí se desplazó hacia la cocina para traer pañuelos de papel.

Cuando regresó, le entregó un vaso de agua, se sentó a su lado, y ella comenzó a contarle todo lo que le había pasado. Lo hizo de forma atropellada, con algún ataque de ira, y sin parar de llorar y de gimotear durante toda la conversación. Estaba totalmente alterada, y Teo tuvo que emplear todos sus conocimientos de psicología para tranquilizarla, y para convencerla de que él no era la causa de sus problemas, sino quizás la solución de los mismos.

La dejó hablar y desahogarse, y cuando le contó el asunto de las voces que oía por parte de su madre y de su tía, consideró durante algunos instantes que quizás sufriera algún tipo de psicosis paranoide, o alguna psicopatía de desdoble de la personalidad. Como psicólogo clínico le preguntó algunas cosas para confirmarlo o descartarlo, y cuando más o menos hubo terminado, le dijo:

—Puede que todo el tiempo que llevas sufriendo esto, te haya causado algún trastorno mental, desde luego, pero no hasta el punto de montarte toda esa película. Y más si me dices que lo tienes desde el principio.

—Yo no estoy loca. Te aseguro que todo eso lo oigo y lo veo con total claridad y nitidez. Esté nerviosa, esté tranquila, sea de día o sea de noche... es indiferente.

—Esas voces que oyes, Sabrina, esa presencia que dices tener no es tu madre. Eso te lo aseguro.

—Es mi madre... ¡es mi madre! Siempre ha sido mi madre, y ahora también está mi tía con ella.

—No lo es. No lo son. En mi opinión... —se detuvo, y consideró si debía decirlo o no.

Teo ahora tenía claro lo que le pasaba a la mujer que tenía enfrente. Sus conocimientos de psicología, su experiencia como ayudante de exorcista, y, sobre todo, lo que ella le había contado cuando se vieron en el cubículo de Telesexta, es decir, sus dotes como vidente, le habían llevado a considerar una única explicación posible: tenía una «influencia». El problema era que no sabía cómo contárselo, cómo abordar un asunto tan delicado, en el estado en el que se encontraba la chica.

—¿En tu opinión? ¿Qué?

Entonces se lanzó:

—En mi opinión, estás sufriendo una influencia demoníaca interna y externa. La interna te causa el dolor de estómago y de cabeza que tienes, y la externa te causa el insomnio y las alucinaciones.

—Pero, ¿qué... qué estás diciendo? ¡Te digo que es mi madre! ¡Me dice cosas que solo ella y yo conocíamos!

—Los demonios, Sabrina, se pasan el día contemplando nuestras vidas, y saben tantas cosas nuestras como nosotros mismos. Pero no te preocupes, porque lo tuyo tiene arreglo.

—¡No! —exclamó, levantándose del sofá como un resorte. Durante la conversación no se había sentido del todo mal, si exceptuamos su estado de profunda agitación interna. Pero

en ese momento, una aguda punzada se le clavó en el estómago, y la atribuyó por entero a Teo.

—¡Tú me has enviado a esos demonios! ¡Tú! —se levantó.

—No, Sabrina. Yo no he sido la causa, pero puedo ser la solución. ¡Ya te lo he dicho! Lo tuyo tiene arreglo —se acercó con la intención de agarrarla por el hombro.

—¡No me toques! —exclamó, y a continuación recogió el bolso con furia, y salió del salón con intención de buscar la puerta de salida. Pero en el pasillo se despistó, y no la encontraba.

—¡Quiero salir de aquí! ¿Dónde está la salida?

—Espera, Sabrina... —la agarró del brazo.

—¡Suéltame! —gritó— ¡Suéltame, cabrón!

—La puerta está aquí —dijo, soltándola, y señaló hacia la salida. Entonces ella se dirigió hacia la misma, y mientras lo hacía, él le dijo:

—Examina tus sentimientos, Sabrina. ¡Sé que puedes hacerlo! Lo puedes hacer porque tienes ese don. Examínalos y piensa en lo que te he dicho. Has buscado a un responsable y lo has encontrado en mí. Pero ahora te toca discernir la verdad.

—¡Déjame salir! —volvió a gritar, y atravesó la puerta que le abría, con celeridad.

Perdida

No se entretuvo en buscar el ascensor que le había llevado hasta el séptimo piso, sino que procedió a bajar las escaleras que acababa de atisbar. Lo hizo deprisa, a veces bajando los peldaños de dos en dos, y eso hizo que en alguna ocasión se resbalara y casi se cayera al suelo. Después del segundo resbalón, los bajó más calmada, y cuando por fin llegó a la calle se descubrió a sí misma sudando y jadeando.

Comenzó a caminar sin rumbo fijo, con el único propósito de alejarse de esa calle cuanto antes y a la mayor brevedad. Después de casi una hora de caminar, comenzó a sentirse muy, muy cansada, y entonces se detuvo y empezó a ordenar sus ideas. Atisbó unos jardines a unos pocos metros, y entró en el parque donde encontró un banco en el que se sentó.

Empezó a recordar todo lo que le había dicho Teo a la luz de sus sentimientos, como él había dicho, y entonces se dio cuenta de que él no le había mentado. No comprendía todo lo que había dicho, pero de eso estaba ahora segura. Él no era la causa de sus problemas.

Pero entonces, ¿quién? ¿Quién era la causa? ¿Sería su madre? ¿Sería su tía? ¿Sería ella misma? ¿Estaría volviéndose loca, o quizás ya lo estaba? Recordó y comparó el tiempo que estuvo con Teo, con la vez anterior, y se dio cuenta de que había sucedido algo similar en las dos ocasiones.

Cuando lo conoció en Telesexta, al principio no le cayó mal ni sintió malas vibraciones. Por el contrario, se podría decir que estuvo cómoda con él hasta casi el final. Y ahora había ocurrido algo parecido. Paradójicamente, y a diferencia de lo que experimentó cuando visitó a aquella vidente, esta vez no tuvo malas sensaciones cuando entró en su casa, ni se encontró mal, que ella recordara. Tan solo su furia y el odio le hicieron sentir esa desazón similar a la que padecía desde hacía tanto tiempo. Pero no recordó dolores... hasta el final. Hasta que él volvió a sacar «el tema». ¿Sería verdad lo que le había dicho?, se preguntó. ¿Sería verdad que ella tenía un canal por donde podían entrar los demonios? ¿Sería verdad que su madre no era su madre, sino uno de ellos? Un demonio quien, por cierto, al igual que su tía, había enmudecido desde que salió de casa de Teo. Normalmente, su madre le habría machacado en una situación así, y no habría parado de recriminarla una y otra vez. Ahora, sin embargo, ni piaba.

Pero que tenía un canal era seguro. Eso lo había sabido desde siempre. Lo otro... desde luego podría ser. Pero entonces, ¿por qué le había ocurrido todo, justo después de conocerle a él?

Fue entonces cuando recordó las palabras que le dijo aquella infausta noche: «ahora ya lo sabes. Antes eras ignorante, pero ahora estás avisada». Y también: «no me echas a mí la culpa. Yo solo soy el mensajero».

«¿Pero el mensajero de quién?», se preguntó. Comenzó a recordar la parte «dura» de aquella conversación, y rememoró otra vez aquellas palabras que se le habían venido una y otra vez a la cabeza, pero que por alguna razón no había querido interiorizar:

«Debes tener un guardián que te protege, pero su poder puede disminuir o cesar, si tú perseveras en el pecado». ¿A qué pecados se refería?

Con el paseo y el viento frío de aquella noche de enero, el dolor de su cabeza había disminuido, pero ahora volvía a sentirlo con toda la intensidad. Entonces apretó sus manos fuertemente contra sus sienes, en un intento desesperado de contrarrestar aquel pesar.

Se dio cuenta de que siempre le pasaba lo mismo. Cada vez que pensaba en eso, cada vez que él le decía lo que realmente le ocurría, pareciera que esos demonios que quizás le acosaban, la fustigaran y golpearan para que, o bien dejara de pensar en ello, o bien le echara la culpa a él de sus males. Pero esta vez no iba a consentirlo, y, a pesar del dolor, intentó pensar en ello y dilucidar cuáles podrían ser esos pecados que eran la causa de sus problemas. ¿Qué es lo que ella había hecho para que Dios le volviera la espalda?, se preguntó.

Entonces recordó las palabras de Klaus, en el sentido de que el cristiano no debe preocuparse por sus pecados. Porque Jesucristo ya pagó en la Cruz por todos ellos, y sus discípulos solo deben ocuparse de tener fe, que es la forma en la que el creyente está en comunión con su creador y se salva: «*solo la fe basta, solo la fe salva... las obras no son necesarias...*». Las palabras de su pastor resonaban una y otra vez en su mente, y por primera vez se preguntó si la filosofía fundamental del protestantismo no estaría equivocada. Pero esa dicotomía le superaba, y el dolor de cabeza le impedía poder pensar de forma más clara.

¿Por qué su intuición no le decía nada al respecto?, se cuestionó. Ella solía tener visiones muy claras sobre las cuestiones más diversas, incluso las más anodinas. Eran «conocimientos» que de repente adquiría sobre algo o alguien, y que siempre eran ciertos. Pero esta vez, nada. Nada de nada, y no se explicaba por qué, cosas sencillas y triviales las conocía, y esto, la situación más traumática de toda su vida, no recibía ninguna «información» ni sobre la razón, ni sobre la causa, ni sobre quién estaba detrás de todo.

El único consuelo que le quedaba era, quizás, lo que Teo le había dicho hacía solo unos minutos: «lo tuyo tiene arreglo». Era la enésima vez que alguien le decía lo mismo, y temía, como había pasado en las anteriores ocasiones, que fuera otra falsa esperanza. Pero por alguna extraña razón, algo en su interior, en lo más profundo de su ser, algo o alguien le decía que esta vez era distinto, y que aquella posibilidad debía ser explorada. No era un «conocimiento», sino solo una esperanza. Una pequeñísima luz que luchaba por hacerse más brillante, pero que no lo conseguía.

Se recostó en el respaldo de aquel banco, y se llevó las manos a la cara, intentando concentrarse en lo que iba a hacer en los minutos siguientes. El avión para Múnich no salía hasta la media noche, y, aunque quedaba tiempo de sobra, no tenía sentido seguir vagando por Madrid con ese frío. Sería mejor buscar un taxi, y encaminarse hacia allí, pues de perder el avión, quizás tendría que pasarse la noche en el aeropuerto intentando conseguir que le cambiaran el billete. Se iba a levantar, cuando en ese momento se dio cuenta de que no estaba sola. Cuando se quitó las manos de la cara, se dio cuenta de que un par de jóvenes estaban frente a ella. Eran poco más que adolescentes, y el que parecía de más edad, le dijo:

—Oye, tía, ¿tienes un cigarro?

—No fumo —respondió, mirándole fijamente.

Mientras tanto, el otro se estaba alejando, y por el rabillo del ojo vio que comenzaba a dar un rodeo hacia uno de los setos que estaban detrás de ella.

—¿No tendrías por casualidad, algo de dinero que dejarnos? Mi amigo y yo no nos hemos quedado tirados por aquí, y no tenemos para el metro.

—¿Para el metro?

—O para un taxi. El metro está lejos, ya lo sé.

Sabrina no se fiaba, pero tomó el bolso y extrajo el monedero, con intención de buscar unas monedas y quitárselos de encima. Pero en ese momento, el otro chico la sujetó fuertemente por detrás y la tapó la boca, mientras el otro se colocó entre sus piernas y comenzaba a bajarle la falda. Ella se revolvió e intentó gritar, pero estaba fuertemente sujeta, y lo único que pudo hacer fue intentar dar una patada al muchacho que tenía encima, algo que consiguió en parte. Pero este la golpeó con fuerza en las costillas y le mostró un puño diciendo:

—Estate quieta, o te mato.

Entonces se detuvo, en parte por el dolor que tenía en las costillas a causa de ese fuerte golpe. El hombre aprovechó para terminar de bajarle la falda, mientras que el que tenía detrás soltó una de las manos con las que le atenazaba para comenzar a tocarle los pechos. Con la otra mano seguía tapando su boca, pero la fuerza ya no era la misma. En ese momento ella se revolvió de nuevo, le mordió la mano, y con otra patada consiguió alejar al chico de enfrente de forma momentánea.

Al verse libre, se subió la falda y comenzó a gritar desaforadamente, pidiendo auxilio en todas direcciones. No se veía a nadie por los alrededores, pero la carretera estaba próxima, y los coches pasaban por allí.

En ese momento, el chico que tenía detrás le dijo al otro: «¡Vámonos!». Este lo pensó durante unos segundos, pero enseguida obedeció, y los dos se marcharon corriendo, no sin antes agarrar el bolso de Sabrina y llevárselo en la huida. Tan solo le dejaron el teléfono móvil, que estaba sobre el banco y no lo vieron.

Entonces ella también corrió a su vez, en dirección contraria a la que ellos se habían ido, y llegó a una zona iluminada, una calle que, aunque apenas tenía viandantes por las horas que eran en ese barrio residencial y el frío que hacía, de alguna manera se sintió más arropada.

Por fin, totalmente sofocada, dejó de correr y comenzó simplemente a caminar llorando de forma desconsolada. Hubiera deseado que alguien le dijera algo, pero tan solo se cruzó con un par de personas que iban o venían de sacar al perro, y todo lo que hicieron fue mirarla con extrañeza.

En ese momento comenzó a sentir un frío helador, algo similar al que tendría en Alemania ese mismo día. Cuando preparó la ropa que se iba a traer a Madrid, no se acordó de que la capital de España, a diferencia de Palma, no gozaba de ese clima benigno y suave, sino que, por el contrario, tenía crudos inviernos que, sin llegar a los extremos de la capital de Baviera, también eran muy duros. De hecho, aquella noche el termómetro no debía superar los cuatro grados, como comprobó en uno de los luminosos que lucía una de las marquesinas de autobuses con la que se cruzó.

Algo más serena, se decidió a ir a la policía a denunciar el robo y el intento de violación, y a tal efecto intentó localizar una, consultando en el celular. Pero la batería de este no parecía dar más de sí, y se apagó.

No tenía el teléfono, no tenía dinero, no tenía realmente nada, y no sabía dónde podría haber una comisaría. Tenía que preguntar sin más remedio, y entonces se encaminó hacia una chica que vio por las inmediaciones, y que parecía dirigirse hacia un portal cercano.

—Hola, perdón, ¿sabe dónde hay una comisaría de policía, por aquí?

La muchacha no debía tener más de dieciocho años, y la miró con cierta extrañeza. Aun así, le dijo:

—Sí, está en Las Cruces.

—¿Las Cruces?

—Sí, al otro lado de la autopista. Tiene que llegar al final de la calle, y después cruzar por un puente peatonal que hay sobre la carretera. Después ya estará en Las Cruces, pero tiene que llegar hasta la calle principal. Allí, al final, la comisaría está en una placita. Pero mejor pregunte, cuando llegue a la zona.

—De acuerdo, muchas gracias.

La muchacha entró en el portal sin dirigirle más la mirada, y entonces Sabrina se encaminó calle abajo como le había dicho. Cuando llegó al final de la misma, divisó el puente peatonal que le habían referido, y se acercó. Pero antes de llegar, oyó algunas conversaciones que venían de debajo del puente, y se detuvo sin que la vieran, detrás de unos coches. Eran vagabundos que debían vivir allí, y entonces decidió no cruzar. A lo lejos, aunque bastante, se divisaba otro puente similar, y decidió probar suerte con aquel. Tendría que dar un rodeo, pero no se arriesgó a tener otro susto como el que acababa de recibir.

Pero el caso fue, que, cuando llegó a esa zona, las calles le resultaron familiares. Efectivamente, estaba otra vez en el barrio de Teo, y entonces se replanteó lo que iba a hacer. De acudir a la policía, tendría que explicarles todo lo que le había pasado, y la verdad es que no podría describir a ninguno de los dos chicos que le habían robado y casi violado. Al que tenía por detrás nunca llegó a verlo bien, y al de delante no mucho mejor, pues le tenía a contraluz al estar las farolas detrás de él. «No serviría de nada», se dijo, y entonces decidió lo que iba a hacer.

Regreso

Nada más irse Sabrina de su casa, lo primero que hizo fue regresar a su dormitorio. Se arrodilló frente a la cómoda que estaba enfrente de su cama, frente a un crucifijo, y tras sacar un pequeño libro de oraciones de uno de los cajones, comenzó a rezar:

Señor, el demonio anda "como león rugiente buscando a quién devorar" (1Pe 5,8). No queremos caer en sus garras. Líbranos del mal. Líbranos del tentador, de sus seducciones y de sus engaños; no dejes que siembre la cizaña del mal en nuestras vidas. Líbranos de la idolatría y de la vanidad, de toda forma de egoísmo, de ponernos en el centro de nuestros pensamientos e intereses. Líbranos de las fuerzas del mal, de los maleficios, de las brujerías, de la infestación diabólica. Queremos estar siempre en tus brazos y nunca bajo el poder de Satanás. ¡Queremos ser libres, Señor! ¡Queremos ser tuyos, solo tuyos! Tenemos la certeza de que, si tú estás con nosotros, nadie podrá contra nosotros (Rm 8, 31). Por eso hago esta oración lleno de confianza en Ti: Tú has vencido al mundo (Jn 16,33). Todo lo puedo en ti que me das fuerza (Fil, 4,13). Por los méritos de la pasión, muerte y resurrección de tu Hijo Jesucristo, te pido, Padre, que me libres del Maligno ahora y en la hora de la muerte. Amén.

¡Dios todopoderoso y eterno! Te ruego por la intercesión de la santísima Virgen María, madre de nuestro señor Jesucristo, por la de San Miguel Arcángel, de San Benito, San José, y por la de mi ángel de la guarda, a quienes invoco en estos momentos, que nos libren del Maligno y de sus acechanzas. En especial te ruego por Sabrina, para que alejes de ella toda infestación diabólica. Que cesen de operar en su vida los influjos maléficos que la afligen, y que recupere la salud, el bienestar y la paz. Te lo pido por el mismo Jesucristo nuestro señor, que viva y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y que es Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

A continuación, se dispuso a rezar el Rosario en honor a la Virgen de Fátima que hacía todos los días, y que ese viernes aún no había hecho. Después volvió a rezar las imprecaciones anteriores, y comenzó a ofrecer oraciones diversas una tras otra, sin descanso, siempre con la misma intención: liberar a Sabrina. En eso estaba, cuando de nuevo, volvió a oír el timbre. Pero esta vez no era el de su casa, sino el del portero automático del portal, pues a las horas que eran, el portero ya se habría marchado.

Miró la hora y vio que eran casi las once de la noche. Un poco pronto para que volviera Mari Carmen, pero sería ella. Probablemente se habría olvidado las llaves de casa. No se molestó ni siquiera en contestar, y pulsó el botón que abría la puerta del portal, para volver deprisa a su dormitorio y terminar la tanda de oraciones que había comenzado. Al poco, sonó otra vez el timbre, esta vez el de su casa, y entonces abrió la puerta.

Se la encontró allí, aterida de frío, con el pelo revuelto, la cara desencajada y la mirada perdida.

—¿Puedo quedarme aquí, esta noche? —le preguntó, casi suplicando—. No tengo a donde ir.

Por segunda vez, volvió a quedarse estupefacto y tardó en reaccionar. Cuando lo hizo, le dijo:

—Por supuesto, Sabrina, pero, ¿qué te ha pasado?

—Me han robado... y me han... —aquí se calló. Le daba vergüenza decirle que además de robarla la habían intentado violar—. Me han golpeado, aquí —dijo, señalando las costillas.

—Pero, pasa... pasa por favor. No te quedes ahí. ¿Te duele mucho?

—No, ya casi se me ha pasado. Tengo frío.

—Ven, siéntate. Ahora mismo te traigo algo que ponerte. ¿Has cenado? ¿Tienes hambre? —preguntó, mientras la chica se acomodaba en el sofá. Muchos de los objetos que había tirado al suelo todavía permanecían allí, y Teo se tropezó con alguno de ellos. Entró en su habitación y sacó del armario una bata que había pertenecido a su mujer, y salió y se la entregó, colocándola sobre sus hombros.

—Es de felpa, verás como enseguida entras en calor. Si me lo permites, ahora mismo te caliento un caldo. Creo que hay algo en la nevera.

—Muchas gracias —le dijo sin mirarle, mientras este se iba hacia la cocina. Al cabo de unos minutos llegó de vuelta, con un vaso de caldo de carne caliente. Pero, cuando fue a entregárselo, antes de que ella lo agarrara, se detuvo.

—Ahora que me doy cuenta... es caldo de carne... y tú eres vegana...

—Ya no lo soy. Mi vida ha cambiado mucho desde que me conociste.

Entonces se lo entregó y se fue de nuevo hacia la cocina. Miró en la nevera y descubrió media empanada de atún que probablemente le habría sobrado a Mari Carmen a la hora de la comida, y que se tendría que haber comido él. No solo no se la comió, sino que tampoco había cenado todavía, y entonces se dio cuenta de que también tenía hambre. Mientras introducía la empanada en el microondas, buscó más comida que pudiera hacer rápidamente, y encontró un paquete de queso para fundir y algunos huevos. Comenzó enseguida a preparar una tortilla francesa a la que añadió el queso, y entonces le llevó los dos platos a Sabrina. Cuando llegó descubrió que se había bebido el vaso de caldo, y entonces le ofreció la empanada y la tortilla.

—¿Estás mejor?

—Sí, ya no tengo frío.

—Venga, cómete algo de esto ¿Cuándo probaste bocado por última vez?

—No lo sé... Oye, Teo, me dijiste que esto que me pasa tiene arreglo. ¿Cómo se arregla?

Él dejó los platos sobre la mesita que estaba frente al sofá y le dijo:

—Pues, si lo que tienes es, como yo creo, una «influencia», debes cortarlo antes de que sea demasiado tarde. El punto de no retorno es que el diablo que te causa esa opresión te pondrá en la tesitura de la posesión o el suicidio.

—Yo creo que ya estoy en esa tesitura.

—Pues entonces, solo hay una vía: acercarte a Dios.

—¿Cómo? ¿Rezando?

—Claro. La oración devota a Dios, la oración de liberación... Pero tú sola quizás no llegues nunca. Necesitarías ayuda. Una ayuda que solo la Iglesia te puede proporcionar. Yo conozco a un sacerdote de confianza que...

—Ya he rezado, Teo. He rezado mucho, y sigo así.

—Pero... has rezado...

—A Dios, a través de Jesucristo. Ahora soy luterana.

—¡Ah! Pues... bueno, pues lo que te decía, yo conozco a un sacerdote de confianza a quien puedo llamar y él podrá dirigir una oración especial que hace la Iglesia, y que se llama oración de liberación. Se trata de una serie de rezos e invocaciones que...

—¿Es un exorcismo?

—No, es una oración que hace la Iglesia Católica. También se puede hacer entre laicos, pero es más efectiva si la hace un sacerdote. Puede traer agua bendita, y entre los dos, entre los tres, rezaremos a Dios para que te ayude.

Aquellas palabras o similares ya las había oído. Fue lo que ocurrió la otra vez, cuando Klaus la liberó. Aunque no sirvió de mucho, pues volvió a recaer. Pero, en cualquier caso, pasó una temporada sin dolores, y eso le animó a aceptar lo que Teo le ofrecía.

—¿Es necesario que me convierta al catolicismo?

—Desde luego eso sería de gran ayuda, pero, creo que no es estrictamente necesario. Tendría que hablar con este sacerdote que te digo, podríamos ir a verle y... pero, ¿no comes nada? ¿No te gusta lo que te he traído? ¿Prefieres alguna otra cosa? —Teo se deshacía en atenciones.

En ese momento la chica agarró el tenedor y comenzó a partir algunos trozos de la tortilla y comenzó a comer. Al hacerlo, todas las precauciones y los miedos que traía se fueron desvaneciendo, y ahora se encontraba mucho mejor. También Teo comió algo de la empanada.

—¿Has denunciado el robo a la policía?

—No. He venido directa a tu casa. No tengo dinero, ni documentación, ni nada.

—¿Te han quitado mucho?

—Todo lo que tenía, que no era gran cosa. Pero no tengo más, ni aquí ni en Alemania. No sé cómo voy a volver a Múnich... ni sé si quiero hacerlo.

—Pero... ¿tú no vivías en Palma?

—Ya no. Me quedé sin trabajo por culpa del coronavirus, y cuando me desahució mi casero me fui a Alemania. Allí me quedé en casa de mi tía, pero murió hace poco, y mis primos se están disputando la herencia y ya no me quieren allí. Te dije que no tenía a donde ir, y eso es cierto. Era cierto, incluso antes de que me robaran el bolso.

—Pero, allí hay más trabajo que en España... ¿no has encontrado nada?

—Solo un pequeño empleo... que ya no tengo. No puedo trabajar, Teo. Los dolores que tengo y el insomnio me lo impiden —respondió, con un bostezo.

—Entiendo. Pues no te preocupes, que lo vamos a arreglar. Ahora te puedes quedar en la habitación de mi hija Victoria. La que fue la suya, vaya. Ahora ya no vive aquí, pues se casó. Te puedes quedar en mi casa el tiempo que necesites. De verdad.

Sonámbula

Desde que conoció a Sabrina aquel día en los estudios de Telesexta, la verdad es que no había podido quitársela de la cabeza. Sus ojos azules, su sonrisa, su esbelta figura... Él no valía para ser célibe, y no paraba de lamentarse por haberla dejado escapar de aquella manera. También es cierto que cuando conoció a Delia, sus pensamientos se centraron más en esta, y ya se veía casado con ella para aliviar de esa manera las tensiones que padecía. Pero cuando esta también le rechazó, en lugar de seguir pensando en ella, volvió a pensar en la otra.

Él no tenía problemas de insomnio propiamente dicho. Lo que tenía era lo mismo que tienen todos aquellos que trabajan por turnos rotatorios y cuando lo hacen de noche se sienten somnolientos y duermen poco y mal. No es que él tuviera estos turnos, pero como se pasaba leyendo aquellos tomos de teología hasta las tantas de la madrugada, en la práctica era como si los tuviera.

Mientras Victoria estaba soltera, su hija sustituyó de alguna manera a su mujer a la hora de mantener un orden y una disciplina en la casa. Pero cuando se casó, se descabaló todo, y tanto Teo como Mari Carmen se comportaban como un par de adolescentes indisciplinados que comen y duermen a deshoras mientras sus padres están fuera de casa o de vacaciones. El padre y la hija no tenían otro control que el de la hija mayor, que era quien intentaba de vez en cuando preservar el orden y la limpieza. Por eso Victoria quería que se casara su padre otra vez y trajera una mujer a la casa. Una mujer con carácter y «de las de antes», si fuera posible.

Teo no había tenido insomnio, pero desde que Sabrina visitó a aquella curandera, su vida cambió sustancialmente. Ahora sí se podía decir que lo tenía, y además, por las tardes, cuando venía del ministerio, le invadía un dolor de cabeza que, sin ser tan grande e incapacitante como el de ella, era ciertamente molesto.

Y durante aquellas noches de insomnio, la imagen y el cuerpo de Sabrina era lo que se representaba siempre en su mente. Y continuamente también, cuando por fin se dormía, soñaba que hacía el amor con ella. En más de una ocasión le sorprendía Mari Carmen en el salón visionando por enésima vez el video de su cita con la chica, e incluso esta le reprendió en alguna ocasión por las horas tan intempestivas en las que lo hacía, y le mandaba a la cama bajo amenaza de contárselo todo a Victoria.

Por eso, cuando aquella noche la vio desnuda entrando en su habitación, por un momento pensó que era uno de esos sueños que tenía con frecuencia, y se dispuso a observar lo que su cuerpo hacía con ella, como era habitual. Hasta que se dio cuenta de que no estaba dormido.

—Sabrina, ¿qué estás haciendo? —le dijo, incorporándose.

Ella se sentó en la cama, le abrazó, y comenzó a besarle sensualmente, y al principio se dejó hacer. Después le tumbó, se introdujo con él bajo las sábanas y se colocó, desnuda como estaba, encima de él. Durante un instante pensó en sucumbir y hacer el amor con ella inmediatamente, que era lo que siempre había soñado y deseado. Pero había algo extraño en todo aquello que no le cuadraba. La habitación estaba a oscuras, tenuemente iluminada con las farolas de la calle. Una luz escasa, por ser un séptimo piso, pero aun así podía ver lo suficiente para aprehender que la mujer tenía los ojos cerrados.

Encendió la lamparita que tenía en la mesita, y en ese momento los abrió. Sin embargo, aquella mirada era fría y ausente, nada que ver con la calidez de los ojos de la Sabrina

que él había conocido. Era como si le molestase la luz, y los volvió a cerrar, manteniendo una expresión hierática.

Entonces Teo le puso una mano sobre su cara, y con cuidado le subió ligeramente los párpados, pudiendo observar que ni el azul de su iris, ni el negro de su pupila estaban allí. Los ojos estaban girados y solo el color blanco se mostraba ahora a la vista. Entonces se dio cuenta. Aquella no era la chica que él había conocido tiempo atrás en los estudios de Telesexta. Era otra persona diferente, usando el cuerpo de la chica.

Una persona de origen sobrenatural, como aquellas que él había visto tratar al padre Cándido tantas veces. No le quedaba ninguna duda, y entonces se deshizo de ella bruscamente, arrojándola de su cama con toda la fuerza que pudo. Sabrina, o mejor dicho, el diablo, cayó en el suelo, y entonces por fin habló. Emitió un granizo impropio de una mujer, y después una carcajada histérica igual que las que Teo había presenciado en tantas ocasiones. El rostro desencajado de Sabrina se retorció, y tras un aullido aterrador y profundo, por fin se perfiló en el rostro de la alemana algo parecido a la serenidad. Y entonces, ya transformada de nuevo en ella misma, dijo:

—¿Qué estoy haciendo aquí, Teo? ¿Qué me has hecho?

Nada más apercibirse de que ya era ella, él salió de la cama, quitó la sábana de la misma y se dispuso de inmediato a tapar a la chica. Ésta se envolvió como pudo cubriéndose el pecho y la cintura, se tocó el pubis, y al no notar nada extraño y viéndole a él vestido con el pijama, se serenó un poco y le preguntó:

—¿Qué me ha pasado? —algo en su interior le decía que él no le había hecho nada, a pesar de encontrarse desnuda, y en su dormitorio.

Teo la seguía mirando con cara circunspecta, totalmente serio, y en lugar de contestar, le preguntó:

—¿Eres sonámbula?

—No, que yo sepa.

—¿Has notado en alguna ocasión, o alguien te ha dicho alguna vez que has perdido la memoria?

—Sí —contestó, sin titubear.

—¿Alguien se ha extrañado de una actitud que has tenido, y tú no recuerdas nada, aun cuando ha sido hace solo unos instantes?

—Sí, varias veces. En el trabajo, mi jefe me regañaba en algunas ocasiones... por esa razón. Recuerdo una vez que derramé un plato sobre un cliente y le contesté de malos modos. Vamos, eso fue lo que me dijeron, pero yo no era consciente de haber hecho tal cosa. En otra ocasión...

—¿Desde cuándo te pasa eso? —interrumpió.

—Pues... yo diría que fue desde que visité a una curandera. Ella me tomó de las manos y...

—Que... ¿te tomó de las manos? —sus ojos se abrieron como platos—. Me lo imaginaba —afirmó rotundo, y su expresión, ya de por sí seria, se transformó en sombría—. Esto es más grave de lo que pensaba.

No vengas a casa

Tras conducirla de nuevo a su habitación, comprobó que se acostase y se fue a la cocina para traerle un vaso de leche y una tila. Después que se la tomó, le dio otra vez las buenas noches y le dijo que no dudara en acudir a su habitación si precisaba cualquier cosa, fuera la hora que fuese.

A continuación, dejó abierta la ventana de la suya, que daba a una terraza, y se marchó al cuarto de Mari Carmen, cuya ventana daba a la misma terraza. Allí, cerró la puerta y echó el pestillo por dentro y salió por la ventana de la misma cerrando la corredera de forma que ya no se pudiera acceder a esa habitación por ninguna parte. Después, entró en su habitación por la ventana que había dejado abierta, y llamó a su hija al teléfono móvil.

Ciertamente, tendría que haberla llamado antes. Ella no solía entrar en la habitación de Victoria, pero Sabrina podría haberse levantado en cualquier momento, y lo suyo es que hubiera avisado a su hija de que había una invitada en la casa. Pero bastante tuvo con todo lo que pasó, como para acordarse de ese detalle.

—¿Te queda mucho para venir?

—No, estoy llegando. ¿Por qué?

—No vengas. Vete a dormir a casa de Victoria.

—Pero, ¿por qué iba a hacer eso?

—Es necesario. Aquí no puedes estar.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando, papá?

Teo no sabía por dónde empezar. No podía decirle así, a las bravas, que en casa había una persona endemoniada y que ella no podía entrar en la misma porque era vulnerable.

—No puedo decírtelo. Vete a casa de Victoria, por favor. Ahora mismo le llamo y se lo digo.

—Pero, ¿por qué! ¿Cuánto tiempo voy a estar en su casa?

—Unos días.

—¿Cuántos días?

—No lo sé.

—Pero... tengo que recoger cosas de mi habitación...

—¿Qué cosas?

—Pues... mis libros, mi ropa... ¿Cómo voy a ir a la universidad?

—Si necesitas dinero, yo te lo doy. Y ropa... te compras nueva. No puedes entrar aquí.

—Estás con alguien, ¿verdad? ¿Estás con alguna víctima de...?

—Sí, eso es —admitió.

—Pero, ¿cómo has podido! ¿Cómo se te ocurre llevar a casa...! ¡A nuestra casa!...

—Yo no he traído a nadie. Ha venido ella, y yo no lo sabía. Me acabo de enterar y...

—¿Quién es?

—Sabrina.

—¿Sabrina? ¿La de Cita a Ciegas?

—Sí.

Se hizo un silencio en la línea y la chica dijo, tras unos segundos:

—Mira, papá, no me lo creo. No me creo que esa chica haya venido desde Palma a verte, así, sin invitación. Sé que estás obsesionado con ella. El otro día te vi con el vídeo y...

—Te digo que yo no la he llamado. No la he visto desde aquel día, y no sé cómo se ha enterado de dónde vivo.

—Pero...

—¿Cuándo te he mentado yo, Mari? ¿Cuándo he mentado yo a alguien?

—Nunca.

—Vete a casa de Vicky, por favor. Ahora mismo se lo digo. Solo van a ser unos días.

—Vale, y, ¿cómo me vas a dar el dinero?

—Pues... mejor pídeselo a tu hermana. Pídele lo que necesites, y ya ajustaré yo cuentas con ella.

—De verdad, papá... Ya sabía yo que esta afición tuya nos iba a traer consecuencias. No es que yo me lo termine de creer mucho, pero...

—¿Qué afición? Yo ya lo dejé. Esto de Sabrina no tiene nada que ver.

—Pues entonces, ¿por qué está ahí?

—Porque la han engañado, Mari, por eso es. La han engañado y yo tengo que ayudarla.

—¿Por qué la tienes que ayudar tú?

—¿Quién sino? Esta chica está sufriendo horribilmente y yo no puedo, ni quiero dejarla así. ¿Comprendes? Tengo que aliviarla cuanto antes. Además, ya no tiene remedio. Ya está en casa, y no hay vuelta atrás.

—Vale, vale..., entonces —interrumpió— ¿cuándo podré volver?

—Cuando se haya marchado y hayamos «desinfestado» la casa.

—Y, ¿cuándo será eso?

—No lo sé. Ya te avisaré.

Eloísa

Apenas pudo pegar ojo en toda la noche, y más oyendo los gritos que provenían de la habitación de al lado. Sabrina, como era habitual, se pasó la noche gritando y envuelta en terribles pesadillas, y solo al llegar el día pudo calmarse un poco. Entonces fue cuando Teo llamó al padre Cándido.

El hombre, como casi siempre, tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura, y tuvo que llamar a la iglesia donde normalmente oficiaba misa.

—¿Sí? —contestó una mujer. Era la sacristana

—¿Eloísa?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Teo.

—¡Ah! Hola Teo. ¿Buscabas al padre?

—Sí. ¿Está por ahí?

—No, no está. Si quieres te paso con don Raimundo.

—¿Don Raimundo?

—Sí, el coadjutor. ¿No lo conoces?

—Sí, sí —afirmó, tras una pausa—, es que no caía. ¿Dónde está el padre Cándido?

—Pues está en un congreso de... algo de lo suyo, creo. No vendrá hasta mañana.

—¿Sabes dónde es ese congreso?

—En Soria.

—¿Dónde concretamente?

—No lo sé, Teo, ya te digo que viene mañana. ¿Quieres que le dé algún recado?

—Sí, por favor, dile que me llame en cuanto que pueda. Yo seguiré insistiendo, a ver si responde en el móvil.

—Pues, que tengas suerte...

—Ya. Gracias, Eloísa.

Pero él no se quedó tranquilo. El padre podía volver al día siguiente o no volver, o enfrascarse con otros asuntos y retrasar su venida a Madrid. Porque era necesario que viniera a Madrid. Él no podía montar en su coche a Sabrina y marcharse a Segovia, pues el diablo podía hacer cualquier cosa durante el trayecto y matarse los dos. Y tampoco podía usar el transporte público, por la misma razón.

Conectó el ordenador a ver si averiguaba dónde era ese congreso, y así poder llamar al sitio donde se celebraba. Pero según comenzó a teclear en el buscador «congreso de exorcistas», se dio cuenta de la futilidad del asunto. Esos no eran temas que se aireasen así como así, pues la prensa podría cebarse con ellos y mofarse. Efectivamente, tras pulsar «intro», descubrió que los resultados eran cosas de lo más chistosas. No le quedaba más remedio que esperar a que él le devolviera la llamada, y de paso ir pensando en pedirse

vacaciones en el trabajo para la semana siguiente, como mínimo. Sabrina no se podía quedar sola en ningún momento, ahora que sabía lo que le pasaba.

Entonces fue cuando la oyó conversar con alguien en alemán, en la habitación de Victoria.

—Hola, Sab. Solo quería saber cómo estás. No respondes mis mensajes, no atiendes el teléfono cuando te llamo...

Sabrina se sobresaltó. Le había pedido a Teo un cargador, y su teléfono ya estaba operativo otra vez. Pero, ¿cómo podía haber entrado esa llamada? Había bloqueado a Klaus y por tanto no podía recibir mensajes ni llamadas de él... ¿Cómo entonces...?

Entonces se acordó. Había puesto un bloqueo «temporal», más que nada, porque la opción del bloqueo permanente no la encontró a mano cuando rechazó su llamada por enésima vez, aquel día en el que lo encontró con Hilda. Deseaba bloquearle como fuera, para que el teléfono dejara de sonar inmediatamente.

Y la verdad es que estuvo otra vez a punto de rechazar su llamada. Lo que menos le apetecía era hablar con Klaus después de lo que pasó. Pero, sin saber cómo, se vio a sí misma pulsando el botón verde que conectaba con él.

—Te tengo que explicar lo de Hilda. Yo...

—No quiero saber nada de eso, Klaus.

—Solo quiero que sepas que...

—Voy a colgar.

—¡Espera! ¿Dónde estás?

—Estoy en Madrid —contestó, con voz trémula.

—¿Qué te ocurre?

—Ha vuelto la opresión, me temo. Y más fuerte que nunca —se extrañó, viéndose a sí misma hablando con él.

—¿Qué estás haciendo en Madrid?

—He venido a ver a una persona... que creo que me puede ayudar.

—No deberías ponerte en manos de cualquiera. ¡Es muy peligroso! Tenías que haber hablado antes conmigo...

—Ya sé que es muy peligroso. Lo sé por experiencia propia —en ese momento recordó a Madame Broujard.

—¿Con quién estás?

—Con alguien que creía que era la causa de mis males, pero ahora creo que es el remedio.

—¿Quién es?

—El hombre que conocí en Cita a Ciegas. Ya te hablé de él.

—El tal Teo...

—Sí.

—¿Qué pretende de ti?

—No pretende nada, Klaus. He sido yo quien ha venido a verle, voluntariamente. Ahora estoy en su casa y...

—¿Que estás en su casa?

—Sí.

—Pero, ¿por qué?

—Ah... estoy muy cansada, y me encuentro fatal —dijo, con un hilo de voz.

—Perdona si te avasallo a preguntas —se disculpó. Estoy preocupado por ti, Sab.

—Adiós, Klaus —terminó de decir y colgó.

Al cabo de un rato salió de la habitación, y ya tenía un aspecto más adecuado. Se había vuelto a poner la misma ropa que traía, y, aunque las ojeras le llegaban a los pies, al menos se le veía más serena.

—Si quieres te dejo ropa de mi mujer. Ella era algo más bajita que tú, pero más... relle-nita. Quizás te valdría —le hubiera dado alguna prenda de su otra hija, de Mari Carmen, pues era más alta que la otra y tenía una complexión similar a la alemana. Pero esa ropa, al igual que la habitación, era mejor mantenerla lejos del diablo. No pensaba dejarle nin-guna cosa que se hubiera puesto Mari.

Sabrina hizo un gesto de indiferencia. Le daba igual ponerse una ropa que otra. Bastante tuvo ya cuando Teo le dijo horas antes, cuál era el origen de sus problemas, y hasta donde habían llegado, sobre todo, después de visitar a la vidente. Un profundo sentimiento de desesperación se apoderó de ella, y solo las palabras de consuelo del psicólogo le confor-taron de alguna manera.

—He estado hablando con Klaus —le comentó, cambiando de tema.

—¿Quién es?

—Un antiguo novio. Estuve con él en Alemania. Ahora es pastor luterano, y ya intentó liberarme.

—Sin éxito, claro...

—Funcionó, temporalmente.

—¿Eso fue antes, o después de estar con la vidente?

—Antes.

—Ya me imaginaba.

—¿El qué?

—En mi opinión, antes tenías «una influencia», que se manifestó después de salir del programa. Supongo que ese Klaus rezó sobre ti, y «te liberó», como tú dices.

—Sí, así fue. Aunque ya te digo que no me duró mucho. Antes de estar con la vidente, ya me volvieron los dolores.

—Pues eso. Para una influencia interna o externa, no es necesario un exorcismo. Es lo que pensaba yo que tenías, antes de lo que sucedió anoche. La oración de los cristianos, aunque sean protestantes, puede funcionar, pero es mucho más efectiva y duradera la de

la Iglesia Católica, sobre todo si la víctima se convierte y después frecuenta los sacramentos.

—¿Cómo es eso?

—Pues... es similar a que los ladrones entren en casa. La policía los puede desalojar, y estos se van, pero de nada sirve si los ladrones siguen sueltos, la puerta sigue abierta y el dueño se ausenta. ¿Me comprendes? Con las oraciones de la Iglesia, los cacos entran en la cárcel y con los sacramentos es como si instalaras una puerta acorazada y cámaras de vigilancia. Ya no entrarán ni los de antes, ni los nuevos.

La chica hizo un gesto afirmativo, y él siguió:

—Todo eso es para casos de influencia u opresión, que es lo mismo. Es lo que yo creo que tenías antes de ver a la vidente. Pero desde que te pusiste en manos de esa mujer...

—¿Qué?

—Pues... cuando hay una posesión, la cosa cambia. El exorcismo protestante ya no funciona.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene autoridad alguna. La autoridad para expulsar a los demonios fue conferida por Jesucristo a los apóstoles, y estos a su vez a sus sucesores. Los pastores protestantes no son sucesores de nadie. Ellos se desvincularon de la Iglesia, es decir, de los sucesores de los apóstoles, y esa es una de las consecuencias.

—Y esa autoridad... ¿es necesaria?

—Me temo que sí.

—¿Y suficiente?

—También. Ten en cuenta que al diablo no se le pide, se le ordena. Y está obligado a obedecer a la Autoridad de la Iglesia. Está obligado por ley, igual que la ley de la gravedad obliga a una piedra a caer al suelo si se la suelta de la mano. No puede no hacerlo. La única limitación es la falta de fe, o los pecados del sacerdote.

Sabrina miró al suelo, y al cabo de un rato, dijo: —¿Tú crees que yo podré curarme?

—Estoy convencido. He intentado hablar con el padre Cándido, que es un exorcista de confianza y además de los buenos. Me tiene que devolver la llamada, pero ya verás como entre los tres lo conseguimos.

Entonces la muchacha comenzó a llorar y Teo la abrazó y la atrajo hacia sí. Ella se acurrucó en su regazo, y la consoló como pudo, estando siempre alerta de que no se transformase. Pensó en rezar algo y hacer que ella rezara con él, pero lo pensó mejor y prefirió no hacerlo. A buen seguro que el rezo podría soliviantar a la bestia que llevaba dentro, y al fin y al cabo no tenía a nadie que le ayudase. No le quedaba más remedio que rezar solo, y eso se dispuso a hacer mientras la abrazaba.

El congreso de exorcistas

—Ven, David, te quiero presentar a Cándido. Ya es hora de que le conozcas en persona. Como te dije, él y yo estuvimos juntos en el seminario... ¿cuánto hace?

—Hola David, un placer —replicó el presentado—. ¿Qué cuánto hace, Andrés? Yo ni me acuerdo. Como decía mi abuelo, yo todavía no había nacido.

Los tres curas se echaron a reír, y se marcharon hacia un rincón donde las monjas les habían preparado un refrigerio. Estaban en un monasterio medieval de clarisas, y habían aprovechado un receso en una de las ponencias para charlar entre los conocidos.

—Cándido es todo un campeón en esto de los exorcismos. No hay diablo que se le resista.

—Menos guasa, Andrés, que esto es un tema serio.

—Y tan serio. Pero creo que él debería de dar una de estas ponencias en lugar de esos chavales tan jóvenes. ¿No te parece, Cándido?

—Estoy yo como para dar ponencias. Lo que me faltaba...

—¿Tiene un buen equipo, padre? —preguntó David—. Además de Teo, me refiero.

—¡Ja! ¡Ya quisiera yo!

—Por lo que recuerdo de la última vez que hablamos, creo que solo tenías dos ayudantes, ¿no es así? —apuntó Andrés—. Un psiquiatra escuálido y un hombre retrasado. El psiquiatra debe ser Teo...

—No es psiquiatra, es psicólogo clínico, y efectivamente, está en los huesos. Ya casi no viene. Y el retrasado, lo es de la mente, sí, pero está más «adelantado» en cuestiones de fe, que algunos de los curas que hay por aquí.

—¿Y con ese «equipo», padre, tiene tantos éxitos? —preguntó David—. Cuando yo estuve en Roma no acudíamos a las liberaciones menos de cinco o seis personas, entre sacerdotes, auxiliares, laicos... a veces incluso más.

—Pues así son las cosas en Segovia, hijo. Pero, ¿sabes qué te digo? Con los años me he dado cuenta de que esto de los exorcismos no es cuestión de tener un buen equipo.

—¿Ah no?

—No hijo, no. Ya sabes que nosotros, los sacerdotes, somos meros intermediarios, y que el exorcista realmente es Jesucristo. Él es quien expulsa a los demonios por mediación nuestra, y Él actúa a través de quién le place y cuándo le place. No olvides nunca eso. Nosotros solo podemos rezar y esperar a que venga en nuestra ayuda.

—Claro, padre, eso ya lo sé, pero entonces, ¿por qué dice que le gustaría tener un buen equipo? ¿No me acaba de decir que eso es lo de menos?

—Es lo de menos, sí, pero a mí me quitaría mucho trabajo. Teo tuvo una temporada en que acudía siempre que le llamaba. Pero ahora se hace el remolón y casi no viene. Tengo muchos casos dudosos, y en muchas ocasiones me tengo que «tirar a la piscina» sin saber si hay agua. Y el otro... el otro no me falla nunca, pero cuando los casos se alargan se me duerme, y a veces me tengo que quitar yo solo a los demonios de encima, cuando se envalentonan.

—Ahora me vais a disculpar —siguió Cándido—. Voy a hacer una llamada a mi parroquia. Se acerca la misa de las siete, y Raimundo, mi cura auxiliar, suele llegar justito. Tengo que llamar a la mujer que tiene las llaves para que vaya abriendo, por si alguien quiere entrar a rezar.

El padre se marchó a un lugar apartado y encendió el teléfono. Un celular de los antiguos, no un *smartphone*, y sí, vio un montón de llamadas perdidas, pero el pequeño aparato no mostraba la procedencia de ninguna, dadas las exiguas dimensiones de la pantalla que las presentaba. Así que las ignoró, y se dispuso a llamar:

—Hola Eloísa. ¿Habéis abierto ya la Iglesia?

—Sí, padre, acabo de abrirla. Además, también ha llegado el padre Raimundo. Hoy va a dirigir el rezo del rosario.

—Pues vaya novedad... Bueno, me alegro. Solo llamaba por si se te había olvidado. Hasta mañana.

—Padre, una cosa —consiguió decir, antes de colgar.

—Dime, Eloísa.

—Ha llamado Teo.

—¿Teo? Pues eso sí que es una novedad. ¿Te ha dicho qué quería?

—No. Quería hablar con usted, y como le dije que no estaba, me comentó que le dijera que le llamara lo antes que pudiera.

—¿Lo antes que pudiera? Qué raro... Bueno, gracias Eloísa.

Nada más colgar, buscó su número de móvil en la agenda que tenía en el bolsillo —no en la del teléfono—, y le llamó.

—Hola Teo, ¿querías hablar conmigo?

—¡Padre! ¡Qué alegría! —exclamó, y el otro enarcó las cejas.

—¿Ocurre algo?

—Pues sí, padre, tengo que comentarle algo... importante.

—Tú dirás.

—Verá, el caso es que yo, hace un tiempo, pues conocí a una chica en un programa de...

—¿Es muy largo? —le cortó—. Es que estoy en un congreso, y la ponencia que me interesa está a punto de comenzar.

—Es un poco largo, sí, pero... ¿dónde está?

—Estoy en el convento de las clarisas, en Soria.

—¿Va a estar mucho tiempo?

—Cuando termine la ponencia me voy. Me lleva un compañero, a una casa de retiros. Allí pasaremos la noche y mañana por la mañana estaré en casa, en Segovia.

—¿Me puede llamar antes de irse de ahí?

—¿Tan urgente es?

—Yo creo que sí, padre. Llámeme en cuanto que pueda, por favor.

El hombre se extrañó, pero cuando terminó la ponencia le llamó de nuevo. Él había preguntado dónde estaba, más que nada para llamarle él, si al otro se le olvidaba. No era una persona olvidadiza, pero no quería arriesgarse. En cualquier caso, no hizo falta. Le devolvió la llamada como prometió, y Teo fue directo al grano, sin contar lo de Telesexta.

—Pero, ¿de qué conoces tú a esa chica?

—Bueno, padre, es una larga historia... que ahora no viene al caso. Supongo que le están esperando, y ya se lo contaré más despacio. Lo importante ahora es sacarle ese demonio del cuerpo.

—Pero... ¿estás seguro de que es eso?

Teo no contestó, pero su silencio era más que elocuente. El padre no debía de poner en duda su criterio.

—Está bien. Lo que no sé es cuándo podrá ser. Mañana tengo que estar en la parroquia, pues Raimundo no va a estar, y tengo yo que dar las misas. Y el lunes... creo recordar que tengo algo también, pero no sé lo que es hasta que no vea la agenda parroquial.

—Lo más pronto que pueda, padre. Estoy yo solo en casa con ella, y...

—Ya, es peligroso. Haré lo que pueda, Teo. Mañana cuando vea la agenda, te llamaré.

Alimaña

La noche era cerrada y aquellas sinuosas carreteras de Soria no estaban iluminadas. El padre Antonio conducía despacio, pero el coche se embalaba en las cuestas y a menudo tenía que frenar para no salirse de la carretera. A su lado, el padre Cándido estaba dormido.

El congreso había sido un poco extenuante, y les esperaban en la casa de retiros donde cenarían y harían algunos ejercicios espirituales antes de irse a la cama.

El conductor le miraba con envidia. A él también le hubiera gustado dormirse, pues a buen seguro que lo haría durante aquellos ejercicios, muy a pesar suyo. Miró por el retrovisor y sus dos compañeros de atrás hacían lo propio, o casi. El padre Andrés dormía también en el asiento de atrás, y su sobrino David, a su lado, miraba con ojos fijos al paisaje tenuemente iluminado por la luna, a punto de dormirse igualmente.

Fue entonces cuando ocurrió el desastre. Una alimaña, un zorro... algo se cruzó en la carretera, y el padre Antonio dio un volantazo para no atropellarlo. Pero eso hizo que se saliera de la calzada e invadiera el arcén, y el coche se desequilibró al pisar la cuneta con su correspondiente desnivel. El padre Cándido se despertó, soliviantado y no pudo más que ver cómo su compañero gritaba, incapaz de controlar el vehículo.

Fueron varias vueltas de campana, que, aunque el coche no iba deprisa, se vieron acentuadas por la cuesta tan empinada que estaban bajando.

Por fin, el coche se estrelló de costado contra un árbol, y allí se detuvo, boca abajo, mientras el silencio invadía el interior del coche y se camuflaba con la quietud de la noche invernal.

Intento de suicidio

Sabrina comprendió lo que le pasaba. Cuando el diablo actuaba, su mente entraba en sueño profundo, en trance, y era otro ser quien manejaba su cuerpo. Cuando terminaba de hacer sus fechorías, devolvía el control a su legítima propietaria, y entonces se daba cuenta de que Teo no era quien le había puesto en esa u otra situación. No podía serlo.

La noche del sábado al domingo no fue menos terrible. La chica salió a la terraza, y solo el portazo que dio la puerta de la habitación del hombre al entrar la corriente, la salvó de arrojarle desde el séptimo piso.

En extremis, la salvó de lanzarse al vacío, y cuando recuperó la consciencia se encontró con más de medio cuerpo fuera, pendiendo de la barandilla, con el único auxilio que era la mano de Teo que la sujetaba.

En otra ocasión, mientras preparaba el desayuno, agarró un cuchillo e intentó cortarse las venas, y cuando volvió en sí se encontró con él en la mano, y los intentos frustrados de suicidio en forma de cortes en sus muñecas. También Teo recibió algún tajo en el forrajeo.

El domingo por la tarde, en vista de que el padre Cándido no llamaba, él tomó la iniciativa, y llamó en torno a la hora de la misa de tarde.

—Hola Eloísa. Soy Teo. Estoy esperando una llamada del padre. ¿Está por ahí?

—Hola Teo, pero... ¿no te has enterado? Ayer tuvo un accidente de coche, y está en el hospital.

—¿En el hospital? ¿Es grave? —la voz de Teo era una mezcla de alarma y de preocupación.

—Tiene una pierna rota, y un fuerte golpe en la cabeza. Está muy magullado.

—¿Has podido hablar con él?

—No, es lo que me han dicho en el hospital. Lo tienen incomunicado y en observación. Me lo ha dicho el padre Raimundo, que ha tenido que cancelar sus compromisos y dar las misas de hoy. Él es el contacto en caso de accidente, ya sabes.

—Entiendo. ¿Sabes cuándo se podrá hablar con él?

—No lo sé. Habrá que esperar a mañana, a ver qué tal.

—¿En qué hospital está?

—En el Santa Bárbara de Soria.

—Gracias, Eloísa. Llamaré mañana, pues. Si sabes algo por tu parte, por favor, dímelo.

—Lo mismo digo, Teo.

Entonces pulsó el botón para terminar la llamada, mientras Sabrina le observaba sentada en el sofá.

—Se tuercen las cosas, por lo que veo —le dijo.

—Vaya mala pata... y nunca mejor dicho.

—Yo ya no me sorprendo. Llevo así mucho tiempo, siempre con mala suerte. Pero ahora me explico algunas cosas. Antes solo te echaba la culpa a ti, pero...

—Encontraremos alguna solución, no te preocupes. Si no es grave, él puede venir aquí, aunque esté escayolado. Y si no, siempre podemos solicitar la ayuda de otro sacerdote. Esto solo es un retraso, Sabrina.

Pero ella bajó la mirada y calló por unos instantes, mientras él miraba por la ventana intentando pensar.

—Tengo miedo, Teo. Antes pensaba continuamente en suicidarme, pero ahora ya no.

—El suicidio es una forma de huida, cuando la persona se siente atrapada sin esperanza alguna. Pero ese no es tu caso. Lo tuyo tiene solución.

—Ya lo sé, o al menos tengo esa esperanza. Por eso ya no lo deseo. Aunque hay veces que...

—No pierdas nunca la esperanza. Es lo que quiere ese demonio. Llevarte a la desesperación, hacerte de sufrir para que no puedas soportarlo más y terminar con tu vida. Pero tú no puedes sucumbir a eso. Y menos ahora. Tu curación sucederá, te lo garantizo.

—El problema ya no soy yo, Teo.

—Ya lo sé. Ese ser puede haber comprendido que ya no es tan fácil conseguir que te suicides, y por eso lo intenta hacer él. Te propongo una cosa, si te parece.

—Estoy en tus manos. No tengo otra esperanza que no seas tú —la chica, a la fuerza, ya había dejado todas las reticencias que tenía cuando llegó.

—Tu esperanza es la gracia de Dios, y su poder. Tenemos que seguir rezando mientras se recupera el padre Cándido, pero mientras tanto hay que hacer algo con tu seguridad. Si te parece dormiremos en la misma habitación. Quitaré el armario que hay junto a la puerta, y llevaré allí una cama, de forma que bloquee la salida y no puedas acceder afuera sin que yo me despierte. Nos desharemos de todos los cuchillos y tenedores, y la comida que pida la haremos con cuchara. No te voy a dejar sola ni un solo momento.

La muchacha asintió, y sin dejar de mirar al suelo, preguntó:

—¿Tú crees que será suficiente?

—Rezaré para que lo sea. He conocido a demonios con fuerza sobrehumana, que utilizaban el cuerpo de mujeres pequeñas y las dotaban de un poder impresionante. Pero por alguna razón, este no tiene ese poder; o al menos no lo tiene ahora, o en esta casa. Cuando ha luchado conmigo le he podido contener.

—Crees que fuera de aquí...

—Es posible. Esta casa está bendecida y las imágenes de la Virgen y el Sagrado Corazón presiden la entrada. Fuera de aquí... no lo sé. Cualquier cosa puede ocurrir. Incluso ahora. Hoy no tiene fuerza, pero mañana o dentro de un rato puede desarrollar un poderío incontenible. La lucha contra el mal se desarrolla en todos los niveles, incluyendo el nivel sobrenatural. Puede recibir ayuda de otros demonios, o su fuerza disminuir como consecuencia de ángeles buenos o de santos que ya están aquí luchando con él. No lo sabemos. Solo nos queda rezar, para que Dios le contenga hasta que llegue el padre Cándido.

—Siento mucho esos arañazos, Teo —dijo, señalando a los pequeños cortes que tenía en la cara.

—Ya no me escuecen. El moratón del hombro es diferente. Me duele si levanto el brazo a partir de cierta altura.

—¿De verdad que yo te he hecho todo eso?

—Ya te he dicho que no has sido tú.

—¿Cuánto tiempo estaremos así? —preguntó, dándose cuenta de la situación.

—No lo sé. Espero que no sea mucho. De momento, mañana voy a llamar al ministerio para pedir vacaciones.

—¿Te las darán?

—Seguro. Estas semanas de finales de enero no las pide nadie. Mis compañeros agradecerán el hecho de no competir con ellos en verano.

—De verdad, —dijo ella, tras unos instantes—, no sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por mí. Y yo que pensaba que tú eras la fuente de mis males...

Teo no dijo nada y miró hacia otro lado. Al cabo de un rato añadió:

—Pesaría sobre mi conciencia si no lo hiciera. Y, además, en tu caso me resulta mucho más difícil.

—¿Por qué?

—Por nada. Cosas mías.

Desde Alemania

—Es Klaus otra vez —le dijo a Teo—. He tenido el teléfono apagado casi desde que hablé con él.

Sabrina acababa de encender el celular y vio la cantidad de llamadas perdidas que tenía de él.

—¡Por fin! ¿Qué es lo que te pasa, Sab? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, dentro de lo que cabe.

—¿Sigues en casa de ese hombre?

—Sí. Estamos esperando a un exorcista.

—¿A un exorcista?

—A un exorcista oficial. Un sacerdote católico —replicó, con mucha desgana. Se notaba claramente que no quería hablar con él.

Klaus no dijo nada durante unos segundos. Después de un rato le preguntó:

—¿Puedo hablar con... Teo?

La chica le pasó el teléfono, con cierta desidia.

—¿Dígame? —respondió, tras mirar la pantalla por unos segundos.

—Buenos días. Mi nombre es Klaus Eger, y soy el pastor de Sabrina —se presentó. El hombre seguía conservando el español que había aprendido en su estancia en Baleares y Canarias, aunque con un fuerte acento.

—Buenos días. Sabrina me ha hablado de usted.

—Antes de nada, me gustaría que me diera su número de teléfono, si no le importa. No confío en que ella esté en condiciones de atenderme o de que me vuelva a contestar al teléfono, y yo necesito saber qué está pasando. ¿Usted está más disponible?

—Sí, desde luego.

Teo le proporcionó el número y siguió:

—Sabrina tiene un problema grave, señor Eger.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Soy experto en la materia.

—¿Es usted sacerdote?

—No. Soy psicólogo clínico —aseveró, y Klaus sostuvo el silencio por unos instantes, sopesándolo—. Además, he participado como ayudante en muchos casos de este tipo y...

—¿Qué es lo que tiene Sabrina?

—Una posesión, me temo.

La noticia cayó como una bomba, y el hombre dejó emitir un suspiro por el teléfono. Después de un rato le preguntó:

—¿Puedo ir a verles?

—¿Venir aquí? ¿Desde Alemania?

—Sí, claro. Si no recuerdo mal, hay vuelos todos los días.

—Ya... pero... no creo que sea conveniente —Sabrina negaba con la cabeza, y comenzó a decir algo en alemán, que sin duda oyó el interlocutor de Teo—. Es muy peligroso que alguien que no esté lo suficientemente preparado...

—Señor, soy pastor de almas al servicio de Jesucristo, y estoy lo suficientemente preparado.

—Desde luego —reconoció, aunque sin convencimiento.

—¿Cuándo va a tener lugar el exorcismo?

—No lo sé. El sacerdote con el que trabajo ha tenido un accidente, y todavía no sé cuándo vendrá.

—Está bien. Le llamaré regularmente —desistió de momento en la idea de marchar, ante la oposición de Sabrina—. En cualquier caso, si tiene alguna novedad, o si necesita cualquier cosa, llámeme.

—Así lo haré. Estoy a su disposición.

Vade retro

Teo no lo quiso decir, pero el problema que tenía con Sabrina era que le gustaba. Cuando era ella, se moría de ganas de besarla y de abrazarla, y tenía la sensación de que ella también lo deseaba. Como psicólogo, comprendió enseguida que era de ese tipo de mujeres que desarrollan dependencia emocional, y que enseguida se aferran a un hombre que reúna unas mínimas condiciones. La historia de sus innumerables romances y fracasos, que ya le había contado, así lo atestiguaba.

Pero él no quería ir más allá, de momento. No se atrevía, no fuera a ser que en ese instante dejara de ser ella. Si el diablo fue capaz de tentarle de esa manera la primera noche que estuvo allí, a buen seguro que lo volvería a intentar, como así fue.

Sabrina alternaba momentos en los que se encontraba francamente mal con otros en los que las molestias eran tolerables. En esas situaciones aprovechaba para conversar, pues hablando con Teo se encontraba mejor; la cuestión era tener la cabeza distraída. Se entretenían hablando de temas variados, y cómo no, también de religión.

—¿Por qué, Teo? ¿Por qué tengo yo que tener este mal? Yo soy cristiana. ¿Por qué Dios consiente esto?

—Precisamente por eso. Los diablos no molestan a los que ya son suyos. Ya los tendrán a su disposición cuando mueran.

—Pues vaya consuelo.

—Alégrate de que, gracias a esto, se te dé la oportunidad de salvarte. Alguien te quiere bien ahí arriba y se preocupa por ti.

—Mi padre es.

—Desde luego, porque quien antes te hablaba no era tu madre ni tu tía, si no el demonio o demonios que ahora tienes.

—Y, ¿cómo sabían las cosas de mi madre? ¿Cómo sabían algo que solo sabemos ella y yo?

—Es lo que te dije. Ellos están aquí, en el mundo, contemplando nuestras vidas. Pero no pueden hacernos nada si no les invitamos.

—Yo no he invitado a nadie.

—Te pusiste en manos de esa mujer voluntariamente, y el diablo te engañó. Eso es tan viejo como el mundo, Sabrina. ¿Recuerdas el jardín del Edén?

—Sí, la historia de Eva y la serpiente.

—Eso es. El diablo engaña a las personas constantemente, alejándolas de Dios. Hasta entonces, solo estaban a las puertas, sin permiso para entrar. Pero el pecado mueve el cerrojo y el ponerte en manos de un adivino ha hecho que les abras la puerta.

—Pero, ¿qué pecado?

—Eso yo no lo puedo saber. Solo lo sabes tú. Pero vulneraste el primer mandamiento, al confiar en otras fuerzas que no son las de Dios.

—Yo no lo sabía.

—¿El qué no sabías?

—Que por ir a ver a esa mujer estaba vulnerando eso.

—Confiaste en sus supuestos «poderes», y no en los de Dios. ¿Es que no notaste nada? ¿No te diste cuenta de que todo era un fraude?

—Sí, no me gustó esa persona y me sentí muy mal cuando estuve allí. Empecé a sospechar cuando me preguntó por el horóscopo.

—Ahí debiste marcharte enseguida, desde luego. Aunque solo fuera para que no te timaran. Todos son farsantes, aunque no todos son necesariamente peligrosos; se aprovechan de la ingenuidad de la gente. Pero claro, así somos los humanos. Estamos diseñados para creer en lo sobrenatural.

Sabrina afirmó con la cabeza y él siguió:

—El hombre está diseñado para eso, para creer en algo, y en el momento en el que el diablo nos engaña y nos dice que Dios no existe, llenamos ese vacío que ha dejado el Creador con estupideces de las más variopintas. Los horóscopos, el Reiki, las energías con “E” mayúscula en las que tú creías... Todo eso son estrategias del Maligno para incumplir el primer mandamiento y caer en la idolatría. Es decir, para que adoremos a falsos dioses, y por esa vía apartar a la gente de Dios. Ya lo decía Chesterton a principios del siglo XX: *«ahora que la gente ya no cree en Dios, no es que no crean en nada, es que creen en cualquier cosa»*.

—Pero, ¡yo ya soy cristiana! ¿Por qué me sigue ocurriendo esto?

—Tener fe ayuda, desde luego, pero quizás no sea suficiente. Es como un enfermo que no se cuidó la salud y viene la enfermedad. Los tratamientos son luego costosos y dolorosos. Y lo peor es que ya has pasado el punto de no retorno. Ya no hay vuelta atrás, en la situación en la que te encuentras. Me refiero —aclaró, al ver la cara que ponía la chica—, a que no podemos hacerlo solos sin ayuda. Los rezos, las invocaciones... todo eso que te hicieron en Alemania está muy bien, pero no es suficiente. Es como intentar combatir una neumonía con hierbas. ¿Puede funcionar? Es posible, pero lo mejor sería utilizar un antibiótico. ¿Me comprendes? Con eso tienes la certeza de la curación.

—Teo, de verdad, que no me acabo de hacer a la idea de que lo que me pasa es eso. ¿Estás completamente seguro?

—Después de todo lo que me has contado, no albergo la menor duda. Lo he podido comprobar por mí mismo: los ojos en blanco, el no recordar nada después de salir del trance... son signos inequívocos, me temo...

Teo se interrumpió. La chica puso cara de horror, una vez más. Se colocó las manos sobre la cara y comenzó a llorar desconsoladamente, tumbándose sobre la cama.

—Oh, vamos, no llores. ¡Ya te dije que esto tiene arreglo! —exclamó, suavemente. ¿Por qué no confías en mí? ¿Por qué no confías en Dios?

—¡Oh, Teo! ¡Qué desgraciada soy! —se incorporó, y le abrazó, y él le correspondió el abrazo, frotándole suavemente la espalda. Ella llevaba puesto un pijama que había sido de su mujer, una especie de camión de raso que le estaba más bien pequeño.

Pero al poco, el abrazo se transformó en algo más. El llanto cesó y ahora Sabrina frotaba sus mejillas con las mejillas del hombre, y cuando este se dio cuenta estaba besando sus labios y abriendo su boca.

Teo se puso en guardia. La cara de la chica no mostraba el signo del trance, pero sus ojos permanecían cerrados y aquel rostro manifestaba deseo sin la menor de las dudas. Entonces él le acarició la cara, y con el dedo pulgar le intentó levantar un párpado... para comprobar una vez más que los ojos estaban en blanco.

Entonces se separó bruscamente y el diablo se dio cuenta de que no había conseguido engañarle. Entonces hizo que Sabrina se despojara rápidamente de aquel pequeño camión, y una vez desnuda se acercó a él y le dijo:

—Vamos Teo... sé que lo estás deseando... ¿Por qué no utilizas este cuerpo, como tantas veces has soñado? —la voz no era desagradable, aunque tampoco era la voz de Sabrina. Era una suave voz de mujer, sugerente, sensual... El diablo se abrió de piernas y entonces el hombre exclamó:

—¡*Vade retro*, Satanás! ¡*Vade retro*!

Pero la bestia no se amilanó. Por el contrario, arrinconó a Teo contra la pared y se comenzó a restregar contra él, mientras el hombre trataba de quitárselo de encima. Eso enfureció si cabe más al demonio quién rugió:

—¡Fóllame, cabrón! —gritó, esta vez con una voz no tan dulce—. ¡Fóllame de una maldita vez!

Por un instante, solo por un pequeño instante, Teo estuvo a punto de sucumbir. Sobre todo, cuando Sabrina abrió los ojos, y le mostró su color. Ella seguía en trance, por supuesto, pero el diablo se las había ingeniado para que no lo pareciera. Aun así, aquellos ojos eran fríos y distantes, como si la chica fuera una marioneta, pues es lo que era. Pero el demonio estaba empleando todas sus tácticas y ejercía sobre el hombre un influjo, una fuerza magnética de la que le era muy difícil zafarse. En parte por miedo, en parte por deseo, por un instante se imaginó a sí mismo claudicando y obedeciendo a aquella fuerza sobrenatural. Ese cuerpo desnudo y apetecible, la mujer de sus sueños estaba junto a él deseando hacer el amor...

—¡Nooo! —gritó, saliendo por fin de su ensimismamiento, y empujando violentamente al diablo.

—Vamos, Teo, ¿por qué no? —el demonio había captado su deseo y ahora no se mostraba violento—. Solo serán unos minutos... Dios no te puede castigar por unos momentos de debilidad. ¿Es que no lo deseas? —la voz era otra vez la de antes, sugerente y sensual, incluso demasiado. El diablo se acercó de nuevo atrayéndole hacia sí, mientras le agarraba la cabeza con las dos manos con la intención de hundírsela entre los pechos de Sabrina.

Pero, con un esfuerzo sobrehumano, haciendo frente a una tentación casi, casi invencible, sacó fuerzas de flaqueza y apartó de nuevo a la bestia, empujándola fuertemente.

—¡*Vade retro*, Satanás! ¡Apártate de mí! —repitió.

—Maldito bastardo... —rugió aquel ser inmundo, mientras recuperaba el equilibrio y se volvía a acercar. Ahora era una voz gutural y horrible la que usaba:

—Está bien —susurró, de forma grotesca—. Tú no quieres follarme a mí, pero entonces yo me follaré a tus hijas. ¡Tú decides!

El miedo le invadió y un sentimiento de terror se apoderó de él. Jamás se había visto en una tesitura semejante, y su corazón empezó a latirle fuertemente. Aquella bestia podía hacer cualquier cosa, incluso matarle allí mismo, al no ver satisfechas sus pretensiones.

Por no hablar de las amenazas que había proferido. Podría poseer a cualquier hombre en el futuro y atacar a sus hijas.

—Si lo haces conmigo —siguió—, yo te prometo que ellas se verán libres durante toda su vida. Solo serán unos minutos... y después me iré para siempre. ¿Qué me dices?

Teo volvió a dudar, y el diablo se lo notó.

—Vamos, hombre —dijo con la voz de mujer—. El precio no es alto. Casi que es un favor que te hago... Venga... lo estás deseando... —se acercó, y comenzó a besarle de nuevo.

Pero él estaba totalmente paralizado. Ya no era tentación lo que sentía, sino miedo. Un miedo profundo, pues no en vano tenía al diablo delante. Ya no experimentaba ningún tipo de deseo sexual, sino que era el terror lo que le impedía reaccionar. El terror de que sus hijas se vieran asaltadas por esa bestia en el futuro, sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Esas eran las dudas que tenía: sucumbir para salvar a sus hijas, o bien...

O bien luchar y confiar en Dios.

Entonces se decidió y no claudicó ante el chantaje. El diablo no era precisamente famoso por cumplir sus promesas, y este notó claramente cómo Teo se determinaba a rechazarle. Pero antes de que el hombre pudiera siquiera zafarse de él, le mordió en el cuello y casi se lleva un pedazo de piel en los dientes. A continuación, comenzó a golpearle bruscamente sin que Teo fuera capaz de detener el aluvión de puñetazos y bofetadas que estaba recibiendo, por más que intentaba controlar los brazos de Sabrina. Por el contrario, se agazapó en el suelo, cubriéndose como pudo la cabeza, mientras las patadas se sumaban a los guantazos.

Viéndolo todo perdido, echó mano de algo que nunca le había fallado, y comenzó a decir en alto, mirando hacia arriba, y mientras se tocaba el escapulario de la Virgen del Carmen que siempre llevaba en el cuello:

—María, madre mía... ¡Ayúdame! ¡Ven en mi auxilio y sálvame de este demonio! ¡Sálvanos mí y a Sabrina!

Esa fue la llave que abrió la puerta. El remedio que desatascó la situación.

—¡No me nombres a esa...! ¡No me la nombres! —masculló el diablo, y entonces se retiró de él. Retrocedió hacia atrás y llegó hasta la cama otra vez, donde, tras unos segundos en los que profirió un agudo aullido, finalmente devolvió el control a la chica, quien se desplomó sobre la misma, quedándose dormida.

Por la expresión del rostro, Teo dedujo que se había ocultado otra vez, y ni siquiera se molestó en abrirle los párpados. Nombrar a la Virgen había sido todo un acierto, y ya sabía en el futuro por dónde atacarle. Simplemente se limitó a arropar a Sabrina, y se arrodilló a los pies de la cama iniciando una serie de rezos marianos de agradecimiento, y también de súplica.

Burundanga

No tardó mucho en despertarse, como siempre que se dormía. Llevaba meses sin poder dormir una hora seguida, y aquella vez no fue una excepción.

Estaba en ese estado de semi-consciencia, en algo parecido a lo que se llama popularmente el «duermevela»; el estado en el que se pasaba la mayor parte de las noches y las mañanas por la dichosa falta de sueño, soñando las cosas más dispares, las más atroces pesadillas.

Pero ahora, estaba consciente.

Sí, casi sin fuerzas, pero plenamente lúcida. Era consciente de que estaba en la cama de Victoria... y de que estaba desnuda.

Estaba desnuda y recordaba claramente que llevaba puesto un camisón cuando se acostó. «¿He vuelto a entrar en trance, otra vez?», se preguntó. Desde luego, tenía que ser eso, se dijo, como ya había ocurrido cuando intentó suicidarse, y también la primera noche, cuando teóricamente el diablo intentó acostarse con Teo. Pero por una extraña razón, a pesar de todas las evidencias, albergaba dudas.

Y entonces comenzó a hacer inventario de todo lo que había sucedido en las últimas horas, para intentar averiguar qué es lo que había pasado.

Efectivamente, todo había comenzado cuando Teo le dijo: «¿Estás bien, Sabrina?». Aquellas palabras fueron el comienzo del fin de la pesadilla en la que se encontraba en ese momento, que sin embargo no cesó del todo hasta que él se levantó y se puso a su lado, sacudiéndole por los brazos para que se despertara.

Una vez despierta, le trajo un vaso de leche y se sentó junto a ella en la silla de al lado de la cama. Después comenzaron a charlar, y charlar... hasta que le mencionó aquella comparación entre las hierbas y los antibióticos, que recordaba claramente. Poco después se puso a llorar... y a partir de ahí, ya no recordaba nada más.

—Te echó *burundanga* en la leche, Sabrina —dijo Annika.

—Y después abusó de ti —añadió Klaudia.

—Y lo mismo hizo la otra vez —siguió la madre—. ¿Es que no te das cuenta, hija? Este hombre te está engañando con ese rollo de la posesión. La primera vez te llevó a su cama y allí te violó. Eso sí, tuvo buen cuidado de no dejar huellas.

—No... Teo no...

—¡Es todo un cuento, Sabrina! No va a venir ningún exorcista, ya te lo digo yo. Él está intentando alargar esto todo lo que pueda para abusar de ti sin ningún pudor.

—Y tú lo consientes —dijo la tía.

—Y, si es que viene alguien, da por seguro que te van a violar los dos. ¿Es que no sabes de lo que es capaz esa droga?

—¡Teo no es así! —se defendió la chica.

—Teo es igual que todos los hombres, hija. Igual que Klaus, igual que todos los cerdos que te violaban de forma consentida en aquella isla. ¿Es que no te acuerdas? ¿Es que no te das cuenta?

—No... Teo no... —murmuró.

—Vamos a ver, piensa un poco, Sabrina. Piensa con ese don que tienes. ¿Teo te desea? ¿Sí, o no? ¡Piensa!

—Sí —dijo, tras unos segundos. Ahora estaba totalmente despierta, y se incorporó ligeramente para mirar a la cama que había al otro lado de la habitación, es decir, a la de Teo. Pero él no estaba allí.

—¡Tienes que irte de esta casa inmediatamente, hija!

—¿Irme?

—¡Pues claro!

—Pero... no tengo a donde ir... —le invadió una tristeza enorme—. Podría hablar con Klaus... él parece que quiere disculparse...

—¿Estás loca? Ese cerdo te quiere como concubina. ¿Es que no te das cuenta? ¿Es que no sabes cómo es en realidad? ¿Es que no lo conoces... demasiado bien? Su «favorita» es ahora Hilda, y cuando se case con ella, tú serás «su querida».

—Acuérdate de Krystal. ¿La recuerdas? —siguió Klaudia—. Esa era de verdad su preferida en Ibiza, y tú eras la segunda. ¿Recuerdas cuando Klaus se peleó con Wilhelm por ella?

En ese momento se incorporó del todo. ¿Cómo podía saber eso su tía? ¿Cómo podía saber ella algo que ni siquiera sabía su madre? Sabrina jamás había dado detalles a sus padres de lo que pasaba en aquella comuna, y menos revelar el nombre de nadie...

Entonces recordó las palabras de Teo: *«ellos se pasan el día contemplando nuestras vidas, y saben tantas cosas nuestras como nosotros mismos»*.

—A Múnich no puedes volver, hija. Vete a cualquier sitio, menos allí.

—¡Salid de mi vida! ¡Malditos demonios! —bramó— ¡Salid de mi vida! —gritó, y se levantó de prisa, abriendo la puerta de la habitación para meterse en el baño.

Los dos demonios habían sido descubiertos, y de repente enmudecieron.

Sabrina se contempló en el espejo y descubrió el despojo humano que era. Las ojeras violáceas, la cara demacrada... Observó su cuerpo desnudo a través del espejo y vio que sin embargo seguía siendo bello y apetecible para cualquier hombre. Por tanto, lo que decían de Teo en el sentido de que se estaba aprovechando de ella... ¿podría ser cierto? No le venía ninguna intuición sobre eso, y tenía claro que él se sentía atraído por ella...

Recordó la primera vez que ocurrió aquella supuesta violación, la de la primera noche... y entonces se dio cuenta de que era otro engaño. Efectivamente, la última vez que miró aquel reloj luminoso de la mesita de noche eran pasadas las dos y media de la madrugada, y cuando se despertó desnuda en la habitación de Teo todavía no habían dado las tres. Lo recordaba bien, pues el reloj del salón sonó tres veces al rato de producirse aquello. No. La *burundanga* no tiene un efecto tan corto, pensó, y era cierto. Las chicas drogadas con esa sustancia no recuerdan nada de lo que ha pasado durante horas, y no solo en unos minutos. Y eso cuando lo hacen, ya que, en muchos casos, durante el tiempo transcurrido bajo sus efectos, no se pierde la consciencia del todo.

Entonces se fue a colocar un albornoz que había en una percha al lado de la ducha para salir y contárselo todo a Teo, pero en ese momento vio dos sombras detrás de ella a través

del espejo. Se quedó paralizada y observó mejor, sin que pudiera ahora ver nada más. Miró hacia atrás con miedo, y no vio nada. Habrían sido imaginaciones suyas, sin duda... pero entonces... Entonces volvió la cantinela... otra vez.

«La comba, la comba, saltamos a la comba, saltamos y saltamos, la comba, la comba...».

Sabrina se tapó los oídos, pero era en vano. La canción sonaba a todo volumen en su interior, cantada de forma chirriante por su madre y su tía, y de forma ininterrumpida. Entonces comenzó a gritar y a gritar, a llamar a Teo... pero ya no era ella. Ella estaba en un nivel superior, viendo la escena desde arriba, y entonces se contempló a sí misma echando el pestillo de la puerta para que el hombre no pudiera pasar.

A continuación, dos figuras oscuras de aspecto humanoide con los rostros cadavéricos de Klaudia y de Annika le agarraron de los brazos y la estamparon contra la pared, donde su cabeza se golpeó violentamente. Después intentaron ahogarla en el lavabo, sujetando su cabeza firmemente mientras este se llenaba del agua que caía de un grifo que ella misma abrió.

En el forcejeo, Sabrina se golpeó la nuca contra el grifo del sanitario y profirió un agudo grito de dolor, mientras su nariz y su boca ya no podía respirar aire, sino que se llenaban de agua.

Ella lo contemplaba todo desde arriba, sin poder hacer nada con su cuerpo dominado por aquellas dos fuerzas. Igual que contemplaba que Teo estaba al otro lado de la puerta golpeando sin parar:

—¡Sabrina! ¡Sabrina!

El hombre solo oía los gritos y la angustia de la chica, y entonces no lo pensó más y dio una patada contra la puerta en la zona de la cerradura. Pero la puerta no se abrió. Entonces se fue hacia atrás, y con todo el peso de su cuerpo por fin la derribó, empotrándose contra la mampara de la ducha.

Allí pudo contemplar a Sabrina, que tenía la cabeza sumergida en el agua, mientras apoyaba sus dos manos en los laterales del lavabo. Enseguida intentó elevarle la cabeza, pero la chica parecía tener tal empeño en mantenerla en esa posición, que le era imposible levantarla, a pesar de que sus gemidos de angustia eran cada vez mayores.

—Virgen bendita, ¡ayúdame! —rogó, y en ese momento las fuerzas cedieron un tanto y consiguió moverla hacia atrás, aunque seguía sumergida—. ¡Ayúdame! —volvió a gritar, y entonces, con un esfuerzo titánico, la sacó de aquel lavabo mientras ella abría los ojos y daba una gran bocanada de aire.

Sabrina volvía a tener control de su cuerpo y se desplomaba ahora en el suelo sin parar de toser y de expulsar agua, mientras Teo la cubría con el albornoz que no se había llegado a poner.

Por fin, tras un rato más de toser y vomitar agua, recuperó el aliento y comenzó a serenarse.

Se sujetaba el albornoz con una mano y el pecho con la otra, pues le dolía una barbaridad. Una vez que recuperó un tanto el resuello, le dijo:

—No me dejes sola nunca más, Teo.

—No te dejaré sola, Sabrina. No te preocupes por eso.

—Hasta que no me vea libre de estos demonios, te ruego que estés conmigo en cualquier habitación en la que me encuentre.

—¿Incluso aquí, en el baño?

—Incluso aquí. Me va la vida en ello.

Jorge y Vicky

—A ver, Vicky, no es que me moleste que tu hermana esté en nuestra casa, pero... ¿No crees que debería colaborar un poco más?

—Sí, debería.

—Y, ¿por qué no la reprendes?

—Porque no tengo ganas de discutir con ella —dijo, molesta—. Sí, ya sé que no colabora en nada, que tiene su habitación perdida, que deja las cosas por ahí... Pero qué quieres que te diga... No creo que sea bueno para el bebé que yo me irrite.

—Ya, pero...

—Solo serán unos días más, Jorge. Hasta que venga el padre Cándido y liberen a esa chica.

El marido volvió la cabeza con un gesto ligeramente despectivo, se metió las manos en los bolsillos y se puso a mirar por la ventana del salón, hacia la calle. Acababa de amanecer y ellos terminaban de desayunar.

—Mira, Vicky, yo creo en Dios, como todo buen cristiano, y creo también que existe el diablo. Pero no estoy tan seguro de que posea a la gente o de que perturbe a las personas, como vosotros pensáis que lo hace. Yo creo que todo eso son perturbaciones mentales, valga la redundancia, de la gente afectada. Nada más.

—Pues créetelo porque es cierto.

—Mira, esos pobres diablos —nunca mejor dicho—, hacen un «teatrillo» fingiendo que están poseídos, que otro ser habla por ellos y todo eso, pero no hay tal cosa. Son ellos mismos, que están «zumbados».

—No. Mi padre es psicólogo clínico, y entiende de estados mentales. Sabe diagnosticar una esquizofrenia, una neurosis, una psicosis, un trastorno bipolar o disociativo... y en los casos en los que ha actuado, eso ha sido descartado.

—Pues yo creo que toda esa gente no tiene otra cosa más que delirios o alucinaciones. Eso es lo que tienen cuando ven sombras, cuando oyen o huelen cosas raras... La mente es algo muy complejo, y yo creo que los médicos o los psicólogos no lo saben todo.

Victoria terminó de quitar la mesa, mientras su marido seguía mirando por la ventana. Mari Carmen aún no había venido a desayunar, y como siempre, ni siquiera había avisado ni del retraso, ni de si iba a llegar en algún momento.

—Mi padre ha visto cosas que no se explican, Jorge. Ha visto pronunciar en labios de desconocidos cosas que solo sabe él.

—Se las habrá imaginado. En un ambiente como ese, con un cura diciendo oraciones en latín, cualquiera se imagina... de todo.

—Y el padre Cándido, que ha hecho cientos de exorcismos, ha visto en alguna ocasión hasta levitar a los posesos, o suspenderse las leyes de la física.

—Pues se lo habrá imaginado también. Además —siguió—, si los demonios tienen esa fuerza sobrehumana que tú dices, ¿por qué el diablo que tiene esa chica no le destroza? Están los dos solos en su casa, ¿no?

—Solo pueden actuar en la medida en que Dios se lo permite. En este caso, está claro que ese privilegio se lo han negado. Él está sufriendo mucho con ella, la está vigilando noche y día, e incluso le ha llegado a pegar y arañar, pero ahí queda todo.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué Dios tiene que permitir todo eso? ¿No podría negarle a los diablos la potestad de afectar a las personas?

—Eso sería tanto como impedir que unas personas hicieran daño a otras. Tanto a nosotros como a los ángeles nos creó libres, para lo bueno y para lo malo. Él podría, claro está, evitar todo eso. Pero entonces la gente no sería libre. Libre para hacer el mal, o para hacer el bien, pero ahí radica la grandeza de la libertad humana. Porque si es malo hacer el mal de forma voluntaria, se suple con la grandeza de hacer el bien de la misma forma. No somos robots que obedecemos a una programación, o animales que obedecen a un instinto. ¿De qué te valdría, por ejemplo, que yo te amara de forma forzada? ¿Sería amor verdadero? ¡Claro que no! ¿No es mejor amar libremente?

—Eso mismo lo diría tu padre, Vicky. Está claro que te ha adoctrinado bien.

—Mi padre y yo no nos parecemos en casi nada, ya lo sabes. Además, él no habla así, a pesar de todo lo que estudia.

—No me terminas de convencer, de verdad. Me gustaría ver por mí mismo todas esas cosas para persuadirme de que esos diablos existen... bueno que existen ya lo creo, pero que actúan en el mundo y en las personas...

—Yo solo te puedo decir lo que le pasó a mi hermana. Ella sufrió una influencia demoníaca que solo se curó con las oraciones que hicimos todos los miembros de mi familia, junto con el padre Cándido.

—Pero, eso, ¿cómo le ocurrió? Quiero decir, ¿le vino así, por las buenas?

—Ya te lo conté. Mi padre participó en un exorcismo, y el diablo con el que se encontraron le amenazó con hacernos daño a ella o a mí. Él no nos lo contó para no sugestionarnos, pero a los pocos días Mari Carmen comenzó a sufrir fuertes dolores de espalda. Creímos que era escoliosis, o alguna contractura, pero las radiografías no mostraban nada, y con el tiempo tampoco remitía. Hasta que mi padre ató cabos y llamó al padre Cándido. Entonces hicimos varias sesiones de...

—Exorcismos —interrumpió Jorge.

—No hizo falta. El exorcismo solo es necesario cuando hay una posesión. En el caso de mi hermana solo era una influencia, no tenía ningún demonio dentro. Se hizo lo que se llama la oración de liberación, y en poco tiempo remitió por completo.

—¿No sería casualidad, Vicky?

—Es mucha coincidencia, ¿no te parece? Mi hermana no hizo ningún movimiento extraño, ningún esfuerzo, no tuvo ningún accidente... Siempre tuvo la espalda súper-recta...

—Vale, y ¿por qué la atacó a ella en lugar de a ti? ¿Fue casualidad?

—No lo creo. En estos asuntos las casualidades no existen. Yo tengo una vida espiritual activa; me confieso cuando cometo algún pecado, voy todos los domingos a misa, comulgo... Algo que ella no hace. Es más rebelde que yo, ya lo sabes. Volvió a hacerlo cuando le pasó aquello, pero ahora... ya se está descuidando, otra vez. Por si fuera poco,

tiene unas compañías que, no sé... no sé lo que hace cuando se va por ahí con esa pandilla. Pero me temo lo peor.

—Lo peor...

—Que tenga relaciones sexuales, Jorge, pareces tonto...

—¿Y por eso van a afectarle los demonios? Pues anda que, si fuera así, casi todo el mundo estaría poseído. Al menos el 99% de los jóvenes, salvo los que han ido vírgenes al matrimonio, como tú.

—Vamos a ver, que una persona peque, no quiere decir que automáticamente le vaya a afectar un demonio. Pero es tener una puerta abierta. Tú puedes dejar tu casa sin echar la llave cuando te vas de vacaciones, y no tiene porqué pasar nada. Pero el riesgo está ahí, lógicamente.

—Ya, y más cuando alguien de los que viven contigo trata con los ladrones. Por eso tu padre lo dejó, ¿verdad?

—Sí, por eso fue. Desde que le pasó eso a Mari Carmen no volvió a participar en exorcismos.

—Y por eso teme que, si se acerca por su casa, el diablo la ataque.

—Eso es.

—Pero, igual que le pasó la otra vez, ¿no podría ahora ocurrir lo mismo? Me refiero, no sería necesario que ella estuviera allí físicamente ¿verdad?

—Sí, claro, pero si está allí, pues es un riesgo añadido. Ten en cuenta que los diablos, los ángeles caídos, no son todopoderosos. Tienen más habilidades que las personas, pero son criaturas como nosotros, y sus capacidades son limitadas. Y también hay jerarquías. Unos son más poderosos que otros. En cierto modo son como los humanos, es decir, un ladrón no sabe que una casa a cien kilómetros tiene la puerta abierta a no ser que pase cerca, o que otro ladrón se lo diga. Por tanto, si mi hermana estuviera allí físicamente, el diablo podría fijarse en ella, podría atacarla directamente, pues ella es vulnerable.

—Y tu padre y tú no lo sois...

—Todos lo somos, pero ella lo es más. Es lo que tiene alejarse de Dios. Si tú no quieres saber nada de Él, luego no esperes que venga en tu ayuda cuando te acosen los demonios.

—¿Por qué no?

—Porque Dios no es un talismán o un amuleto. Las personas alejadas, en el fondo no desean estar con Dios, y le han negado el camino a sus vidas. Él no puede hacer nada, pues el hombre es soberano. No puede forzar a nadie a recibir su gracia ni su ayuda. Si se volvieran a él, estaría encantado de proporcionarles toda la ayuda necesaria. Pero solo acudirá si hay un arrepentimiento sincero por los pecados cometidos que han abierto la puerta a esa situación, y un propósito de enmienda desde el corazón, y que se tiene que materializar físicamente acudiendo a los sacramentos. La confesión, la eucaristía, la...

—De verdad Vicky, qué pena que no dejen a las mujeres ejercer el sacerdocio... Tú valdrías para eso más que muchos hombres. ¿De verdad que no pensaste en meterte a monja?

—Sí que lo pensé.

—Y ¿por qué no lo hiciste?

—Pues porque apareció en mi vida un tipo alto con ojos azules que se llamaba Jorge, y que quería acostarse conmigo. Y como a mí también me apetecía, pues cambié de opinión y me casé con él. La verdad es que fue todo un acierto.

Los dos se besaron y fue en ese momento cuando sonó el timbre. Mari Carmen acababa de llegar.

Rebelde

—¿De dónde vienes?

La muchacha venía con ojeras y cara de pocos amigos a esas horas de la mañana. Llevaba puestas unas ajustadas mallas de color negro y un top «de leopardo» que dejaba ver casi todo el pecho. Tan solo una cazadora de cuero ocultaba esa parte de su anatomía. Se limitó a mirar a su hermana con desdén y se encaminó hacia su habitación.

—Te he preguntado qué de dónde vienes —repitió Victoria.

—Y, ¿a ti qué te importa!

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. Tú no eres mi madre. No tengo por qué darte explicaciones.

La mujer miraba a la chica sopesando cuál iba a ser su respuesta. En otros tiempos le hubieran dado un bofetón a «la niña», por insolente, pero esa época había pasado, y optó por una reacción más comedida.

—¿No te da vergüenza, vestir de esa manera? ¿Es que no tienes frío?

—No, si quieres me visto de monja, como tú vas siempre.

—Yo no visto de monja. Simplemente no voy marcando las tetas, *como tú vas siempre*.

—Mira, no tengo ni ganas ni cuerpo para estar aguantando estas tonterías. Estoy muy cansada y me quiero acostar —se dio la vuelta para ir hacia su habitación.

—Pues todavía te queda un rato más de «aguantar tonterías», ¿me oyes? —la increpó, agarrándola de un brazo.

—¡Suéltame! —se sacudió, con un gesto despectivo—. ¡Tú no eres mi madre! ¿Me has oído? ¡Tú no eres mi madre!

—Oye, Mari... —intervino Jorge, que se había mantenido hasta entonces en un discreto segundo plano—. No puedes hablar a tu hermana de esa manera, ¿sabes? —el hombre intentaba echar un capote a su mujer.

—¡Tú cállate! No te metas donde no te llaman —le dijo su cuñada.

Eso era lo que pretendía evitar. No quería acercarse demasiado, pues saltaban chispas entre las dos mujeres, y temía recibir alguna. Aun así, siguió:

—Estás en mi casa, y aquí hay unas normas, Mari.

—¿Ah sí? Pues me voy. Me voy a la mía. Allí soy yo quien pone las normas —abrió la habitación y tomó una bolsa con el propósito de meter allí su ropa. Pero la hermana la detuvo.

—Allí no te puedes ir.

—¿Por qué no?

—Lo sabes de sobra. No puedes ir por el momento.

—¿Sabes qué? No me creo nada de todas esas chorradas sobre las posesiones.

—Entonces, ¿qué fue lo que te paso a ti?

—Algo puramente psicológico. Era una cría, pero ya he madurado.

—Bueno, pues si no te lo crees, hazlo aunque sea por papá —los ojos de Victoria ya no eran tan duros, y lo que dijo fue casi una súplica. Mari Carmen se ablandó:

—Por él lo hago, sí. Porque si no fuera por él... me iría de esta casa ahora mismo —sentenció, y a continuación, cerró con un sonoro portazo. La puerta se quedó a escasos centímetros de la nariz de su hermana.

Victoria miró a su marido, quién le dirigió una mirada de complicidad. Tras unos segundos de silencio, en los que se oyó como la chica abría unos cajones, la mujer tocó con los nudillos. La respuesta no pudo ser más iracunda:

—¡Qué coño quieres ahora! —se oyó desde dentro.

—¿Te vas a venir con nosotros a misa de doce? ¿Quieres que te llame?

La chica miró el reloj de su teléfono móvil. Faltaban escasas horas para eso. Se limitó a esbozar una sonrisa irónica y masculló:

—Para ir a misa estoy yo ahora...

El sustituto

—¿De verdad que no me puede pasar con él?

—No caballero, ya se lo he dicho. En las habitaciones no hay teléfono.

—¿Y no le puede alguien prestar uno?

—Venga a verle al hospital. El horario de visitas es...

—No señorita, no me puedo desplazar de mi domicilio.

Teo había seguido intentando hablar con el padre Cándido, pero todo se torcía.

—De verdad que es un caso muy importante. Si usted pudiera... permíteme el atrevimiento. Con su propio teléfono...

—Yo ahora estoy trabajando. No puedo abandonar el mostrador de Recepción, para ir a ver a un paciente.

—Pero... ¿ni un solo instante?

La mujer suspiró. Desde luego, eso no era un caso usual, pues nadie le pedía una cosa así. Si el paciente no tenía teléfono, o lo había extraviado, los familiares solían pasarse por el hospital y no solicitaban a la recepcionista que les prestara su celular.

—Está bien. Hablaré con el médico que le atiende, y le contaré su caso. Si se le puede visitar, esta tarde le llamaré.

—Dios se lo pague.

Unas horas después sonó el teléfono, y Teo acudió raudo a descolgar.

—¡Padre! ¡Qué alegría! ¿Cómo se encuentra?

—Fastidiado —replicó—. Oye, no creas que me he olvidado de ti. Mi teléfono se debió quedar en el coche y no me lo han traído.

—No se preocupe.

—Verás, han venido a verme un par de compañeros, que estaban conmigo en ese dichoso automóvil. Los peor parados fuimos el conductor y yo, pero ellos dos iban atrás y no han quedado tan mal. En fin, para no aburrirte con los detalles, les he contado lo que te pasa con esa chica, y uno de ellos está dispuesto a ayudarte.

—¿A ayudarme? ¿No puede venir usted? ¿Cuándo le dan el alta?

—No creo que tarden mucho, pero en mi estado, no estoy como para luchar contra las fuerzas infernales, me temo.

—Comprendo.

—Se trata de David. Ya le conoces, ¿no? Es un poco joven, pero te podrá servir. Acaba de venir de Roma y todavía no lo han asignado a ninguna parroquia.

—¿Un novato?

—Sí, sería su primer caso como oficiante, pero...

—No, por favor... —Teo se desesperaba.

—Venga, hombre, el chico está lo suficientemente preparado. Además, es un erudito. Se sabe de memoria los evangelios.

—Eso no es lo principal, padre. Lo más importante es la santidad, ya lo sabe usted.

—Tiene una fe muy arraigada y muy sincera, mucho mayor que la de alguno de los sacerdotes más mayores. Y una profunda espiritualidad, por cierto. En definitiva, no te preocupes por eso.

—Ya, pero...

—No tienes otra opción, Teo —le advirtió—. Además, el obispo ya ha dado la autorización para ello, creo —calló durante un instante—. Eso sí, no puedes contar con Ramón. Ya sabes que recela de la gente que no conoce.

—Está bien —se resignó, al oír lo del obispo—. Desde luego, mal no le vendrá a Sabrina. Y respecto a Ramón, creo que tengo una solución para eso.

—¿Cuál?

—Pues verá, la chica esta... No le voy a contar de qué la conozco, pues no quiero entretenerle más de la cuenta, y más con un móvil prestado. Bueno, el caso es que ella era pagana hasta hace poco, y creía en supersticiones. Pero ahora se ha hecho luterana, y el pastor de su parroquia quiere participar con nosotros.

—¿Con vosotros? ¿Un protestante? ¿Le has dicho lo arriesgado que es para él?

—Sí, lo sabe.

—Pero, participar, participar...

—Me ha dicho que está dispuesto a ayudar en lo que sea. Puede sustituir a Ramón. Es un hombretón casi tan grande como aquel.

—Sí, desde luego, aunque... ya no está en mis manos. Se lo tendrás que pedir a David. Pero... no creo que se oponga. Cualquier ayuda siempre es bienvenida. Lo malo es que no podrás contar con las oraciones de ese pastor. Ya sabes que los protestantes no se llevan bien con la Virgen.

—Rezaré, padre. Yo creo que rezará.

Apologética

—Teo, no me puedo creer que la Iglesia Católica tenga ese poder. Según Klaus, es corrupta y malvada y está llena de pederastas. No comprendo cómo puede tener más poder que la protestante.

Se encontraban en el salón, charlando animadamente. Desde que Teo estaba con ella en todo lugar, los ataques habían desaparecido, e incluso los dolores parecían ceder al conversar con él. Habían probado a ver la televisión, oír música... Nada era tan efectivo como charlar, pues de esa manera se concentraba en la conversación y no tenía que soportar la invasión de pensamientos y ataques que le hacían sobre su psique. Sobre todo, charlar sobre temas espirituales.

—La Iglesia está formada por hombres, los hombres pecan, ¿qué esperabas? También pecan los protestantes: los luteranos, los que se llaman así mismo evangélicos, los testigos de Jehová... todos sin excepción. Lo que ocurre es que la prensa se ceba más con nosotros que con los demás. Es más... morboso.

—No creo que sea solo por eso.

—El diablo nos odia, Sabrina, porque por medio nuestro se salvan muchas almas. La Iglesia Católica es perseguida... tal y como lo era antes, y desde que se fundó. Antes, se intentaba eliminar físicamente, y ahí están los mártires. Ahora se trata de desprestigiar socialmente, y esa táctica es más efectiva incluso que antes. Lo que no consiguieron las espadas de Diocleciano, lo están consiguiendo las plumas de los periodistas.

—Esos periodistas no cuentan más que la verdad.

—Sí, claro, pero es mucha casualidad que siempre que sale la Iglesia Católica en ciertos medios, es para hablar de algún escándalo. ¿Por qué no mencionan todo el bien que hace la Iglesia?

—¿Cuál es ese bien?

—Que, ¿cuál es ese bien? Claro, lo que no sale en los medios, parece que no existe. Pues sin ir más lejos, los millones de personas que alimenta Cáritas en todo el mundo. Es la primera ONG del mundo en volumen, y con diferencia, y pertenece a la Iglesia Católica.

—Eso es cierto —replicó—. Yo misma tuve que acudir a sus comedores... más de una vez.

—Pero no solo es Cáritas. Un compañero de trabajo fue de turismo a Roma, antes de la Pandemia. Me contaba que eran carísimas las entradas para ver los museos del Vaticano, y me decía: *¿Para qué quieren tanto dinero los curas? ¡Se están forrando, mientras millones de personas pasan hambre!*

—No le falta razón.

—Claro, visto así, concuerda con la imagen periodística de la corrupción y la depravación de los curas, ¿no es así?

Sabrina asintió con la cabeza, y él siguió:

—Pero mira, te voy a contar en qué se gasta ese dinero. Verás, cuando el ISIS, es decir, el Estado Islámico invadió el norte de Irak, allí vivían cristianos. No muchos, pues no deja de ser un país musulmán, pero sí había algunos miles de familias. Vivían de forma honrada y de su trabajo, no se metían con nadie, y les toleraban. Pero cuando llegaron esos

fanáticos, les dieron dos alternativas. O se convertían al islam, o los mataban. Y, ¿sabes qué pasó?

—¿Los mataron?

—No, porque les dieron un plazo, y entonces se largaron. Se largaron dejando allí sus casas, sus tierras, su trabajo... todo. Se fueron a un país vecino, donde se les permitió quedarse, pero claro, allí no tenían nada. No tenían de nada y había que dar cobijo y alimento a miles de personas durante un tiempo indefinido. Se construyeron barracones, se hicieron pozos, se les dio comida... y, ¿sabes de dónde salió ese dinero?

—¿De dónde?

—Pues de las entradas para ver los museos del Vaticano, entre otros sitios. ¿Qué te parece?

La chica puso cara de circunstancia. Él siguió:

—Es solo un ejemplo, Sabrina, pero no hay manera de que la prensa generalista hable de ese tipo de cosas. Solo se mencionan las cosas malas. Y eso hace que la gente tenga mal concepto de nosotros. La gente ha sido mal informada, engañada y confundida. Porque lo cierto es que no hay otra iglesia cristiana más perseguida y odiada que la Iglesia Católica. Seguro que estarás de acuerdo conmigo en eso, ¿verdad? Pero, ¿sabes qué? Eso nos conforta, pues cuanto mayor sea la persecución, mayor será nuestra certeza de que la nuestra es la religión verdadera. Ya lo dijo el Señor: «os perseguirán por mi causa» —creo que es en Mateo 10—. Y el Maligno está detrás, lógicamente, detrás de todo ese engaño, pues lo hace a través de la mentira.

—¿Qué mentira?

—La mentira que me acabas de referir. Que la Iglesia está llena de pederastas.

—Es que es verdad. Todos los casos que han salido ahora a la luz... ¡Han abusado de miles de niños! Todos los curas son malvados y...

—¿Todos los curas? Conozco bien al padre Cándido y te puedo asegurar que es un santo. Un santo gruñón y con mala leche, pero un santo.

—Bueno, quizás él no, pero...

—Mira, Sabrina, pederastas hay en todos los sitios. ¿En la Iglesia? Sin duda. Y sí, somos corruptos y malvados, ¡No te quepa duda! No somos ángeles inmaculados. Pero, ¿sabes qué? Jesucristo murió para salvarnos de eso, cosa que no hizo siquiera con los ángeles. Igual que el padre del hijo pródigo mató al ternero cebado cuando este regresó, algo que nunca hizo con el hijo bueno. ¿Qué te parece?

—No lo sé, Teo, no lo sé... —la chica estaba apabullada—. Me gustaría que hablaras con Klaus. Él es muy experto en esos temas, y quizás te convenza de que estáis equivocados.

—O quizás se convenza él de su error, y el de muchos de los que han rechazado las fuentes de salvación.

—¿Las fuentes de salvación? Entonces, según tú, los protestantes... van al infierno.

—No necesariamente. Lo que les condena no es ser protestantes, es el pecado. El diablo engañó a los Reformadores haciéndoles ver que la confesión y la eucaristía no son necesarias. Y con eso privó a todos sus seguidores de una herramienta inestimable para vencerle. ¡Fue su gran triunfo!

—Un momento, los protestantes nos confesamos y tenemos una eucaristía.

—Una eucaristía sin recibir el Cuerpo de Cristo, no es una eucaristía. Y, hasta donde yo sé, la confesión protestante no es con un sacerdote.

—No, es con Dios directamente. No se necesitan intermediarios.

—Otro engaño del Maligno. ¡Es el Padre de la Mentira! (Juan 8:44) Los hombres se lo han creído, cuando la Biblia lo deja bien claro: «Confesaos los pecados unos a otros» (Santiago 5:16). Pero los protestantes atribuyen otro significado a ese pasaje, como suelen hacer con todo lo que es «incómodo». Como la negación misma del pecado, sin ir más lejos.

—¿A qué te refieres?

—A la justificación solo por la fe. Solo la fe basta para salvarse, y las obras no son necesarias. ¿No es eso lo que proclamáis?

—¡Ah! Eso me lo sé muy bien. Klaus siempre hablaba de esa cuestión. Hay un pasaje en la carta a los Efesios... Creo que es en el capítulo dos.

—Sí, ya sé por dónde vas —Teo tomó su biblia y buscó el pasaje aludido—. *«Habéis sido salvados mediante la fe, y esto no procede de vosotros, sino que es el regalo de Dios. No por las obras, para que nadie se jacte»*.

—Eso es. La salvación viene solo por la fe, no por las obras.

—Yo no veo la palabra «solo» por ninguna parte —insistió—. ¿La fe es necesaria? Sí. ¿Suficiente? No. Es más, hay otro pasaje, creo que en la carta de Santiago, donde sí se emplea la palabra «solo». Espera, que lo busco... sí, aquí: *«una persona se considera justificada por sus obras, y no solo por la fe»*. ¿Qué me dices a eso? Aquí sí que se utiliza la palabra «solo», y no es para mencionar la exclusividad de la fe, precisamente.

—También Klaus tenía una respuesta para eso. Se lo escuché la primera vez que lo oí en su iglesia: la fe es la que produce las buenas obras. Teniendo fe, se harán buenas obras, y si alguien las hace malas, es que no tiene fe.

—Eso es absurdo, Sabrina. Tener fe no exime de no pecar. ¡Es una solemne tontería! Otro retorcimiento de la escritura que hacen los protestantes para acomodarlo a sus intereses, a su comodidad para poder pecar sin remordimientos. Y ya van... En fin, para que te des cuenta, y sin ir más lejos, mira los apóstoles. Pecaron gravemente, Sabrina. Pecaron directamente contra Jesús. Uno le traicionó, otro le negó y de los otros diez, nueve le abandonaron en el momento de su más extrema necesidad. ¿Qué te parece? ¿O es que eso no fueron pecados?

—Quizás no tenían fe.

—¿Cómo? ¿Qué no tenían fe los apóstoles?

—No en ese momento. La fe les vino después, por el Espíritu Santo.

—¿Eso es lo que os cuentan en las reuniones que tenéis? Pero, vamos a ver... —Teo estaba comenzando a exasperarse—. Sabemos que eran unos pobres pescadores y además duros de mollera, pero, no tener fe... ¿después de llevar tantos años con él y haberle visto obrar todo tipo de milagros? Por favor... Tenemos fe nosotros, y no hemos visto nada... ¿cómo no iban a tener ellos fe? ¡Es otro engaño del diablo para conseguir más almas! ¿Es que no te das cuenta? El pecado es lo que pierde a los hombres, Sabrina, y lo triste es que todos pecamos. No podemos vernos libres de esta lacra, aunque Dios, en su misericordia, nos dio una gran herramienta para sanarnos cuando caemos.

—La confesión.

—Eso es. Con la confesión se cierra la herida, y con la Eucaristía se cura.

Consejos de un tío a su sobrino

—Hola David, ¿cuándo tienes tu "bautismo de fuego"?

—Mañana, tío.

El sacerdote había recibido la llamada de Andrés, amigo del padre Cándido, quien le había recomendado a su sobrino.

—¿Estás nervioso?

—Bueno, lo normal.

—¿Lo normal?

—Pues... Para ser sincero... no. Estoy como un flan.

—Te comprendo. A mí me pasó lo mismo la primera vez. No importa que hayas asistido a decenas de exorcismos antes, el primero que haces como oficiante, es para echarse a temblar. ¿Qué te han contado de la chica?

—Es alemana.

—¿Alemana? No lo sabía. Pero... ¿habla español?

—Creo que sí. Ha estado muchos años viviendo en Mallorca. En cualquier caso, no creo que eso sea muy relevante, ¿no?

—Depende. Si cuando se manifieste el diablo se expresa en ese idioma, nunca sabrás si es ella o él quien está hablando. Ahí te tendría que ayudar Teo.

—Más bien Klaus, que también es alemán.

—Me preocupa que esté ese hombre presente. Por un lado, es bueno, pues tendréis una ayuda, pero también puede tener tentaciones de «salir a la palestra», ya me entiendes.

—A mí me preocupa más el hecho de lo que pueda sentir ella al tenerle cerca. Al parecer, sufrió un desengaño amoroso con él.

—¡Ah!, eso no lo sabía... Pero no tiene que ser malo necesariamente, si ella no le odia demasiado. Sobre todo, si él, como parece, la sigue queriendo.

—¿Por qué?

—No debes olvidarte que lo que hecha a los diablos no son las oraciones, sino el amor. Unas oraciones dirigidas a Dios, aunque vengan de un protestante, si las mueve el amor, Él se compadece. El amor es muy importante, David.

—Ya, eso es lo que más odian los demonios.

—Exactamente.

—También me preocupan los dones preternaturales que la chica parece poseer. Pueden ser un problema.

—¿Qué tipo de dones?

—Pues, según me ha contado Teo, tiene premoniciones que siempre se cumplen. Algunas imposibles de predecir.

—Eso puede ser algo inspirado por el diablo.

—Sí, eso pensé yo, pero no parece que sea el caso. Le ocurre desde siempre, antes incluso de que sufriera influencia o posesión. Ese tipo de conexión con las fuerzas ultraterrenas... me preocupa. Por eso digo que puede que sea un problema.

—O una oportunidad. No te olvides de que muchos grandes místicos han tenido ese tipo de dones, como Santa Teresa, Santa Margarita... y muchos otros.

—Ya, pero quizás por ese canal entren más demonios y me sea imposible echarlos.

—Invoca a la Virgen y a los ángeles, David. También ellos pueden usar ese mismo «canal», como tú lo llamas, y acudir en vuestra ayuda. Y si las cosas se ponen feas, recuerda cubrirtte con el manto de María. Refúgiate allí y ningún diablo te podrá hacer daño. Ni siquiera el mismísimo Satán tiene poder alguno sobre ti, si permaneces allí. El poseso tiene un demonio en su cuerpo, y María tuvo al Verbo encarnado dentro de su cuerpo: es la anti-posesión por antonomasia.

—Podrías echarme una mano, tío, aunque yo sea el oficiante... —David no dejaba de pensar en lo que se le venía encima.

—El obispo no me ha dado permiso, ya lo sabes. Con un brazo en cabestrillo... no lo considero apropiado.

—¡Qué mala suerte tuvimos, con ese accidente!

—La suerte no existe, David. Todo sucede porque Dios así lo quiere. Él dispuso que solo tú resultaras ileso... será por algo.

—No sé dónde ves lo bueno. A mí me parece que ahí Dios se quedó dormido. Parece que el diablo le ganó la partida, para perjudicar a esa gente. También es casualidad que los exorcistas más expertos, o sea, Antonio, Cándido y tú, quedarais fuera de combate.

—Nunca digas eso, sobrino. Dios no da puntadas sin hilo, y si así lo dispuso, será por algo. Él te tenía reservado este caso, por alguna razón. Además, algún día te tenías que estreñar, ¿no te parece?

El joven se quedó pensativo, y su tío añadió:

—Déjate aconsejar por Teo. Salvo en lo relacionado con el Ritual, él tiene más experiencia. Al menos ha visto más casos que tú. Y no olvides nunca lo que has aprendido. Ya sabes que el mejor modo de aprestarse a la lucha que es el exorcismo, es estar en adoración, tratando de sentir a Dios todo el tiempo, y con una profunda compasión por la persona a la que vas a ayudar. Recuerda que el exorcismo no puede ser la aplicación fría de un ritual o el uso de una mera técnica. Tiene que ser algo más que eso.

—Desde luego.

—Reza con amor, David, sintiendo cada palabra que dices. Si solo lo haces de forma mecánica, el demonio cada vez tendrá más posibilidades de quedarse en ese cuerpo. Dado que el exorcismo es una obra de caridad ejercida a través de la oración, y la oración se debe a ese amor, en la medida en que haya más amor, habrá mejor oración, y en la medida en que haya mejor oración, habrá un más poderoso exorcismo. ¡No lo olvides nunca!

La picadura del escorpión

—No me puedo creer que al final te vayas con esa prostituta. ¿Quieres tirar tu brillante carrera por la borda, Klaus? Solo estando conmigo podrías llegar a alguna parte... ¡infeliz!

Esa tarde el servicio religioso había sido presidido por Tadeus, un pastor que ya conocían en la parroquia por haber sustituido a su titular en alguna ocasión. El vuelo para Madrid salía temprano, y Klaus tenía que hacer los preparativos para el viaje. «Solo van a ser unos días», le había dicho al obispo, pero le extrañó la forma tan hostil con la que le recibió su superior. Pareciera que el prelado estuviera deseando que se marchara...

El caso es que no le había quedado más remedio que pasar otra vez por la iglesia, pues en la sacristía tenía algunas cosas que necesitaba para el viaje. Allí se encontró a «su prometida», quien le vio entrar por la puerta de atrás, justo cuando ella iba a cerrar la iglesia.

—No es ninguna prostituta, Hilda.

—¿Ah no? ¿Con cuántos hombres ha estado? ¿Cuántos hombres distintos la han catado? ¿Eh? Y te recuerdo, Klaus, que yo soy virgen.

—Esa chica necesita ayuda.

—Ya le van a ayudar los «papistas», ¿no? ¿Qué tienes tú que ver con ellos? ¿Acaso vas a colaborar en esa parodia de exorcismo?

—Sea como fuere, el nuestro no funcionó.

—Por culpa de ella, querido. Nunca tuvo la suficiente fe, y ahí tienes la prueba.

La mujer miraba al hombre con una mezcla de despecho, ira y compasión. Creía haber espantado a su rival aquella tarde, pero, para su sorpresa, Klaus estaba más interesado en Sabrina de lo que ella pensaba. Entonces se lamentó de haberse interesado por él.

Se enamoró, desde luego, y creía estarlo todavía de alguna manera. Ella era la hija de un importante cargo político que se había casado con una chica del barrio de Laim, el suburbio obrero en el que estaba la iglesia. Visitando a sus «parientes pobres», fue como Hilda conoció a Klaus, y allí se quedó, con la esperanza de llevárselo algún día.

El hombre terminó de recoger las cosas y las introdujo en una mochila de viaje. Había intentado por todos los medios la confrontación con Hilda, pues no la podía rechazar como hubiera querido. Sus padres movían los hilos en las altas esferas, no solo de la prelatura, sino incluso en algunos aspectos de la política del país, y a buen seguro que, desechada como estaba, hubiera hecho todo lo posible para, no solo echarle de su parroquia, sino incluso arruinarle la carrera. Algo que ya parecía querer hacer, a pesar de todo.

Finalmente, se la quedó mirando, y ella se interpuso entre él y la puerta.

—Todavía estamos a tiempo, Klaus —le rodeó con sus brazos por la cintura.

—¿De qué? —preguntó, sin soltar la mochila.

—De hacer por fin los trámites para nuestra boda. Si tú quisieras... No vayas a Madrid, y quédate conmigo.

A pesar de todo, Hilda no se daba por vencida. Pero él no contestó, y su silencio era más que elocuente.

—Está bien —se resignó, separándose de él—. Sinceramente, no sé qué has visto en ella. En ese desecho humano...

—No es ningún desecho humano. En cuanto se libere de esos demonios volverá a ser la de antes.

—¿La de antes? Querrás decir la de ahora. Una cuarentona que no te va a dar ni un solo hijo...

—Todavía podríamos tener dos o tres.

—¿Bromeas? Da gracias si te da solo uno. Y eso si no está ya perdida del todo.

—¿Por qué iba a estarlo?

—¿No me dijiste que tuvo un aborto en Ibiza?

Ahí se lamentó de haberle contado los detalles de aquel suceso. Fue cuando ella acababa de llegar, y Hilda era su novia. Se lo contaban todo, y, de hecho, él ya le había hablado de su experiencia en aquella isla. No le había relatado mucho acerca de Sabrina, pues para él siempre fue una chica más dentro de aquella comuna. Cuando llegó a la parroquia, tiempo atrás, en la intimidad de su relación le contó lo del aborto.

—No sé qué tiene que ver eso para que no pueda tener más hijos.

—¿Era un hijo tuyo, Klaus?

—No lo sé. Ya te conté que allí nadie tenía pareja fija.

—Ese aborto la pudo dejar estéril. Los médicos en España quizás no la trataron bien.

—No fue un aborto provocado, Hilda. Ya te lo conté. Fue espontáneo, y además al principio del embarazo.

—Me es indiferente. Conmigo no tendrías ese problema.

—Y, ¿tú qué sabes?

—Qué, ¿yo qué sé? Para empezar, yo tengo veinte años menos...

—Diecisiete —interrumpió él.

—Me da igual. No solo soy mucho más joven, sino que, además, en mi familia no ha habido ningún caso de ese tipo. Todas las mujeres, empezando por mi madre y mis hermanas mayores, somos muy fértiles. Yo te podría dar muchos hijos... si tú quisieras —le volvió a abrazar—

—Ya está bien, Hilda. La decisión está ya tomada —la separó, y ella puso una cara de intenso odio.

Él se le escapaba, y entonces, ya repudiada, le dijo, como si eso fuera importante para él:

—Te pierdes estar con una virgen, Klaus. ¿Has estado alguna vez con una?

—Sí. Con Sabrina —contestó, desafiándola por primera vez.

—Imbécil... —se separó más de él—. Con mi ayuda y la de mis padres podrías haber sido trasladado y oficiado ceremonias en la catedral de Berlín... y en poco tiempo... hubieras sido obispo. Pero nada. Prefieres a esa puta... pues quédate con ella, querido.

—Hilda...

—Quédate con ella y yo conseguiré que te trasladen a la aldea más asquerosa en lo más recóndito de la Selva Negra. ¡Quédate con esa puta...! —gritó mientras se marchaba— ¡Espero que no te dé ni un solo hijo!

Klaus se marchó sin echar la vista atrás, mientras pensaba que se estaba jugando demasiado en aquel viaje. Al apostar por Sabrina, había dejado atrás muchas cosas, y lo peor era que no sabía si esta le iba a recibir adecuadamente. Quizás, en el peor de los casos, se podría quedar sin ella e incluso sin su trabajo. Pero no se arrepentía de la decisión tomada. Es más, de lo que se hubiera arrepentido, quizás durante toda su vida, era de compartirla con aquel escorpión, que a buen seguro le hubiera hecho infeliz y manejado a su antojo... hasta el final de sus días.

Bautismo de fuego

Habían acordado que Klaus y David llegaran juntos a la casa. Sabrina ya no albergaba ese resentimiento hacia el alemán, pero prefirieron no arriesgarse a una posible confrontación si este aparecía antes y solo. Al acudir al mismo tiempo, parecería que eran dos curas que acudían a rescatarla de las garras del demonio: uno, el suyo, por arraigo, y otro, el oficiante.

Al principio se había negado, pero Teo la convenció. Más que nada porque Klaus le convenció a él primero. Su antiguo novio quería estar allí a toda costa, y en el fondo no podía negarse a que participase, cuando David no había puesto ningún inconveniente. Además, en ausencia de Ramón, el alemán era una ayuda muy necesaria.

—Hola de nuevo, Teo —dijo el más joven, estrechándole la mano. Había llamado a la puerta solo con los nudillos, sin usar el timbre. A su lado estaba Klaus sacándole casi la cabeza al sacerdote, quien saludó igualmente, y esbozó una ligera sonrisa de cortesía.

—Pasad, por favor. Sabrina está dormida, aunque no creo que tarde en despertarse. Su sueño es siempre muy ligero, y estoy seguro de que ya nos ha oído.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Klaus.

—No tan mal como cuando llegó aquí. Pero ese demonio no le deja en paz ni de día ni de noche.

—¿Qué me aconsejas, Teo? —David fue directo al grano, antes de que apareciera por allí la chica—. Tú has visto muchos más casos que yo, y además conoces a la víctima.

—Pues... salvo algún que otro golpe que he sufrido —dijo, señalándose la dentellada del cuello y algunos moratones que tenía fruto de su última lucha—, este diablo no es excesivamente violento con las personas. Las veces que Sabrina ha entrado en trance... —iba a decir lo de las tentaciones sexuales, pero se abstuvo—, su obsesión es matarla. Eso es. Arde en deseos de acabar con ella, y ahí es donde tendremos que estar muy atentos. Al menor descuido es muy posible que intente estrellarse contra la pared, o saltar por la ventana. Yo por mi parte he tomado todas las cautelas posibles, y de momento he conseguido salvarla.

—¿Algo más?

—Sí, creemos que tiene dos demonios.

—¿Creemos?

—Sí, ella y yo. Sabrina es... “especial”, ya me entiendes.

—Está bien; ya lo descubriremos. Y ahora, para empezar, se trata de que este lugar sea lo más parecido a una iglesia. ¿Tienes cantos gregorianos?

«Cada maestrillo tiene su librillo», pensó Teo. El padre Cándido nunca hizo nada de eso, y le chocó. Iba a objetar algo, pero se lo pensó mejor. «Deben ser nuevas tendencias», se dijo.

—Sí, tengo un CD de música sacra. Creo que hay también algo de gregoriano, en las pistas del final.

—Servirá. Lo pondremos todo lo alto que podamos, aunque sin que llegue a distraernos de la oración. Los demonios estarán tremendamente incómodos con ello, y será otro de los motivos por los que querrán salir y marcharse.

Entonces pasaron al salón, y fue cuando apareció Sabrina. Como había dicho Teo, se despertó y salió al oír que habían llegado.

—Sabrina, este es el padre David —dijo Teo, presentándole.

—Encantada.

—Tanto gusto —se estrecharon las manos.

A continuación, miró hacia Klaus y le saludó:

—*Hallo*, Klaus.

—*Hallo*, Sab —replicó, sin profundizar nada más.

—Ante todo, Sabrina —comenzó el sacerdote—, quiero que sepas que esto no funcionará si tú no quieres ser liberada, o si no tienes fe en Dios. Por eso, antes de nada, te pregunto: ¿tienes fe en Dios?

—Sí, padre.

—¿Quieres ser liberada?

—¡Claro que sí!

—Está bien, empecemos.

La habitación de Victoria había sido despejada de muebles y estos llevados al salón. La idea era eliminar cualquier riesgo de violencia contra ella o contra los demás cuando se manifestase el diablo, y tan solo habían dejado la cama, algunos cojines y un par de mantas.

Sabrina se puso en el centro de la estancia y entonces el sacerdote sacó la estola de un pequeño maletín y se la colocó, para a continuación tomar el libro y comenzar a rezar:

Dios, creador y defensor del género humano, vuelve tus ojos sobre esta sierva tuya, a quién formaste a tu imagen y a quién llamas a tu amistad. El viejo adversario la atormenta cruelmente, la oprime con áspera fuerza, la turba con fiero terror. Envía sobre ella a tu Espíritu Santo para que la fortalezca en las tristezas, que la enseñe a suplicar en la tribulación, y que la custodie con su poderosa protección.

Escucha, Padre Santo el gemido de la Iglesia que te suplica. No permitas que tu hija sea poseída por el Padre de la Mentira. No permitas que tu sierva, a quien tu Hijo redimió con su sangre, sea retenida en la cautividad del Diablo. No permitas que el templo del Espíritu Santo sea habitado por un espíritu inmundo.

Escucha, Dios misericordioso, nuestras súplicas, que realizamos en nombre de tu Hijo, el cual muriendo en la Cruz quebrantó la cabeza de la Antigua Serpiente. Que brille en esta sierva tuya la luz de la verdad, que entre en ella el gozo de la paz, que la posea el Espíritu de santidad y que, morando en él, le torne serena y pura.

Al sacerdote se le veía suelto y con aplomo, aunque por dentro estaba lleno de nervios. Después se inclinó hacia el maletín otra vez y tomó un frasco con agua bendita, la cual procedió a esparcir abundantemente por el suelo, el techo y las paredes, con objeto de «sellar» la casa, y de esa forma evitar que otros demonios de fuera pudieran comunicarse

con los de dentro o ayudarlos. Igualmente, roció algunas gotas sobre Sabrina, quien se estremeció al recibirlas.

Una vez hecho esto, los tres comenzaron a rezar las oraciones propias del Ritual: la Letanía de los Santos, la lectura del Evangelio, la recitación de los salmos... todo encaminado a debilitar al diablo y hacerle sumiso para que cuando se le conjurara, no opusiera resistencia.

Fue entonces, cuando David tomó de nuevo el agua bendita y puso sus manos sobre la cabeza de la chica, cuando ordenó al diablo manifestarse:

En el nombre santísimo de Jesús, te ordeno que te manifiestes. Por el poder del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te ordeno a tí, espíritu maligno, espíritu impuro, que te manifiestes. ¡Habla en el nombre de Dios! Por mi autoridad sacerdotal, te conjuro en el nombre del Dios vivo a que abandones este cuerpo.

In nomine Iesu, exorcizo te.

In nomine Iesu, dic nomen tuum.

In nomine Iesu, si es hic, manifesta te.

Y el demonio no tuvo más remedio que aparecer. En ese momento Sabrina entró en trance, y el diablo se manifestó. La chica dejó de tener control sobre su cuerpo y se desplomó al suelo, comenzando a tener convulsiones, mientras algo de espuma se escapaba por la comisura de sus labios.

Entonces comenzó a golpearse la cabeza contra el suelo, y Teo fue rápido trayendo uno de los cojines que habían dispuesto en las proximidades, para evitar que el diablo matara a la mujer. Aun así, nada más colocarlo, intentó apartarlo de sí, y ahí fue Klaus quien la sujetó los brazos para que se estuviera quieta, mientras David seguía rezando:

Te conjuro, Satán, enemigo de la salvación humana, a que reconozcas la justicia y bondad de Dios Padre, el cual con justo juicio condenó tu soberbia y tu envidia.

Apártate de esta sierva a quién el Señor hizo a su imagen, a quién embelleció con sus dones y a quién adoptó como hija de misericordia.

Te conjuro, Satán, Príncipe de este mundo, a que reconozcas el poder y fuerza de Jesucristo, el cual te venció en el desierto, te derrotó en el huerto, te despojó en la Cruz, y resucitando del sepulcro llevó consigo tus trofeos al Reino de la Luz. Retrocede de esta criatura a la que naciendo la hizo hermana suya, y muriendo la adquirió con su sangre.

Te conjuro, Satán, seductor del género humano a que reconozcas al Espíritu de verdad y gracia, el cual repelió tus insidias y confundió tus mentiras.

Sal de esta criatura de Dios a la que Él selló con su sello celestial. Retrocede de esta mujer a la que, con la unción espiritual, Dios la hizo templo sagrado.

Retrocede pues, Satán, en el nombre del Padre + y del Hijo + y del Espíritu Santo +. Retrocede por la fe y la oración de la Iglesia. Retrocede por el signo de la santa cruz de Nuestro Señor Jesucristo que vive y reina por los siglos de los siglos...

—Amén —dijeron los tres.

En ese momento se oyó un grito ensordecedor, y una voz grave y rugiente dijo:

—¡No quiero salir!

—¡Sal! ¡Yo te lo mando! —ordenó el sacerdote.

—¡No puedo salir!

—¿Por qué? ¿Quién te lo impide?

Pero el diablo no contestó, y se limitó a seguir gritando y aullando, mientras seguía convulsionando el cuerpo de la chica.

En ese momento, David acercó el crucifijo bendecido que llevaba en el cuello, y junto con su estola, lo puso en la frente de Sabrina.

—¡Dime quién te lo impide!

El diablo ya no tenía fuerzas para seguir resistiendo y dijo:

—¡Mi jefe! ¡Es mi jefe quien me lo impide!

—¡Dime quién es tu jefe! —replicó David— ¿Está contigo, en este cuerpo?

El demonio bufó y se revolvió, y el cura le puso ante dos alternativas:

—Dime quién es y si está contigo... o si no... ¡Sal de este cuerpo! En el nombre de Jesucristo, nuestro Señor, ¡te conmino a que obedezcas!

Ante esa tesitura, el diablo no podía permanecer impasible, y, antes que revelar a su jefe, salió, optando por la alternativa menos mala para él.

Sabrina profirió un agudo grito de dolor, esta vez con su voz, y a continuación dejó de forcejear con Teo y Klaus, volviendo a ser ella misma. Sus ojos dejaron de estar girados y ahora el color azul se mostró a la vista de todos.

—¡Sabrina! —exclamó Teo.

—¡Oh, Teo! ¿Qué ha ocurrido?

—¿Cómo te encuentras, hija? —preguntó David—. El sacerdote y Klaus estaban de pie mientras la chica se abrazaba con el psicólogo, sentada sobre el suelo.

—Pues... me encuentro bien... creo. Cansada...

Teo la ayudó a levantarse y juntos se encaminaron hacia la cocina donde él le sirvió un vaso de agua.

—¿Te apetece algo de comer? Desde el desayuno no has probado bocado.

—No, muchas gracias. No tengo apetito.

Mientras tanto, los otros dos permanecían en la habitación, sopesando lo que había ocurrido.

—¿Así de fácil? —preguntó Klaus al sacerdote.

—Sí, puede ser —contestó el cura. Pero no hay que fiarse.

De nuevo aparecieron por allí Teo y Sabrina, y David preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Pues... es maravilloso... yo creo que... ¡creo que ya no me duele nada! —atestiguó, sonriendo. Una sonrisa que hacía tiempo que no se veía sobre su cara.

—Deberías seguir un poco más —aconsejó Teo, mirando al sacerdote—. Por si acaso.

Él dudó, y tras pensar un instante, dijo:

—Normalmente, en estos casos se deja a la víctima «descansar». Si se percibe más adelante que los síntomas han vuelto, se realiza otra sesión.

—Sí, ya lo sé —dijo Teo—. Pero ya te dije que tenemos firmes sospechas de que hay algo más. Por otra parte, no se pierde nada en seguir, y no dejarlo para otro día.

—Ya, pero...

—Además, Klaus ha venido desde Alemania precisamente para esto —el alemán asintió—. Y mi hija... está viviendo en casa de su hermana, de forma provisional, esperando regresar conmigo.

—Sí, lo entiendo, Teo, pero, hacerlo aquí... no es lo más apropiado. Accedí cuando me lo comentó el padre Cándido, pues entendí que era un caso de urgencia y que era peligroso desplazar a Sabrina. Pero ahora que ella está mejor, podríamos tener esa segunda sesión en una iglesia. El exorcismo sería mucho más efectivo.

—Si me lo permiten —comenzó a decir Sabrina, quien se puso de pie—, yo no quiero volver a la situación anterior... de ninguna manera. Me quiero curar, padre —afirmó, mirando fijamente a los ojos de David—. Y si puede ser hoy, mejor que mañana.

El sacerdote sopesó lo que acababa de oír y estuvo a punto de conceder lo que todos querían. Sin embargo, objetó, mirando a Teo:

—Con este diablo hemos tenido relativa suerte. No ha tardado en salir, y no ha armado demasiado escándalo. Pero con el siguiente puede que no ocurra lo mismo. Podemos estar enfrascados en una lucha sin cuartel durante horas y... ¿qué dirán los vecinos? Podrían llamar a la policía si oyen gritos durante tanto tiempo y... ¿qué les vamos a decir a los agentes cuando llamen al timbre? Por no mencionar, que podría ser peligroso para ellos mismos.

—Por eso no te preocupes. Los vecinos no oirán nada.

—¿Por qué?

—Esta habitación está insonorizada.

—¿Ah sí? Es que... ¿has estado aquí antes con Cándido para...?

—No, nunca. Pero mi hija mayor tocaba el piano, y los vecinos se quejaron. Por eso es.

—Quiero verme libre, padre. Por favor... —reclamó Sabrina.

—De acuerdo, hija —contestó, tras unos instantes—. Podemos continuar si tú quieres. Pero quiero que sepas que todo esto que hago, incluso aunque quedes «curada» de esta posesión, no garantiza que en el futuro no vuelvas a tener problemas.

—¿Ah no?

—No. El diablo ronda a las personas poseídas durante mucho tiempo después de una liberación. A veces incluso durante toda la vida.

La chica puso una cara triste y comenzó a mirar al suelo. El brillo de sus ojos disminuyó un tanto.

—Solo hay una forma de evitarlo, Sabrina.

—¿Cuál? —preguntó, con ansiedad.

—Frecuentar los sacramentos y cambiar de vida. Es el mejor escudo contra el Maligno. No hay otra manera.

—¿Cómo...?

—Llevar una vida ordenada conforme a la religión católica, hacer oración diariamente, procurar no pecar, y si se hace acudir al sacramento de la confesión, comulgar al menos una vez a la semana, preferiblemente durante el cumplimiento del precepto dominical... en fin, ser buena cristiana y una fiel y devota sierva de Dios.

La mujer puso una expresión seria, sin dejar de mirar al padre. Klaus presenciaba la conversación con cara circunspecta y no dijo nada. Tras unos segundos, David preguntó:

—¿Estás dispuesta a hacer todo eso, a partir de ahora?

—Desde luego que sí, padre —respondió, sin dudar—. Si esa es la medicina contra este mal, dé por seguro que lo haré.

—Está bien. Pues entonces, acércate.

Sabrina se aproximó, y el sacerdote puso sus manos sobre su cabeza comenzando de nuevo a hacer oración:

—Dios, creador y defensor del género humano, vuelve tus ojos sobre esta sierva tuya [...]

Y así siguió con las oraciones del principio hasta que llegó al mandamiento que daba comienzo al exorcismo propiamente dicho:

In nomine Iesu, exorcizo te.

In nomine Iesu, dic nomen tuum.

In nomine Iesu, si es hic, manifesta te.

Y efectivamente, no se equivocaron, y de nuevo Sabrina entró en trance. Un segundo demonio tomó control de su cuerpo y dijo:

—Has expulsado a mi sirviente —ya ajustaré cuentas con él—, pero yo no pienso moverme de este cuerpo... ¡JAMÁS!

En ese momento un olor a azufre y podredumbre, un aroma fétido impregnó toda la habitación. Klaus no se lo esperaba y se tapó la nariz con la manga de su camiseta. Teo también lo sintió y estuvo a punto de abrir la ventana para ventilar. Pero se lo pensó mejor: podría ser una estrategia del diablo para lanzarse al vacío. El cura siguió:

—Por el poder del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te ordeno a tí, espíritu maligno. Por mi autoridad sacerdotal, te conjuro en el nombre del Dios vivo a que abandones este cuerpo....

—Eres tonto, ¿o qué te pasa? ¿Acaso no me has oído, bastardo? ¡Te he dicho que no me pienso ir! ¡Solo lo haré cuando esta zorra esté bajo tierra! —rugió, mientras la chica permanecía inmóvil, aunque no por mucho tiempo. Enseguida, volvió a decir:

—¡Ya estoy harto de escuchar esta porquería! —gritó desaforado, refiriéndose al equipo de música, que no había parado en todo momento de reproducir aquellos cantos gregorianos. A continuación, se dirigió hacia el mismo y le dio un puñetazo tan fuerte, que la tapa del CD saltó por los aires y el disco se partió en dos, dejando lógicamente de sonar. En ese momento soltó una carcajada maléfica y con una habilidad pasmosa agarró uno de los dos trozos del disco antes de que cayera al suelo y se lo llevó hacia la garganta, es decir hacia la garganta de Sabrina.

Pero si el diablo había sido rápido, Klaus no lo fue menos y consiguió sujetar la mano de la chica antes de que el disco tocara la piel del cuello, y la separó los dedos para que la esquivarla del disco cayera al suelo. Pero para eso tuvo que usar las dos manos, y entonces se les escapó. El diablo salió como una exhalación en dirección a la ventana, con la idea de arrojar al vacío. La ventana estaba cerrada y una gruesa cortina la cubría, pero la bestia no ahorraría esfuerzos en usar toda su fuerza para romper el cristal y lanzarse. Afortunadamente, Klaus estaba atento y lo detuvo, siendo después ayudado por Teo a sujetarlo, mientras David no cesaba en la oración.

—Señor, escucha mi oración; Tú, que eres fiel, atiende a mi súplica; Tú, que eres justo, escúchame. El enemigo nos persigue a muerte, empuja nuestra vida al sepulcro, nos confina a las tinieblas como a los muertos ya olvidados. Escúchame pronto, Señor, que me falta el aliento. No me escondas tu rostro, igual que a los que bajan a la fosa...

—¡Soltadme, hijos de la gran putaaaaa! —bramó— ¡Hijos de mil padres! ¡Vuestra madre fue una puta que recibió la semilla de mil hombres! —gritó, entre otras «lindezas», siendo estas las más «suaves».

—Tu espíritu, que es bueno, me guíe por tierra llana. Por tu nombre, Señor, consérvame vivo; por tu clemencia, sácame de la angustia... —el padre no paraba de rezar, y se concentraba en las oraciones con los ojos cerrados, mientras Klaus y Teo se debatían con la bestia. Entonces el demonio se volvió hacia Teo y le dijo:

—¡Sé lo que haces por las noches, maldito bastardo! ¡Sé lo que haces mientras piensas en esta zorra! —gruñó, refiriéndose a la propia Sabrina—. ¡Con ese pecado has abierto una puerta por la que voy a entrar en ti y en tus hijas! —exclamó, ante el asombro del aludido— ¡Lo haré en cuanto mate a esta puta! ¡Da por seguro de que lo haré!

Teo se soliviantó, porque la bestia tenía una parte de razón en lo que decía.

La verdad es que, poco después de salir de aquel programa televisivo, «se entretenía» por las noches pensando en la chica alemana. Después, cuando conoció a Delia, cambió sus pensamientos por esta última, pero los volvió otra vez hacia Sabrina cuando esta le dejó.

—¿Acaso creías que estabas libre de pecados cuando me rechazaste? —siguió el demonio— ¿Pensabas que no eras vulnerable? ¡Yo te vi todas esas noches haciendo aquello! —gritó—. No quisiste mi cuerpo cuando te lo ofrecí... ¡Y ahora tomaré el de tus hijas! —sentenció— ¡Sus coños ahora serán míos! ¡Tú me los has dado!

Un profundo sentimiento de culpa le invadió, y entonces miró al suelo y se arrepintió de haber hecho todo aquello que le refería, e incluso de haber propiciado el exorcismo de Sabrina. Mejor hubiera sido no admitirla en su casa y librarse de problemas...

El diablo se dio cuenta de sus tribulaciones y soltó una sonora carcajada. Teo volvió en sí y se dio cuenta. Todo había sido un farol: él no tenía por qué preocuparse de unos pecados ya confesados, y por tanto perdonados.

Con esa estratagema no consiguió soltarse, pues, aunque Teo flaqueó, Klaus le tenía firmemente sujeto. Entonces se volvió contra él y le dijo, en el idioma húngaro:

—¡Y tú! Yo también tengo para ti, bastardo asqueroso. ¡Tú...! Pastor de almas al servicio del Gran Tirano. Ja jajá, ¡Tú! Si supieran en tu parroquia que abusaste de una menor en un colegio... ¿Qué pensarían de ti? ¿Eh? ¿Qué pensaría tu obispo? Si es que se le puede llamar obispo a ese mequetrefe...

Klaus se quedó de piedra ante lo que acababa de oír, y flaqueó a su vez, dejando en Teo todo el peso de contener al diablo. Pero el madrileño no tenía la fuerza suficiente y el demonio se soltó y arremetió contra David, quien no se esperaba lo que se le vino encima. La bestia dio una patada al libro del Ritual desde abajo, tan fuerte que este se estrelló contra la lámpara del techo y se rompió la bombilla, quedándose a oscuras la habitación. Después escupió al padre en la cara impregnando sus gafas de una saliva turbia y espesa, y le arrojó contra la pared donde recibió un severo golpe.

Teo salió de la habitación y pulsó el interruptor del pasillo para que así entrara algo de luz, y fue entonces cuando Klaus reaccionó. Le habían advertido que no podía dirigirse al diablo, pero no pudo contenerse. Aquellos ojos blancos que se dirigían ahora a él usando el cuerpo de Sabrina y diciendo todo aquello, fueron todo un revulsivo, y entonces intervino, usando la misma lengua de sus padres:

—¡Ese pecado ya no existe! ¿Me oyes? ¡Ya no existe! ¡Fue borrado hace mucho tiempo, y Dios lo perdonó! La sangre de Jesucristo borró mi pecado...

El diablo rio de forma estentórea y Klaus siguió:

—¡Yo te ordeno que salgas de esta mujer! Te conjuro con la autoridad de la Iglesia, a que salgas de esta persona a quien tienes encadenada a tu servicio y...

—¿Tú? ¿Quién eres tú para ordenarme a mí? ¿Con qué autoridad?

—Con la que me ha dado Cristo a través de su Iglesia —replicó, apretando los dientes.

—A Cristo lo conozco y también conozco a su Iglesia, y por eso reconozco a este patán —dijo, señalando a David, que intentaba levantarse del suelo—. Pero tú... ¿Quién eres tú?

—Yo soy...

—¡Un fornicario! ¡Eso es lo que tú eres! —bramó, y le escupió y empujó igualmente con mucha furia, sin parar de insultarle y de blasfemar, sin que el alemán pudiera hacer nada para detenerlo.

Mientras tanto, David sacó un pañuelo de su bolsillo y se limpió las gafas. Consiguió entrever el libro despanzurrado en un extremo de la habitación, pero se abstuvo de recogerlo. Total, no iba a poder leerlo con la escasa luz que entraba desde el pasillo, ni con la lamparita que Teo había traído desde una habitación contigua y que conectó a un enchufe cercano mientras el diablo discutía con Klaus. En su lugar, cambió de táctica y se aproximó hacia este y le exigió que le dijera su nombre:

—*In nomine Iesu, dic nomen tuum.*

Ese fue el catalizador. El demonio se olvidó de Teo y de Klaus y volvió de nuevo a la idea de matar a la chica, arrojándose con todas sus fuerzas contra la pared. Pero el alemán estaba atento y lo impidió en el último instante. Poco después ya estaba siendo ayudado por Teo, y entre los dos lo inmovilizaron.

—*In nomine Iesu, ¡dic nomen tuum!*

El diablo se retorció, aulló, vociferó, blasfemó... pero no tuvo más remedio que obedecer:

—*Asmodeo* —replicó, entre dientes, casi susurrando, después de soltar un profundo gruñido.

Entonces David lo tuvo claro. Ese nombre significa “lujuria”, y su táctica ahora consistió en recitarle de memoria los pasajes del Evangelio donde se relatan los sufrimientos de

Jesús durante su pasión y muerte. Una auténtica tortura para quien se regocija en eso, en la lujuria, que es la antítesis del sufrimiento.

—Pasión de nuestro Señor Jesucristo según San Mateo. En aquel tiempo, uno de los Doce...

—¡No! —gritó la bestia—. ¡No quiero oír eso! ¡Noooooooo!

Y así continuó, tras leer a San Mateo, con el evangelio de Marcos, Teo y Juan, sin cesar de recitar todos aquellos pasajes que se sabía de memoria. Fueron casi dos horas de gritos, alaridos, insultos, blasfemias, vulgaridades... El cuerpo de Sabrina se crispaba y se convulsionaba espasmódicamente cada vez que David rociaba agua bendita sobre su cabeza, y cuando esta ya estaba completamente mojada, el agua se evaporaba al entrar en calor. Más de una vez el exorcismo tuvo que pausarse para que Teo se acercara a la cocina para rellenar el frasco con el que se aspersionaba, mientras el padre la bendecía a toda velocidad para no perder el momento y seguir torturando al diablo. La cama y el suelo estaban completamente mojados, al igual que la chica y los tres hombres. Pero aquello era lo que el sacerdote descubrió que más molestaba al demonio, y no paró de usar esa arma. Afortunadamente era una herramienta que no se acababa nunca, pues el padre Cándido había agotado en más de una ocasión los santos óleos cuando ese era el remedio más eficaz. Sin embargo, el demonio, aunque se debilitaba, continuaba firmemente agarrado a Sabrina:

—¡No me iré! ¡No me iré! ¡No dejaré este cuerpo hasta que se muera!

—En el nombre santísimo de Jesús, te ordeno que salgas de esta mujer. Con la intercesión de San Miguel y de nuestros ángeles custodios, te pido, Padre, que obligues a este mal espíritu a que salga de esta hija tuya. Por el poder de la Santísima Trinidad, rompo toda atadura que poseas sobre este cuerpo, rompo toda atadura que tengas sobre esta persona. Por mi autoridad sacerdotal, te conjuro en el nombre del Dios vivo a que salgas ya.

—¡No me iré! —respondió, y no les quedó más remedio que poner a Sabrina boca abajo en el suelo, para que, por lo menos, no les golpeará con los brazos. Una vez allí, y con la cabeza apoyada sobre un cojín para que no se la dañara, David posó sobre la espalda el libro del Ritual que había recuperado para continuar con las oraciones. Sin embargo, estas no parecían surtir efecto, y el diablo no se vio afectado por tener sobre sí aquel objeto.

Pero sí le afectó, ¡y de qué manera!, cuando le colocó en el mismo lugar el crucifijo bendecido. Entonces lleno de furia consiguió soltarse de Teo y de Klaus, quienes, dicho de paso, estaban exhaustos después de tantas horas de lucha y esfuerzo. El diablo se levantó y se abalanzó contra David y le elevó en el aire, volteándole con fuerza, para después arrojarle fuertemente contra la pared.

El golpe que se dio la primera vez, sumado a este, hizo que el hombre no tuviera ya fuerzas para levantarse. Por si fuera poco, sus dos ayudantes intentaban por todos los medios que no matase a la chica, pero lo único que conseguían era, como mucho, evitar con sus propios cuerpos como parapeto, que el diablo no se estampase contra la pared y reventara el cuerpo de Sabrina. Un cuerpo que estaba ya totalmente desnudo, pues la bestia había arrancado y desgarrado violentamente toda la ropa que la chica llevaba puesta. Estaba increíblemente violento y lleno de odio y rabia, y destrozaba todo lo que podía, incluyendo los cuadros de la Virgen y del Sagrado Corazón que Teo había dispuesto por las paredes.

Parecía que estaba ya todo perdido, y que el diablo no había sucumbido demasiado a la intensa tortura que le habían hecho durante todo ese tiempo. Por el contrario, parecía cada vez más fuerte.

Entonces, en un último intento, el sacerdote, tumbado en el suelo, con las gafas y la camisa rotas, se acordó de los consejos de su tío y solo pudo decir:

—María... ¡Ayúdame!

Era justo lo que faltaba. David, de acuerdo con las nuevas tendencias y también para no incomodar a Klaus, no había recitado ningún rosario durante todo ese tiempo y ni siquiera había rezado una avemaría. El alemán, por su parte, había colaborado en la recitación de los salmos y en las lecturas de los evangelios, pero había permanecido mudo cuando el sacerdote invocó a los Santos en la Letanía. Es bien sabido que los protestantes no rezan a estos ni a la Virgen, y el sacerdote optó por un exorcismo donde los tres participaran en la mayor medida posible.

Pero con eso contravino los consejos de su tío Andrés, quien le insistió en que «se cubriera con el manto de la Virgen» en todo momento.

La falta de oraciones marianas fue advertida por Teo, quien se extrañó al principio, aunque no dijo nada por prudencia. Cuando el exorcismo se alargó de forma inexplicable y las cosas se pusieron feas, estuvo a punto de decírselo en más de una ocasión; pero siempre ocurría algo que le hacía callar: o bien había que sujetar a Sabrina, o bien había que alumbrar la estancia, o bien había que hacer de colchón para que la chica no se abriera la cabeza...

David todo lo hacía con la mejor voluntad, desde luego, pero no estaba haciendo lo adecuado. Aun así, Dios no le tuvo en cuenta ese error de principiante, y le iluminó para que recordara la conversación telefónica con su tío, en el momento más crítico: *«refúgiate en el manto de la Virgen. Ella es la antiposesión por naturaleza...»*

—María, madre mía, ¡ven en nuestro auxilio! —gritó, de forma clara y decidida.

Fue una súplica profunda, desgarrada, que imploraba una ayuda que parecía que jamás llegaría... pero llegó. Llegó y se manifestó de forma asombrosa, como para compensar aquella falta de súplicas y de peticiones a la Virgen.

Los tres participantes oyeron la orden: *«sal de este cuerpo, en nombre de Jesucristo»*. Era una voz femenina, dulce, suave, que no era la de Sabrina, y que parecía provenir de todas partes, como si hubiera una megafonía perfecta que hiciera que todas las paredes, que todos los objetos que había en la habitación se hicieran eco de ella. La Virgen lo dijo en arameo, la lengua de Jesús y su propia lengua, pero David lo entendió en latín, del mismo modo que Teo lo oyó en castellano, Klaus en húngaro y Sabrina, aun estando en trance, también lo escuchó en su idioma, es decir, en alemán.

Y el diablo obedeció, sin mayor dilación. De forma atropellada, como si le estuvieran coiciendo vivo, salió del cuerpo de la mujer no sin antes proferir horrendos graznidos de bestia que estaba siendo torturada de forma irresistible con la mera presencia de la Señora.

Por fin, tras un aullido estremecedor, el demonio fue expulsado de Sabrina y su víctima se desplomó sobre la cama donde su cuerpo descansó después de tantas horas de lucha. Ahora dormía plácidamente, y un suave olor a rosas reemplazó al olor a cieno que había anteriormente.

Todos se quedaron maravillados y solo David, de forma renqueante, pudo decir:

—La Virgen ha estado aquí, esta noche.

—Sí —reconoció Teo—. El olor a rosas así lo atestigua.

El sacerdote, aun así, continuó orando durante dos o tres minutos más, con el objeto de conocer si había salido ya el último demonio. Pero Sabrina no volvió a entrar en trance ni se puso furiosa, sino que continuó durmiendo con expresión serena. Teo trajo una manta seca de su habitación y cubrió a la chica, quién apenas se inmutó con la maniobra.

El exorcismo había terminado y los tres se pusieron de rodillas agradeciendo al Señor la liberación del demonio, y a la Virgen y a todos los santos y ángeles su ayuda.

David venció a Goliat

Los tres soldados de Cristo pasaron a la cocina y se dispusieron a tomar un refrigerio. Estaban francamente agotados y exhaustos, después de estar toda la noche luchando contra las fuerzas del mal.

—Pues menos mal que la habitación estaba insonorizada —apuntó David.

—Ya lo creo. Recuerdo que me opuse al capricho de la niña de tocar el piano para no molestar a los vecinos, y a mi mujer se le ocurrió esta solución. Nos costó un buen dinero, por cierto, pero mereció la pena. Aunque solo fuera por lo que ha pasado hoy.

—Desde luego. Aunque este edificio parece bien hecho —comentó, mirando a su alrededor—, estoy seguro de que al menos los vecinos contiguos lo hubieran oído todo.

—Esos precisamente no están ahora, creo —apuntilló Teo—. Pues de haber estado, incluso con la insonorización, algo seguro que habrían escuchado.

Fue entonces cuando sonó el teléfono móvil de Klaus. Era su hermana. Se separó un tanto de sus compañeros, y se asomó a la pequeña terraza que tenía la estancia donde se encontraban.

Después de unos instantes de conversación, David dijo, en bajito:

—No se me dan bien los idiomas, Teo, pero me parece que no está hablando en alemán.

—Me parece que es húngaro.

—¿Cómo lo sabes?

—Por deducción. A mí tampoco se me dan bien, pero creo recordar que Sabrina me dijo que sus padres son de ese país, y emigraron a Alemania antes de nacer él.

—Debe estar hablando con alguien de su familia.

—Sí. Y no le deben estar dando buenas noticias, por la expresión que tiene y las palabras que usa. Son un poco altisonantes, me parece.

—Sigues ejerciendo de psicólogo...

—Es algo que uno siempre lleva puesto.

Klaus colgó la llamada y entró con los otros dos. Su cara era todo un poema, y les dijo:

—Era mi hermana. Mi madre ha sido atropellada al cruzar una calle.

—Vaya...

—¡Está muy grave! —replicó, con un grito de dolor. Teo le puso su mano sobre el hombro a modo de consuelo.

—Es su forma de vengarse, Klaus. Me refiero al demonio, claro está —observó David.

—Ha atacado a la parte más débil de los tres —añadió Teo, mientras el cura asentía.

—Me tengo que ir ahora mismo para Múnich. Creo que hay un vuelo esta noche.

—Te llevo al aeropuerto —dijo Teo.

—No. Tú debes quedarte aquí, con Sabrina. Yo tomaré un taxi. ¿Sabes un número de teléfono, para poder llamar?

—Lo más rápido es tomar uno, aquí mismo. En la calle de atrás hay una parada, y siempre hay alguno disponible.

—Yo lo acompañaré —dijo David—. Creo que sé dónde es, pues el taxi que nos trajo me pareció que se quedaba por allí.

Los dos hombres se marcharon y Teo rezó una oración por la pobre mujer. Después entró sigilosamente en la habitación para comprobar cómo estaba Sabrina, y respiró tranquilo cuando la vio tal y como la habían dejado, es decir, durmiendo profunda y plácidamente.

Las dudas de Klaus

Aquel día marcó un punto de inflexión en la vida de aquellas personas. En el caso de David, había tenido su primer exorcismo como oficiante. Sabrina, por su parte, se había librado de aquellos demonios, y había salvado la vida. Pero quizás fue Klaus, quien experimentó las emociones más extremas, las sensaciones más duraderas.

Hasta que viajó a Madrid, el alemán había estado en contacto con Teo de forma regular. El psicólogo le pareció un hombre honesto, que expresaba sus preocupaciones sobre Sabrina de una forma bastante sincera. Debido a esa confianza que mantuvo con él, Klaus llegó incluso a contarle lo que había ocurrido con el malentendido de Hilda, y declarando por tanto su amor por Sabrina. No tenía por qué hacerlo, pero no lo dudó cuando salió la conversación, en un esfuerzo, quizás, por «marcar su territorio».

Porque el caso es que, desde que reapareció esta en su vida, Klaus había perdido la cabeza por ella, y se había comenzado incluso a replantear su fe. No tenía nada que ver una cosa con la otra, ni Sabrina no le había dado ningún motivo para eso, más bien todo lo contrario. La chica se había dejado evangelizar de una manera muy sencilla, y no le había incitado al pecado ni mucho menos, como había imaginado en cuanto la vio. Pero las dudas estaban ahí.

No sabía si la razón eran los recuerdos que le traía su etapa hippy y descristianizada de Ibiza, o qué, pero el caso era que, coincidiendo con su reaparición, ya no era el mismo que antes.

Hasta entonces estaba dispuesto a casarse con Hilda. La chica estaba en el esplendor de su juventud, y creía haberse enamorado de ella. Pero su carácter dominante contrastaba ciertamente con el suyo, que también era de alguna forma de esa manera. Y eso podría ser un obstáculo a largo plazo, y ahora empezaba a darse cuenta. Sabrina, por su parte, siempre fue más sumisa en ese sentido, o al menos eso creía él.

Desde luego, aquel beso desafortunado fue malicioso, y no le sentó nada bien que Hilda lo utilizara. Sobre todo, porque por esa razón perdió a la otra. La joven pensó que con eso se había librado de una contrincante, pero nada más lejos de la realidad. Klaus, sin embargo, no quiso enemistarse del todo con ella, por ser un pilar fundamental en aquella parroquia, y también por los contactos que tenía con sus superiores.

Independientemente de eso, las dudas estaban ahí, y no solo en el plano amoroso. Su fe se perdía...

Klaus nunca creyó del todo en el demonio. No dudaba de su existencia, si es que todo ese tinglado de la religión y de Dios era cierto, pero de ahí a que poseyera a la gente o la hiciera daño... La razón le decía que eso no eran, sino cuentos de los católicos para asustar a la gente. Oh, sí, en los tiempos de Cristo ya había endemoniados, y la Biblia relata muchos casos de ese tipo. Pero con la muerte de Jesús fueron encadenados todos en el infierno, y la Tierra ya estaba libre de ellos. Al menos esa era la opinión predominante entre muchos de los teólogos «reformados».

Sin embargo, ahí estaban los casos de curaciones tras efectuarse un exorcismo, muchas de las cuales las había presenciado él mismo. Pero en el fondo, él pensaba que era pura sugestión. Una persona con una enfermedad psicológica o somatizaciones causadas por una depresión... se curaba tras exponerse a un «tratamiento» como ese. Pura sugestión. El mismo caso de Sabrina, no hacía mucho tiempo, lo achacó quizás a eso, pues cuando lo hizo, estaba inmerso en una gran crisis de fe, y se limitó a representar su papel en

aquella «ceremonia». Y él sabía que la fe del oficiante es importante para la curación de la persona.

El hecho de que después ella volviera a las andadas sería fruto del chasco que se dio aquel día con Hilda, y no por culpa de ningún demonio que hubiera vuelto. Aunque... por otra parte, también la fe de los otros que habían participado ese día podría haber sido determinante. Sobre todo, la del anciano Herman, un hombre santo de los de verdad.

Y respecto a las famosas premoniciones de Sabrina... Lo más seguro es que fueran fruto de su intuición femenina, o simplemente casualidad. No podía ser otra cosa. ¿O sí?

En definitiva, Klaus atravesaba un período de dudas, relativamente frecuente en los pastores protestantes y también entre los sacerdotes católicos una vez pasados los primeros años desde el comienzo de su ministerio. Los interrogantes se agolpaban en su mente, y no terminaba de convencerse de nada, ni de la creencia, ni de la increencia. De hecho, hasta que apareció el segundo demonio, todavía dudaba sobre si lo que le pasaba a Sabrina era una esquizofrenia, un desdoblamiento de la personalidad, o cualquier otro trastorno psiquiátrico.

Pero, en ese momento, cuando pudo hablar con el diablo en persona, se quedó totalmente perplejo. Hasta entonces, no descartaba que todo fuera fruto de la locura. Es decir, que Sabrina se deshiciera de Teo cuando este le agarraba, o que golpease a David y le arrojase contra la pared, entraba dentro de lo posible, sin intervenir fuerza ajena alguna. Los dos hombres eran delgados y más o menos de su estatura, y ella era una mujer alemana en toda regla. Pero que hiciera lo mismo con el propio Klaus... con su metro noventa de estatura y más de cien kilos de peso... eso no era posible si no estaba impulsada por una fuerza sobrenatural.

También, cuando David puso sobre la espalda de Sabrina el crucifijo bendecido y el diablo tuvo la reacción que tuvo... Una reacción que no experimentó ni siquiera cuando le posó el libro, estando como estaba tumbada de espaldas y sin poder ver a ver qué era lo que tenía sobre sí...

Y, por si fuera poco, que la chica le hablase en húngaro, un idioma que le constaba que no conocía, y le dijera su más íntimo secreto... Eso terminó por convencerle de que todo aquello era verdad.

Declaración

El vuelo para Múnich estaba ya anunciado, y los dos se encontraban en la sala de espera del aeropuerto esperando el embarque. Teo se entretenía mirando algo en su teléfono móvil, y Sabrina permanecía algo inquieta.

—Después de todo lo que ha pasado, Teo, no me puedo creer que ya esté bien. Y menos, que hayas sido tú el artífice de mi curación.

—Agradéceselo a Dios. Yo solo he sido un instrumento, una herramienta.

—Es curioso, algo parecidas fueron tus palabras cuando nos despedimos aquel día...

—¿A qué te refieres?

—Recuerdo que me dijiste algo así como «*si algo te pasara, no me echas a mí la culpa. Yo solo he sido un mensajero*».

—¿Yo te dije eso? No lo recuerdo...

—Pues sí. Fue al final. Justo cuando me metí en aquel taxi que me llevó al aeropuerto —sonrió—. Y pensar que siempre creí que tú eras el mensajero, sí, pero el mensajero del diablo...

—Dios no da puntadas sin hilo, Sabrina. Si Él permitió que te pasara todo esto, fue para que te dieras cuenta de que sin Él no podemos hacer nada, y que la única vía que tiene el hombre para ser feliz es estar con el Señor. Cualquier otra forma de felicidad es efímera, pasajera, fugaz...

—Y con Él lo tenemos todo.

—Desde luego. Sobre todo, la protección contra el Maligno.

Teo apagó el teléfono y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta. Contempló por unos instantes a Sabrina, que mostraba cierto nerviosismo, y a pesar de que su cuerpo seguía manifestando los estragos que el diablo le había causado, su semblante ahora se mostraba luminoso y su expresión serena. Ya no tenía el gesto torcido ni los ojos tristes, y a buen seguro que aquel par de faros recuperaría su brillo y su color natural.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Buscaré trabajo en Múnich, supongo.

—¿No prefieres volver a Palma?

—No, de momento. Quizás, cuando acabe la crisis y vuelva el turismo a las islas... es posible. Ahora mismo, creo que hay más posibilidades de empleo en Alemania. Y ya que he recuperado la salud...

—No habrá trabajo que se te resista —completó, y ella asintió.

Pero Sabrina seguía inquieta, y no veía el momento de decírselo. Esperaba y llegó a presentir de alguna manera que él sería quién se lanzara, pero no terminaba de hacerlo, y ninguna intuición le decía que lo fuera a hacer. Entonces fue cuando se lo dijo.

—He estado con muchos hombres, Teo. Yo soy muy enamoradiza y enseguida me encapricho de alguno, si me caen bien.

—¿Yo te caigo bien? —preguntó, tras dejar de mirar al panel en el que se anunciaban los vuelos—. Después de todo lo que ha pasado, no sé si preferirás olvidarme.

—Me caíste bien la primera vez que te vi. Y esos primeros sentimientos nunca me han traicionado. Después de haberte conocido mejor todo este tiempo, pues lo confirmo. Debí haberme guiado por esa intuición, y no dejarme llevar por lo que vino después.

—Tú no tuviste la culpa. Otras personas actuaban por ti.

—Sí, ahora lo sé. Y me da miedo volver a la soledad, por esa misma razón. Necesito que alguien esté conmigo, para que esto no me vuelva a pasar.

—¿Alguien como yo?

—Sí, puede ser —le dijo, con unos ojos que implicaban algo más—. Una persona “normal” huiría de mí. Ya huían antes... imagínate ahora.

—No tienes por qué contar lo que te ha pasado.

—Todas las cosas acaban sabiéndose. Nadie puede tener una relación larga, una relación íntima, en el sentido de total complementariedad, si uno no se desnuda interiormente.

—Tú te has desnudado conmigo en todos los sentidos, desde luego. Te conozco bien, por dentro y por fuera.

—Pues, por eso. Contigo no tengo que ocultar nada.

Teo la miró con ojos de deseo. Se moría de ganas de besarla y abrazarla, y esta vez de verdad. Era lo que siempre había deseado, pero...

—Sabes que tendrías que casarte, Sabrina, ¿verdad?

—¡Oh, sí! Eso lo tengo ahora más que claro.

—Pero no puede ser conmigo. Ese «protector» que buscas, no puedo ser yo.

—¿Por qué no?

—No me conoces. Puede que tú y yo sintonicemos en muchas cosas, desde luego, pero en el fondo, tu carácter es diferente al mío, y a la larga no serías feliz. Y tu infelicidad sería la mía.

Ella miró hacia abajo, sintiendo algo de vergüenza. Le acababan de dar calabazas. Él se dio cuenta y le dijo:

—Tú a quien necesitas es a Klaus.

—¿A Klaus?

—Sí, desde luego.

—Se va a casar con una feligresa de su parroquia.

—¿Te refieres a Hilda?

—Sí... Tú... ¿cómo lo sabes?

—Me lo dijo él. Pero también me dijo que no.

—Que no... ¿qué?

—Que no se va a casar con ella.

—Pero...

—Él te quiere a ti, Sabrina. Es posible que, antes de que aparecieras tú, tuviera esas intenciones con esa chica. Pero las cosas cambiaron. Él ardía en deseos de contártelo, pero le tenías bloqueado.

—Le vi besándose con ella.

—Habla con él. Te lo aclarará todo.

Ella miró hacia otro lado, más confundida que nunca. Para salir del paso, le preguntó:

—Y, tú, ¿qué vas a hacer ahora?

—¿Yo? Lo mismo que hacía antes de que vinieras.

—Pensar en mí... —le adivinó, clavando sus ojos en los suyos—. Él se ruborizó y solo pudo decir:

—Soy totalmente transparente contigo. No puedo ocultarte nada.

—Ni tú, ni mucha gente. Sigo teniendo ese don, a pesar de todo.

—Utilízalo para el bien.

—Desde luego.

—Intentaré quitárteme de la cabeza con otra mujer.

—¿Con quién?

—Con Delia.

—¿La mujer de la que me hablaste?

—Sí —asintió—. Ya ves que tú y yo somos muy parecidos... en algunas cosas. En cuanto que los demás descubren nuestras aficiones «paranormales», huyen de nosotros. Pero yo creo que podré recuperarla, a pesar de todo.

—¿Cómo?

—Tengo un plan. No sé si funcionará, pero lo intentaré.

—Y, ¿qué harás? ¿Le llevarás flores? ¿Te arrodillarás delante suya con un anillo de boda?

—Jajá —sonrió—. Algo parecido. ¿No lo adivinas?

—Oye... que mi intuición no es infalible. Las cosas me vienen... cuando me vienen.

—Bueno, pues mejor así.

—Dímelo, Teo.

—Te reirías de mí.

—Venga...

—Mira —dijo, señalando hacia el marcador luminoso—. Ya están embarcando los pasajeros. Vete deprisa, no sea que pierdas el vuelo.

—Está bien. Pero si te sale bien, me lo tienes que contar.

—Descuida.

Los dos se pusieron de pie y se despidieron con un abrazo.

—Nunca te olvidaré, Teo.

—Yo espero olvidarte pronto, con Delia.

—¡Ya me contarás! —dijo, mientras se alejaba.

—Y tú... ¡habla con Klaus!

Ella sonrió y se introdujo en el «finger», la pasarela portátil que comunicaba la terminal con el interior del avión, no sin antes prodigarle una última mirada, guiñándole un ojo. Él levantó su mano y la agitó, y se dispuso a marcharse, aunque no dejó de mirarla hasta que desapareció del todo por aquel pasadizo.

Efectivamente, con Sabrina se fue una parte muy importante de su vida en los últimos meses, más de un año ya, desde que la conoció.

Aquel dolor de cabeza concomitante con el de ella, aunque de menor intensidad, había desaparecido en el momento en el que David expulsó al segundo demonio. Sin embargo, ahora que volvía a perderla, volvía a tener la misma sensación que experimentó la primera vez que la vio. Aquel día se lamentó de no haber sido más comedido en sus expresiones, de no haber cuidado más lo que dijo, y de esa manera quizás no la hubiera perdido.

Recordó la sensación de tristeza y de amargura que tenía cuando iba en aquel taxi, junto con aquella exuberante chica sevillana camino de su casa, y ahora volvía a tener un sentimiento similar.

Sin tener los dones naturales que Sabrina tenía, también Teo conocía lo que pensaba la gente, aunque en su caso no era por una gracia sino por su ciencia. Él conocía de sobra la dependencia emocional que se fue gestando en los últimos días hacia su persona, y soportó seriamente la idea de iniciar una relación con ella.

Pero se dio cuenta de que ese sometimiento por parte de la chica no era hacia él, hacia Teo, sino que lo hubiera desarrollado hacia cualquier otro hombre que hubiera ocupado su lugar. Ella misma se lo había dicho hacía solo unos instantes: «soy muy enamoradiza», y era verdad.

Estaba totalmente seguro de que, si él la insinuaba algo, si él se acercara, ella le recibiría con los brazos abiertos y hasta se podrían haber casado. Pero conocía también lo que Klaus sentía por ella, y no se veía cómodo arrebatándosela de esa manera.

En el fondo sabía que Sabrina era de Klaus, igual que Marta, su difunta esposa, era de Teo. Un sentimiento de pertenencia que desarrollan los matrimonios cristianos que duran muchos años, y que solo la muerte puede romper, y aun así, no del todo. Él mismo tuvo esa sensación de infidelidad hacia su mujer cuando salía con Delia...

En cualquier caso, esperaba que ella no le dijera nada, como parecía que iba a ocurrir, y con eso dejar una puerta abierta al futuro. Pero se lo dijo; se lo dijo, y no le quedó más remedio que rechazarla, por mucho que su corazón la deseara, y ponerla en brazos de su rival, es decir, de Klaus.

Pero era totalmente cierto lo que le había dicho. A la larga ella no hubiera sido feliz con un hombre como él, y acabar así, como amigos, era lo mejor para los dos.

Aun así, Sabrina siempre sería su amor platónico, la mujer de sus sueños, su fantasía sexual inacabada... pero nada más. Un deseo que esperaba, tal y como había dicho, que

se transformara y se materializara en Delia. Estaba seguro de que aquella mujer, mucho más parecida a él que Sabrina, y no solo por la edad, le recibiría de nuevo.

Reencuentro

Nada más llegar a Múnich, le llamó.

—¿Qué tal está tu madre?

—¡Sabrina! ¿Qué tal estás tú?

—Yo estoy bien. Como si todo esto no hubiera sido sino una pesadilla, que estoy deseando olvidar. Y, ¿tu madre?

—Mi madre falleció ayer, Sab.

—Vaya, lo siento. ¿Sufrió mucho?

—No demasiado. Ese es mi consuelo. Acabo de venir del funeral.

—Si quieres te llamo en otro momento.

—No, Sab. Ver tu número de teléfono en la pantalla del mío es la mejor noticia que he recibido en mucho tiempo.

—Me dijo Teo que querías explicarme algo.

—¿Te contó lo de Hilda?

—No del todo.

—Quise hablar contigo muchas veces, pero me tenías bloqueado. Y también intenté verte en persona. Fui a casa de tu tía, pero... pero ya no vivías allí.

—Claro. Klaudia falleció dos días después de la última vez que te vi, y me tuve que marchar.

—Pero, ¿tan rápido?

—Mis primos tenían prisa en vender el piso. Además, presentí mucha negrura allí, a raíz de aquello.

—Esos demonios han hecho todo lo posible para destrozarte la vida... y para apartarte de mí.

—Pero no se han salido con la suya. Dios siempre tiene la última palabra.

—Desde luego —Klaus hizo un instante de silencio y preguntó:

—Oye, ¿tienes dónde quedarte?

—No... Teo me proporcionó algo de dinero, pero tengo que buscar un empleo, pronto.

—Puedes quedarte en casa de mi madre, mientras lo encuentras. Hasta que puedas pagarte algo. Hablaré con mis hermanos, y no creo que se opongan.

—Muchas gracias, pero no quiero ponerte en un compromiso.

—Mis hermanos no son como tus primos, Sab.

—Ya. Los conozco y sé que no son así.

—Sabes dónde vivía, ¿verdad?

—Sí, claro, donde vivías tú, ¿no es así?

—Exacto. Vente para acá. Te estaré esperando.

Klaus colgó y se fue a casa de su madre, con un sentimiento de expectación. Seguía muy afectado por su fallecimiento, y también por todo lo que había presenciado en Madrid. Pero el hecho de volver a ver a Sabrina y poder contárselo todo, le animó en aquellos momentos de amargura.

Ella tardó más de la cuenta, pues no quería tomar un taxi. No quería gastarse, y prefirió el autobús. Cuando llegó, se encontró con Klaus y le dio un abrazo. Aún no le había explicado nada, pero ella ya sabía las respuestas.

—Es por lo de tu madre. Debes estar muy afectado.

—En poco tiempo he tenido emociones muy fuertes, la verdad. Pero la mejor noticia es que tú estás bien.

—¿Por qué me mentiste, Klaus? —preguntó, yendo directa al grano.

—¿Te mentí?

—Me dijiste que estabas casado con tu parroquia, cuando en realidad estabas con Hilda. ¿No era tu prometida?

—Lo era, tú lo has dicho. Pero ya no. He solicitado un cambio de parroquia, para no tener que verla. Yo solo te quiero a ti.

Los dos se volvieron a abrazar y se besaron. Todas las resistencias que ella mantenía respecto a él habían desaparecido.

—No comprendo cómo no te diste cuenta.

—No adivino todas las cosas, Klaus. Pero me tienes que contar por qué te hiciste pastor. Hay algo oscuro ahí que no me quieres contar.

—Es un pecado muy grave, Sab. Un pecado horrible del que me arrepiento sobremanera, y por eso me consagré a Dios.

—Para que Él te perdonara.

—Así es. Y para poder dar confort a todas las almas necesitadas. El mismo consuelo que yo necesité en su momento, y lo encontré en la Iglesia.

—No me lo cuentes si no quieres.

—No quiero que vuelva a haber secretos entre nosotros, si queremos llegar a algo más.

—Yo lo deseo, Klaus. Siempre lo he deseado, desde que era una niña.

—Yo también. Y, antes de nada, quiero que sepas que tengo intención de hacerme sacerdote católico.

Sabrina dio un respingo y se inclinó ligeramente hacia detrás. Eso no se lo esperaba.

—Pero, entonces... —la expresión de su cara cambió radicalmente.

—Si nos casamos antes, puedo seguir casado contigo. Es una excepción que se contempla en el celibato sacerdotal. Solo con los pastores protestantes, lógicamente.

—Te quiero, Klaus —le abrazó y se besaron, y él la correspondió.

—He cambiado una madre por una esposa, y doy gracias a Dios por haberme compensado de una forma tan hermosa.

Las Cumbres

Hola, @Gordi65. Aquí @Flaco67

¿Te apetece un paseo por Las Cumbres? Allí estaré el mismo día y a la misma hora del primer avistamiento.

Te prometo que ya no volveré a tratar con extraterrestres.

Teo no perdió ni un instante, y el sábado siguiente se presentó allí, en la misma cafetería donde se conocieron. Esta vez estaba ciertamente nervioso, y esperaba a Delia con la misma inquietud que espera un adolescente que se ha atrevido a citarse con la chica más guapa de la clase. Llegó mucho antes de las cinco, y vio cómo pasaban los minutos sin saber si ella acudiría, o si le daría plantón.

En esos momentos de nerviosismo envidió a Sabrina. Quizás ella, como vidente, de haber estado en su situación, hubiera tenido una premonición. Pero él no tenía absolutamente ningún indicio de que Delia se fuera a pasar por allí ese día. Es más, estaba casi convencido de que no lo haría.

Porque ciertamente, existía un claro paralelismo entre la pareja Klaus - Sabrina, y Teo - Delia: un miembro de la pareja trataba con el más allá, y también a uno de ellos, el otro le había bloqueado el teléfono.

Él sabía dónde vivía, y en alguna ocasión se pasó por su barrio con la intención de intentar hablar con ella. Más de una vez estuvo a punto de llamar al timbre de su casa... pero no se atrevió. Pensó incluso en dejarle una carta en el buzón, pero lo vio demasiado inapropiado después de lo que había pasado. Aun así, no se desanimó, y no le fue demasiado difícil contactar de nuevo.

Ella le había dicho que frecuentaba el famoso foro de los ovnis —Foro-UFO's—, donde además se trataban otro tipo de temas más «esotéricos». Entonces entró en aquella web, con la esperanza de detectarla entre los usuarios y miembros de aquel grupo de discusión.

Enseguida supo que *Gordi65* era ella. No solo por su año de nacimiento, sino también porque Delia no tenía ningún complejo con su cuerpo, y no le importaba autodenominarse así. Él por su parte le siguió el juego en ese sentido, y continuó con el mismo esquema cuando eligió el seudónimo con el que se inscribió en aquel foro. Allí la descubrió, preguntando a todos aquellos chalados acerca de exorcismos, posesiones, maleficios y demás cuestiones diabólicas.

Las respuestas que le daban eran de lo más variopintas, en la mayoría de los casos desahucadas. Se abrió un hilo de conversaciones donde llegaron a intervenir más de cincuenta personas respondiéndose unas a otras, y entonces Teo se vio en la necesidad de realizar ciertas aclaraciones. Unas explicaciones que en el fondo iban destinadas a Delia, aunque en la práctica se dirigían a todos los usuarios del grupo. Además de informar adecuadamente sobre toda la fenomenología diabólica, se esforzó en responder a las preguntas: «¿Qué pasa si he tratado con un exorcista? ¿Puede el diablo intentar poseerme? ¿Qué riesgo hay de tener una influencia si he estado con alguien que a su vez ha visto al demonio?», y otras por el estilo.

Estaba claro que, con aquel seudónimo, *Flaco67*, ella se daría cuenta de que era él, pero no le importó. Así podría explicarse y tranquilizarla, aunque fuese de forma indirecta, pues eso fue algo que en su día no le dejó hacer. Aquella tarde de verano, cuando quedaron para la piscina, salió despavorida de su casa e hizo caso omiso a cualquier intento de

justificación por su parte. De nada sirvieron los ruegos y los intentos de retenerla: «espera, déjame que te explique...», «Delia, no te vayas, no es para tanto...». El caso es que ella le llegó a bloquear el teléfono antes siquiera de salir del portal.

Así, pues, de forma exhaustiva y razonada, Teo se dispuso en aquel foro a aclarar y rebatir todas las equivocaciones que algunos de aquellos "entendidos" proclamaban a los cuatro vientos. Mitos sacados de contexto que muchas mentes calenturientas expandían sin control alguno, y que afirmaban, por ejemplo, que para sacudirse el «mal de ojo» bastaba con llevar un paquetito de sal en el bolsillo, o una cabeza de ajos, o cruces fabricadas con la madera de cierto árbol. Todo sin pasar por la Iglesia, claro está, y que el sujeto podía seguir en su paganismo y verse libre de cualquier acechanza con tal de llevar esos amuletos.

Teo tuvo que emplearse a fondo para refutar todas aquellas tonterías, por un lado, y también para aclarar, por otro, que, aunque nadie está libre de sufrir una influencia o incluso una posesión, los demonios no son omnipotentes y que todo se puede superar con la ayuda de Dios.

En cualquier caso, bien se aseguró de responderle a Delia sobre sus más íntimas preocupaciones: *«No pasa nada por tratar con exorcistas, Gordi65. Por el contrario, si temes al demonio, es lo mejor que puedes hacer. Comprendo tus preocupaciones y tus miedos, pero puedes estar tranquila. La policía trata con los criminales, pero no por eso tiene más riesgo que el resto de la población, sino todo lo contrario. Si quieres guardarte de los ladrones, nada mejor que ser amiga de la policía, y que ellos lo sepan»*.

La idea de enviarle aquel mensaje sobre los extraterrestres y los avistamientos la tenía desde hacía tiempo, pero tuvo que retrasar su envío ante la reaparición de Sabrina. Y ahora que esta ya se había marchado, le faltó tiempo para hacerlo y quedar con ella el sábado siguiente a su partida.

Pero ahora estaba sentado en la terraza de aquella cafetería, y Delia no aparecía. Comenzó a pensar que quizás el mensaje fue demasiado críptico, y que tal vez le tenía que haber dicho claramente quién era él y que quería volver a verla. Pero dudó, ante las estrictas normas del foro en el sentido de que aquella no era una web de citas, y el administrador podía borrar los mensajes que le parecieran inoportunos. También llegó a pensar que quizás *Gordi65* no era Delia, y por tanto no podía saber, ni quién era *Flaco67*, ni de qué cumbres y avistamientos estaba hablando.

Eran las cinco y media, y no le quedaban ya más uñas que morderse. Aun así, él estaba determinado a permanecer allí toda la tarde si fuera preciso. La cafetería «Las Cumbres» en aquel centro comercial, a diferencia de la primera vez, estaba llena y temió que ella no le viera entre tanta gente.

Pero no fue el caso, ni ella se dejó desear durante mucho más tiempo; pocos minutos después, la vio aparecer. Llevaba puesto el mismo vestido verde de raso de la primera vez, que no era sino una manera de expresar su intención de comenzar de nuevo desde el principio.

—Hola, soy Mayte —dijo, nada más llegar.

—Hola, Mayte —repuso él—. ¿Te envían de la agencia? —bromeó.

—Sí, claro. He visto tu anuncio en Foro-UFO's, y me he dicho, ¿por qué no? Total, esta tarde no tengo nada mejor que hacer...

Él se relamía por dentro mientras su corazón latía a toda velocidad. No la había visto desde el verano, pero estaba igual de guapa que antes, o quizá más.

—¿No te sientas, Mayte? —preguntó con ansiedad. La mujer presentaba un semblante ligeramente serio.

—No —respondió resuelta, sonriendo por primera vez—. Venga, levántate. Nos vamos a bailar a Sausalito.

After

Por fin volvía a su casa y ya no estaría por más tiempo con la insoportable de su hermana. Ya no recibiría más monsergas, ni aquellas estúpidas charlas moralizantes. Oh, sí, su padre era de la misma cuerda, pero al menos no se metía en si ordenaba su habitación o en si colaboraba en la casa. En el fondo, le tenía en un puño, y le manejaba a su antojo.

Acababa de salir de aquel local «after» y se había despedido de sus nuevos amigos. Eran ya las siete de la mañana y aquella sería la última bronca que le echaría Victoria. Haría como si no oyera nada, recogería sus cosas y se largaría, sin más.

Pero, por otro lado, no se sentía contenta, ni cómoda. Tenía un agudo dolor de cabeza, fruto sin duda del efecto de la bebida. ¿Qué iba a ser si no? No había bebido mucho, pero quizás aquella ginebra era «de garrafón».

Pero el caso es que, ni siquiera cuando le venía la regla le dolía tanto.

La regla... Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía humedad en el interior de su vagina, y las bragas mojadas. ¿Cómo podía ser posible?, se dijo. Estaba en la mitad del ciclo, y el período no le tenía que venir hasta dentro de quince días. Pero no podría ser otra cosa, se volvió a decir; se le había adelantado la regla...

Entró en una cafetería cercana y se pidió un café bien cargado, mientras se marchaba al servicio a inspeccionar su ropa interior. Entró en el lavabo, se bajó la falda... Para su sorpresa, allí no había sangre, sino un líquido viscoso de aspecto blanquecino. Entonces el corazón le comenzó a latir deprisa, y una intensa sofocación se apoderó de ella. ¿Cómo podía ser posible?, se preguntó.

Comenzó a hacer memoria sobre lo que le había ocurrido en las últimas horas y no encontró explicación alguna. ¿Le habrían echado *burundanga* en la bebida?

Sí, eso tenía que ser, pensó. No podía ser otra cosa. Pero, ¿cuándo ocurrió? Que recordara, no había perdido la consciencia en ningún momento... ¿O sí?

Pensándolo bien, tan solo hubo un suceso extraño durante aquella noche, y fue cuando se cayó al suelo. Pero solo fue un pequeño mareo víctima de un tropezón, y lo atribuyó a un ligero sopor producido por el alcohol. Pero, es que... ¡no había bebido tanto! Ella siempre se controlaba en eso, y esa vez no fue una excepción.

Tropezó con un pequeño escalón dentro del local, y cuando se incorporó se vio sentada en uno de los sillones junto a las escaleras. En teoría se había desequilibrado, y cayó por su propio peso sobre ese sofá. ¡Eso fue todo lo que pasó!, se dijo. Porque, ciertamente, se repitió, no había perdido la consciencia en ningún momento. Pero estaba patente que la había perdido, a la luz de los hechos. El semen había tenido que venir de alguna parte...

Se quitó las bragas y las arrojó por el retrete. Después se subió la falda y a continuación, salió de allí de forma apresurada. Ni siquiera se entretuvo en tomar el café, que se quedó sobre la barra ante el asombro del camarero. Pareciera que la muchacha que había llegado a su establecimiento hacía solo unos instantes no fuera la misma, ante la cara tan alterada y demudada con la que partió.

Un intenso calor le subía por todo su cuerpo y se quitó la chaqueta de cuero que llevaba sobre aquella escotada blusa. Aun así, no pudo impedir que su cuerpo comenzara a sudar profusamente, mientras intentaba recordar con quién había estado aquella noche.

Sus amigas se habían ido horas atrás sin ella, cuando Mari Carmen se empeñó en conocer un poco más a aquel grupo de tres chicos que les acababan de abordar en el local. A pesar de lo mucho que insistió en que eran *tres para tres*, no consiguió convencerlas para que se quedaran. Aquellos chicos no eran del agrado de sus dos amigas, por estar, según ellas, «demasiado salidos».

Especialmente le gustaba uno, de nombre Amadeo, que puso mucho interés en ella, a pesar de que los otros dos también eran de su agrado.

Estaba claro que alguno de ellos había sido el artífice de la violación, si no los tres. Aquellos reservados del final estaban lo suficientemente “reservados”, y con la música “trance” a todo volumen, nadie debió reparar en ello. Todos los que ocupaban el local estaban como locos bailando aquellos ritmos, y parecían estar “en trance”.

Sea como fuere, algo tenía que hacer, y lo primero que se le ocurrió fue llamar a la policía. Sin embargo, lo pensó mejor. De interponer una denuncia, su padre y su hermana se enterarían sin lugar a dudas, y buena le iba a caer. Las monsergas y las broncas se sucederían... hasta el infinito.

Aunque tampoco podía dejar aquello impune, lógicamente.

—Buena la has liado, Mari —le dijo una voz. Una voz conocida, por cierto, que irrumpió en sus pensamientos.

Pero se volvió y no vio a nadie. En esos momentos caminaba sola por la calle y las personas más cercanas estaban lejos.

—No tenías que haberte quedado sola con esos chicos —siguió la voz.

—¿Mamá?

—Sí, hija, soy yo.

—Pero... ¿cómo...?

Desde luego, debían ser los efectos secundarios de la burundanga, se dijo. Marta, su madre, se había muerto hacía muchos años, y jamás le había pasado una cosa así. Estaba claro que era una alucinación, pero aun así se dejó llevar.

—¿Qué vas a hacer ahora, hija?

—Mamá, no sé lo que me ha pasado esta noche, pero está claro que alguien ha abusado de mí —ella gesticulaba y movía los brazos como si estuviera hablando con alguien que estaba a su lado. Pareciera que su progenitora estuviera con ella en ese momento y le estuviera contando un conflicto con las amigas.

—Es que te has puesto muy sugerente, Mari.

—¿Yo?

—¡Claro, hija! Si tú a un hombre le dices que si quiere hacer contigo... esa palabra tan fea... Esa palabra tan grosera que has dicho...

—¿Follar?

—Pues eso. Los hombres no son de piedra, ¿sabes? Todos son iguales, y solo obedecen a sus más bajos instintos. Es lo que yo siempre te he dicho.

—Pero, si yo no...

—Te has puesto «ofrecida», y ellos no han desaprovechado la oportunidad.

—Mamá, yo no me he puesto de ninguna manera... —respondió, como si de verdad estuviera acompañada. Un transeúnte que pasó a su lado se extrañó y se la quedó mirando. «Una loca, o está drogada», pensó. Pues no podía ser otra cosa una chica joven hablando sola, con una minifalda que era más mini que falda, y una blusa casi totalmente desabrochada, con el frío que hacía esa mañana.

—¿Qué vas a hacer ahora, hija? —repitió Marta.

—Mamá, estoy muy confundida... supongo que tendré que denunciarlo. Pero... ¡Me da tanta vergüenza!

Volvió a plantearse otra vez ese asunto, pero de nuevo desechó la idea. De alguna manera, en ese momento supo que ella misma había deseado aquello, y lo que es peor, lo había consentido y esos chicos tenían pruebas de que era así. Algo en su interior se lo decía, aunque ella no recordaba nada. De nuevo se dirigió a su madre, al constatar otro problema mayor:

—Y lo peor de todo es que estoy en medio del ciclo... ¡Me puedo quedar embarazada! —Mari Carmen dio un profundo suspiro que iba a ser el inicio de un sentido llanto.

—Tienes que poner remedio a eso, Mari.

—¡Ya lo sé! Pero... ¡cómo!

Otra mujer que pasaba a su lado la miró también, pero aquella cara ojerosa y el pelo alborotado y despeinado no suscitaba compasión precisamente. La chica tenía toda la pinta de ser una prostituta a la que quizás, en caso de ofrecer alguna ayuda, la persona podía salir escaldada. Ni siquiera cuando se sentó sobre el capó de un coche y se puso a llorar... Nadie se compadeció de ella.

Tras unos minutos de sollozos, entonces fue cuando le vino la inspiración:

La píldora del día después.

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Esa es la solución!

Jamás se le hubiera ocurrido pensar en ello, pero de alguna manera ese pensamiento se coló en su cabeza, justo en un momento en el que le dolía algo menos.

Esa pastilla se distribuía sin receta en las farmacias desde hacía algunos años, y estaba a disposición de todas las jóvenes que la quisieran adquirir. De hecho, muchas la llevaban en sus bolsos por si ocurría «un accidente».

El problema era que esa medicación estaba considerada como abortiva, ya que puede llegar a impedir la implantación del óvulo fecundado en el útero. Y por esa razón es contraria a la moral católica, pues el embrión, en esas condiciones, ya tiene su propio ADN diferenciado del de los padres, y por tanto, es un ser humano, aunque sea en esas fases tan incipientes de su desarrollo. Tanto Teo como su madre, cuando vivía, ya le habían advertido sobre eso.

Pero, en cualquier caso, se dijo, ¿quién se iba a enterar? «Si yo ahora mismo voy a una farmacia de guardia y la compro... ¿quién se va a enterar?»

—Desde luego, hija, quienes se van a enterar son tu padre y tu hermana, como ese embarazo siga adelante.

—¡Mamá! —hasta ella misma se extrañó de oír esas palabras en boca de su madre.

Pero el caso es que tenía razón. Nadie se enteraría de nada, y ella se quitaría un problema de encima.

Tras doblar una esquina encontró una farmacia que precisamente estaba abierta, y no se lo pensó dos veces. Entró, y se contempló a sí misma diciendo: «buenos días, quisiera la píldora del día después».

No se imaginaba que el problema que realmente tenía en su interior, no era precisamente el de un embarazo.

Nota del autor

A pesar de lo escalofriantes que puedan parecer los casos como el de Evelyn o el de Sabrina, lo cierto es que los episodios de influencia o posesión no son frecuentes. Como decía un importante sacerdote a quien tuve la oportunidad de conocer, deberíamos pensar menos en el diablo y más en Dios, y por tanto dejar de temerle más de lo estrictamente necesario. En cualquier caso, como se ha dicho, la confesión y la eucaristía son armas poderosísimas para vencer cualquier tipo de infestación que pudiera producirse. Al fin y al cabo, el bien siempre es más fuerte que el mal, y acaba imponiéndose.

En ese sentido, si quieres profundizar más sobre estos asuntos, te recomiendo que leas otra de mis obras, "La Fuerza del Amor". Esta trata, entre otros temas, de la encarnizada lucha que tiene lugar en el Más Allá entre los ángeles y los demonios, y de su relación con nosotros.

Puedes descargar esa novela probablemente en el mismo sitio donde has descargado esta, y también en:

<https://sites.google.com/view/jg-millan>

<https://archive.org/details/la-fuerza-del-amor>

<https://sites.google.com/view/jgmillan/la-fuerza-del-amor>

Si tienes cualquier comentario, sugerencia, aclaración... lo que sea, puedes escribir un correo a:

xanticore@live.com